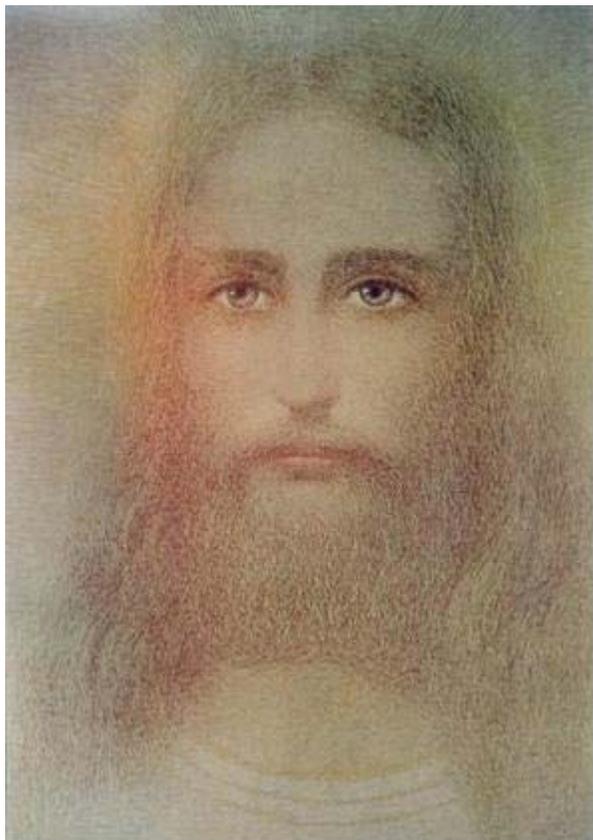


El diario de Jhasua

(http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/diario_de_jhasua.htm)



Cuando Jhasua [Jesús de Nazareth] entró en sus 19 años, algo muy interno, cambió en él.

Pienso que para conocer a fondo su gran personalidad, es necesario estudiarlo, al par que en su vida externa, también en su mundo interno. Y para esto nos servirá de espejo que lo refleja muy claramente, un *diario* que al entrar en sus 19 años, sintió la necesidad de llevar minuciosamente.

La separación de Nebai, la dulce y discreta confidente de sus primeros años de joven, lo dejó como sumergido en una gran soledad de espíritu. Jhosuelín y el tío Jaime se hallaban en Nazareth ayudando a Joseph al frente de su taller de carpintería, que cada vez se engrandecía y complicaba por el aumento de obras y de operarios.

Sus maestros Esenios, buscaban también de dejarle más tiempo consigo mismo, para que su espíritu pesara bien las responsabilidades que tenía sobre sí, y más que nada para que entregado más de lleno a sus propios pensamientos, se orientase hacia su verdadero camino.

—Jhasua —le dijeron un día—. Te hemos enseñado cuanto sabemos en la ciencia de Dios y de las almas. Creemos llegado el momento de que por ti mismo pongas en práctica cuanto has aprendido, y que seas juez de ti mismo en lo que concierne a tus facultades superiores y a todos los actos de tu vida.

—¿Entonces me abandonáis? —les preguntó alarmado.

—No hijo mío —le contestó Tholemi, que era el de más edad de los diez instructores—. Nos tienes a tu disposición ahora y mañana, y siempre. Pero así como la madre, cuando es hora de que su niño sepa andar solo, no le lleva en brazos, sino que le deja en tierra y, le impulsa a andar, así hacemos tus maestros contigo, hijo mío, que has llegado antes que otros, no sólo a andar en tierra sino a volar como esas águilas que en los días de hermoso sol se remontan hasta perderse en el inmenso azul.

"Ahora ya eres libre de estudiar lo que quieras, de hacer concentraciones, transportes, desdoblamientos de tu Yo íntimo, irradiaciones de fuerza magnética a distancia, o en presencia, sobre los seres, o los elementos según tu criterio lo vea razonable y justo. Eso sí, en cualquier duda o tropiezo, ya sabes lo que hacemos todos: en la concentración mental de la noche y todos en conjunto hacemos una hora de consulta y comentarios. Hazte de cuenta que eres unos de nosotros, el más joven en edad física, es verdad, pero el más anciano como espíritu.

—Con esto me queréis decir —dijo Jhasua— que ya me consideráis un hombre que en las cosas del alma debe gobernarse solo.

— ¿Solo has dicho? No hijo mío —respondió el Servidor—. Un Esenio nunca está solo puesto que camina guiado por la Ley. En su vivo resplandor están todos nuestros grandes Maestros: Isaías, Elías, Elíseo, Ezequiel,

Jeremías, Miqueas, Daniel y tantos otros que tú conoces y has leído como yo Y como nuestra Ley nos enseña la forma de evocarles y recibir sus mensajes cuando es necesario, el Esenio debe tener el convencimiento de que jamás está solo.

De esta conversación tenida con sus Maestros, surgió en Jhasua la idea de llevar un *diario* en su carpetita de bolsillo. Para sentirse menos solo, allí escribiría día por día sus impresiones, sus luchas, sus ansiedades y anhelos más íntimos.

Su diario comenzaba así:

"¡Señor Dios de los grandes y de los pequeños! Los hombres me dejan solo porque juzgan que soy ya un árbol fuerte que puedo afrontar sin apoyo ni postes, las sacudidas del vendaval".

"Para Ti Señor soy siempre el niño que comienza a andar".

"¡Padre mío que estás en los cielos y en cuanto vibra en tu creación universal... que estás dentro de mí mismo!. ¡Tú no me dejes en soledad como las criaturas me dejan, porque Tú sabes lo que ellas olvidan: que mi corazón de hombre es de carne, y necesita el calor de los afectos de familia, la ternura de la amistad, la dulzura inefable de los amores puros y santos!

"¡Tú sabes Padre mío cómo soy, cómo estoy formado con esencia tuya, con fibras tuyas, con átomos tuyos!... ¡Y mi alma, burbuja de tu eterna luz, encerrada está en una materia densa que camina por la tierra donde hay zarzales que se prenden al vestido, y lodo que mancha los pies!...

"¡Padre mío eterno! ¡Amor mío infinito! ¡Luz mía inextinguible! ¡Verdad mía Suprema!... Llena Tú mis vacíos insondables y que desborden tus manantiales en mí en forma que lo tenga todo sin tener nada! ¡Que tu plenitud soberana baste para todas mis ansiedades!

Otro día escribía:

"Hoy comencé mis ejercicios de telepatía con José de Arimathea. Al transmitirle mi pensamiento poniéndome en contacto con él, he sentido una vibración de dolor, casi de angustia. Me pareció que debía tener uno de sus familiares enfermo de gravedad. Luego me convencí que era así en realidad.

"Me concentré hondamente y después de un gran esfuerzo, pude transportarme espiritualmente a su lado. Le encontré solo al lado del lecho de su única hijita mujer atacada de fiebre infecciosa. Cuando yo irradiaba sobre ella fuerza magnética, él pensó en mí con tanta intensidad que mi alma se conmovió profundamente. Creo que la niña está salvada de la muerte.

"¡Padre mío que estás en tus cielos y dentro de mí! Te doy gracias porque no me dejaste solo! Tú estabas en mí cuando yo decía a la niña: "quiero que seas sana: levántate".

"Sentado al borde de la fuente donde tantas veces hablé y escuché a Nebai, le he transmitido mi pensamiento a Ribla.

"He sentido una honda vibración de tristeza y soledad.

"En la glorieta de las glicinas la he visto con su madre que tocaba el laúd.

"He comprendido que aún no me ve, pero que ha sentido la vibración de mi presencia espiritual, porque vi correr dos lágrimas por su rostro que ocultó entre sus manos y apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

"Le di tanto amor, consuelo y esperanza, que se animó rápidamente y buscando su carpeta escribió estas palabras:

"Hoy he sentido a Jhasua como si me hablara diciéndome que me acompaña a distancia, y que en la primera caravana me enviará una epístola.

"¡Oh Jhasua!... qué bueno es tu pensamiento que así ahuyenta del alma la tristeza y desaliento".

"Pronto podré comprobar si esto es realidad. La caravana pasa por Ribla mañana domingo. A mitad de semana estará frente al camino del Santuario. ¿Vendrá epístola de Nebai que me hablará de esto? Esperemos.

"¡Gracias Padre mío Eterno, por el don divino del pensamiento hecho a vuestras criaturas!

"¡Son las alas para volar que les habéis dado, y que ellas no quieren o no saben usar!

Dos días después Jhasua escribía en su carpeta:

"Ha llegado a mí como un grito de angustia, el pensamiento de Nicolás de Damasco. Una concentración mental profunda me ha dado la clave de este asunto. Aunque quise transportarme espiritualmente a su residencia de Jerusalén, me vi impedido de entrar.

"Siendo en su casa las asambleas de la Escuela Secreta, presiento que ha sido descubierto por un discípulo traidor, y los esbirros del Pontífice han invadido el recinto y aprisionado a algunos.

"Se empeñan en hablar de la aparición del Mesías en esta tierra y el Sanhedrín que vive temeroso de que la luz rompa las tinieblas que ocultan su vida delictuosa, la emprendan a sangre y fuego contra los que pueden servir de instrumento de la verdad.

"Me inquieta sobremanera el impedimento de penetrar espiritualmente en la residencia de Nicolás. Una fuerte intuición me dice que hay allí seres contrarios que forman una espesa barrera de odios que no puedo romper, sin exponerme a un trastorno nervioso o mental que a nada conduciría.

"¡Padre mío justo y bueno!... Fortalece a tus elegidos para que ensanchen como el mar su corazón, y perdonen a los perjuros, a los traidores, a los ingratos, que habiéndolo recibido todo de tus santos, les traicionan, les olvidan, les arrastran por el polvo para engrandecerse y gozar junto al dolor y el llanto de quienes les dieron vida, luz, ternura y calor!

Al siguiente día continuaba de este modo:

"Mi bueno y querido Nicodemus me ha visitado en mi concentración espiritual de esta noche.

"De su mensaje mental extraigo este resumen: "Nuestra Escuela de Jerusalén ha sido descubierta, porque un joven Levita ha caído víctima de la sugestión que ejerce el deseo de grandeza en ciertos seres.

"El Consejo de Vigilancia del Sanhedrín, ha ofrecido grandes prebendas en el Templo a todo Levita que dé aviso de sitios de reuniones cabalistas, donde se hable de revisión de los Libros de Moisés, o de la aparición del Mesías Libertador de Israel.

"Nicolás como dueño de casa ha sido llamado a responder al alto Tribunal.

"Esperan que saldrá bien en sus respuestas y que habrá benevolencia con él, porque forma parte de ese tribunal, el tío de Gamaliel y un amigo de José de Arimathea.

"— ¿Qué oscuro enigma es el alma del hombre!... pienso mientras voy anotando los mensajes mentales de los que me son queridos y me aman.

"—Todo Israel, desde el solio pontificio hasta el más infeliz leñador, vibra en un anhelo conjunto por el Mesías Libertador, promesa de siglos hecha a los hebreos por sus guías y protectores.

"Y los poderosos magnates sienten una inquieta alarma cuando en medio del pueblo se forman agrupaciones preparatorias para la llegada del Mesías. ¿Por qué?... ¿qué temen?

"Todo el bien que él traiga como Hijo de Dios, como Enviado Divino, será común para todos. Será como la llegada del hijo del Rey, que le envía a su pueblo para aliviar sus fatigas y cansancios, y brindarle con el festín eterno del amor. ¿Cabe aquí el temor, la alarma, la inquietud?

"Deshojando como flores mentales estas reflexiones, voy caminando hacia atrás en el panorama de mis recuerdos, como si desandaré un camino que hice a mis 12 años. Vi a

Jerusalén. Vi el templo desde los pórticos hasta lo más apartado de los fosos, hasta la puertecilla de escape, y el portalón de los carros y de las bestias.

"El Templo de Jehová era un mercado y un degolladero. La sangre de las bestias inmoladas corría por un acueducto de mármol labrado en el pavimento, desde el altar de los sacrificios hasta el pozo blanco de donde la extraían con cántaros para condimentar manjares que deleitan en los festines de los magnates.

"En los patios interiores, cuadras, caballerizas y hasta entre los árboles, los traficantes y mercaderes, con ropas ensangrentadas y manos inmundas, se arrebatan las carnes aún calientes, la grasa, las vísceras humeantes, y entregan bolsas de plata y oro a los agentes sacerdotales encargados de tan lucrativo comercio.

"¿No será esta abominación inmunda, esta sacrílega profanación de la Casa de Dios, lo que engendra inquietud á los príncipes del clero, cuando el pensamiento del Mesías cruza como un meteoro por el horizonte nebuloso de su raciocinio?

"¿No vendrá el Mesías con los poderes de Moisés, y azotará de múltiples maneras a los dirigentes de Israel, como al Faraón egipcio por la dureza de su corazón?

"¿No acabará con la inicua matanza de bestias como símbolo de una fe sangrienta, nutrida y alimentada con el horrendo suplicio de inocentes animales?

"Me parece que todos estos interrogantes golpean en las mentes sacerdotales y pontificiales, y de ahí la inquietud y alarma cuando se comenta que el Mesías ha llegado para poner todo en su debido lugar".

Más adelante estaba escrito en' la carpeta de Jhasua:

"Hoy llegaron al Santuario los Terapeutas que peregrinaban por el Sur. Vienen desde el Santuario del Monte Quarantana, trayendo un cargamento de epístolas que me dedican los amigos de aquellas regiones. ¡Tan amorosas, tan tiernas, tan llenas de nobleza, que he dejado caer mi llanto sobre ellas!

"Jacobo y Bartolomé, los muchachos de la cabaña de Andrés, porteros del Santuario, la madre Bethsabé enamorada de sus nietecillos para, quienes me pide muchos besos por el aire; mis tíos Elcana y Sara de Bethlehen donde nací, mis primeros amigos de recién nacido, Alfeo, Josías y Eleazar que me relatan las mil encrucijadas de sus vidas laboriosas y justas, la tía Lía de Jerusalén temerosa por sus hijas casadas con José de Arimathea y Nicodemus, pertenecientes a la Escuela Secreta de la Cabala, recientemente descubierta por el Sanhedrín.

"¡Oh Padre mío que estás en tus cielos infinitos, y que ves la zozobra de tus hijos indefensos, y débiles ante la prepotencia de los poderosos!

"¿Necesitas acaso de que yo te lo pida para remediarles? Tú lo sabes, lo ves y lo sientes todo, porque todos somos como las hebras del cabello de tu cabellera de luz que todo lo penetra y lo envuelve!

"Todos ellos viven en tu amor, Padre mío eterno, y Tú vives en ellos porque son tuyos como lo soy yo para toda la eternidad!

Y el alma pura y luminosa de Jhasua, seguía vaciándose como un vaso de agua clara sobre las páginas de su carpeta de bolsillo.

La mayor parte de los trabajos que se hacían en los Santuarios Esenios, consistían en aumentar las copias de toda escritura antigua para que pudiesen ser conocidas por todos los afiliados a la Fraternidad Esenia.

También labores manuales, como muebles y utensilios necesarios; el cultivo del huerto que les proporcionaba gran parte de su alimentación.

Los Ancianos sabían muy bien por avisos espirituales, que la vida de Jhasua sería breve sobre la tierra, le era necesario aprovechar bien su tiempo en ampliar más sus conocimientos superiores para que cuando llegase la hora de presentarse a la humanidad como su Instructor, no

le quedase nada sin saber. Y así, sin darle explicaciones lo destinaron con preferencia a las copias, pues que al hacerlo, iba bebiendo gota a gota la Divina Sabiduría que subió a tan extraordinarias alturas en lejanas épocas, en que otras Escuelas y Fraternidades habían cooperado con el Espíritu-Luz, a la marcha evolutiva de la humanidad.

Sin descuidar esta tarea, el joven Maestro encontró siempre tiempo para sus ejercicios espirituales, en los cuales demostró una perseverancia invencible, hacer tres concentraciones mentales diarias: A la salida del sol, al ocaso y a la segunda hora de la noche, que es la que en nuestros horarios equivale a las diez de la noche.

Eran éstas sus citas espirituales de amor, de tierna amistad, de hermandad ideológica, que servían de estímulo al amante corazón del Cristo encarnado.

Habiendo venido a la tierra para amar hasta morir, sentía más hondamente que nadie, la necesidad de amar y ser amado con esa noble lealtad de las almas justas, para quienes es un delito grave la traición a la amistad, al amor, a la unión de almas destinadas a caminar juntas en la vida a través de la eternidad.

Continuemos, amigo lector, leyendo en el corazón puro del Hombre-Luz, reflejado en las breves escrituras de su carpetita de bolsillo.

Sentado al borde de la fuente en la cabaña de piedra, poco antes bulliciosa y alegre con las risas de Nebai, Jhasua escuchaba embelesado el arrullo de las palomas, sus aleteos bañándose en la fuente, y el gorjeo de los mirlos azules, que se sentían dueños del huerto solitario.

Su mirada se posó en algo que el vientecillo de la tarde agitaba entre un jazminero cercano, y vio pendiente de él una cestilla de juncos de donde caía el delantal azul de Nebai, olvidado sin duda por ella misma en sus correrías por el huerto, cuando jugaba a la escondida con su gacela favorita.

El alma delicada y sensitiva de Jhasua a los 19 años de vida física, encontró como un poema mudo en aquellos objetos olvidados allí por su dueña, que hacía dos semanas se encontraba ya en Ribla.

En su imaginación ardiente y genial, se dibujó la imagen de la niña con su delantal azul y su cestilla al brazo recogiendo jazmines y rosas para el altar hogareño, donde según el uso esenio, se guardaba el libro de la Ley y los libros de los Profetas.

Su espíritu se sumergió profundamente en sí mismo, con esa facilidad maravillosa que tienen los contemplativos por naturaleza y por hábito de hacerlo.

Y pasada una hora, volvió a la realidad de ese momento y vació en su *Diario* su sentir más íntimo y más tierno:

"Nebai —escribía emocionado— tu cestilla de recoger flores y tu delantal azul, han sido los hilos mágicos que esta tarde me han llevado hacia ti. Y te he visto, dulce niña de mi adolescencia, no ya corriendo como entonces detrás de tu gacela, sino tal como estás ahora, grave, meditativa, cantando versos de Hornero acompañada por tu laúd.

"Cantabas el salmo en que el poeta se queja, de que ninguna alma humana comprende el gemido de su corazón en la soledad del destierro. ¡Oh Nebai!... ¡he comprendido que tu alma lloraba en ese salmo como el poeta inmortal, de cuyo corazón estás bebiendo tú, con avidez sedienta!

"Y al acercarme en espíritu a ti te he oído decir: "¡Jhasua!... me siento en un destierro porque he comprendido que para mí, la patria eres tú, el amigo verdadero eres tú... el aire benéfico y el astro protector eres tú! ¡La belleza de la fuente de las palomas, de los jazmineros en flor, de todo aquel huerto que me parecía encantado, eras tú Jhasua que lo llenabas todo con ese algo de cielo que tú tienes, y que no se encuentra en ninguna parte sino en ti!

"Hice un esfuerzo mental, y me sentí ayudado con fuerzas astrales y magnéticas, y mi visión ante Nebai adquirió alguna densidad. Comprendí que llegué a verme por un momento, porque solté el laúd y abrió los brazos como para abrazarse de algo que veía. La misma vibración fuerte

de sus emociones diluyó la visión, y ella comprendió que mi promesa empezaba a cumplirse porque la oí decir:

"— ¡Gracias Jhasua por tu primera visita! ¡Perdóname si había llegado a dudar de ti por la tristeza de la larga espera! Creía que la pobre Nebai ausente, había sido olvidada. Tú no olvidas Jhasua como los demás seres, porque eres diferente de los demás.

"Nebai sólo tiene 15 años, demasiado pocos para pensar tan profundamente. Ya es capaz de analizar la diferencia que hay de unos seres a otros. En 15 años no ha podido conocer otras amistades. ¿Cómo sabe que soy yo diferente de los demás seres? He ahí una prueba de que el alma viene desde muy lejos y lleva andadas miles de jornadas en el eterno viaje. ¡Oh Nebai!... pequeña Nebai, Nubia de los Kobdas, Esther dominadora de Asuero, Judit vencedora de Holofernes... ¿qué serás en este y en los siglos futuros?,...

"¡Dios te bendiga mujer sublime, alma de luz y de fuego que en esta hora te has cruzado en mi camino como una alondra blanca, para cantarme la estrofa inmortal del amor, que vibra en los planos sutiles y puros donde es eterno, inextinguible, sin sombras, semejante a Dios del cual emana!

"¡Gracias criatura de Dios, por el don divino de tu amor que me das como se da una flor, un vaso de agua, una redoma de esencias!... ¡Gracias, Nebai!".

Una noche, durante una concentración mental en medio de los Ancianos Maestros, y cuando irradiaba su pensamiento sobre todos los que su corazón amaba como un incendio de luz desplegado en la inmensidad, sintió la tristeza íntima de su madre que en ese momento pensaba en él.

Prestó atención, la evocó, la llamó con su alma vibrando de emoción y de amor, y percibió que ella creyéndolo presente a su lado, se incorporaba prontamente en su lecho diciéndole: ¡Jhasua, hijo mío! ¿Cómo vienes a esta hora?

¡Tan intenso había sido el llamado, que la ansiosa madre lo confundió con la voz física de su hijo... el amado hijo que siempre estaba en su mente como una estrella silenciosa que le alumbraba!...

Cuando ella se convenció que era un ensueño de su amor según ella creía, rompió a llorar silenciosamente para no ser sentida de los familiares que dormían en alcobas inmediatas.

Pero cada sollozo de la madre vibraba en el alma del hijo, como la elegía triste de un laúd que lloraba en las tinieblas.

Jhasua se concentró más hondamente aún, mientras oraba al Autor Supremo de toda luz.

"¡Padre mío!... ¡haz que yo vea! Se transportó a su hogar y vio.

Más sigamos lector, hojeando su carpetita donde él escribía esa misma noche ya vuelto a su alcoba solitaria:

"En la concentración de esta noche he visitado a mi madre, cuya tristeza recogí al irradiar mi pensamiento sobre todos los que ama mi corazón. Debido a esto, pasó la hora de concentración sin darme tiempo a irradiar el pensamiento sobre todos los seres de la tierra según lo ordena la Ley!

'¡Padre mío que eres Amor Eterno, inconmensurable!... ¡Perdón por mi debilidad y pequeñez! Aun soy egoísta Padre mío, y mi corazón de carne lleno con el amor de los míos... mi madre, me hizo olvidar de las demás criaturas... todas tuyas... nacidas de Ti mismo, como mi cuerpo nació de mi madre!

Tranquilizada su conciencia por esta confidencia a !a Divinidad, Jhasua escribía nuevamente:

"Hay honda tristeza en mi hogar. He visto a mi padre enfermo. Debe haber tenido algún grave disgusto y su corazón se afecta profundamente. Jhosuelín no consigue, con todos sus esfuerzos vigorizar su organismo que responde a su ley, que le marca poca vida física en esta hora de su camino eterno.

"Ana, mi hermana, entristecida también porque Marcos, perteneciente a la Escuela Secreta ha sido detenido, contribuye aún más a formar el pesado ambiente de angustia que encuentro en mi hogar.

"Al amanecer me pondré en camino hacia Nazareth.

"Ahorraré el viaje que los Terapeutas pensaban hacer pasado mañana. Lo que ellos debían hacer, lo haré yo.

"¡Gracias Padre mío por los dones divinos de que habéis llenado el alma humana!

"Tus poderes, tus magnificencias, tu fuerza de amor, todo nos lo habéis dado sin mezquinarnos nada...

"Y la infeliz criatura humana pegada como un molusco al pantano, olvida su noble condición de hija de Dios, para continuar indefinidamente su vida letárgica de gusano!..."

Tal como lo vemos escrito en su *Diario*, así lo hizo. Y dos horas después de salir el sol, Jhasua abrazaba a sus padres que tuvieron la más hermosa sorpresa. Era la primera vez que llegaba sin aviso previo.

—Orando al Señor por vosotros —les decía— os vi tristes por muchas razones y he venido a consolaros.

Ninguna de las cosas que os afligen son irremediables.

— ¿Cómo lo sabes tú, hijo mío? —le preguntaba su padre.

—La oración, padre mío, es la comunicación íntima de nuestra alma con Dios. Y como El lo sabe, lo ve y lo siente todo, el alma que se une a Dios en la oración puede saber, sentir y ver mucho de lo que El ve, sabe y siente.

"En mi oración de anoche comprendí vuestra tristeza y aquí estoy. Salí al amanecer, me vine por el caminito de los Terapeutas que aunque es más áspero, es más corto que el de las caravanas. Con 19 años, bien puedo saltar por entre los peñascos.

Para aquellos felices padres, ningún galardón podía igualar al amor de tal hijo. Había saltado riscos y piedras entre arroyuelos que cortaban el paso, en la semi oscuridad del amanecer, para llegarse hasta su tristeza como un rayo de sol en la tiniebla de un calabozo.

Joseph olvidaba su afección del corazón, Myriam no lloraba más, Jhosuelín sentía nuevas energías en su organismo agotado. Ana veía ya libre a Marcos, y el tío Jaime previsor en todo, traía un gran fardo de harina, miel y manteca del mercado porque adivinaba que en tal día, debía haber grandes actividades en la cocina de Myriam.

Una luna permaneció Jhasua en el hogar llenándolo todo de paz y de amor.

Al explicarles detalladamente cómo en la oración había percibido sus angustias, surgió en todos ellos el deseo de cultivarse más esmeradamente en la transmisión y percepción del pensamiento, ese mensajero divino dado por Dios a toda criatura humana.

Y en el gran cenáculo que sólo se usaba cuando había numerosos huéspedes, formaron un compartimiento dividido por espesas cortinas de tejidos de Damasco, que era lo más suntuoso que podía permitirse un artesano de posición media.

Aquel sería el recinto de oración donde los familiares se reunirían a las mismas horas en que Jhasua hacía las concentraciones diarias, con el fin de que sus almas se encontrasen unidas en el seno de Dios en los momentos de elevación espiritual.

—Si así nos encontramos tres veces cada día ¿a qué queda reducida la ausencia? —decía él.

"Vosotros me hablaréis en el silencio del Pensamiento y yo os contestaré.

Tal lo hicieron siempre nuestros maestros los Profetas, que debido a su gran unión con la Divinidad se convertían en mensajeros de Ella para con los hombres. Y de allí ha surgido la equivocada idea de que el Señor tiene hijos privilegiados a los cuales manifiesta su voluntad con luces especiales.

En realidad lo que hay, es que unos hijos piensan en unirse al Padre Celestial por la oración, y otros no lo piensan jamás.

Los que se acercan a El con el corazón limpio de toda maldad, son iluminados y de su perseverancia en este acercamiento, vienen necesariamente las elevadas percepciones del alma que sumergida en Dios por la oración, adquiere gran lucidez en todo y para todo.

Durante los últimos días de su visita al hogar, Jhasua hizo sus concentraciones espirituales juntamente con sus familiares, a los cuales recomendó el colocarse siempre en el mismo lugar en torno a la pequeña mesa, sobre la cual colocó él mismo la Ley y los libros de los Profetas.

Idéntico trabajo realizó en las casas familiares de Simón y de Zebedeo, sus amigos del lago, de donde debían salir un día dos de sus discípulos íntimos: Pedro y Juan. Y les dijo: "Como lo hice yo con vosotros, hacedlo con vuestros amigos íntimos y así me ayudaréis a extender sobre la tierra el velo blanco del amor y de la paz".

"¿No decís que soy un Profeta? Cooperad conmigo en acercar a Dios esta humanidad, es la misión de los Profetas.

A la madrugada del trigésimo día emprendió el regreso al Santuario acompañado del tío Jaime, hasta mitad del camino.

Escuchemos su conversación.

—Jhasua —le dijo su tío— debes saber que tu padre quiso que fuera yo el administrador de tus bienes, y como ya estás en los 19 años creo que debo darte razón de ellos.

— ¿Bienes?... ¿pero, tengo yo bienes, tío Jaime? —preguntó extrañado.

— ¡Cómo! ¿No lo sabes? Son los aportes acumulados desde tu nacimiento, de aquellos tres hombres justos y sabios venidos del oriente, traídos a este país por el aviso de los astros.

"Gaspar, Melchor y Baltasar no han fallado ni un solo año de enviar el oro que prometieron para cooperar a tu educación y bienestar de tu familia.

"Tu padre, delicado en extremo, sólo se permitió tomar una pequeña suma cuando tenías creo 17 meses. Dejó el taller a mi cuidado para huir contigo y Myriam al Hermon, a ocultarte de la persecución de Rabsaces, el mago de Herodes.

—Si de esto me hubieses hablado, tío Jaime, antes de salir, yo habría convencido a mi padre de que esos bienes son suyos y puede disponer de ellos como le plazca.

—Los hijos de Joseph —añadió Jaime— ignoran por completo estos aportes de los astrólogos orientales. No quiere Joseph que lo sepa, a excepción de Ana y Jhosuelín, que son alma y corazón contigo.

—Bien, tío Jaime, ya que mi padre te nombró administrador de ese oro donado a mí, te diré mi voluntad acerca de él.

"He visto que el taller necesita reparaciones indispensables para preservar de las lluvias y del sol las maderas para las obras. Esos cobertizos de caña y junco están cayéndose. También el muro que rodea el huerto está ruinoso. ¡Es lástima dejar que se destruya todo mientras el oro está en la bolsa!

"¿Para qué sirve el oro si no ha de emplearse en tener un poco más de comodidad y de bienestar?

—Y tú, Jhasua, ¿nada quieres para ti? ¿No necesitas nada? —le preguntó Jaime.

— ¿Qué quieres que necesite en el Santuario? Mi vestuario, me lo dan mis padres, y el alimento, lo da el Padre Celestial. ¿Qué más necesito?

"Mira tú, que en los refugios que tienen los Terapeutas no sufran hambre y desnudez los refugiados. El Padre Celestial no te perdonará, tío Jaime, si teniendo ese oro en la bolsa, sufren hambre algunas criaturas tuyas.,

"Igualmente, no permitas que mi padre sufra inquietudes en el pago de sus deudas con los proveedores y con los jornaleros. La prolongación de su vida depende de su mayor tranquilidad.

"Entre tú y Jhosuelín, bien pueden arreglarse para descargarle de todo peso.

—¡ Oh Jhasua! ¡No conoces a tu padre! Es tan escrupuloso en cuestión de pagos que quiere saberlo todo.

—Bien, que sepa que yo te autorizo para cubrir cualquier déficit que pueda traerle a él inquietudes.

"Tú habrás de acompañarme, tío Jaime, a visitar un día a esos tres hombres de Dios que velan por mi bien desde que nací —añadió Jhasua después de unos momentos de silencio.

_ ¿Cuándo será ese viaje? Recuerda que hay uno en proyecto para cuando tengas 21 años.

_ Sí, el de Egipto, a reunimos con Filón en Alejandría.

"Entonces podré visitar a Melchor en Arabia. Tiene su Escuela cercana al Sinaí.

"A Baltasar en Susan, le visitaremos el año próximo; es el más anciano y temo que la muerte me gane la delantera. Quizá a Gaspar le visitaré entonces también.

"A los tres les enviaré epístolas en este sentido.

"Hasta ahora fueron los Ancianos del Tabor quienes les enviaban noticias mías por ser yo un parvulito. Pero ahora que soy ya hombre, debo hacerlo por mí mismo.

Luego de encontrarse Jhasua en el Santuario, confió a los Ancianos en la reunión de la noche sus deseos de visitar a los sabios astrólogos de Oriente, que desde su nacimiento se habían preocupado de su bienestar material.

Hijo mío —le dijo el Servidor—; según convenio hecho con ellos, tus padres y nosotros, de estos asuntos debíamos enterarte a los 20 años que aún no tienes. Pero, puesto que lo has sabido antes, hablemos de ello, ya que sólo faltan meses para entrar en la edad fijada.

"No creas que hayas quedado mal ante ellos por tu silencio, que ellos mismos lo han querido.

"Ahora quieres visitarles porque tu delicadeza, sabiéndote favorecido por ellos, te apremia en tal sentido, y esto era lo que ellos quisieron evitar, a fin de que nada perturbase la quietud de tu espíritu durante el crecimiento de la infancia y el desarrollo de la adolescencia.

"Como superiores maestros de almas, los sabias orientales dan d valor que tienen las inquietudes prematuras en los cuerpos que están en formación y crecimiento, y tratan de evitar la repercusión en el espíritu.

"Y para que tu espíritu llegase a la plenitud a que está llamado a llegar, trataron ellos de evitarte angustias y terrores, comunes en los hogares azotados por todo género de contingencias.

"En nuestras crónicas que ahora ya puedes conocer, encontrarás con detalles la correspondencia que la Fraternidad Esenia ha tenido con los tres sabios astrólogos que te visitaron en la cuna.

"Los mensajes llegaban por las caravanas al Santuario del Monte Hermón en el Líbano, con los envíos anuales de treinta monedas de oro, diez por cada uno de tus tres protectores.

"Es una pobre casita del suburbio de Ribla, hospedaje habitual de nuestros Terapeutas peregrinos, eran recibidos, los mensajes y el donativo, que venía a nosotros y pasaba a tus padres llevado siempre por nuestros Terapeutas.

— ¿Por qué no me dijisteis de esa casita refugio en Ribla, para visitarla como se visita un templo? —preguntó Jhasua.

—Por las razones antedichas hijo mío. El silencio, cuando se promete guardarlo, es sagrado para todo esenio. Se esperaba que entrases en la madurez de tu juventud, a la cual has llegado con toda la plenitud de tu espíritu que hemos procurado para ti entre todos.

"Jhasua—... Eres el Enviado del Altísimo para remedio de la humanidad en esta hora de su evolución, y todo cuanto hiciéramos por tu personalidad espiritual, nunca sería demasiado.

"En la primera vez que vayas a Ribla, podrás visitar el Refugio.

"El don de tus protectores está como ya lo sabes en manos de tus padres. Pero los mensajes de orden espiritual y las epístolas cruzadas entre los astrólogos orientales y nosotros, están en nuestras crónicas, y son copias de los originales que se encuentran en el Gran Santuario de Moab, según manda nuestra ley.

"El hermano cronista, queda autorizado para enseñarte todo cuanto hemos recibido referente a ti, de tus sabios protectores y amigos.

— ¡Gracias Servidor! —exclamó el joven Maestro—. Veo que soy deudor de todos y por todo, y que no me bastará una vida para pagarlos a todos.

—No te preocupes, ya está todo pagado con tenerte entre nosotros y haber sido designados por la Eterna Ley para formar tu nido espiritual en esta hora de tu carrera mesiánica.

Jhasua, en una explosión de amor de las que solo él era capaz, se arrodilló sobre el pavimento en plena reunión y levantando al cielo sus ojos y sus brazos exclamó:

—Padre mío que eres amor eterno!... Seas tú, dueño de cuanto existe, el que pague por mí a todos cuantos me han hecho bien en la Tierra.

El Servidor lo levantó de su postración y le abrazó tiernamente.

—Este abrazo y este momento —le dijo— se ha anticipado en nueve lunas que faltan para entrar a tus 20 años. El Dios del Amor lo quiso así.

Los otros Ancianos le abrazaron igualmente, diciéndole todos, frases llenas de ternura y de esperanza para que le sirvieran de aliento y estímulo, al entrar en la segunda etapa de su misión como Instructor y Enviado Divino:

Uno de ellos, originario de Pasagardo en Persia, que por mayor conocimiento de aquella lengua era el que había sostenido la correspondencia con el sabio astrólogo Baltasar, dijo a Jhasua:

—En una de sus epístolas decía, que un momento de grandes dolores que hubo en su vida por la ignorancia humana, tuvo la debilidad de pedir la muerte por falta de valor para continuar la vida en la posición espiritual en que estaba. Y tú Jhasua en el sueño le visitaste cuando tenías trece años de vida física. Aún perduraba en ti la impresión sufrida en tu visita al Templo de Jerusalén y para consolar a Baltasar de las miserias humanas que le atormentaban, le referiste tu dolor por igual causa a tan corta edad.

"El pidió aquí la comprobación de que tú le habías visitado durante tu sueño. Por el Terapeuta que te visitaba cada luna, sabíamos bien tus impresiones en el Templo de Jerusalén.

"Te refiero esto para que sepas hasta qué punto estás ligado espiritualmente con ese noble y sabio protector tuyo, Baltasar.

"Tu visita a él sería oportuna en Babilonia donde pasa los meses de verano.

El Servidor anunció que era llegada la hora de la concentración mental y un silencio profundo se hizo de inmediato.

Velada la luz del recinto, en la suave penumbra violeta, impregnada de esencias que se quemaban en los pebeteros, con las melodías de un laúd vibrando delicadamente, las almas contemplativas de los solitarios con facilidad se desprendían de la tierra para buscar en planos superiores, la luz, la sabiduría y el amor.

Por la hipnosis de uno de los maestros, fue anunciado que algunas inteligencias encarnadas iban a manifestarse mientras su cuerpo físico descansaba en el sueño.

Este aviso indicaba que debían extremarse las medidas para una mayor quietud y serenidad de mente, a fin de no causar daño alguno a los durmientes cuyo espíritu desprendido momentáneamente de la materia, llegaría hasta el recinto.

El hilo mágico de la telepatía tan cultivada por los maestros espirituales de todos los tiempos, había captado la vibración del pensamiento de Jhasua hacia sus tres protectores y amigos a larga distancia, y después de un suave silencio en la sombra, la hipnosis se produjo en el maestro Asan, persa, luego en Bad Aba el cronista, después en el más joven de los Terapeutas peregrinos, que estaba en un descanso de sus continuados viajes. Se llamaba Somed y era de origen árabe.

Las Inteligencias superiores, guías de la última encarnación Mesiánica de Jhasua, habían sin duda recogido los hilos invisibles de los pensamientos, los habían unido como cables de oro en la inmensidad infinita, y la unión de las almas se efectuaba natural y suavemente bajo la mirada eterna de la Suprema Inteligencia, que hizo a la criatura humana los dones divinos del pensamiento y del amor.

Los tres sabios astrólogos que hacía 19 años se unieron sin buscarse en el plano físico para visitar el Verbo recién encarnado, acababan de unirse en el espacio infinito para acudir al llamado de su amorosa gratitud, inquieta ya por desbordarse en ternura hacia aquellos que a larga distancia tanto le habían amado.

El mago divino del Amor es siempre invencible cuando busca el amor.

Y en la penumbra violeta de aquel santuario de rocas, se oyeron estos tres nombres pronunciados por los tres sujetos en hipnosis:

"Baltasar. Gaspar. Melchor.

Tu amor Jhasua nos trae enlazados, con hilos de seda —dijo Baltasar que habló el primero. — Bendigo al Altísimo que me ha permitido verte entrar en la segunda etapa de esta jornada tuya para la salvación espiritual de esta humanidad. No veré tu apostolado de Mesías desde este plano físico, sino desde el mundo espiritual al que tornarás triunfador a entrar en la apoteosis de una gloria conquistada con heroicos sacrificios de muchos siglos.

"Tu amor lleno de gratitud hacia tus amigos de la cuna, proyecta, ya lo veo, una visita personal, y aunque ella no entraba en nuestro programa, si la Ley lo permite, bendita sea.

"En el abrazo supremo de dos soles radiantes en el infinito, llegaste a la vida Luz de Dios, que en ti desbordó su amor eterno para lavar la lepra de esta humanidad.

—"Gaspar de Shrinagar se acerca a ti en espíritu en el segundo portal de tu vida física; has terminado tu educación espiritual aún antes de que tu Yo se haya despertado a la conciencia de tu misión. La luz que traes encendida en ti, te deslumbra a ti mismo, y se diría que la velas para no cegar con sus vivos resplandores. Pero la hora llega ineludiblemente de la suprema clarividencia de tu Yo Superior. Para entonces estaremos contigo como en tu cuna, pero acaso desde el espacio infinito, a donde entrarás en gloriosa apoteosis, mientras *tus magos del oriente* desintegrarán en átomos imperceptibles, la materia que te sirvió para tu última jornada en la Tierra.

"La Eterna Ley que nos mandó cooperar con ella desde tu nacimiento, nos manda también destejer como un velo sutil tu envoltura de carne, y que sus átomos envuelvan el planeta que fue el ara santa de tus holocaustos de Redentor. ¡Paz de Dios, Avatar divino en tu segunda etapa de vida terrestre!

Melchor, el humilde Melchor, el príncipe moreno que vivía llorando aquel pecado de su juventud, no osó hablar de pie, sino que arrodillado el sensitivo en el centro de la reunión, dirigió al Verbo encarnado estas breves palabras:

"—La suprema dicha de mi espíritu me la dio la Eterna Ley al permitirme, Hijo de Dios, besarte en la cuna, ampararte en tu vida, y acompañarte en tu salida triunfal del plano terrestre.

"Esta gloria, esa felicidad suprema basta a mi espíritu para su eternidad de paz, de luz y de vida.

"¡Hijo de Dios!... ¡bendice a tu siervo que no pide otra gloria, ni otra compensación que la de tu amor inmortal!

Jhasua no pudo contenerse más y llorando silenciosamente se acercó al sensitivo que tendía sus brazos hacia él con viva ansiedad, y poniéndole sus manos sobre la cabeza le bendijo en nombre de Dios.

Entre los brazos de Jhasua, el alma de Melchor se desprendió de la materia que por la hipnosis había ocupado breves momentos.

Los tres sensitivos volvieron al mismo tiempo a su estado normal, y Jhasua se encontró de pie, solo al centro de la reunión. Con su cabeza inclinada sobre el pecho, parecía como agobiado por un gran peso que fuera superior a sus fuerzas.

Sus maestros lo comprendieron de inmediato.

El Servidor se levantó y fue el primero hacia él.

La luz se va haciendo en tu camino y te embarga el asombro que casi llega al espanto —le dijo a media voz.

Le tomó la diestra y le sentó a su lado.

Ante las palabras del Servidor, todos prestaron su fuerza mental para que aquel estado vibratorio demasiado intenso se tranquilizara poco a poco.

Aquella poderosa corriente durmió a Jhasua durante todo el tiempo de la concentración mental.

Cuando se despertó estaba tranquilo y pudo desarrollar lúcidamente el tema de la disertación espiritual acostumbrada, y que esa noche le correspondía por turno. El asunto se hubiera dicho que fue elegido ex profeso, y había sido sacada por suerte la cedulilla que decía:

"La zarza ardiendo que vio Moisés". Y al escuchar su comentario de ese pasaje, todos comprendieron que Jhasua acababa de ver también en su camino como una llamarada viva, la encrucijada primera que decidiría su senda final.

Aunque en el fondo de su espíritu había gran serenidad, no pudo dormir esa noche y muy de madrugada salió de su alcoba al vallecito sobre el cual se abrían las grutas.

Caminando sin rumbo fijo por entre el laberinto de montañas y bosquecillos, se encontró sin pensar, en la pobre cabaña de Tobías donde sus cuatro moradores estaban ya dedicados a sus faenas de cada día.

Los dos muchachos Aarón y Seth curados que fueron de su parálisis en las extremidades inferiores, ordeñaban activamente las cabras, mientras el padre, Tobías, las iba haciendo salir de los establos y encaminándolas a los sitios de pastoreo.

Beila, la buena madre, rejuvenecida por la alegría de sus dos hijos fuertes y sanos, adornada de su blanco delantal, soberana en la cocina, sacaba del rescoldo los panes dorados con que la familia tomaría el desayuno.

Estos hermosos cuadros hogareños llevaron una nueva alegría de vivir al meditabundo Jhasua.

Tobías le acercaba el cabritillo más pequeño que llevaba en brazos. Aarón le ofrecía un canterillo de leche espumosa y calentita, y Beila salía de la cocina llevando en su delantal panecillos calientes para el *niño santo* como ella le llamaba.

Aquel amor tierno y sencillo como una égloga pastoril, llenó de emoción el alma sensible de Jhasua que les sonreía a todos con miradas de indefinible sentimiento de gratitud.

Y en el dulce amor de los humildes, se esfumó suavemente la penosa preocupación que los acontecimientos de la noche anterior le habían producido.

En aquella cocina de piedra rústica, alrededor de la hoguera en la que ardían gruesos troncos de leña, Jhasua se sintió de nuevo adolescente, casi niño, y compartió el desayuno familiar con gran alegría.

La familia no cabía en sí de gozo con la inesperada sorpresa, pues hacía ya tiempo que Jhasua no les visitaba.

Los amigos de Jerusalén, las copias, el archivo, el viaje a Nazareth, le habían ocupado todo su tiempo.

—Sólo os veíamos de lejos —decíale Tobías— y con eso nos bastaba.

El escultor antes de marcharse a Ribla nos dijo que estabais muy ocupados con gentes venidas de Jerusalén —añadió Seth.

Sí, es verdad —respondió Jhasua— pero hay otro motivo y me culpo de ello grandemente. Como ya os sabía tranquilos y dichosos, juzgué sin duda que no precisabais de mí, y quizá por eso se me pasó más tiempo sin venir.

— ¿Quién no precisa de la luz del sol, niño de Dios? —dijo riendo Beila que se había sentado junto a Jhasua, para pelarle las castañas recién sacadas del fuego y ponerle manteca en las tostadas.

—En este caso, madre Beila, sois vosotros la luz del sol para mí les dijo Jhasua alegremente— y acaso con el interés de que me la deis, será que he venido.

— ¿Cómo es eso? ¿Qué luz hemos de daros nosotros, humildes campesinos, perdidos entre estas montañas? —preguntó Tobías.

— ¡Sí Tobías, sí! No creáis que el mucho saber trae mucha paz al espíritu. Las profundidades de la Ciencia de Dios, tiene secretos que a veces causan al alma miedo y espanto, como en las profundidades del mar se encuentran maravillas que aterran.

"Yo estaba anoche bajo una impresión semejante, y salí a la montaña pidiendo al Padre Celestial la quietud interior que me faltaba. Sin pensar llegué aquí, y en vosotros he encontrado la paz que había perdido. Ya veis pues, que soy vuestro deudor.

—Pero vos curasteis nuestro mal —díjole Aarón, y sanasteis nuestro rebaño y desde entonces, hace dos años, nuestro olivar y el viñero y todo nuestro huerto parece como una bendición de Dios.

—Hasta los castaños que estaban plagados —añadió Beila— se han mejorado y mirad que buenas castañas nos dan.

—En verdad —respondió Jhasua— que se comen maravillosamente. ¡Mirad cuántas ha pelado para mí la madre Beila!

—Todo bien nos vino a esta casa con vos niño santo —decía encantada la buena mujer— y aún nos decís que nos quedáis deudor.

—Yo sé lo que me digo madre Beila. Salí de mi alcoba entristecido y ahora me siento feliz.

"Vuestro amor me ha sabido tan bien como vuestra miel con castañas. Que Dios os bendiga Tobías

—Gracias, y a propósito ¿sabes que tengo una idea?

—Vos lo diréis, vos mandáis en mi casa.

—En el Santuario nos hemos quedado sin porteros, y ya sabéis que tal puesto es de una extrema delicadeza. El viejo Simón fue llevado al lago donde tiene toda su familia. Quiere morir entre ellos. Yo le visité hace tres días y allí quedaron dos de nuestros Ancianos asistiéndole.

"Creo que el Servidor estará contento de que ocupéis vosotros ese lugar. ¿No os agradecería?

—Y ¿cómo dejamos esto? —preguntó Tobías.

— ¿Y por qué lo habéis de dejar? El Santuario está tan cerca que sin dejar esto, podéis servirnos allá. Puedes acudir a la mañana y a la tarde unas horas. Los muchachos y la madre Beila creen que bastan para cuidar esto. ¿Qué decís vosotros?

—Que sí, que está todo bien lo que vos digáis —decía Beila—. No faltaba más que nos opusiéramos a vuestro deseo. Si los Ancianos lo quieren, no hay más que hablar. Al Santuario debemos cuanto tenemos.

—Está bien, mañana os traeré la resolución definitiva.

"Y será también el momento oportuno de que Aaron y Seth entren a la Fraternidad Esenia, ya que sus padres lo son desde hace años.

"La familia portera del Santuario debe estar unida espiritualmente con él. Conque amigos míos —les dijo Jhasua a los muchachos— si queréis ser mis hermanos, ya lo sabéis, yo mismo os entregaré el manto blanco del grado primero.

—Y ¿tendremos mucho que estudiar? —preguntó Seth que era un poco remolón para las letras.

—Un poquillo, y para que no te asustes seré yo tu primer maestro de Sagrada Escritura.

"Ya veis, algo bueno salió de esta mi visita a la madrugada. No todo había de ser comer miel con castañas y panecillos dorados. No sólo de pan vive el hombre.

Cuando Jhasua se despidió, un aura suave de alegría y de paz les inundaba a todos.

También el joven Maestro, había olvidado su penosas preocupaciones. Tobías y sus hijos le acompañaron hasta llegar al Santuario, mientras la buena Madre Beila repetía sentada en el umbral de su puerta:

— ¡Es un Profeta de Dios! Donde él entra, deja todo lleno de luz y de alegría! Que Jehová bendiga a la dichosa madre que trajo tal hijo a la vida!

Acaso pensará el lector que en la vida de un Mesías, Instructor de la humanidad de un planeta, es demasiado insignificante el sencillo episodio que acabo de relatar. Lo sería, si no estuviera él relacionado con acontecimientos que más adelante fueron piedras firmes en los cimientos del Cristianismo. La Eterna Ley se vale de seres humildes y pequeños, ignorados de la sociedad para levantar sus obras grandiosas de sabiduría y de amor.

La colocación como porteros del Santuario del Tabor de la familia de Tobías, trajo el acercamiento de un niño huérfano de madre, de 10 años de edad, hijo de padre griego, radicado en Sevthópolis de Samaría, cuyo nombre era Felipe. Su madre fue hermana de Beila esposa de Tobías la cual tomó al niño a su cuidado, y los maestros del Tabor cultivaron su espíritu. Como era muy turbulento y travieso, divertía grandemente a Jhasua, que acaso no pensó que aquel parvulito de diez años, sería un ferviente predicador de su doctrina años después, con el nombre muy conocido del *Diácono Felipe*, fundador de la primera Congregación Cristiana de Samaría.

Volvamos nuevamente a la intimidad de Jhasua, santuario secreto y divino al cual entramos en silencio y mediante su *Diario* que es el espejo en que se reflejaba.

Los nueve meses que faltaban para llegar a los veinte años, los pasó dialogando consigo mismo en la profundidad de su espíritu que buscaba su ley con una ansia indescriptible.

Durante ese tiempo, vivió tan intensamente su vida interna, que asombra ver el alto grado a que llegaron sus facultades espirituales.

Los Ancianos afirmaban que desde los tiempos de Moisés no se había visto nada semejante, ni aún en las Escuelas más consagradas a las experiencias supra-normales.

Durante este tiempo ocurrió también un hecho que vamos a conocer a través del Diario de Jhasua.

"En mis tres concentraciones espirituales de este día —escribe en su carpeta— he sentido, visto y oído algo muy singular. Desde el fondo de unas grutas muy semejantes a éstas, me llamaban por mi nombre, añadiendo los calificativos mesiánicos que algunos gozan en darme.

"Es un llamado espiritual sin voces y sin sonidos que sólo el alma percibe en los silencios hondos de la meditación.

"Los que llaman son encarnados y las grutas que habitan están en Samaría, entre las escarpadas montañas que quedan a la vista de la ciudad de Sevthópolis, punto de conjunción de todas las caravanas.

"Esas voces clamorosas y dolientes me piden que les consiga el perdón de la Fraternidad Esenia. Somos Esenios —me dicen— del tercero y cuarto grado. La soberbia hizo presa en nosotros que quisimos erigir aquí un templo como el de Jerusalén con su deslumbrante pontificado. Como eso era salimos de nuestra ley, la protección divina se alejó de nosotros y en vez de un templo, nuestro Santuario se convirtió en madriguera de forajidos que nos amarraron con cadenas reduciéndonos a las más tristes condiciones. No quedamos ya sino tres de los veinticinco que éramos. Casi todos han perecido de hambre y de frío, y otros han huido.

¡Mesías, Salvador de Israel ten piedad de nosotros!

"Jamás oí decir —continuaba escribiendo Jhasua —que en Samaría hubiera un santuario Esenio entre las montañas al igual que los demás.

"Oí hablar y conozco el del Monte Hermón, donde estuve oculto en mi niñez; el del Carmelo donde me curé de mis alucinaciones de niño; el del Monte Quarantana, donde recibí la visita de los Ancianos del gran Santuario del Monte Moab, y éste del Tabor en que he recibido mi educación espiritual de joven.

"¿Qué santuario es éste desde el cual piden socorro? Los Ancianos nunca me lo dijeron para no descubrir, sin duda, el pecado de sus hermanos rebeldes a la ley.

"No me agrada penetrar así como a traición el secreto que ellos han guardado referente a esto, mas ¿cómo he de comprobar si esto es una realidad, o un lazo engañoso que me tienden las inteligencias malignas para desviarme de mi camino?

"Forzoso me es preguntarles confiándoles lo que me ocurre.

"Mi espíritu está condolido profundamente de estos llamados angustiosos.

"En mi última concentración esta misma noche, no he podido menos que prometerles mentalmente que trataré de remediarles".

Y el *Diario* se cerró por esa noche.

A la mañana siguiente, después de la concentración mental matutina, Jhasua pidió al Servidor que le escuchase una confidencia íntima.

El Anciano le llevó a su alcoba, donde animado de la gran ternura que guardaba en su corazón para el joven Maestro, le invitó a hablar.

Jhasua le refirió cuanto le había ocurrido en sus concentraciones mentales del día anterior. Oigámosle:

—En cumplimiento de nuestra ley y de lo que vosotros me habéis enseñado, después de unirme con la Divinidad, extendiendo mi pensamiento de amor hacia todos los que sufren, primero entre los conocidos y los lugares cercanos y luego hacia todo el planeta.

"Como algo, me ocupo de Felipe, el hijo adoptivo de Beila, el pensamiento se posó, en Sevthópolis donde vive su padre, que en el concepto de Tobías, nuestro actual portero, ha tomado un comercio muy delictuoso: la compra de esclavos.

"Del padre del niño me ocupaba en mi oración, cuando sentí angustiosos llamados de unos Esenios amarrados en unas grutas cercanas a esa ciudad.

"Tales voces me piden que les consiga el perdón de la Fraternidad Esenia porque reconocen haber pecado en contra de la ley.

"Tan insistentes llamados me causan una angustia indescriptible, que hasta me lleva a pensar si seré víctima de inteligencias perversas que quieren perturbar mis caminos espirituales.

—Hijo mío —le contestó el Anciano— puede haber una realidad en cuanto me dices.

"Jamás te hablamos de ese desdichado Santuario nuestro de Samaría, que se salió de su ley y pereció. Pero ya que el Señor ha permitido que por revelación espiritual lo sepas, no debo ocultártelo por más tiempo.

"Debe ser llegada la hora en que seas de verdad la luz de Dios sobre todas las tinieblas.

"Tinieblas del espíritu son las que envolvieron a esos hermanos nuestros, que cansados de la vida ignorada y sin aparato exterior, quisieron brillar en el mundo con los esplendores del Templo de Jerusalén.

"Las donaciones que los hermanos hacían para el sostenimiento de nuestro refugio de enfermos y de ancianos, las emplearon en adquirir maderas del Líbano y mármoles y plata para el templo que se proponían levantar en Sebaste, entre las hermosas construcciones hechas por Herodes el Grande, con los tesoros que fueron sudor y sangre del pueblo hebreo. El Sanhedrín de Jerusalén que está alerta siempre, llegó a saberlo, y por medio de sus hábiles aduladores para con el Rey, los que dirigían los trabajos fueron detenidos, los materiales acaparados por orden del Rey, el Santuario invadido y robado, hasta que bandas de malhechores de los que tanto abundan en las montañas de Samaría, tomaron las inaccesibles grutas como antro de ocultamiento para sus crímenes.

"Creíamos que ningún esenio quedaba y que todos habían huido. Los que no estuvieron de acuerdo con la idea que los perdió, fueron cuatro y esos se retiraron al Santuario del Carmelo, donde tú les has conocido y donde aún permanecen.

"Nosotros les avisamos que se salían de su ley que mandaba para esta hora una obra puramente espiritual y de alivio a los que sufren.

"Nuestra misión era preparar los caminos al Enviado Divino desde nuestro retiro, pues que siendo ignorados del mundo, gozábamos de la santa libertad que nos era necesaria. En toda la Palestina y Siria están diseminados nuestros hermanos, y son pocos los hogares donde no haya un esenio con una lucecita inextinguible dando claridad sin que nadie se aperciba.

y ahora ¿qué hacemos? —Preguntó Jhasua—. ¿Cómo comprobar que tres seres están amarrados en las grutas y que piden perdón y socorro?

Hace tres días llegó uno de nuestros Terapeutas peregrinos que conoce mucho las montañas de Samaría., porque es natural de Sichen v que estuvo más de una vez en aquel santuario.

Llamado que fue el Terapeuta, dijo que en Sevthópolis había gran alboroto entre el pueblo, porque habían sido capturados los malhechores que habitaban en las montañas y que pronto serían ejecutados.

_ Si aun hay Esenios en las grutas —añadió— deben ser los que oí decir que los bandidos tenían secuestrados para evitar que dieran aviso a la justicia. Por otros Esenios que huyeron antes y dieron aviso, es que la justicia empezó a buscarles y por fin los han encontrado.

— ¿Entonces las grutas estarán solas? —preguntó Jhasua.

Probablemente, con los tres amarrados en ellas según el aviso espiritual —contestó el Servidor.

—Si vosotros me lo permitís, yo desearía ir allá para salvar a esos infelices hermanos que tan terriblemente pagan su culpa —dijo Jhasua al Servidor.

—Tu anhelo es digno de ti, hijo mío —le contestó el Servidor, pero debemos usar de mucha cautela y prudencia.

"En la concentración mental de mediodía consultaremos el caso con nuestros hermanos. Y lo que entre todos resolvamos será lo que más conviene. Queda pues tranquilo, hijo mío, que hoy mismo tendrás la respuesta.

De todo esto resultó que Jhasua con Melkisedec, con el Terapeuta samaritano como guía, con los dos hermanos Aarón y Seth y el niño Felipe, se pusieron en camino cuando pasó la caravana que venía de Tolemaida.

Ambos hermanos y el niño iban con el objeto de convencer al padre de este, de abandonar su indigno comercio y entregarse a una vida tranquila y honrada. Beila padecía hondamente con el pensamiento de que el marido de su hermana y padre de Felipe, cayera un día como un vulgar malhechor en poder de la justicia, causando la deshonra de toda la familia. El comercio de esclavos llevaba a veces a inauditos abusos.

Al pasar la caravana por Nazareth y Naim donde se detuvo unas horas, Jhasua aprovechó para volver a ver a sus amigos de la infancia Matheo y Myrina, aquellos dos niños que tanto le amaron cuando él era un parvulito de 10 años y estaba curándose en el Santuario del Carmelo.

Fue también a su casa paterna, donde les encontró alrededor de la mesa junto al hogar para la comida del mediodía.

Myriam dejó apresuradamente la cazuela de barro con el humeante guiso de lentejas, cuando vio en el caminito del huerto la figura blanca de Jhasua como un recorte de marfil entre el verde oscuro del follaje.

— ¡Otra sorpresa hijo!... ¿qué pasa? —le preguntó abrazándole tiernamente.

—Algo muy bueno, madre. Llegué con la caravana de paso para Sevthópolis. Ya te explicaré.

Ambos entraron en la casa donde todos los rostros parecieron iluminarse con esa íntima alegría del alma que nunca es ficticia, porque se desborda como un manantial incontenible.

— ¡Jhasua en nuestra comida de hoy!... —fue la exclamación de todos.

Sentado a la mesa entre Joseph y Myriam, hizo la bendición de práctica, que su padre le cedió como un gran honor hecho a su hijo, Profeta de Dios.

Les refirió lo que había ocurrido y que iba con dos Esenios más y los hijos de Tobías a restaurar el abandonado Santuario en las montañas de Samaría.

La dulce madre se llenó de espanto, pues sabían todos allí, que las grutas se habían convertido en guarida de malhechores.

— ¡No temáis nada madre! —decía Jhasua tranquilizándola. Los bandidos fueron apresados todos, y allí sólo hay tres Esenios muriendo de hambre y miseria, amarrados en una gruta. Son ellos los que han pedido socorro.

"Salvarles y reconstruir un santuario de adoración al Señor y de trabajos mentales en ayuda de la humanidad, es una obra grandiosa ante Dios, y merece cualquier sacrificio.

La conversación siguió con estos temas, y las preguntas de todos daban motivo al joven Maestro para que él mismo y sin pretenderlo, fuera delineando cada vez más grande y más hermosa su silueta moral y espiritual de apóstol infatigable de la fraternidad y el amor en medio de la humanidad.

Cuando terminó la comida, el tío Jaime hizo un aparte con Joseph.

—Acompañaré a tu hijo en este corto viaje —le dijo— porque temo sus entusiasmos juveniles y quiero cuidarle de cerca.

—Bien, Jaime, bien. No podías haber pensado nada mejor. ¡Cuánto te agradecemos tus solicitudes para con él —le contestó Joseph.

—A más —añadió Jaime— para cualquier eventualidad, si estás de acuerdo daré a Jhasua algo de sus dineros. El acaso lo necesita y lo merece. Aquel santuario habrá sido despojado de todo.

"¡Hace tantos años que fue asaltada por los bandidos!

—Habla esto con Jhasua y él lo resolverá —dijo el anciano al propio tiempo que Jhasua doblaba cuidadosamente una túnica y un manto nuevos que su hermana le había tejido. La

madre le acomodaba en una cestilla cerrada, una porción de golosinas y frutas. ¡Dulce escena hogareña, repetida cien veces en todo hogar donde hay madres y hermanas conscientes de su misión suavizadora de todas las asperezas en la vida del hombre!

Toda la familia le acompañó hasta el camino donde se veía desde el huerto la caravana detenida. Al verles llegar, Felipe corrió hacia Jhasua diciéndole:

—Creí que no volvías más. ¡Qué susto pasé!

Jhasua acariciándole explicaba a sus familiares quién era este niño y por qué le llevaban.

—Esto te interesa a ti —le dijo Jhasua entregándole la cestilla.

"Entre los dos daremos buena cuenta de todo esto, Felipe, si te place.

El chiquillo que ya había husmeado el olor de pasteles y melocotones puso una cara de gloria que hizo reír a todos.

El tío Jaime se incorporó a la caravana que partió mientras la familia agitaba las manos y los pañuelos, despidiendo a Jhasua y los amigos que le acompañaban.

Jhasua y los esenios

(<http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/arpas2.htm>)



... " ¡Háblanos Padre nuestro, que tus hijos escuchan!".

Hubo unos momentos de silencio profundo para que cada uno buscara la unión con la Divinidad.

Acto seguido, Jhasua tomó la palabra para hacer con la brevedad que pudo, una exposición del estado espiritual y moral de la humanidad de entonces, descubriendo una por una todas sus llagas, sus enfermedades casi incurables a fuerza de ser crónicas, sus desequilibrios de todo género, en una palabra, su completa desorientación a contar desde el tiempo prehistórico, en el cual la antigua civilización Kobda había acercado a la Divina Idea, la humanidad de tres Continentes.

- Pasada aquella época -dijo- encendió el Eterno sus lumbreras en distintas regiones de la tierra, pero sus resplandores permanecieron pocos siglos a la vista de los hombres de buena voluntad, cuyas mentalidades nuevas, cedían por milésima vez a las tinieblas de errores, constituidos en leyes por los dirigentes de las multitudes.

"Tenéis la palabra -dijo- para esbozar vuestros respectivos programas". - Volver a la obra regeneradora de Krishna y Buda - dijo Gaspar el hindú. - Volver a la Ley de Moisés - dijo Melchor

el maestro de Horeb y Sinaí. - ¡ Krishna, Buda y Moisés!... divina trilogía que trajo a la tierra la Luz de Jehová - exclamó uno de los ancianos de Moab.

- Todos los tres - dijo Filón- deben estar encerrados en el cofre de oro y cristal, del actual mensajero de la Eterna Idea, Jhasua de Nazaret. Que él esboce una síntesis de lo que será la doctrina que sembrará en esta hora de su Mesianismo, y nosotros pondremos todo nuestro esfuerzo para ser eficientes colaboradores suyos.

- Yo pienso - dijo Jhasua- que un verdadero Maestro de Divina Sabiduría, no puede nunca destruir lo que otros auténticos Maestros han enseñado, porque tal cosa sería como si ¡a Eterna Idea se hiciera guerra a Sí Misma.

"Pienso por el contrario, que los auténticos enviados divinos como Instructores de la humanidad deben estar de acuerdo en su enseñanza, aún cuando bien se comprende que pueda tener algunas variantes sin mayor importancia, y las cuales se justifican con el mayor o menor grado de comprensión de las porciones de humanidad a quienes se dirigen.

"Y si bien lo observamos bajo un severo análisis, los Kobdas de la prehistoria que civilizaron tres Continentes, no dieron una enseñanza diferente de la de Krishna, Buda y Moisés. Aquel período luminoso y fecundo en grandes obras de bien y de justicia, no tuvo otros horizontes que el amor fraterno, al cual dieron formas definitivas y tangibles en aquella vasta asociación de países que denominaron Gran Alianza.

" Krishna y Buda fueron enviados al Asia Oriental; Moisés y Abel recibieron mandato para el Asia Occidental. En cuanto a mí, el postrero de todos ellos, tened por seguro que no haré más que reavivar los tintes, los tonos, los claro-oscuros del gran lienzo de la evolución humana, que todos los verdaderos Maestros de Divina Sabiduría copiamos de la Eterna Idea Madre.

"La enseñanza de todos ¡os Instructores, se ha basado en el Amor Universal, que es la gran Ley que rige los mundos.

"La enseñanza de Krishna fue como un reflejo diáfano de los antiguos Kobdas, de los cuales estaba aún cercano: freno duro para la injusticia y la prepotencia; decidida protección para los débiles y esclavizados. Treinta centurias han pasado, y el lejano oriente en general, no recuerda ya de Krishna sino que fue un valeroso príncipe que abatió a los usurpadores.

, "Tan sólo en unos pocos Santuarios-Escuelas se lee su "Baghavad-Gita"

en el que se ha resumido parte de su enseñanza más adelantada.

"Quince centurias han corrido desde. que Moisés grabó la Ley Divina en tablas de piedra para el pueblo, y sus cinco Libros para las mentes más cultivadas. "Seis centurias hace que Buda se despojó de todo, para enseñar con su propia inmolación, el desprendimiento de todos los goces materiales y groseros, cuando se busca llegar a una gran altura espiritual.

"Y la enseñanza de Krishna, de Moisés y de Buda ha sido igualmente falseada, adulterada y proscrita de todas las mentes y de todos los corazones, para sustituirla por un monumental catafalco de prescripciones, ordenanzas y ritos, en conformidad con las tendencias interesadas de los dirigentes de pueblos, y de los interventores en el santuario de las conciencias.

"Mi enseñanza de hoy sufrirá la misma suerte, y sería necia ilusión pretender lo contrario. Mas, dada la evolución de la humanidad actual, será mayor el número de lámparas encendidas en las tinieblas que vendrán después de mí; lámparas que resistirán ardiendo hasta morir en los patibulos, en las hogueras, en los circos, donde los arrojarán como a los vencidos en las guerras de conquista. Y el fraude, el engaño, la errónea interpretación de la Idea Divina, volverán a subir a flote enturbiando todas las aguas, hasta que los huracanes del final de ciclo, hayan barrido de la superficie de la tierra a todos los falseadores de la Verdad Eterna.

"¿Cuál será pues vuestra cooperación en mi doctrina? Constituir cada cual en su país, núcleos de discípulos conscientes para que sean los maestros del porvenir, con lo cual conseguiremos que sean más los salvados que los perdidos en las tinieblas de una nueva evolución en planetas inferiores, donde las condiciones de la vida física, nos causarían espanto a los hombres de la actualidad .

"Y para terminar os digo que, mi enseñanza para los pueblos estará basada en estas palabras de la ley de Moisés:

"AMA A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y AL PROJIMO COMO A TI MISMO".

- ¡Muy bien Jhasua!.. ¡Digno de ti!... -exclamó en alta voz el maestro Filón de Alejandría, mientras todos los demás habían expresado su conformidad sólo con movimientos de cabeza, con miradas encendidas de entusiasmo, con sonrisas que eran como una floración del alma-

"Pero todo eso -continuó Filón- es código para las multitudes que no aspiran más que a su tranquilo bienestar material. Y para nosotros Jhasua, y para todos aquellos que como nosotros aspiran a conocer a esa Potencia Suprema que llamamos Qios. ¿Qué nos das Jhasua, qué nos das?

"El Enigma, el Misterio, el Incognoscible nos rodea por todas partes, y nuestra alma anhela saber algo de ese Dios al que quiere amar. Todos nosotros presentimos, adivinamos casi, la tumultuosa actividad, los torbellinos de vida, de fuerzas, de poderes sobrehumanos que gravitan lejos, cerca, y hasta dentro de nosotros mismos.

"La Ley de la Evolución nos dice mucho. La Ley de la preexistencia nos habla también alto. No obstante, las sombras son aún muy densas, y tú, encarnación del Pensamiento Divino, eres el Clamado a disolverlas en el mar diáfano de la Verdad sin velos".

Hubo un momento de expectativa silenciosa en que todos esperaban la contestación del gran Maestro.

- Filón, amigo mío - dijo con admirable serenidad Jhasua-, estás en lo justo, y yo también lo estoy en lo que te digo, que en mundos como la tierra , cuanto la Ciencia corre más a prisa que la moral, trae el desbordamiento de fuerzas tremendas, que nada ni nadie puede contener. Por tener más ciencia que moral, fueron tragadas por el abismo, la civilización Lemúrica y Atlántica. Juno y Numú, alumbraron a Lemuria con la lámpara suave del amor fraternal , antes que con la antorcha ardiente de la ciencia. Pero Lemuria, rompió los velos del Eterno Enigma antes del tiempo, y lo incognoscible la sepultó en su inmenso silencio, Anfión y Antulio iluminaron a la virgen de oro del Atlántico, y el último, le dio lo más que podía dárselos a mentes humanas del planeta tierra. Mas la ciencia de los atlantes, audaz y soberbia, rasgó con su estilete el velo del Santa Sanctorum, y la Suprema Potencia que obscurece a los soberbios y da su luz a los humildes, desató el tremendo desbordamiento de fuerzas desconocidas y la sepultó también en el eterno silencio.

"La sabiduría más antigua que conocemos los hombres de esta hora, es la que nos dejaron en libretos de piedra los Flámenes Lemures, los Profetas Blancos de Atlántida y los Dacthylos del Atica.

"De ese rico venero, extrajeron los Kobdas de la Prehistoria, la capacidad de impulsar hacia la Verdad, el Bien y la Justicia a la humanidad de tres Continentes. Pero toda esa grandiosa ola de Sabiduría Divina, tan sólo osó levantar la punta del velo que oculta el Eterno Enigma; apenas lo suficiente para enseñar a los hombres, que Dios es Amor Infinito, Justicia Inexorable. Poder Absoluto, Energía Suprema, Vida eternamente renovada en todas y cada una de sus creaciones, desde los más radiantes soles que pueblan la inmensidad, hasta la más insignificante larva que forma su colonia en una burbuja de espuma, o en la grieta de un peñasco.

"El simbolismo incomprendido, de la célebre pareja del Paraíso, perdido por haber comido del árbol de la Ciencia que igualaba en sabiduría al hombre con su Creador, nos dice de la manera más sencilla y al alcance de todas las mentes, que este planeta con todo cuanto encierra, no es sino un organismo en formación, y que es pueril vanidad, y hasta estupenda locura, pretender subirle de un salto a la altura mental a que llegaron en centuplicados millones de siglos, los mundos radiantes habitados por Inteligencias tan poderosas y puras, que cooperan con la Suprema Potencia en la creación de nebulosas y, en la dirección de Sistemas Planetarios que aún no vislumbraron los hombres de esta tierra.

"Lo que sucedería con el embrión humano que está en formación en el seno materno, si se pretendiera conseguir prematuramente la hora del nacimiento, es lo que ocurre cuando se precipita la llegada de esta humanidad, al Templo-Luz del perfecto Conocimiento Divino.

"En nuestros Santuarios Esenios perdidos entre las grutas de las montañas, corre silenciosamente la antigua sabiduría condensada en los papiros de los Dacthylos de Antulio, que es el que más ha dicho entre los maestros de la más remota antigüedad. Su mensaje de aquella hora, estuvo casi exclusivamente dedicado a las exploraciones metafísicas, al punto de manifestarse como relator de poemas interplanetarios. A través de las crónicas de sus familiares y discípulos íntimos, podemos conocer la vida en planetas inferiores y muy superiores a la tierra. Podemos conocer la escala infinita, en la jerarquía ascendente de las inteligencias nacidas como chispas de la Eterna Llama Viva que las irradia de Sí Misma, como el sol su polvo de oro sobre nuestro pequeño mundo.

"Mi guía - nos dice Antulio, en la crónica escrita por su madre Walkiria -, levantó una punta del gran Velo de los siete colores, detrás del cual la Eterna Potencia perfectamente feliz en Sí Misma, emite de su seno oleadas interminables de chispas inteligentes y vivas, que con vertiginosa velocidad van difundiendo en el éter, cual átomos de oro, hasta que los grandes guías de la evolución de los mundos, les van ubicando en los millares de millones de globos grandes y pequeños, por donde comienzan su progreso las nuevas oleadas de vida que emergen del divino seno materno, eternamente fecundo.

"Y no bien la punta del velo fue levantada, que un torrente de luz potentísima, me cegó, me aturdió, me traspasó de parte a parte, me produjo un vértigo enloquecedor, como si de pronto hubiera perdido todos los puntos de apoyo, y me encontrara absorbido por el vacío.

"No quieras ver más - dijo mi guía- porque con lo poco que has visto, ~ has comprendido bien lo pequeña que es la criatura de evoluciones no perfectas, para ver a cara descubierta la Esencia Divina, que sólo resisten las inteligencias más superiores y puras, de las Legiones de Antorchas

Eternas y de Fuegos Magnos, que ya no descenderán jamás a existencias físicas, en mundos donde las inteligencias se revisten temporalmente de carne".

"De las crónicas antulianas, sacaron su doctrina los sabios sacerdotes de la antigua Menfis en Egipto, los maestros de (as viejísimas Escuelas de Sabiduría de Golconda y de Madura, de donde la tomó Krishna; y que perseguida después por los Brahmanes; huyó a las cimas nevadas de los Montes Himalaya, y a las selvas impenetrables del Thibet; de allí la copiaron los maestros de la antigua Persia y de la Samarcanda azul, que se confunde casi con la leyenda entre sus rocas color turquesa y sus arroyuelos de zafiros...

" 10h, Filón amigo mío!... creo que he hablado más de lo conveniente y que con lo que he dicho, tu corazón de niño ansioso de ver maravillas se habrá aquietado ante el impenetrable Enigma, cuyo amor a sus diminutas criaturas, le hace esconderse aún, para que ellas crezcan, vivan y se perpetúen glorificándole y amándole, en sus obras y en sus leyes, que son todas, vivas manifestaciones de su Eterno Amor paternal".

Filón corrió hacia el joven Maestro, y se abrazó de él con tanta efusión y ternura, que a más de uno de los presentes se les llenaron los ojos de llanto. Jhasua estrechó sobre su pecho, aquella hermosa cabeza en la cual brilla ban ya algunas hebras de plata, demasiado prematuras, y fruto quizá de la constante cavilación en que vivía por conocer la Esencia de ese Dios que su gran corazón quería amar.

- ¡Has aquietado mi corazón para siempre! - dijo Filón cuando la emoción le permitió hablar.

Los otros maestros comprendieron a través del discurso de Jhasua, mucho más de lo que habían comprendido hasta entonces, estudiando tan sólo los escasos fragmentos que en los viejos archivos de sus Escuelas se habían podido conservar.

-¿Estáis todos de acuerdo, en que en la hora actual, nuestra enseñanza a los pueblos sea basada en estas palabras de la Ley traída por Moisés?:

"¿Amar a Dios sobre todas la cosas y al prójimo como a ti mismo?" - preguntó Jhasua a los maestros que le rodeaban.

- ¡De acuerdo!... - contestaron todos -. Sólo el Amor puede tender un puente, sobre el abismo que hay entre la inteligencia humana y la Suprema Inteligencia - añadió Melchor.

- El camino del Amor es el más breve y el mejor iluminado - dijo Gaspar. - De todas las perfecciones de la Divina Esencia - dijo el maestro Abbas, el persa -, creo que el Amor es lo que más dulcifica la áspera vida humana en este planeta, y es una fuente de aguas permanentes en las que el hombre, sea de la evolución que sea, encontrará cuanto necesita para sobrellevar la carga de su existencia con ventajas para sí y para los demás.

- El Maestro lo ha dicho, y eso basta. A sembrar todos el rosal divino del Amor sobre la tierra - añadió uno de los ancianos de Moab.

- Los peñascos del Sahara se cubrirán de rosas bermejas - dijo el Profeta de los Tuareghs -, y en sus dunas amarillentas, surgirán jardines donde el mensajero de Amanai recogerá rosas color de púrpura. Veo manchas de sangre en los peñascales del Africa del Norte. Son tus héroes, son tus mártires de mañana, Niño-Luz, que has despertado con tu palabra, todos los resplandores que dormían en la niebla de mi pensamiento.

La primera reunión terminó con una ferviente acción de gracias a la Suprema Inteligencia que les había dejado entrever, las diáfanas claridades de su Esencia Divina.

En la segunda reunión se estudiaron los principios básicos de las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría, y se hizo un extracto de los que podrían darse a conocer de las masas populares que se acercasen voluntariamente a los núcleos instructores. Son los siguientes:

1° - La inmortalidad del alma humana, y su progreso constante a través de múltiples existencias físicas, con el fin de conquistarse su propia felicidad. 2° - Que la Suprema Potencia, Dios, es el Bien, es el Amor, es la Justicia, y ha grabado en la esencia misma del alma humana, el principio eterno que es su única ley: "No hagas a otro /o que no quieras para ti:

Los dolores, los males, las llamadas desgracias ocurridas a los seres, no son castigos de esa Suprema Potencia; son tan sólo consecuencias de las transgresiones del hombre a la Divina Ley, si no en la vida presente, en una anterior.

3° - Para la Suprema Potencia, Dios, no hay seres privilegiados, porque tal afirmación sería una negación del Amor y de la Justicia Divina, que se derrama por igual sobre toda criatura emanada de El. Hay solamente el Bien, atraído y conquistado, por el acierto y rectitud en el pensar y en el obrar.

4° - El alma humana es libre de obrar el bien o el mal. Si obra el bien, conquista el bien. Si obra el mal, atrae el mal.

5° - La muerte destruye tan sólo el cuerpo material, y da libertad al espíritu, que continúa viviendo ligado por el amor, a los que fueron en vidas físicas, sus afines, amigos o familiares, a los cuales sigue prestando apoyo y cooperación en toda obra de bien y de justicia. Son los ángeles tutelares más íntimos de que hablan todas las religiones.

6° - Sufrimiento eterno, no existe ni puede existir, porque la eternidad es sólo de Dios, que es Bien Supremo, y todo, absolutamente todo, ha de volver a El. El sufrimiento lo mismo en la vida física, que después de la muerte, es sólo temporal hasta tanto que la inteligencia que sufre, ha comprendido la causa y aceptado los efectos, como medios de reparar el mal causado.

Una vez reparados los efectos causados por una mala acción, el alma sigue su camino eterno con mayores facilidades y luces, debido a la experiencia adquirida.

7° - Siendo Dios Señor Supremo, que sólo por expansión de su Amor, da vida a cuanto existe, sin pedir ni esperar de sus criaturas sino que sean eternamente felices, se deduce que las faltas en contra del amor, deben ser las que atraen al alma más dolorosas consecuencias, y asimismo, que las obras de amor, grandes o pequeñas, sean las que le atraigan mayor progreso, mayor conocimiento y más felicidad.

- Estos siete principios son adaptables a todas las mentalidades, y forman como un corolario a la Ley de Moisés, basada toda en el eterno principio: "No hagas a otro lo que no quieras para ti" - dijo Jhasua cuando el tío Jaime concluyó la lectura de (as anotaciones hechas.

-Ó lo que es igual: "Ama a tu prójimo como a ti mismo" según lo grabó Moisés en sus tablas de piedra - añadió el príncipe Melchor.

En los días siguientes se realizaron tres reuniones más, en las cuales los diez maestros trataron de encontrar, y encontraron, la perfecta armonía entre las enseñanzas esotéricas de las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría: la de los Flámenes Lemures, de los Profetas Blancos atlantes, de los Dacthylos del Atica y de los Kobdas del Nilo, todas las cuales están estratificadas en los Upanishad y el Baghavad Gita, de Krishna.

Moisés y Buda removieron luego la tierra de aquella maravillosa siembra, para que la Divina Simiente, germinara y fructificara de nuevo.

Habían encontrado el camino del bien y de la justicia para las multitudes en los siete principios ya enumerados; ahora llegaron a fijar otros siete para los que anhelaban escalar la montaña santa del Conocimiento Superior. Aceptaron en primer término las seis virtudes básicas que exigía Buda para los buscadores de perfección, mediante la unión íntima con la Divinidad:

1 ° - La caridad con el prójimo.

2° - La pureza de vida en pensamiento, palabra y obra. 3° - La paciencia en todas las circunstancias de la vida.

4° - Valor para perseverar en el sendero elegido, no obstante las opiniones diversas del mundo.

5° - La concentración espiritual o meditación, buscando el propio conocimiento y la energía de la Eterna Potencia.

6° - Consagración a la ciencia, que nos descubre las obras y leyes de Dios y nos hace útiles a la humanidad.

A estas seis virtudes exigidas por Buda, añadieron la que Krishna consideraba como indispensable, para que el espíritu adelantado fuera investido por la Suprema Ley, de los poderes necesarios, para neutralizar y a veces anular los males de la vida humana o sea, el desinterés. Esta era pues la séptima virtud que juntamente con las seis anteriores formaban el extracto de la enseñanza que llevarían a la práctica los que quisieran llegar a la perfección, y por ella, a la más íntima unión con la Divinidad, a ser Uno con Dios.

¿Qué océano inmenso de amor debía pues, ser el alma del hombre, que quisiera llegar a esta altura!

- ¡Hacer el bien, siempre el bien, con un afán incansable, sin esperar la compensación del éxito, y sin temer el fracaso! - exclamó Jhasua como subyugado por la interna visión de una Belleza Suprema -.

" ¡Así es Dios!... - continuó -, así es el Dios que se da siempre, eternamente, manteniéndose en imperturbable serenidad, ante el continuado mal uso que hacen sus criaturas de los dones de su Creador.

-¿Cuándo llegaremos a ese radiante estado de conciencia, que nos mantenga perfectamente tranquilos ante la idea del éxito o del fracaso? - preguntó a la reunión el príncipe Melchor, cuya vehemencia de temperamento, aún no estaba apagado por completo, no obstante las experiencias que había pasado y los estudios superiores a que llevaba consagrados 25 años de su vida.

- Cuando hayamos logrado poner en práctica (os siete principios de la vida perfecta - contestó Jhasua con una solemnidad de inspirado, por cuyos labios parecía cruzar en ese instante, el soplo divino del Eter no Enigma.

Tomaron asimismo la disposición de que los nueve maestros que rodeaban a Jhasua, escribiera cada cual por separado, una vez vueltos a sus respectivos países y moradas, un tratado pequeño que se denominaría "Comentarios a los catorce principios de Divina Sabiduría, esbozados en la reunión de maestros del Monte Hor".

Una vez escritos, debían ser remitidos a Jhasua, para que les pusiera el sello de oro de su aprobación, y que quedaran en definitiva como base perfectamente unida y sólida, de una enseñanza capaz de levantar el nivel moral de la humanidad, en los dos milenios que faltaban para finalizar un nuevo ciclo de evolución humana terrestre.

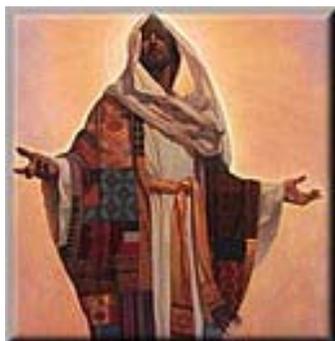
Terminado así el trabajo de los diez maestros, en el cual pusieron ellos todo su esfuerzo y buena voluntad, probados con los sacrificios hechos para llegar al Monte Hor desde lejanas regiones, con la carga de ancianidades venerables, pues que sólo Filón de Alejandría no había aún llegado a los sesenta años, el Eterno Amor que jamás se deja sobrepasar en generosidad, les dio sin pedirla, una hermosa compensación.

El príncipe Melchor en su calidad de dueño de casa, quiso obsequiar a sus huéspedes con un festín en la misma Escuela, al cual fueron llamados los estudiantes de las pequeñas escuelas de Kades-Barnea y Esion-Geber, en las que se habían repartido los estudiantes de la Escuela-Madre, que era la del Monte Horeb, perdida en los peñascales escabrosos de Madian, donde el Horeb y el Sinaí se destacan con sombría majestad y tienen la consagración de la presencia lejana de Moisés.

Eran cincuenta solitarios del Monte Hor, más veintiuno de cada una de las dos pequeñas escuelas ya mencionadas, sumaban noventa y dos. Los maestros hacían llegar los comensales a ciento dos y el tío Jaime ciento tres.....

LAS ESCRITURAS DEL PATRIARCA ALDIS

(http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/escrituras_del_patriarca_aldis.htm)



Dos días después Jhasua se dejaba envolver por la suave ternura del hogar paterno, que se sintió rebosante de dicha al cobijarle de nuevo bajo su vieja techumbre.

El lector adivinará los largos relatos que como una hermosa filigrana de plata se destejía alrededor de aquel hogar, pleno de paz y honradez, de sencilla fe y de inagotable piedad.

Jhasua era para todos, el hijo que estudiaba la Divina Sabiduría para ser capaz de hacer el bien a sus semejantes. Se figuraban que él debía saberlo todo y las preguntas le acosaban sin cesar.

Sólo Myriam, su dulce madre, le miraba en silencio sentada junto a él, y parecía querer descubrir con sus insistentes miradas, si la vida se lo había devuelto tal como le vio salir de su lado. Su admirable intuición de madre, encontró en la hermosa fisonomía de su hijo, algo así como la leve huella de un dolor secreto y profundo, pero nada dijo por el momento, esperando sin duda estar a solas con él para decírselo.

El joven Maestro que había en verdad alcanzado a desarrollar bastante sus facultades superiores y sus poderes internos, también percibió cambios en sus familiares más íntimos.

Joseph, su padre, aparecía más decaído y su corazón funcionaba irregularmente. Cualquier pequeño incidente le producía visible agitación.

Jhosuelín había adelgazado mucho, y tenía una marcada apariencia de enfermo del pecho.

Ana estaba resplandeciente con su ideal belleza de efigie de cera.

Su tío Jaime que tan intensamente le amaba, había venido desde Cana para encontrarse a su llegada.

Sus hermanos mayores ya casados, acudieron con algunos de sus hijos, niños aún, para que Jhasua les dijera algo sobre su porvenir, ¡La eterna ansiedad de los padres por saber anticipadamente si sus retoños tendrán vida próspera y feliz!

—Tú que eres un profeta en ciernes, debes saber estas cosas —le decían medio en broma y medio en serio.

Jhasua, acariciando a sus sobrinos, decía jovialmente tratando de complacer a todos, sin decir necesidades.

—Tened por seguro que todos ellos serán lo que el Padre Celestial quiere que sean, y El sólo quiere la paz, la dicha y el bien de todos sus hijos.

Y cuando pasada la cena, fueron retirándose todos a sus respectivas moradas, quedaron por fin solos junto a la mesa, Myriam, el tío Jaime y Jhosuelín, para los cuales Jhasua tuvo siempre confidencias más íntimas. Y el alma grande y buena del futuro redentor de humanidades, fue abriendo sus alas lentamente como una blanca garza que presintiera cerca las caricias del sol, y los suaves efluvios de brisas perfumadas de jazmines y madre selvas.

—Jhasua... —le dijo tímidamente su madre— ¡en estos 19 meses que duró tu ausencia, has crecido bastante de estatura y creo que también tu corazón se ha ensanchado mucho!... Me parece que has padecido fuertes sacudidas internas, aunque no acierto con la causa de ellas.

"Bien sabes que nosotros tres, hemos comprendido siempre tus más íntimos sentimientos.

"Si necesita tu alma descansar en otras almas muy tuyas, ya lo sabes Jhasua. ¡Somos tuyos siempre!

Ya lo sé madre mía, ya lo sé y esperaba con ansia este momento. En mis varias epístolas familiares, nada puedo decir de mis intimidades, pues sabía que ellas serían leídas por todos mis hermanos y sabéis que ellos muy poco me comprenden, a excepción de Jhosuelín, Jaime y Ana.

Uno de los Terapeutas peregrinos —añadió el tío Jaime— nos trajo la noticia de grandes curaciones que habías hecho, y que todo el camino desde el Tabor a Ribla fue sembrado de obras extraordinarias que el Señor ha obrado por intermedio tuyo. Paralíticos curados, dementes vueltos a la razón, y creo que hasta una mujer muerta vuelta a la vida.

Pero el Terapeuta también os habrá dicho —dijo Jhasua—, que nada de todo eso se podía repetir a persona alguna fuera de vosotros.

No pases cuidado, hermano —dijo Jhosuelín—, que de nosotros nada de esto ha salido a la luz. Nos han mandado callar y hemos callado.

—Bien. Veo que en vosotros puedo confiar. No debe importaros que muchos familiares me juzguen duramente, pensando que pierdo el tiempo.

—No, eso no lo piensan por el momento Jhasua —intervino Myriam— pues todos esperan en que tú serás el que des brillo y esplendor a la familia, como muchos de los Profetas del pasado. Y hasta suponen algunos, que acaso tú contribuyas a que salga de la oscuridad la Fraternidad Esenia, para libertar a la nación hebrea de la opresión en que se encuentra.

—Y otros esperan —añadió Jaime— que seas tú mismo el salvador de Israel, y me consta que le han hecho grandes averiguaciones a tu padre.

—Y él, ¿qué ha contestado?

—Sencillamente que tú estudias para ser un buen Terapeuta en bien de tus semejantes, y les ha quitado toda ilusión de grandezas extraordinarias.

—En efecto —contestó Jhasua— lo que el Señor hará de mí, no lo sé aún. Yo me dejo guiar de los que por hoy son mis maestros y me indican cual es mi camino. Confieso que por mí mismo sólo una cosa he descubierto y es que por mucho que hagan todos los espíritus de buena voluntad por la dicha de los hombres, aún faltan algunos milenios de años para que ese sueño pueda acercarse a la realidad. Tal sucederá cuando el Bien haya eliminado el Mal, y hoy el mal sobre la tierra es un gigante más grande y más fuerte que Goliat.

—Pero una piedrecilla de David le tiró a tierra —dijo Jhosuelín— como para alentar a Jhasua en su glorioso camino.

— ¡Sí, es verdad! y Dios hará surgir de entre rebaños de ovejas o de las arenas del desierto, el David de la hora presente —añadió Jaime.

—Así lo dicen los papiros con sus leyendas de los siglos pasados —contestó Jhasua—. La humanidad terrestre fue desde sus comienzos esclava de su propia ignorancia y del feroz egoísmo de unos pocos. Y en todas las épocas desde las más remotas edades, Dios encendió lámparas vivas en medio de las tinieblas. Como los Profetas de Israel, los hubo en todos los continentes, en todos los climas y bajo todos los cielos.

"Y el alma se entristece profundamente cuando ve el desfile heroico de mártires de la Verdad y del Bien, que dieron hasta sus vidas por la dicha de los hombres, y aún ahora el dolor hace presa de ellos.

"Grandes Fraternidades como ahora la Esenia hubo en lejanas edades; los Flamas lémures, los Profetas blancos atlantes, los Dacthylos del Ática, los Samoyedos del Báltico, los Kobdas del Nilo, los ermitaños de las Torres del Silencio de Bombay, los mendicantes de Benarés; y todos ellos que suman millares, hicieron la dicha de los hombres a costa de tremendos martirios que costaron muchas vidas.

"Pero esa dicha fue siempre efímera y fugaz, porque la semilla del mal germina, en esta tierra tan fácil y rápidamente, cuanto con lentitud y esfuerzo germina la buena simiente.

— ¿Qué falta, pues, para que ocurra lo contrario? —interrogó Jaime.

—Falta... falta tío Jaime, más sangre de mártires para abonar la tierra y más lluvia de amor para fecundar la semilla... —contestó Jhasua con la voz solemne de un convencido.

"Creedme, que entrar en el templo de la Divina Sabiduría es abrazarse con el dolor, con la angustia suprema de querer y no poder llegar, a la satisfacción del íntimo anhelo de encontrar la dicha y la paz para los hombres.

"Los emisarios de Dios de todas las épocas, han marcado el camino, mas la humanidad, en su gran mayoría, no quiso seguirlo y no lo quiere aún hoy. Por eso vemos un mundo de esclavos sometidos a unos pocos ambiciosos audaces, que pasando sobre cadáveres han escalado las cimas del poder y del oro, y desde allí dictan leyes opuestas a la Ley Divina, pero favorables a sus intereses y conveniencias.

"No es sólo Israel que soporta el humillante dominio de déspotas extranjeros. Toda la humanidad es esclava, aún cuando sea de la misma raza el que gobierna los países que forman la actual sociedad humana.

"Durante más de un milenio, los Kobdas del Nilo en la prehistoria, hicieron sentir brisas de libertad y de paz en tres continentes; ¡pero la humanidad se enfurece un día de verse dichosa, aniquila a quienes tuvieron el valor de sacrificarse por su felicidad, y se hunde de nuevo en sus abismos de llanto, de crimen y de horror!

"Adivinabas, madre, que he padecido en mi ausencia. Es verdad y seguiré padeciendo por la inconciencia humana, que ata las manos a los que quieren romper para siempre sus cadenas.

—Piensa, hijo mío, que tu juventud te lleva a tomar las cosas con un ardor y vehemencia excesivos.

¿Acaso eres tú culpable de la dureza de la humanidad para escuchar a los enviados divinos?

—Madre: si tuvieras unos hijos que sin querer escucharte se precipitaran en abismos sin salida, ¿no padecerías tú por la dureza de su corazón?

—Seguramente, pero eran hijos, parte de mi propia vida. Mas tú padeces por la ceguera de seres que en su mayoría no conoces ni has visto nunca.

— ¡Madre!... ¿qué has dicho?

¿Y la Ley?... ¿no me manda la ley *amar al prójimo como a mí mismo*, y no somos todos hermanos, hijos del Padre Celestial?

Sí, hijo mío, pero piensa un momento en que el Padre Celestial permite esos padecimientos y deja en sufrimiento a sus hijos, no obstante de que los ama, acaso más de lo que tú amas a todos tus semejantes. Está bien sembrar el bien, pero padecer tanto por lo irremediable. . . ¡pobre hijo mío!, es padecer inútilmente con perjuicio de tu salud, de tu vida y de la paz y dicha de los tuyos, a los cuales has venido ligado por voluntad divina. ¿No hablo bien, acaso?

Eres como Nebai, la dulce flor de montaña, que amándome casi tanto como tú, sólo piensa en verme feliz y dichoso. ¡Santos y puros amores, que me obligan a plegar mis alas y volver al nido suave y tranquilo, donde no llegan las tormentas de los caminos que corren hacia el ideal supremo de liberación humana!

¡Está bien madre!. . . está bien; ¡el amor vence al amor, mientras llega la hora de un amor más fuerte que el dolor y la muerte!

¿Qué quieres decir con esas palabras? —preguntó inquieta la dulce madre.

—Que tu amor y el amor de Nebai me suavizan de tal modo la vida, que no quisiera pasar de esta edad para continuar viviendo de ese dulce ensueño que ambas tejéis como un dosel de seda y flores para mí.

El tío Jaime y Jhosuelín habían bien comprendido todo el alcance de las palabras de Jhasua, pero callaron para no causar inquietudes en el alma pura y sencilla de Myriam. Unos momentos después, ella se retiró a su alcoba, dichosa de tener de nuevo a su hijo bajo su techo, mientras él con Jaime y su hermano que tenían habitación conjunta, continuaban hablando sobre el estado precario y azaroso en que el pueblo se debatía sin rumbo fijo y dividido en agrupaciones ideológicas, que la lucha continua iba llevando lentamente a un caos, cuyo final nadie podría prever.

La noticia del regreso de Jhasua a la risueña y apacible Galilea, llegó pronto a sus amigos de Jerusalén, y apenas habrían transcurrido 25 días, cuando llegaron a Nazareth cuatro de ellos: José de Arimathea, Nicodemus, Nicolás de Damasco y Gamaliel.

Joseph, el dichoso padre, que sentía verdadera ternura por José de Arimathea, les recibió afablemente, sintiendo grandemente honrada su casa con tan ilustres visitantes.

—Ya sé, ya sé —les decía— que venís curiosos de saber si vuestro discípulo ha aprendido bastante. Yo sólo sé que me hace feliz su regreso, pero si en la sabiduría ha hecho adelantos o no, eso lo sabréis vosotros. Pasad a este cenáculo, que en seguida le haré venir.

Y les dejó para ir en busca de Jhasua que recorría el huerto, ayudando a su madre a recoger frutas y hortalizas.

—He aquí —decía Gamaliel aludiendo a Joseph— el prototipo del Galileo honrado, justo, que goza de la satisfacción de no desear nada más de lo que tiene.

—En verdad —añadía Nicolás— que la Eterna Ley no pudo elegir sitio más apropiado para la formación y desarrollo espiritual y físico de su Escogido. ¡Aquí todo es sano, puro, noble! Difícilmente se encontraría un corazón perverso en Galilea.

—En cambio, nuestro Jerusalén es como un nidal de víboras —añadió Nicodemus, observador y analítico por naturaleza.

—¿Y habéis pensado a que se deberá este fenómeno? —interrogó José de Arimathea.

—Tengo observado —contestó Nicodemus— que los sentimientos religiosos muy exaltados hacen de una ciudad cualquiera, un campo de luchas ideológicas que degenera luego en odios profundos y producen la división y el caos. Y creo que esto es lo que pasa en Jerusalén.

—Justamente —afirmó Gamaliel—. La exaltación del sentimiento religioso, oscurece la razón y hace al espíritu intolerante y duro, aferrado a su modo de ver y sin respeto alguno para el modo de ver de los demás.

—Además —dijo Nicolás— los hierosolimitanos se creen la flor y nata de la nación hebrea, y miran con cierta lástima a los galileos y con desprecio a los samaritanos, que ni siquiera se dan por ofendidos de tales sentimientos hacia ellos.

—Aquí llega nuestro Jhasua —dijo José de Arimathea, adelantándose hacia él y abrazándole antes que los demás—. ¡Pero estás hecho un hombre! —le decía mirándole por todos lados.

—¿Querías que siguiera siendo aquel parvulito travieso que os hacía reír con sus diabluras? —preguntaba sonriendo Jhasua, mientras recibía las demostraciones de afecto de aquellos antiguos amigos, todos ellos de edad madura.

Y así que terminaron los saludos de práctica, iniciaron la conversación que deseaban.

Quien mayor confianza tenía en la casa, era José de Arimathea y así fue que él la comenzó:

—Bien sabes Jhasua —dijo— que nuestro grado de conocimiento de las cosas divinas nos pone en la obligación de ayudarte en todo y por todo a desenvolver tu vida actual con las mayores facilidades posibles en este atrasado plan físico. Y cumpliendo ese sagrado deber, aquí estamos Jhasua esperando escucharte para formar nuestro juicio.

—Continuáis, por lo que veo, pensando siempre que yo soy aquel que vosotros esperabais... —dijo con cierta timidez Jhasua y mirando con delicado afecto a sus cuatro interlocutores.

—Nuestra convicción no ha cambiado absolutamente en nada —dijo Nicodemus.

—Todos pensamos lo mismo —añadió Nicolás.

—Cuando la evidencia se adueña del alma humana, no es posible la vacilación ni la duda — afirmó por su parte Gamaliel.

— ¿Tú no has llegado aún a esta convicción Jhasua? —le interrogó José.

—No —dijo secamente el interrogado—. Aun no he visto claro en mi *Yo íntimo*, siento a veces en mí una fuerza sobrehumana que me ayuda a realizar obras que pasan el nivel común de las capacidades humanas. Siento que un amor inconmensurable se desata en mi fuero interno como un vendaval que me inunda de una suavidad divina, y en tales momentos me creo capaz de darme todo en aras de la felicidad humana. Mas todo esto pasa como un relámpago, y se desvanece en el razonamiento que hago, de que todo aquel que ame a su prójimo como a sí mismo en cumplimiento de la Ley, sentirá sin duda lo mismo.

"Las Escrituras Sagradas nos dicen de hombres justos, que poseídos del amor de Dios y del prójimo, realizaron obras que causaron gran admiración en sus contemporáneos. Esto lo sabéis vosotros mejor que yo.

—Y vuestros maestros Esenios ¿cómo es que no os han llevado a tal convicción? —preguntó Gamaliel.

—Porque esta convicción —según ellos— no debe venir a mí del exterior, o sea del convencimiento de los demás, sino que debe levantarse desde lo más profundo de mi *Yo íntimo*. Ellos esperan tranquilamente que ese momento llegará, más pronto o más tarde, pero llegará. Yo participo de la tranquilidad de ellos y no me preocupo mayormente de lo que *seré*, sino de *debo ser* en esta hora de mi vida; un jovencuelo que estudia la divina sabiduría y trata de desarrollar sus poderes internos lo más posible, a fin de ser útil y benéfico para sus hermanos que sufren.

— ¡Magnífico, Jhasua! —Exclamaron todos a la vez—.

Has hablado como debías hablar tú, niño escogido de Dios en esta hora, para el más alto destino —añadió conmovido José de Arimathea.

— ¿Y qué impresiones has recibido en este viaje de estudio? —le interrogo. Nicodemus

— ¡Algunas buenas!... A propósito; os he traído algo que creo os gustará mucho.

—Veamos, Jhasua. Dilo.

— He tomado para vosotros copias de fragmentos de prehistoria que creo que no conocéis.

¿De veras? ¿Y dónde encontraste esos tesoros?

Jhasua les refirió que, un viejo sacerdote de Homero encontrado en Ribla, lo había obsequiado con un valioso Archivo; que según los Esenios venía a llenar grandes vacíos en las antiguas crónicas conservadas por

— ¿Y esas copias de que tratan? —preguntó Nicolás.

Ponen en claro muchos relatos que las Escrituras Sagradas de Israel han tratado muy ligeramente, acaso por falta de datos, o porque en los continuos éxodos de nuestro pueblo, tantas veces cautivo en países extranjeros, se perdieron los originales.

"Por ejemplo, nuestros libros Sagrados dedican sólo unos pocos versículos a Adán, a Eva, a Abel, y no mencionan ni de paso, a los pueblos y a los personajes que guiaron a la humanidad en aquellos lejanos tiempos.

"Bien veis que salta a la vista lo mucho que falta para decir en nuestros libros. Adán, Eva, Abel y Caín, no estaban solos en las regiones del Eufrates, puesto que ruinas antiquísimas demuestran que todo aquello estaba lleno de pueblos y ciudades muy importantes.

"¿Quién gobernaba esos pueblos? ¿Qué fue de Adán?, ¿qué fue de Eva?, ¿qué fue de Caín? Si la Escritura atribuida a Moisés llama a Abel *el justo amado de Dios*, sería por grandes obras de bien que hizo. ¿Qué obras fueron esas, y quiénes fueron los favorecidos por ellas?

"Nuestros libros sólo dicen que fue un pastor de ovejas, pero no podemos pensar que por solo cuidar ovejas, Moisés le llamara *el justo, amado de Dios*.

"Mis copias del Archivo, sacadas para vosotros, explican todo lo que falta a nuestros libros Sagrados que aparecen truncos, sin continuidad, ni ilación lógica en muchos de sus relatos. Sería un agravio a Moisés, pensar que fuera tan deficiente y mal hilvanada la historia escrita por él sobre los orígenes de la Civilización Adámica. Yo creo que vosotros estaréis de acuerdo conmigo sobre este punto.

Los cuatro interlocutores de Jhasua se miraron con asombro de la perspicacia y buena lógica con que el joven maestro defendía sus argumentos.

—Bien razones Jhasua —díjole José de Arimathea— y por mi parte, estoy de acuerdo contigo, tanto más, cuanto que hace años andaba yo a la busca de los datos necesarios para llenar los vacíos inmensos de nuestros Libros Sagrados, que en muchas de sus partes no resisten a un análisis por ligero que sea.

—Perfectamente —añadió Gamaliel—. Estoy encantado de vuestra forma de razonar, pero creo que estaréis de acuerdo conmigo, que es ese un terreno en el cual se debe entrar con pies de plomo.

—No olvidéis que nuestro grande y llorado Hillel, perdió la vida en el suplicio por haber removido esos escombros, y haber dejado al descubierto lo que había debajo de ellos.

—Y en pos de Hillel, muchos otros que corrieron igual suerte —dijo Nicolás—. También yo buscaba al igual que José, pero silenciosamente a la espera de mejores tiempos.

—Creo —observó Nicodemus— que estudios de esta naturaleza deben realizarse con gran cautela hasta conseguir poner completamente en claro cuanto se ignora.

—Y así que se haya conseguido, muy tercos serán si se niegan Pontífices y Doctores a aceptar la verdad.

—Poco es lo que he podido copiar, pero ello os dará una idea de lo enorme del Archivo encontrado en Ribla —dijo Jhasua—. Muchas mejores informaciones podréis obtener si algún día visitáis el Archivo en el Santuario del Tabor a donde ha sido traído.

—¿Desde Ribla, más allá de Damasco?

—Desde Ribla, en pleno Líbano.

—"¡Oh, desciende del Líbano, esposa mía, y ven para ser coronada con jacintos y renuevos de palmas!"... —recitó solemnemente Nicodemus parodiando un pasaje de los Cantares—. Del Líbano tenía que bajar la Sabiduría, porque Ella busca las cumbres a donde no llegan los libertinos y los ignorantes. Empiezo a entusiasarme Jhasua con ese Archivo, y desde luego propongo que vayamos cuanto antes a visitarlo.

—Como gustéis.

—¿Cuándo regresas tú al Tabor —interrogó José.

—Aun no lo sé, pues dependerá de especiales circunstancias de mi familia. Y como apenas he llegado...

—Sí, sí, comprendo. Pongámonos de acuerdo, y cuando tú decidas volver allá, nos mandas un aviso, y alguno de nosotros irá contigo. ¿Qué os parece?

—Muy bien, José; elijamos de entre nosotros los que deben ir.

—Yo estoy dispuesto y tengo el tiempo suficiente —dijo Nicolás de Damasco.

—Y yo igualmente —añadió Nicodemus—. Pero habrá que llevar intérprete, pues no sé si las lenguas en que aparezcan los papiros serán de nuestro dominio.

—Por esa parte no hay dificultad —observó Jhasua—. En el Tabor hay actualmente diez ancianos escogidos en todos los Santuarios para servirme de Instructores, y entre ellos hay

traductores de todas las lenguas más antiguas. Y actualmente ellos están haciendo las traducciones necesarias.

—Bien, bien; quedamos en que irán al Archivo Nicolás y Nicodemus.

—Convenido —contestaron ambos.

—Ahora Jhasua, tráenos tus copias y explícanos, pequeño Maestro como tú lo comprendes —le dijo José afablemente—. Mientras, yo hablaré con tus padres para ver si es posible hospedarnos aquí por tres o cuatro días que pensamos permanecer.

—Yo tengo unos parientes cercanos —dijo Nicolás y pernoctaré allí.

—Y yo soy esperado por el Hazzán de la Sinagoga, que es hermano de mi mujer —añadió Gamaliel.

—Entonces Nicodemus y yo seremos tus huéspedes, Jhasua —dijo José saliendo del cenáculo juntamente con él para entrevistarse con Myriam y Joseph.

José de Arimathea y Nicodemus eran familiares, pues recordará el lector que estaban casados con dos hijas de Lía, la honorable viuda de Jerusalén que ya conocemos.

—Y poco después de la comida del mediodía, en el modesto cenáculo de Joseph, el honrado artesano de Nazareth, se formó como una minúscula aula donde los cuatro ilustres viajeros venidos de Jerusalén, el tío Jaime y Jhosuelín, escuchaban a Jhasua que leía su copia de fragmentos del Archivo y hacía los más hermosos y acertados comentarios.

—Tomé copia —dijo Jhasua— de la parte final de la actuación de

Adán y Eva, y de Abel su hijo, sacrificado por la maldad de los hombres. Fue lo que mayor interés me despertó, porque no lo dicen nuestros Libros y yo lo ignoraba por completo. Adán y Eva no fueron los rústicos personajes que nos figuramos, sino figuras descollantes en esa civilización neolítica, y a su hijo Abel, lo llaman esas Escrituras, el Hombre-Luz.

"¿Quién sabe si no ha sido él el Mesías Salvador del Mundo que nosotros esperamos aun, por ignorar la historia de aquellos tiempos remotos!

—Cada época tiene su luz —dijo Gamaliel—. En los campos siderales como en los campos terrestres, aparecen de tanto en tanto estrellas nuevas y lámparas vivas que iluminan las tinieblas de la humanidad.

—Sí, es verdad —afirmó Nicodemus—. Bien pudo ser Abel el Mesías de aquella época, como puede ser Jhasua, el Mesías de la hora presente.

Este guardó silencio, se inclinó sobre su copia como si sólo esto le absorbiera el pensamiento, y luego de unos instantes dijo:

—Uno de los diez Instructores que tengo en el Tabor, permaneció catorce años en la gran Biblioteca de Alejandría por orden de la Fraternidad Esenia, y allí, en unión de nuestro gran hermano de ideales Filón, han extraído cuanto allí encontraron para los fines que se buscan, que como todos lo sabéis, es el poner en claro los orígenes del actual ciclo de evolución humana, porque en las Escrituras Sagradas hebreas, ni en las persas, ni en las indostánicas, no se encuentra una verdadera historia que resistan un buen análisis.

—Es verdad —dijo Gamaliel—. Todo aparece brumoso, cargado de simbolismo y de fantasías hermosas si se quiere, pero que no están de acuerdo ni con la razón ni con la lógica.

—Y es necesario —añadió Nicolás— que al comenzar el ciclo venidero, la humanidad nueva que ha de venir, encuentre la verdadera historia de su pasado, a fin de que, la oscuridad no la lleve a renegar de unos ideales que no le merecen fe, pues que están edificados sobre castillos de ilusiones, propias sólo para niños que no han llegado a usar la razón.

—Creo que llegaremos a un éxito bastante halagüeño si no completo— observó Jhasua.

"Este relato, por ejemplo, es parte de los ochenta rollos de papiro que se conocen bajo el nombre de *"Escrituráis del Patriarca Aldis"*, que un escultor alejandrino encontró excavando en los subsuelos de las viejas ruinas de granito y mármol, sobre las cuales hizo levantar Ptolomeo I,

Alejandría, la gran ciudad egipcia que inmortalizó el nombre de Alejandro. El escultor buscaba bloques de mármol para sus trabajos, y al romper un trozo de muralla derruida, se encontró con una lápida funeraria que indicaba cubrir las cenizas del *Patriarca Aldis*, muerto a la edad de ciento tres años.

"Al levantar la losa se encontró un cuerpo momificado, que había sido sometido al embalsamamiento acostumbrado por los egipcios desde la más remota antigüedad.

"Y en la urna funeraria se encontró hacia la cabeza, un voluminoso rollo de papiros bajo doble cubierta de lino encerado y de piel de foca: eran estas *"Escrituras del Patriarca Aldis"* que parecen ser el relato más extenso conocido hasta hoy, sobre el asunto que nos ocupa a todos los que anhelamos conocer la verdad.

—Y ese *Patriarca Aldis*, ¿qué actuación tuvo en aquella lejana edad? —interrogó Nicodemus.

—Fue el padre de *Adamú*, que estudiando el relato, se ve, que este nombre corresponde al de *Adán* de los libros hebreos. El Patriarca Aldis era originario de un país de Atlántida, que se llamaba Otlana, y que fue de los últimos en hundirse cuando la gran catástrofe de aquel Continente. Refiere con muchos detalles, la salida de la gran flota marítima del Rey de Otlana huyendo de la invasión de las aguas hacia el Continente Europeo. Entre el numeroso acompañamiento de tropas, servidumbre y familiares, Aldis era Centurión de los lanceros del rey, casado con una doncella de la servidumbre particular de la princesa Sophía, hija única del soberano, la cual amaba al capitán de la escolta real. Como el rey se opuso a tales amores, allí empezó la lucha, pues al llegar al Ática, la princesa debía casarse con el heredero de aquel antiguo reino, enlace de pura conveniencia para la alianza de fuerza que se quería realizar entre el soberano Atlante y el poderoso monarca del Ática prehistórica.

"Fue entonces que resolvieron huir: Aldis con su mujer Milcha, y la Princesa Sophía con Johevan, Capitán de la Guardia del Rey; y en una pequeña embarcación de las numerosas que formaban la flota llegaron a una pequeña isla del Mar Egeo. Las dos parejas prófugas se internaron luego hacia el oriente, de isla en isla, y luego por la costa norte del Mar Grande. De Milcha nació Adamú, y de Sophía nació Evana. "Aldis y Johevan fueron luego capturados por los piratas que comerciaban con esclavos, y llevados a una gran ciudad del Nilo, *Neghadá*, donde una antigua institución de beneficencia y de estudio pagaba muy buenos rescates. La embarcación con las dos mujeres y los niños muy pequeñitos, fue llevada por la corriente en una noche de viento hasta la costa de lo que hoy es Fenicia, donde encalló.

"Y en una caverna de las montañas de la costa, hallaron refugio aquellas cuatro débiles criaturas humanas. La caverna había sido habitación de muchos años de un solitario, muerto ya de vejez, y había dejado allí con sus siembras y cultivos, una pequeña majada de renos domésticos que ayudaron a vivir a los desterrados, pues una reno madre crió con su leche a los pequeños. Las madres acostumbradas a otro género de vida, se agotaron prontamente, sobre todo la princesa Sophía que murió la primera. Poco después murió Milcha, y los dos niños de muy pocos años quedaron solos con la majada de renos, viviendo de los peces que arrojaban las olas a la costa, y de las frutas y legumbres secas almacenadas por el solitario. El gran río Eufrates llegaba entonces casi hasta la orilla del mar, pues fue siglos después que desvió su curso un gran rey de Babilonia, para hacerlo pasar por en medio de la ciudad y construir así los jardines colgantes que fueron por mucho tiempo la más grande maravilla del mundo. Y entre las praderas deliciosas del Eufrates y la costa accidentada del mar, pasaron su primera vida Adamú y Evana. Allí fue que encontraron a Caín en una barquilla abandonada, con su madre muerta, lo cual ocurría con mucha frecuencia en esclavas que huían por los malos tratamientos, o esposas secundarias que no soportaban el despotismo de la primera esposa.

"La joven pareja que sólo tenía 13 años adoptó al huerfanito, al cual se unió tiempo después Abel nacido de Evana, lo cual parece haber dado motivo a que se creyera que ambos fueran hijos de Adamú y Evana.

"Yo os lo cuento a grandes rasgos, pero "Las Escrituras del Patriarca Aldis" que más tarde encontró a los niños, ya padres de Abel, relatan con minuciosos detalles todos los acontecimientos y de tal forma, que la verdad razonable y de una lógica irresistible, fluye de aquel relato como el agua clara de un manantial.

El Patriarca Aldis —observó Nicodemus—, fue, pues, un testigo ocular de los acontecimientos, lo cual da motivo bien fundamentado para que podamos decir que estamos en posesión de la verdadera historia.

Y un testigo ocular desde los 24 años de su edad hasta los 103 que duró su vida física —añadió Jhasua—. Sólo hay un paréntesis —dijo el joven Maestro— y es desde que Aldis y Johevan fueron capturados por los piratas, hasta que nuestro Patriarca Aldis encontró de nuevo a los niños, ya de 14 años, en la misma caverna entre el Eufrates y el mar donde los dejaron sus madres. Pero este paréntesis se salva lógicamente con lo que los mismos niños ya adolescentes debieron referir al Patriarca, en cuanto a los detalles de su vida desde que ellos lo recordaban.

"A más, el mismo Patriarca Aldis hace referencia en el primer papiro, a un tierno y conmovedor relato escrito por la princesa Sophía en su propia lengua atlante, el cual refiere detalladamente la vida que ambas mujeres hicieron en la caverna desde que sus esposos fueron cautivos.

"La princesa lo escribió para que los niños supieran su origen, y lo confió a Mucha, madre de Adamú, que la sobrevivió varios años.¹ —La evidencia es notoria —dijo José de Arimathea— y sobre todo, una lógica tan natural, tan sin artificio que no deja la menor sombra de duda respecto a los acontecimientos.

—Y aún hay más —afirmó Jhasua— y es la concordancia de ciertos hechos del relato en cuanto a fechas, con lo que se sabe por otras antiguas escrituras de otros autores y otros países. Por ejemplo: las invasiones de los mares sobre los Continentes, en forma que toda Europa y Asia Central quedaron bajo las aguas, coincide con la fecha en que el Patriarca Aldis relata que abandonó su país el rey Atlante *Nohepastro*, y su gran buque-palacio con toda su flota anduvo varios meses sobre las aguas, hasta que éstas bajaron y sus barcos encallaron en las cimas de las montañas de Manh, la Armenia de ahora, que salieron a flor de agua por su elevación.

—¡Oh! mi querido Jhasua, todo esto es maravilloso y podemos decir con toda satisfacción que la Fraternidad Esenia, nuestra madre, es dueña de la verdad en cuanto a los orígenes de esta civilización que hasta hoy, triste es decirlo, estaba basada sobre una fábula infantil: Dios formando con sus manos un muñeco de barro al cual sopla y le da vida; le arranca luego una costilla y sale la mujer, compañera de su existencia —decía Nicolás de Damasco, como si se le quitara un enorme peso de encima.

—Y aún hay más —observó Nicodemus— y es que de ninguna forma la lógica podía arreglar lo que siguió después. En los principios del Libro del Génesis luego de relatar el asesinato que hizo Caín en la persona de Abel, añade que el *asesino huyó hacia el oriente al país de Nod, donde se casó y tuvo hijas y fundó un pueblo*. ¿De dónde sacó Caín mujer para casarse, si la única mujer del mundo era Eva sacada de la costilla de Adán? Esto sólo prueba que había seres humanos en aquellas comarcas, y que el origen de la especie humana se remonta a muchísimos siglos anteriores al relato de nuestro Génesis, que en esa parte tan reñida con la razón y con la lógica, no puede de ninguna manera atribuirse a Moisés, sin hacer un estúpido agravio al gran genio que dio a los hombres el grandioso Decálogo, que servirá a la humanidad de norma de vida justa, mientras habite este planeta.

—Sobre este punto —respondió Jhasua— he presenciado largos debates y comentarios entre mis sabios maestros Esenios, y todos hemos llegado a la conclusión siguiente:

"La verdadera historia debió perderse en la noche de los tiempos al finalizar la Civilización Sumeriana, en el Asia Central y Mesopotámia Norte, por la invasión de los hielos polares que durante una larga época devastaron esas regiones, al extremo de quedar casi desiertas.

"Esto sin duda dio motivo a que Adán y Eva niños y solos con sus madres en el país de Ethea, que hoy es Fenicia, se creyeran por largo tiempo únicos habitantes de la comarca.

"Más tarde, o sea tres siglos después de Adán y Eva, la gran Alianza de los pueblos fundada por los Kobdas del Nilo, fue destruida por luchas fratricidas, por invasiones de razas bárbaras que asolaron toda la región del Eufrates, llegaron hasta el África Norte y destruyeron a sangre y fuego cuanto había hecho de grande y bueno la gloriosa Fraternidad Kobda.

"Neghadá era por entonces el Archivo de mundo civilizado y Neghadá fue destruida y degollados sus moradores.

"Dios quiso que aquel inmenso Santuario guardase en los subsuelos, y entre las urnas funerarias labradas en granito, muchas y valiosas Escrituras, debido a la costumbre de los antiguos Kobdas, de guardar junto a la momia de un hermano fallecido, algo de lo que en vida hubiera hecho. Y así el que había escrito algo, tenía allí sus papiros; el que había sido artífice, tenía también junto a su momia algunos de sus trabajos, el que había sido geómetra, químico, astrónomo o cultivador de cualquier rama del saber humano, algo de todo ello tenía en su urna funeraria. Y nuestro hermano Filón conserva en su museo particular, una momia encontrada en excavaciones de las ruinas de Neghadá, con una lira de oro colocada sobre el pecho.

"Pero volviendo al punto iniciado por Nicolás de Damasco a lo cual he querido contestar con todo lo dicho, debo añadir lo que oí a mis maestros del Tabor: No sabiendo la verdadera historia del origen de la civilización Adámica, los primitivos cronistas creyeron sin duda engrandecer los acontecimientos envolviéndolos en esa bruma maravillosa. Es bien sabido y bien conocida la tendencia de las humanidades primitivas a lo maravilloso, a lo que sobrepasa el límite a donde llega la razón, en todos los casos en que no ha sabido dar explicación lógica de un hecho cualquiera.

"Durante la Civilización Sumeriana, se sabe que hubo una especie de sociedad secreta cuyo origen venía del lejano oriente. La formaban magos negros de la peor y más funesta especie conocida entre los humanos, y para ocultar su existencia la llamaban "La Serpiente" y "Anillos" a los que formaban dicha agrupación. Todos los males, todas las enfermedades, epidemias, tempestades, inundaciones, todo era atribuido a "La Serpiente", y nuestros comentaristas Esenios juzgan, acertadamente, que de allí surgió la fábula de la serpiente que engañó a Eva. En fin, que si algún día vosotros estudiáis a fondo las "Escrituras del Patriarca Aldis" y otras más que hay, creo que comprenderéis como yo, y como todos los que anhelamos *la verdad*, y no una leyenda que no puede satisfacer jamás a quienes buscan razonamiento y clara lógica en lo que se refiere a la historia de nuestra civilización.

Pasado el preludeo, Jhasua —dijo José de Arimathea—, creo que bien podríamos iniciar la lectura de la copia que nos has traído.

Como todos demostrasen asentimiento, el joven Maestro comenzó así:

"Escrituras del Patriarca Aldis — Papiro Setenta — Refiere la muerte del Thidalá de la Gran Alianza, Bohindra, y su reemplazo por el joven Abel, llamado el Hombre-Luz.

"Una ola inmensa de paz y de justicia se extendía desde los países del Nilo, por las costas del Mar Grande, y hacia el oriente en las tierras bañadas por el gran río Eufrates y sus afluentes; y hacia el norte hasta el Ponto Euxino y el Mar del hielo (el Báltico) y hasta las faldas de la cordillera del Cáucaso.

"A tres Continentes había llegado la influencia de los hombres de la toga azul, entre lote cuales había bajado como una estrella de un cielo lejano, el Ungido del Altísimo para elevar el nivel moral y espiritual de la humanidad.

"Dos centenares de pueblos se habían unido al influjo de un hombre, mago del amor, el incomparable Bohindra, genio organizador de sociedades humanas, entre las cuales desarrolló su misión Abel, el Hombre-Luz, hijo de Adamú y Evana.

"Una larga vida había permitido a Bohindra recoger el fruto de su inmensa siembra, y la Fraternidad humana era una hermosa realidad en los países a donde había llegado la Ley de la Gran Alianza, esa obra magna del genio y del amor, puestos al servicio de la gran causa de la unificación de pueblos, razas y naciones.

"Bohindra, anciano ya y cargado, más que de años, de merecimientos, veía terminada su labor. Veía a su biznieto Abel, retoño de Evana hija de su hijo Johevan, que se levantaba como un joven roble pleno de savia, de fuerza, de genio; y sonreía lleno de noble satisfacción. Veía a su nieta Evana ya llegada a los treinta años, apoyada en Adamú su compañero de la niñez que habían respondido ampliamente a la educación recibida de las Matriarcas Kobdas, y eran Regentes de los "Pabellones de los Reyes" escuelas-templos, donde se formaba la juventud de los países aliados.

"¿Qué más podía desear? ¿Qué le faltaba por hacer?

"El Altísimo había fecundado todos sus esfuerzos, dado vida real a todos sus anhelos de paz y fraternidad humana, y nadie padecía hambre y miseria en toda la extensión de la Gran Alianza.

"Y por fin, como un halo de luz orlando su cabeza, veía a su fiel compañera Ada que circunstancias especiales pusieron a su lado como una aurora de placidez que ahuyentaba todas las sombras, como un fresco rosal plantado inesperadamente en su camino, como un don de Dios a su corazón solitario. Y rebotante su alma de dicha y de paz, con los ojos húmedos de emoción decía la frase habitual del Kobda agradecido a la Divinidad: "¡Basta, Señor, basta!... que en este pobre vaso de arcilla no cabe ni una gota más!"...

"Y haciendo un postrer saludo con ambas manos a todos cuantos le amaban, y a la muchedumbre que le aclamaba desde la gran plaza del Santuario, se retiró del ventanal porque ya la emoción le ahogaba y se sentó ante su mesa de trabajo donde durante tantas noches y tantos días había dado vida a sabias y prudentes leyes, a combinaciones ideológicas grandiosas, a sus sueños de paz y fraternidad entre los hombres.

"Y su alma que ya desbordaba, se vació sobre un papiro de su carpeta. .. el último papiro que debía grabar:

—"¡Señor!... ¿qué puedo ya darte
Si cuanto tuve lo di?...
¿Qué puede hacer esta chispa
Que sea digno de Ti?...
—Los hombres en este mundo
Te han visto y hacia Ti van!...
Si no pierden el camino
Pronto hasta Ti llegarán.
—Te saben Padre y te aman,
Buscan tu luz y calor;
Te saben grande y excelso
Y te dan su adoración..
—Tus dones les hacen buenos,
Supo tu amor perdonar
Dolorosos extravíos
De esta pobre humanidad.

—Si en esta heredad que es tuya
Una gota nada más
Puso la savia de mi alma
Y la ayudó a fecundar.
—Que esa gota se convierta
En un anchuroso mar,
De aguas dulces y serenas
Que su sed puedan calmar!
—Si un solo grano de arena
Mi débil mano aportó
Para el castillo encantado
De los que buscan tu amor,
Que se torne en fortaleza
Opuesta al negro turbión...
¡Señor!... Si todo lo he dado
¿Qué más puedo darte yo?...
—Si soy sólo en tus jardines
Mariposilla fugaz,
en los mares de la vida
Ola que viene y se va...
Si soy pájaro que anida
En las ramas de un pinar
su nido lo destruyen
Las furias del huracán.
Si soy una chispa errante,
Gota de agua nada más,
Flor de efímera existencia,
Mariposilla fugaz,
¡Déjame, Señor, diluirme
En tu Eterna inmensidad!...
¿No es hora de que la gota Retorne a su manantial?...
¿No es hora de que la chispa Se refunda en el volcán?. . .
¿No puede la mariposa Sus tenues alas plegar ?...
Soy viajero fatigado,
Tiemblan cansados mis pies...
¡Dime Señor que repose
De tu Reino en el dintel!...
¡Que este corazón se duerma
Que cese ya de latir!...
Amó tanto en esta vida
¿No es hora ya de dormir ?...
¡Que tu voz me llame queda,

Que tu amor oiga mi ruego!...
¡Señor! ¡Espero que llames!
¡Señor!... ¡Señor!... ¡Hasta luego!...

"El anciano por cuyo noble y hermoso semblante corrían lágrimas de emoción, tomó su lira para cantar en ella a media voz las estrofas que había escrito, pero la voz divina que había evocado tan intensamente le llamó en ese instante, y la noble cabeza coronada de cabellos blancos se inclinó pesadamente sobre aquella lira de oro, ofrenda de sus amigos, y en la cual tanto había cantado a todo lo grande y bello que encontró en su vida.

"Así murió Bohindra, el mago del amor, de la fe, de la esperanza, siempre renovada y floreciente. Así murió ese genial organizador de naciones, de razas, de pueblos, que sin echar por tierra límites ni barreras, supo encontrar el secreto de la paz y la dicha humana en el respeto mutuo de los derechos del hombre, desde el más poderoso hasta el más pequeño, desde el más fuerte hasta el más débil.

"Bien puede decirse que fue Bohindra, quien puso los cimientos del templo augusto de la fraternidad humana, delineada ya desde lejanas edades por el Espíritu Luz, Instructor y Guía de esta humanidad.

"Pocos momentos después corría como una ola de angustia por los vastos pabellones, pórticos y jardines del gran Santuario de la Paz, la infausta noticia. Y comoavecillas heridas se agruparon todos en torno a la reina Ada, que apoyada en Abel, en Adamú y Evana, debía hacer frente a la penosa situación creada por la desaparición del gran hombre que había llevado hasta entonces el timón de la civilización humana en aquella época.

"Un numeroso grupo de Kobdas jóvenes formados en la escuela de Bohindra, respaldarían a los familiares del extinto en el caso de que las circunstancias les pusieron de nuevo al frente de la Gran Alianza de las Naciones Unidas.

"Y el clamor inmenso de los pueblos, huérfanos de su gran conductor, designó como en una ovación delirante al joven Abel, hijo de Adamú y Evana, para suceder al incomparable Bohindra, que había encontrado en el amor fraterno el secreto de la dicha humana.

"El gran Thidalá desaparecido, dejaba su esposa viuda, joven todavía, Ada, mujer admirable que había hecho sentir su influencia sobre la mujer de todas las condiciones, y sobre la niñez, esperanza futura de naciones y pueblos. Y ella fue la Consejera Mayor del joven Abel, que reunió en torno suyo como cooperadores, a las más claras inteligencias de aquella hora.

"Una agrupación de mujeres valerosas y decididas habían sido el aliento de Bohindra, en sus inmensos trabajos. Las llamaban *Matriarcas*, y varias de ellas eran dirigentes de pueblos que por diversas causas quedaron sin sus jefes.

"Y de entre estas Matriarcas, el joven apóstol de la verdad eligió dos, que en unión con la reina Ada, fueron en adelante su apoyo y su sostén en medio de los pueblos que lo habían proclamado Jefe Supremo de la Gran Alianza. Estas mujeres fueron *Walkiria de Kifauser*, soberana de los países del Norte entre el Ponto Euxino y el Cáucaso y *Solania de Van*, Matriarca de Corta-agua y de todo el norte africano, desde los países del Nilo hasta la Mauritania.

—Y ese *Corta-Agua* ¿qué paraje o ciudad era? —interrogó Nicodemus interrumpiendo la lectura.

—Era el Santuario, desde el cuál la Matriarca Solania sembraba el amor fraterno civilizador de pueblos, que estaba edificado sobre el inmenso peñasco en que hoy aparece *Cartago*, vocablo abreviado y derivado de "*Corta Agua*", que alude sin duda a la atrevida audacia con que el peñón penetra en el mar como un verdadero rompe-ola —contestó Jhasua, que estaba muy familiarizado con citas de pueblos y lugares prehistóricos que aparecían en aquellos viejos relatos de un pasado remoto.

—De estas "Escrituras del Patriarca Aldis" ¿se habrán sacado copias, o estamos en poder del original? —interrogó Nicodemus.

—Eso no lo podemos saber —contestó Jhasua —pero es lógico suponer que se sacarían copias por lo menos para cada uno de los Santuarios Mayores que eran tres: El de Neghadá sobre el Nilo, que es donde se encontró la momia con estos rollos, el de la Paz sobre el Eufrates y el del Mar Caspio. Si lo que tenemos en el Archivo de Tabor, es sólo una de estas copias, no lo podemos saber por el momento. Pero tampoco esto interesa mayormente, toda vez, que original o copia, nos relata la verdadera historia de los orígenes de la actual civilización.

—Estos papiros — observó Nicolás— deben tener su historia, y sería interesante conocerla para tener un argumento más a favor de su veracidad.

—Ciertamente —contestó Jhasua— y mis maestros Esenios que en cuestión de investigaciones no son cortos, ya hicieron las que creyeron oportunas al donante de este tesoro, el sacerdote de Hornero, Menandro, que aunque griego de origen, pasó casi toda su vida en la isla de Creta donde formó su hogar. Su afición a coleccionar escrituras y grabados antiguos lo hizo un personaje muy conocido, pues los unos por ofrecerle antigüedades para su Archivo-Museo, los otros por obtener datos de sucesos determinados acudían a él. Como es apasionado de Hornero su ilustre antecesor, fue en la búsqueda de datos para reconstruir la vida del gran poeta griego, que Menandro se entregó con toda su alma a la adquisición de cuanta escritura o grabado antiguo se le ofrecía. Tenía agentes para este fin en distintas ciudades, y él cuenta que un buen día se le presentó una joven llena de angustia porque atravesaba por una terrible situación.

"Acababa de morir su padre, dejándola sola en el mundo sin más compañía, ni más fortuna, que una gran caja de encina llena de documentos y grabados en papiros, en carpetas de tela encerada y hasta en tabletas de madera. Alguien le indicó que eso podía representar un valor para los coleccionistas de antigüedades y le aconsejaron acudir a nuestro Menandro en busca de ayuda.

"Tanto se interesó por la caja de encina, que no sólo compró sino que tomó a esa joven por esposa y fue la madre de los dos únicos hijos que tiene. La joven recordaba haber visto esa caja en poder de su padre desde que ella fue capaz de conocimiento, y decía que le oyó muchas veces decir que un sacerdote Kopto se la dejó en depósito hasta el regreso de un viaje que iba hacer, dejándole a más unas monedas de oro acuñadas en Alejandría y con la efigie de Ptolomeo II, en pago de las molestias que aquella caja le ocasionara.

"Tal es la historia de los rollos de papiro, con las *"Escrituras del Patriarca Aldis"* y otros muchos documentos referentes al antiguo Egipto, como ser actas de la construcción de templos, palacios y acueductos. Y aunque éstos no nos interesan para nuestro fin, sirven de refuerzo a la veracidad del origen de estas Escrituras. Hay por ejemplo trozos de planos y croquis del famoso Laberinto, templo y panteón funerario mandado construir por el Faraón Amenemhat III en las orillas del Lago Meris. Y en esos planos están indicados los sitios precisos donde se guardan urnas con momias de los Faraones, y cofres con escrituras de una antigüedad remotísima. Y mi maestro Esenio que estuvo catorce años haciendo investigaciones en Alejandría con nuestro hermano Filón, asegura que esto es verdad, y no sólo tiene croquis iguales sacados por ellos, sino que hasta tiene en el Tabor Escrituras referentes a la fundación de un antiguo reino por Menes, con un gran Santuario al que dio el nombre de Neghadá, lo cual nos hace pensar que el tal Menes mucho anterior a los Faraones, debió ser un hilo perdido de los antiguos Kobdas de Neghadá en los valles del Nilo.

"Y el nombre mismo del Lago Meris aparece en esa vieja Escritura de Menes y le llama *hijo de la Matriarca Merik* que gobernaba esa región.

En verdad Jhasua —observó José de Arimathea— lo que nos estás diciendo es de una importancia capital para todos los que anhelamos reconstruir sobre bases sólidas, el templo augusto de la verdad histórica de nuestra civilización.

—Tengo más todavía —dijo Jhasua entusiasmado de verse comprendido y apoyado por sus antiguos amigos de Jerusalén—. Es lo siguiente: En la caja de encina y junto con los papiros del Patriarca Aldis, se encuentran otros rollos escritos por *Diza-Abad*, los cuales fueron encontrados en el Monte Sinaí por los guerreros del Faraón Pepi I, que conquistaron esa importantes península de la Arabia Pétreá, hace 3500 a 4000 años. El hallazgo fue hecho en una gruta sepulcral perdida entre las ruinas de una ciudadela o fortaleza, de una antigüedad que no se puede precisar con fijeza.

"Lo que parece claro, es que Diza-Abad, estuvo vinculado a los sabios de Neghadá, y que el Monte Sinaí que Moisés hizo célebre después, en aquella remota época se llamó *Peñón de Sindi*, y era un terrible presidio para criminales incorregibles.

"Y al narrar Diza-Abad parte de su vida en aquel presidio, hace referencias de paso al *Pangrave Aldis* que acompañando a su nieto Abel, estuvo en aquel paraje. Menciona asimismo los nombres de Bohindra, de Adamú y Evana y de otros personajes, a los cuales debió él la reconstrucción de su propia vida.

"Esta Escritura, aunque para nosotros no tiene la gran importancia de la otra, la refuerza y confirma admirablemente dándole vida real, lógica, continuada.

—Verdaderamente Jhasua, nos traes un descubrimiento formidable —dijo Nicolás— y tan entusiasmado estoy, que hasta se me ocurre que debíamos abrir una aula para explicar la historia de nuestra civilización.

— ¡Pero no en Jerusalén, por favor! —Objetó entre serio y risueño Gamaliel—. A Jerusalén le tengo pánico en esta clase de asuntos. Jerusalén sólo es bueno para asesinar Profetas y sabios, y para degollar por miles los toros en el Templo y negociar luego con sus carnes.

— ¡En Jerusalén no, pero podría ser en Damasco mi tierra natal —observó Nicolás—. Damasco no está bajo el yugo del clero de Jerusalén, sino bajo el Legado Imperial de Siria que para nada se mezcla en asuntos ideológicos, con tal que se acepte sumisamente la autoridad del César.

—O también en Tarso —dijo de nuevo Gamaliel— donde hay grandes escuelas de sabiduría, y una fiebre de conocimientos, que acaso no la hay en ninguna otra parte por el momento. Hay quien asegura que Alejandría no le lleva mucha ventaja a Tarso en lo que a estudios superiores se refiere.

—Con el Mediterráneo de por medio, las dos ciudades se miran frente a frente como dos buenas amigas que se hablan d« balcón a balcón —dijo Nicodemus complacido en extremo del punto a que había llegado la conversación—. Y pensar Jhasua —añadió— que tú, un jovencuelo de sólo 18 años, habías de ser el conductor de este hilo de oro, que nos pone en contacto con una verdad que muchos hombres han muerto buscándola, sin poder encontrarla entre los escombros formados por la ignorancia y el fanatismo de las masas embrutecidas. Prefieren comer y dormir tranquilos, antes que molestarse removiendo ruinas para encontrar la verdad.

—Bendigamos al Altísimo que nos ha permitido este supremo goce espiritual —dijo el joven Maestro, conmovido a la vez ante el recuerdo de tantos mártires de la verdad como habían sido sacrificados en los últimos tiempos, por haber comenzado a remover los escombros encubridores de una verdad que dejaba en crítica situación los viejos textos hebreos, venerados como libros sagrados, de origen divino.

Aquí había llegado la conversación, cuando Joseph se presentó en el cenáculo anunciando que era la hora de la cena. Y Ana ayudada por Jhosuelín y Jhasua, comenzaron los preparativos sobre la gran mesa central, donde hasta hacía un momento estuvieron diseminadas las copias con que Jhasua obsequiaba a sus amigos.

—Alimentar primeramente el espíritu, y en segundo término la materia, es la perfección de la vida humana — decía José de Arimathea ocupando el lugar que le fue designado.

Durante la comida nada absolutamente se habló de aquello que ocupaba el pensamiento de los cuatro viajeros; pero cuando ella terminó y los familiares de Jhasua se hubieron retirado, el modesto cenáculo Nazareno, volvió a ser el aula, donde un puñado de hombres maduros en torno a un jovencito de 18 años, buscaban afanosamente una verdad que como perla de gran valor se había perdido hacía muchos siglos, y luchaban para desenterrar de los escombros amontonados por las hecatombes que habían azotado a la humanidad y por su inconciencia misma, que la hacía incapaz en su gran mayoría, de levantar en alto la antorcha de su inteligencia para encontrar de nuevo el camino olvidado.

Jhasua, en medio de ese silencio solemne que precede a la aparición de una verdad largo tiempo deseada, inició de nuevo la interrumpida lectura de las *"Escrituras del Patriarca Aldis"*.

"Los países de los tres Continentes que formaban la Gran Alianza de Naciones Unidas, se vieron conminados desde el Eufrates, por sus representantes ante la Sede Central del Consejo Supremo, establecido hacía 25 años en el Gran Santuario de "La Paz", en la llanura hermosa y fértil entre el Eufrates y el Hildekel, poco antes de reunirse ambos ríos en el vigoroso delta que desemboca en el Golfo Pérsico. Se les pedía su concurso para establecer el nuevo Consejo Supremo que continuara la obra civilizadora de paz y de concordia iniciada por Bonhindra, la cual había anulado la prepotencia, los despotismos, las esclavitudes, en una palabra, la injusticia ejercida por los poderosos en perjuicio de las masas embrutecidas por la ignorancia y la miseria. Y desde los países del Ponto Euxino y del Mar Caspio, desde el Irán hasta las tierras del Danubio, por el norte, y desde el Nilo hasta la Mauritania sobre las Columnas de Hércules por el sur, se vieron reunirse en el Mediterráneo caravanas de barcos que anclaban en Dhapes, importante puerto del País de Ethea, donde terminaba el recorrido de las caravanas mensuales que cruzaban toda la inmensa pradera del Eufrates, y las cuales conducían a los viajeros hasta los pórticos de La Paz.

"Se repetía la escena, grandemente aumentada de 25 años atrás, cuando los caudillos, príncipes o jefes de tribus se reunían en torno al blanco Santuario, abriendo sus tiendas bajo los platanos que lo rodeaban, para depositar su confianza y su fe en un hombre que había encontrado el secreto de la paz y la abundancia para los pueblos. Aquel hombre era Bonhindra. El no estaba ya más sobre la tierra, pero quedaba un vástago suyo, un bisnieto: Abel, que aunque sólo contaba 28 años, era conocido de todos los pueblos de la Alianza a donde fuera enviado desde sus 20 años, en calidad de mensajero y visitante de pueblos, como un portador de los afectos y solicitudes del Kobda-Rey, para todos los países de la Alianza.

"¿En quién, pues, habían de pensar sino en Abel, en el cual veían reflejada la noble grandeza de Bonhindra y su heroico desinterés, para solucionar las más difíciles situaciones y evitar luchas fratricidas entre pueblos hermanos? Y otra vez, bajo los platanos que rodeaban como un inmenso bosque el Santuario de La Paz, se oyeron los mismos clamores de 25 años atrás.

"¡Paz y concordia para nuestros pueblos!... ¡Paz y abundancia para nuestros hijos!

"¡Abel, hijo de Adamú y Evana, biznieto del gran Bonhindra que llevas su sangre, y un alma copia de la suya!... ¡Abel! ¡Abel! ¡Tú serás el que llene el vacío dejado en medio de nosotros por el gran hombre que nos dio la dicha! Y un clamor ensordecedor formaba como una orquesta formidable a la terminación de aquellas palabras.

"La reina Ada envuelta en su manto blanco de Matriarca Kobda, apareció en el gran ventanal del Santuario con Abel a su lado.

"Le seguían Adamú y Evana que completaban la familia carnal del gran Thidalá desaparecido. Las aclamaciones eran delirantes, y los príncipes y caudillos, entraron a los Pórticos del Santuario, e invadieron sus grandes pabellones hasta encontrarse con Abel a quien venían buscando.

"La reina Ada les presentó sobre el gran libro de la Ley de la Alianza, la corona de lotos hecha de nácar y esmeraldas, y la estrella de turquesa que 25 años atrás habían entregado a su esposo como símbolo de la suprema autoridad que le daban.

"Y los Príncipes, puestos de acuerdo, dijeron:

"—Eres Reina y Matriarca Kobda, la fiel compañera del hombre que nos dio la paz y la dicha. Seas tú misma quien entregue a nuestro elegido esos símbolos de la Suprema Autoridad que le damos.

"Abel, mudo, sin poder articular palabra por la emoción que lo embargaba, dobló una rodilla en tierra para que la Reina Ada le colocara la diadema de lotos sobre la frente, y le prendiera en el pecho la estrella de cinco puntas que según la tradición lo asemejaba a Dios que todo lo ve y todo lo sabe.

"—La paz ha sido otra vez asegurada. La dicha de nuestros pueblos ha sido de nuevo conquistada! —exclamaban en todos los tonos los príncipes de la Alianza.

"Así llegó Abel al supremo poder; el hijo de Adamú y Evana, nacido en una caverna del país de Ethea, entre una majada de renos, y lejos del resto de la humanidad que por mucho tiempo ignoró su nacimiento.

"Era el Hombre-Luz enviado por la Eterna Ley, para guiar a los hombres por los caminos del bien, del amor y de la justicia.

"Su primer pensamiento como Jefe Supremo de la Gran Alianza fue éste: "Antes de todo, soy un Kobda poseedor de los secretos de la Divina Sabiduría". Y este pensamiento lo envolvió todo como un nimbo de luz y de amor, que lo condujo hasta el Pabellón de la Reina Ada, a la cual encontró de pie junto al sarcófago de su rey muerto, tiernamente ocupada en ordenarle la blanca cabellera, que como una madeja de nieve coronaba su noble cabeza. Habían pasado los 70 días del embalsamamiento acostumbrado.

"—¡Mi Rey! —le decía a media voz, mientras sus lágrimas caían suavemente como gotas de rocío sobre un manojo de rosas blancas—. ¡Mi Rey!... No pensaste sin duda en mí, que quedaba sola en medio de pueblos y muchedumbres que me amaban por ti.

"—Me acogiste bajo tu amparo a mis 14 años, y en vez de la esclava que pensaba ser, me colocaste en un altar como a una imagen de ternura, a la cual diste el culto reverente de un amor que no tiene igual en la tierra!... ¿Y ahora, mi rey... y ahora?...

"—Ahora estoy yo, mi Reina, a tu lado, como el hijo de tu rey, que te conservará para toda su vida, en el mismo altar en que él te dejó —dijo Abel, desde la puerta de la cámara mortuoria—. ¿Me permites pasar?

"—Entra, Abel, hijo mío, entra, que contigo no rezan las etiquetas —le contestó Ada sin volver la cabeza para ocultar su llanto.

"El joven Kobda entró y arrodillándose a sus pies le habló así:

"—Los padres tengo en esta vida mía: tú y Evana. Y así como mi primer pensamiento ha sido para ti, que el tuyo sea para mí, y que tu primer acto de reina viuda, sea para adoptarme en este momento y ante el cadáver de nuestro Rey, como a un verdadero hijo, al cual protegerás con tu amor durante toda tu vida.

"El llanto contenido de Ada se desató en una explosión de sollozo sobre la cabeza de Abel, que recibió aquel bautismo de lágrimas con el profundo sentimiento de amor reverente y piadoso, con que recibiera años atrás a sus 12 años, la túnica azulada que lo iniciaba en los caminos de Dios.

"—Hijo mío, Abel —le dijo la reina—; tenías que ser tú quien recibiera primero todo el dolor que ahogaba mi corazón.

"Y extendiendo ambas manos sobre aquella rubia cabeza inclinada ante ella le dijo:

"—Desde este momento quedas en mi corazón como el hijo de Bonhindra mi rey, y nunca más te apartaré de mi lado.

"Entre ambos dispusieron enseguida, que en la gran Mansión de la sombra del Santuario se reuniera a todos los Kobdas, hombres y mujeres para hacer una concentración conjunta, con el

fin de ayudar al espíritu del Kobda Rey a encontrar en plena lucidez su nuevo camino en el mundo espiritual.

"Cuando resonó el toque de llamada, todos estaban esperando ya vestidos con las túnicas blancas de los grandes acontecimientos, y la gran sala de oración se vio invadida de inmediato por aquella concurrencia blanca, que entraba en filas de diez y diez, según la costumbre.

"Al final entró la Reina Ada envuelta en su blanco manto de Matriarca Kobda, y detrás de ella, Evana, Adamú y Abel.

"El que esto escribe, ocupaba por entonces un lugar en el alto Consejo de Gobierno que había formado a su alrededor Bonhindra, y por ser el más anciano, de orden me correspondía ocupar el lugar del Patriarca desaparecido. Mas, un íntimo sentimiento de respeto hacia el dolor de la Matriarca Ada, me impidió hacerlo, y el lugar de Bonhindra quedó vacío a su lado. Sobre uno de los brazos del sillón estaba apoyada su lira, la que él usaba siempre para las melodías de la evocación.

"Cual no sería el asombro y emoción de todos, cuando a poco de hacerse la penumbra, se sintió la suavidad inimitable de la lira de Bonhindra que preludiaba su melodía favorita: *"Ven Señor que te espero"*.

"Y en el mayor silencio, apenas moviéndose imperceptiblemente unos en pos de otros, comprobamos la sutil materialización del espíritu del Kobda-Rey, que ocupaba su sitio al lado de su fiel compañera, y ejecutaba su más sublime evocación a la Divinidad.

"Pocos momentos de emoción como aquel he presenciado en mi vida. Juntos habíamos padecido luchas espantosas, juntos habíamos sido felices; Bonhindra era, pues, para mí, un hermano en todo el alcance de esa palabra.

"La reina Ada y todos los sensitivos habían caído en hipnosis, y ayudaban sin duda a aquella materialización tan perfecta como no recordamos haber visto otra en mucho tiempo.

"El llanto silencioso de todos, hacía más intensa las ondas sutiles de aquel ambiente de cielo en la tierra, laborado con el amor de todos hacía el Kobda Rey que poseyó en grado sumo, el poder y la fuerza de hacerse amar de todos cuantos le conocimos.

"Abel se acercó el último a la hermosa aparición, que por su extrema blancura parecía formar luz en la penumbra violeta del Santuario. Y cuando terminó la melodía, la lira quedó sobre el asiento del sillón y la visión ya casi convertida sólo en un halo de claridad, envolvió a la Reina Ada y a Abel que se había arrodillado a sus pies, y luego se evaporó en la penumbra de la gran sala de oración, donde todos pensábamos lo mismo:

"¡Qué grande fue el amor de Bonhindra que le hizo dueño de los poderes de Dios!".

"Tal fue la saturación de amor de aquella inolvidable tenida espiritual, que todos salimos de ella sintiéndonos capaces de ser redentores de hombres por el sacrificio y el amor.

"Desde ese momento comenzaron las grandes actividades de Abel, que con el apoyo y concurso de todos, supo cumplir los programas de Bonhindra, en bien de los pueblos de la Alianza.

"La Fraternidad Kobda, reforzada por la unión de los últimos Dacthylos del Ática, lo fue aún más, en cuanto al elemento femenino traído al Santuario de la Paz por la Matriarca Walkiria, cuya grandeza atrajo a muchas mujeres de los países del hielo, a vestir la túnica azulada de las obras del pensamiento.

"Reunido el alto Consejo del Santuario, escuchó la palabra de Abel que decía:

"Los jefes y Príncipes de los pueblos me han designado sucesor del Kobda-Rey, porque el hecho de llevar en mis venas su sangre, representa para ellos como un derecho de parte mía y una garantía para ellos, de que yo seré justo como él fue. A las multitudes que no tienen nuestra educación espiritual, no podemos cambiarles de raíz su criterio referente a este punto, pero nosotros que estamos convencidos de que lo bueno como lo malo tiene su origen en el alma, principio inteligente del hombre, debemos obrar de acuerdo a nuestra convicción.

. "Esto quiere decir que yo necesito que seáis vosotros, mis hermanos de ideales y de convicciones, Quiénes digáis y resolváis si debo o no ocupar el lugar del Kobda Rey en esta hora solemne de la actual civilización.

"Hilcar de Talpaken, el sabio Dacthylos que desde su llegada del Ática ocupaba el puesto de Consultor del Alto Consejo, aconsejó la conveniencia de no contrariar la voluntad de los Príncipes de la Alianza en cuanto a la designación de Abel. Y para aquietar los temores del joven Kobda, propuso que se hiciera tal como 25 años atrás, o sea que el Alto Consejo de Ancianos fuera quien respaldara al joven en todo cuanto se relacionara con el mundo exterior. De esta manera se eliminaban las inquietudes de Abel, que descargaba parte del gran peso del gobierno, en los diez Ancianos llenos de sabiduría y de prudencia, que serían los asesores en quienes confiaba plenamente.

"Esta solución propuesta por Hilcar, fue aceptada por todos, aun cuando era indispensable que ante la Gran Alianza, sólo apareciera Abel como lazo de unión entre los pueblos de tres continentes que lo habían proclamado Jefe Supremo en reemplazo de Bonhindra".

Aquí terminaba uno de los papiros del Patriarca Aldis y Jhasua lo enrolló, dejando a sus amigos profundamente pensativos ante la verdadera historia que hasta entonces habían desconocido por completo.

Aquellos cuatro doctores de Israel, que habían desmenuzado sus escrituras sagradas punto por punto, procurando deslindar lo verdadero de lo ficticio, se encontraban de pronto con un monumento histórico que abría horizontes inmensos, a sus anhelos largamente acallados por la incógnita de la Esfinge que nada respondía a sus interrogantes.

Y ante el joven Maestro silencioso, los cuatro amigos traían al espejo iluminado de los recuerdos, ciertos datos verbales que la tradición oral había conservado vagamente y cortes de escrituras armenias, de grabados en arcilla encontrados entre las ruinas de la antigua Kalac, de Nínive, de las antiquísimas Sirtella y Urcaldia en Asiría y Caldea, de Menfis y Rafia en el Bajo Egipto. Templos como fortalezas, cuyas ruinas tenían una elocuencia muda; piedras que hablaban muy alto con sus jeroglíficos apenas descifrables, pero lo bastante para que espíritus analíticos y razonadores, comprendieran que la especie humana sobre la tierra venía no tan sólo de los cinco mil años que pregonaban los libros hebreos, sino de inmensas edades que no podían precisarse con cifras.

Los sepulcros de las cavernas con sus momias acompañadas de instrumentos músicos, de herramientas, de joyas, hablaban también de viejas civilizaciones desaparecidas, cuyos rastros habían quedado sepultados a medias en las movedizas arenas de los desiertos, entre las grutas de las montañas y hasta en el fondo de los grandes lagos mediterráneos que al secarse, dejaron al descubierto vestigios inconfundibles de obras humanas por encima de las cuales habían pasado millares de siglos.

La imaginación del lector, ve de seguro en este instante, erguirse majestuosa ante los cuatro doctores de Israel, la figura augusta de la Historia señalando con su dedo de diamante la vieja ruta de la humanidad sobre el planeta Tierra. Y como el lector lo ve, la vieron ellos, y su entusiasmo subió de tono hasta el punto de hacer allí mismo un pacto solemne, de buscar el encadenamiento lógico y razonado de cuanto dato o indicio encontrasen para reconstruir sobre bases sólidas, la verdadera historia de la humanidad en la Tierra.

— Nuestro hermano Filón trabaja activamente en este sentido —observó Jhasua—. Tiene una veintena de compañeros que recorren el norte de África en busca de esos rastros que vosotros deseáis también encontrar. Mi maestro Nasan, el que estuvo 14 años en Alejandría, tiene que ir nuevamente de aquí a tres años en cumplimiento de un convenio con Filón, como el que vosotros hacéis en este instante.

— ¿Y ese convenio consistía? —interrogó Nicodemus—, y sin dejarle terminar respondió Jhasua:

—En que Filón en el Egipto repleto de recuerdos y de vestigios, y Nasan en Palestina y Mesopotámia, buscarían los rastros verdaderos de ese remoto pasado que acicatean la curiosidad de todos los buscadores de la Verdad.

—En tres años tenemos el tiempo suficiente para estudiar el Archivo venido de Ribla, lo cual nos habrá dado la luz que podremos llevar como aporte a la gran reunión de Alejandría —observó Nicolás de Damasco.

—Convenido. Tenemos una cita en la ciudad de Alejandro Magno para dentro de tres años —dijo José de Arimathea muy entusiasmado.

—Cuando yo tendré los veintiuno de mi edad —añadió Jhasua— por lo cual creo que valdré algo más que ahora, porque sabré más.

—Y yo —dijo el tío Jaime que hasta entonces se había limitado a ser sólo un escucha—, ¿no podría ser de la partida?

—Si le interesa este trabajo, por nosotros, no rechazamos a nadie —contestó José.

—Si no me interesasen, no estaría aquí. Mi propósito era facilitar el camino de Jhasua que acompañado por mí no encontraría de seguro dificultades de parte de sus familiares.

—Tú también vendrás, Jhosuelín —dijo Jhasua a su hermano allí presente, como una figura silenciosa que no perdía palabra de cuanto se hablaba.

—Es mucho tiempo tres años para saber de seguro si iré o no —contestó sonriente Jhosuelín, cuyos grandes ojos oscuros llenos de luz lo asemejaban a un soñador que está siempre mirando muy a lo lejos—. Si puedo iré —añadió luego.

A los siete meses el joven cayó vencido por la enfermedad al pecho, ocasionada por aquel golpe de un pedrusco arrojado contra Jhasua y que Jhosuelín recibió en pleno tórax.

—Bien —dijo José—, no perdamos, pues, de vista este convenio. Los que estemos en condiciones físicas, acudiremos a la cita de Alejandría de aquí a tres años, o sea 36 lunas.

Como la hora ya era avanzada, pocos momentos después todos descansaban en la tranquila casita de Joseph, el artesano de Nazareth.

Y tres días después, los cuatro viajeros regresaban a Jerusalén, satisfechos del gran descubrimiento, y llevándose las copias que Jhasua les había regalado.

Llevaban, además, la promesa de Myriam y de Joseph, de que pasados tres meses dejarían al joven regresar al Tabor a donde habían convenido acompañarle Nicolás de Damasco y Nicodemus con fines de estudio del Archivo, si los Ancianos del Santuario lo permitían.

NAZARETH

Los tres meses de estadía en su pueblo natal fueron para Jhasua de un activo apostolado de misericordia. Se diría, que inconscientemente, preparaba él mismo las muchedumbres que le escucharían doce años después.

Acompañando a los Terapeutas peregrinos ejerció con éxito sus fuerzas benéficas en innumerables casos, que pasaron sin publicidad, atribuidos a las medicinas con que los Terapeutas curaban todos los males. Aun cuando los benéficos resultados fueran ocasionados por fuerza magnética o espiritual, convenía por el momento no despertar la alarma que naturalmente se sigue de hechos que para el común de las gentes, son milagrosos.

Visitó los pueblecitos de aquella comarca, en todos los cuales tenía amistades y familiares que le amaban tiernamente. Simón, que cerca al Lago Tiberíades tenía su casa, le hospedó muchas veces y probó al joven Maestro que aquella lección que le diera años atrás bajo los árboles de la entrada al Tabor, había sido muy eficaz.

—Nunca más dije una mentira, Jhasua —decía Simón, el futuro apóstol Pedro.

—Buena memoria tienes, Simón. Ya no recordaba yo aquel pasaje que tanta impresión te hizo.

Y Jhasua al decir esto irradiaba sobre aquel hombre sencillo y bueno, una tan grande ternura, que sintiéndolo él hondamente, decía conmovido:

—Eres, en verdad, un Profeta, Jhasua. Apenas estoy cerca de tí siento que se avivan en mí los remordimientos por mis descuidos en las cosas del alma, y me invaden grandes deseos de abandonarlo todo para seguirte al Santuario.

—Cada abejita en su colmena, Simón; que no es el Santuario el que hace justos a los hombres, sino que los justos hacen el Santuario.

Si cumples con tus deberes para con Dios y con los hombres, tu casa misma puede ser un santuario. Tu barca que es tu elemento de trabajo, puede ser un santuario.

Este lago mismo del cual sacas el alimento para ti y los tuyos, es otro templo donde el Altísimo te hace sentir su presencia a cada instante.

La grandeza y bondad de Dios la llevamos en nosotros mismos, y ellas se exteriorizan a medida de nuestro amor hacia El.

—De aquí a tres días será el matrimonio de mi hermano Andrés, y él quiere que tú vengas con nosotros ese día. ¿Vendrás Jhasua?

—Vendré, Simón, y con mucho gusto.

—La novia es una linda jovencita que tú conoces, aunque no sé si la recordarás, Jhasua.

— A ver, dímelo, que yo tengo buena memoria.

— ¿Recuerdas aquella pobre familia que vivía del trabajo del padre en el molino, y que fue preso por un saquillo de harina que llevó para sus hijos?

— Sí, sí, que la esposa estaba enferma y los niños eran cinco.

El menor era Santiaguillo, que corría siempre detrás de mí. Lo recuerdo todo, Simón.

— Pues bien, la niña mayor es la que se casa con mi hermano Andrés. Ese día estarán todos ellos aquí, y tendrán un día de felicidad completa si tú estás con nosotros.

— Vendre, Simón, vendre. Es voluntad del Padre Celestial que todos nos amemos unos a otros, y que no mezquinemos nunca la dicha grande o pequeña que podamos proporcionar a nuestros semejantes.

—La madre sanó de su mal y debido a los Terapeutas se reparó el daño hecho al padre que ahora tiene un buen jornal en el molino —siguió diciendo Simón, que veía la satisfacción con que Jhasua escuchaba las noticias de sus antiguas amistades.

Al visitar la casa de Zebedeo y Salomé, encontró al pequeño Juan con un pie dislocado por un golpe. El chiquillo que ya tenía 7 años se puso a llorar amargamente cuando vio a Jhasua que se le acercaba.

—Porque tú no estabas Jhasua se me rompió el pie —le decía entre sus lloros.

—Esto no es nada, Juanillo, y es vergüenza que llore un hombre como tú. Y así diciendo Jhasua se sentó al borde del lecho donde tenían al niño con el pie vendado y puesto en tablillas. Le desató las vendas y apareció hinchado y rojo por la presión.

Salomé estaba allí y Zebedeo acudió después.

Jhasua tomó con ambas manos el pie enfermo durante unos instantes.

—Si el Padre Celestial te cura, ¿qué harás en primer lugar? —preguntó al niño que sonreía porque el dolor había desaparecido.

—Correré detrás de ti y no te dejaré nunca más —le contestó el niño con gran vehemencia.

—Bien, ya estás curado; pero no para correr tras de mí por el momento; sino para ayudar a tu madre en todo cuanto ella necesite de ti.

Juanillo se miraba el pie que aún tenía las señales de las vendas pero que ya no le dolía; miraba luego a Jhasua y a su madre como dudando de lo que veía.

—Vamos, bájate de la cama —díjole Jhasua— y tráeme cerezas de tu huerto que las veo ya bien maduras.

Juanillo se puso de pie y se abrazó a Jhasua llorando.

— ¡Estoy curado, estoy curado, y pasé tantos días padeciendo aquí porque tú no estabas, Jhasua, porque tú no estabas!

La madre, enternecida, susurraba la oración de gratitud al Señor por la curación de su hijo, el pequeño, el mimoso, el que había de amar tan tiernamente al Hombre-Luz, que éste llegara a decir que *"Juan era la estrella de su reposo"*.

—Jhasua es un profeta de Dios —decía Zebedeo a Salomé, su mujer—, porque el aliento divino le sigue a todas partes. Los pescadores del lago creen que es Elíseo porque lo descubre todo. Nada se le oculta. Otros dicen que es Moisés, porque manda sobre las aguas.

— ¿Cómo es eso? —Inquirió Salomé—. ¡Tú nada me habías dicho!

—Porque los Terapeutas nos mandan callar. Hace tres días hizo subir el agua hasta el *banco grande* donde habían encallado dos barcas y sus dueños desesperados lloraban porque era esa toda su fortuna, su medio de ganar el pan. Las tormentas le obedecen y el viento de ayer, que hacía zozobrar las barcas, se calmó de pronto, no bien él llegó a la orilla.

—La voz va corriendo de que el hijo de Joseph es un profeta.

Este breve diálogo tenía lugar en la casita de Zebedeo, junto al lago de Tiberíades, mientras Jhasua bajo los cerezos del huerto recibía en una cesta de juncos, la fruta que Jhoanín le dejaba caer a puñados desde lo alto de los árboles.

Fue en esta breve estadía de Jhasua en su pueblo natal, que se despertó en Galilea un pensamiento que estaba dormido desde los días de su nacimiento en que hubo sucesos extraños en la casita de Joseph. Pero de eso habían pasado 18 años, y las gentes olvidan pronto lo que no afectan al orden material de su propia vida.

También estos sucesos se adormecieron semi-olvidados en el silencio esenio, reservado y cauteloso en aquella hora de inseguridad en que se vivía, bajo el yugo extranjero por una parte, y bajo el látigo de acero del clero de Jerusalén, que castigaba con severísimas penas a todo el que, fuera de los círculos del Templo se permitiera manifestaciones de poderes divinos.

Las autoridades romanas habían dejado a los Pontífices de Israel toda autoridad para juzgar a su pueblo. Sólo se les había retirado el poder de aplicar la pena de muerte. Pero la confiscación de bienes, las prisiones, las torturas, los azotes, eran ejercidos con una facilidad y frecuencia que tenían espantados a los hebreos de las tres regiones habitadas por ellos: Judea, Galilea y Samaría.

Esto explicará al lector, el silencio que los Terapeutas mandaban guardar referente a los poderes superiores que empezaban a manifestarse en Jhasua.

La ciudad de Tiberias construida sobre la margen occidental del lago, y recientemente concluida en toda la magnificencia de su fastuosa ornamentación, era el punto mágico que tenía el poder de atraer por la curiosidad, a los sencillos galileos que no habían visto nunca cosa semejante.

Y aunque los anatemas del clero contra *"La obra pagana inspiración de Satanás"*, según decía, retraía un tanto a los más tímidos, este temor fue desapareciendo poco a poco, hasta el punto de que eran muy pocos los que no hubiesen llegado a conocer la dorada ciudad, orgullo de los Herodes.:

En determinadas épocas del año, sobre todo en primavera y estío, era el punto de reunión de cortesanos y cortesanas de Antipas o Antípatro, como más familiarmente se le llamaba al hijo de Herodes el Grande, que aparecía como Rey de aquella provincia, aunque su autoridad estaba

limitada por otras dos más fuertes que la suya: la del Gobernador Romano, representante del César, y la del clero de Jerusalén, que para los hebreos representaba la temida Ley de Moisés.

En tales épocas, el lago de Tiberíades dejaba de ser el tranquilo escenario de los pescadores, para convertirse en un espejo encantado, donde se reflejaban las fastuosas embarcaciones encortinadas de púrpura y turquí de los cortesanos del rey.

Los festines y las orgías empezadas en los palacios, en las termas, o bajo las columnatas de mármol con techumbre de cuarzo que brillaban bajo el sol del estío, continuaban sobre el lago, que iluminado con antorchas, tomaban un aspecto fantástico y encantador.

Emisarios reales acudían solícitamente a limpiar el lago de las sucias barcazas de los pescadores, cuando iba a realizarse un festín sobre las aguas.

Un día ocurrió que Jhasua con su tío Jaime y Jhosuelín, fueron a visitar las familias amigas de las orillas del lago en las cuales había algunos enfermos. Los terapeutas, que cuidaban aquella región, estaban de viaje por otros pueblos, y Jhasua se creyó obligado a remediar la necesidad de sus hermanos.

Enseguida le informaron los pescadores que por el fuerte viento de los días pasados no habían podido salir a extender sus redes. Y que ese día que apareció hermoso y sereno, ya vino la orden de Tiberias que ningún pescador de las cercanías de la gran ciudad, saliera al lago, ni dejara redes tendidas.

Para nosotros es la vida, es el pan, es la lumbre de nuestro hogar decían quejándose amargamente. Tienen sus palacios, sus parques, sus plazas y paseos. Nosotros sólo tenemos el Lago que nos da el sustento de cada día, y aun esto nos quita los grandes magnates que están hinchados de todo.

El corazón de Jhasua sentía este clamor y se rebelaba ante la injusticia de los poderosos, que no podían ser felices sino causando dolor a los humildes.

¿A qué hora —preguntó— son los festines de la corte?

—Comienzan al atardecer y se prolongan durante toda la noche. Ya andan poniendo los postes para las antorchas.

—Vuestra necesidad está primero que los festines de los cortesanos del rey —dijo—. Dios manda por encima de todos los reyes de la tierra, y Dios dá sus poderes divinos a todo el que sabe emplearlos en cumplimiento de su voluntad.

—Tened fe en Dios, que El es vuestro Padre y mira vuestra necesidad más que el capricho voluptuoso de gentes que sólo viven para su placer.

La forma en que habló Jhasua asustó a todos, pues pensaron que iba a entrevistarse con los empleados reales que colocaban antorchas y gallardetes desde la ciudad hasta larga distancia.

—¿Qué vas hacer —le preguntó su tío Jaime.

—Tú y Jhosuelín venid conmigo. Vosotros todos entraos a vuestra casa y orad a Jehová para que haga justicia en este caso —dijo resueltamente.

Y poseído de una fuerza y energía que era visible para todos, subió a una barquilla amarrada a la costa, seguido del tío Jaime y Jhosuelín.

Extendieron el rústico toldo de lona para preservarse del sol, y Jhasua se sentó cómodamente y cerró sus ojos.

Una vibración tan poderosa emanaba de él, que el tío Jaime y Jhosuelín cayeron bajo su acción y se quedaron profundamente dormidos.

Cuando se despertaron, el cielo estaba color ceniza y amenazaba lluvia. Sólo habían pasado dos horas.

—Vamos —les dijo Jhasua—. La voluntad de Dios puede más que la de los hombres.

—Parece que tendremos lluvia —dijo el tío Jaime, comprendiendo lo que había pasado, o sea que su gran sobrino había puesto en juego los poderes superiores que había desarrollado en grado sumo, y que cuando es justicia, se manifiestan en bien de quienes lo necesitan y lo merecen.

Jhasua guardó silencio y cuando llegaron a la casa de los pescadores, les encontraron contentos preparando sus redes para salir al lago.

—¿Salís ahora a tender las redes? —le preguntó Jhosuelín.

—Claro está que salimos. ¿No ves que los hombres de la ciudad levantan sus aparejos del festín porque temen la lluvia?

En efecto, recogían gallardetes y colgaduras; y las balsas convertidas en plataformas con mesas y divanes, con doceles de púrpura y guirnaldas de flores, desaparecieron rápidamente. El cielo estaba amenazante y por momentos se esperaba una descarga torrencial, pues el aire se había enrarecido hasta ponerse sofocante.

—Una caravana de pescadores salieron a tender sus redes.

—Nosotros no tememos la lluvia, sino el hambre —decían mientras cantando tomaban posesión de su lago, el querido lago que siempre les dio el sustento y al cual, la audacia de un Reyzeuelo soberbio había cambiado su viejo nombre de *Genezareth* por el de *Tiberíades* para honrar la ciudad de *Tiberias* edificada sobre la orilla occidental.

Unas horas después la tormenta se desvanecía como una bruma de ceniza, y de nuevo la claridad hermosa de un cielo de turquesa compartía la alegría de los humildes pescadores galileos que decían a coro, aunque muy bajito:

—El hijo de Joseph es un profeta de Dios al cual obedecen los elementos.

Pocos días después Jhasua tuvo conocimiento de que en la suntuosa ciudad de Tiberias ocurría un hecho que para él era insoportable y era el siguiente:

Los pobres, los hambrientos, los desheredados, viven naturalmente buscando lo que desperdician de sus harturas los ricos, los felices de la vida. Y sucedía que grupos de estos desventurados acudían a la enterada a las termas donde se levantaban tiendas movibles con toda clase de frutas y delicados manjares, para incitar el apetito de las gentes de posición que acudían a los baños. Y allí, los rostros escuálidos y hambrientos de los menesterosos a veces movían a compasión a algunas elegantes mujeres, que les pagaban en las tiendas algún puñado de frutas.

Pero este espectáculo triste, de rostros macilentos y haraposas vestiduras, no podía agradar a la corte de Antípatro cuando acudía con toda fastuosidad en lujosa litera llevada por ocho esclavos etíopes, y seguido de sus cortesanos a bañarse a las termas.

Y el mayordomo de palacio acudía siempre una hora antes de la llegada del rey a espantar todo aquel enjambre de chicuelos hambrientos, de viejos decrepitos, de paralíticos, que se arrastraban sobre una piel de oveja, etc., etc.

Aquella visión no era digna de los ojos reales ni de las sensibles cortesanas, que podían sufrir crisis de nervios ante un espectáculo semejante.

Jhasua, que se interesaba por todo dolor que azotara a los humildes, invitó un día a su tío Jaime y Jhosuelín, compañeros de todas sus andanzas de misericordia, y llegó hasta la dorada ciudad de los jardines encantados, donde había tantas plantas finas y exóticas como estatuas de mármol traídas por Herodes el Grande del otro lado del mar, y provenientes de las grandes ruinas de ciudades de Grecia y de Italia. Con tales tesoros artísticos había contribuido Tiberio César a pagar la adulación de Herodes creando una ciudad que inmortalizara su nombre: Tiberias.

Jhasua no se escandalizó como los puritanos fariseos, ni de los templos paganos, ni de la belleza desnuda de mármoles que eran en verdad obras magníficas de los más famosos escultores griegos de aquellos tiempos. De una sola cosa se escandalizó, y fue del dolor y la

miseria que sufrían seres humanos en medio de la hartura y alegría insultante y desvergonzada, de los privilegiados de la fortuna.

Se sintió como si fuera el brazo de la Justicia Divina, y se colocó como un paseante cualquiera en la gran plaza de las Termas, que empezaba a llenarse de gentes para ver a la corte que debía acudir esa tarde.

Pronto llegó el mayordomo de palacio, en litera y escoltado por guardias armados de látigos.

El bajó y penetró a los pórticos donde un ejército de criados tendían tapices, alfombras de Persia en la entrada principal, y colocaba a los músicos y danzarinas en los sitios que les eran habituales. Y los guardias látigo en mano, se disponían a ejercer sus funciones contra los escualidos cuerpos de chicuelos famélicos, que espiaban la caída de una fruta o de una golosina en mal estado, o registraban las grandes cestas depósito, donde los vendedores arrojaban los desperdicios.

El tío Jaime y Jhosuelín temblaban, por lo que adivinaban que Jhasua iba hacer.

Lo veían con el semblante enrojecido y todo él vibrando como una cuerda de acero que amenazaba estallar.

Un guardia pasó cerca con su látigo en lo alto hacia un grupo de chicuelos y dos mujeres indigentes con niños enfermos en brazos, que ya se disponían a huir. El guardia se quedó de pronto paralizado y con todo su cuerpo que temblaba como atacado repentinamente de un extraño mal. El tío Jaime que adivinaba a Jhasua, se acercó a una de las tiendas y compró una cesta de pastelillos y otra de uvas, y repartió tranquilamente al azorado grupo sobre quienes; iba a caer el látigo del guardia.

—Idos lejos de aquí y esperadme en el camino a Nazareth —les dijo a media voz.

Jhasua se acercó al guardia que luchaba por reponerse y le dijo:

—No uséis vuestra fuerza contra seres indefensos, que hacen lo que vos haríais si tuvierais hambre.

—Yo soy mandado y cumplo con mi deber —contestó cuando pudo hablar, pues que hasta la lengua tenía entorpecida.

—El primer deber del hombre es amar a los demás hombres, y no olvidéis nunca que por encima de los reyes de la tierra, hay un Dios justiciero que defiende a los humildes.

— ¿Quién eres tú que me hablas así? —preguntó el guardia azorado.

—Soy un hombre que ama a todos los hombres. Y en este momento, soy también la voz de Dios que te dice: No te prestes nunca como instrumento de la injusticia de los poderosos, y El te colmará de bienes y de salud.

El guardia se quedó lleno de estupor que él mismo no se explicaba. Aquel jovencito le causaba espanto. A los otros guardias de los látigos les ocurrió igual caso que el que acabamos de relatar.

Jhasua había puesto en acción lo que se llama en Ciencia Oculta, *el poder de ubicuidad*, que le permitió presentarse al mismo tiempo a los cuatro guardias en el momento en que iban a emprenderla a latigazos con los pobres y chicuelos desarrapados que había en la plaza; y decirles las mismas palabras que entre ellos comentaron poco después.

Y entre ellos corrió la voz de que era un mago de gran poder; y tan insistente fue el cuchicheo entre los guardias del palacio de Antípatro que el caso llegó a oídos del rey, el cual, hastiado siempre de su vida de orgías, andaba a la pesca de novedades que le divirtieran.

Y llamando a los cuatro guardias, a cada uno por separado se hizo explicar el caso del hermoso mago, que siendo tan jovencuelo, sabía tanto.

Y mandó que le buscaran por toda la ciudad y lo trajeran a su presencia, para dar un espectáculo nuevo a sus cortesanos con los prodigios que aquél haría.

Mas Jhasua ya estaba en su casita de Nazareth, perdida entre las Montañas a 30 estadios de la fastuosa ciudad, y, lógicamente, los guardias no lo encontraron.

Pero Antípatro, aunque voluble, era tenaz cuando se veía defraudado en sus caprichos, y empezó a cavilar en el asunto del mago.

—Si habla de Dios —pensó— y del amor a los mendigos hambrientos, no es un mago de la escuela de los caldeos y de los persas, sino un profeta hebreo como los que abundaron en esta tierra desde siglos atrás. Mariana, su madrastra, contaba divertidas historias de esos profetas.

Y llamando a su mayordomo, le dijo:

—Anuncia que de aquí a tres días iré con la corte a las Termas, donde haré un gran festín. Los pordioseros acudirán en abundancia, y Muestro mago irá también a defenderles del látigo de mis guardias.

—Quiero que le traigas a mi presencia así que le veas. No quiero que le hagas daño alguno ni uses violencia con él.

Pero Jhasua, no apareció más en Tiberias, ni los pordioseros tampoco, porque el joven maestro, ayudado por el tío y Jhosuelín, fue averiguando la causa de su extremada miseria cuando les encontró aquel día en su Regreso de Nazareth. Les colocaron muy discretamente entre las familias esenias, casi todos artesanos y labradores. Y los que se hallaban inutilizados para todo trabajo a causa de sus dolencias físicas, fueron llevados a los ocultos refugios-hospicios que tenían los Terapeutas, donde se les ponía en tratamiento y muchos de ellos se aliviaban de su mal, o curaban completamente.

Nuestro Jhasua estaba muy preocupado por la enfermedad que advertía en el más querido de sus hermanos: Jhosuelín.

Y un día, en íntima conversación con su madre y el tío Jaime, insinuó la conveniencia de llevarlo consigo al Santuario del Tabor, a fin de ponerlo en tratamiento por los métodos curativos que allí se usaban.

—Jhosuelín, no quiere vivir —dijo tristemente Myriam.

—¿Por qué? ¿Hay acaso algún secreto odioso que le obligue a renegar de la vida? —preguntó Jhasua.

—No lo sé hijo mío. Jhosuelín es muy reservado en sus cosas íntimas y nada dice, ni aún a su hermana Ana a la cual tanto quiere.

—Sólo tiene 21 años y nuestro padre le quiere tanto... —añadió Jhasua—. Habrá que convencerlo que debe vivir aunque sea por la vida de nuestro padre, que se verá seriamente amenazada con un disgusto tan grave.

—Háblale tú y acaso contigo sea más comunicativo —observó el tío Jaime.

—¿Dónde está él ahora?

—Con su padre pagando los salarios a los operarios. Mañana es sábado. Vete tú allá, y di a tu padre que venga a descansar, y tú ayudarás a Jhosuelin. Retirados los jornaleros te quedas solo con él.

—Voy madre, voy. Y Jhasua cruzó rápidamente el huerto y se perdió detrás de las pilas de maderas que se levantaban como barricadas bajo cobertizos de cañas y juncos.

La Luz Eterna, maga de los cielos que copia en su inmensa retina cuanto alienta en los mundos, descorre a momentos sus velos de misterio, y deja ver a quienes con justicia y amor la imploran en busca de ja Verdad.

La maga divina copió los pasos, los pensamientos, los anhelos del Hombre-Dios en la tierra, y nosotros humildes abejitas terrestres podemos alimentarnos de esa miel suavísima y plena de belleza, de la vida íntima del Cristo en su doble aspecto de divina y humana, tan hondamente sentida.

Tal como Myriam aconsejó a su hijo, lo hizo y sucedió. Jhasua quedó con los operarios en el taller y Joseph fue a ocupar su sitio habitual junto al hogar donde la dulce esposa condimentaba la cena, y Jaime su hermano le adelantaba en el telar, el tejido de una alfombra destinada a Jhasua para su alcoba en el Santuario de Tabor.

Jhasua quiere hablar a Jhosuelin sobre su curación —dijo Myriam a su esposo.

En verdad que su mal me trae inquieto —contestó Joseph.

Jhasua quiere llevarle con él al Santuario para que los Ancianos le curen como es debido, porque aquí ya lo ves, no es posible. Cuando se vayan los jornaleros le hablará.

Lo que no consiga él —dijo Joseph— de seguro no lo conseguirá nadie. Este hijo es de verdad un elegido de Jehová y nada se le resiste.

Que lo digan si no, los pescadores del lago —dijo Jaime interviniendo en la conversación. El mismo les había hecho el relato.

Y que lo digan así mismo los guardianes del rey —añadió riendo

Joseph, al recordar aquel hecho que Jaime y Jhosuelin les había referido en secreto y con todos los detalles.

—Pero a veces me espantan estas manifestaciones del poder divino en mi hijo —decía Myriam—. Yo quería un hijo bueno y gran servidor de Dios, pero no rodeado de tanta grandeza, porque si se hace visible para todos, será menos nuestro, Joseph. A más, que en estos tiempos más que en otros anteriores, es un peligro de la vida el destacarse y llamar la atención de las gentes.

—Hay mucha cautela y prudencia en todo hermana mía, ya lo ves decía Jaime tranquilizando a Myriam siempre alargada por lo que pudiera ocurrir a Jhasua.

—A más Jerusalén está lejos, y mientras él no toque los intereses de los magnates del templo, no hay temor de nada.

— ¿Sabes Myriam que hoy recibí una epístola de Andrés de Nicópolis, el hermano de Nicodemus, en la cual pide permiso para que su hijo Marcos comience relaciones con Ana?

— ¡Oh... es una gran noticia! y ¿qué dice Ana, pobrecilla tan dulce y buena?

—No lo sabe todavía. Pero ¿dónde se han visto pregunto yo?

Yo lo sé. Debíamos haberlo sospechado. Esto ha ocurrido en casa de nuestra prima Lía en Jerusalén. Y ahora recuerdo que en nuestra última estadia allá para las fiestas de la Pascua, Marcos frecuentaba mucho la casa de Lía y le vi varias veces hablar con Ana.

— ¡Mirad, mirad, qué calladito lo tenían el asunto! —decía Jaime.

—Un vínculo más con la noble y honrada familia de nuestro querido amigo, es una gran satisfacción para mí —añadió Joseph, mientras saboreaba el humeante tazón de leche con panecillos de miel que Myriam le había servido.

Marcos, que estudiaba los filósofos griegos y estuvo luego tres años en Alejandría al lado de Filón, sería otro testigo ocular de gran importancia, que debía referir más tarde la verdadera vida del Cristo, si no hubieran desmembrado su obra, "*El Profeta Nazareno*" para dejarla reducida a la breve cadena de versículos que el mundo conoce como "Evangelio de Marcos".

Y mientras esto ocurría en la gran cocina de Myriam, en un compartimento del taller, Jhasua y Jhosuelín dialogaban íntimamente.

—Jhosuelin, ya sabes como te he querido siempre y te he obedecido como a hermano mayor, hasta el punto que bien puedo decir que fuiste quien más soportó el peso de mis impertinencias infantiles después de mi madre.

—Y yo estoy satisfecho de ello Jhasua. ¿A qué viene que me lo recuerdes?

—Es que tu enfermedad sigue su curso y tú no quieres que se te cure. Yo quiero llevarte conmigo al Tabor para que los Ancianos se encarguen de curar tu mal.

—Si Dios quisiera prolongar mi vida, tu solo deseo de mi curación sería bastante. ¿No lo has comprendido hermano?

—He comprendido que hay una fuerza oculta que obstaculiza la acción magnética y espiritual sobre ti, y por eso he querido tener esta conversación contigo para tratar de apartar esos obstáculos —decía Jhasua que al mismo tiempo ejercía presión mental sobre su hermano, del cual quería una confianza íntima.

Por toda contestación Jhosuelin sacó de un bolsillo interior de su túnica un pequeño libreto manuscrito y hojeándolo dijo:

—Si quieres oír lo que aquí tengo escrito, quedarás enterado de lo que en este asunto te conviene saber.

—Lee, que escucho con gusto.

—Como buen esenio, práctico todos los ejercicios propios para mi cultivo espiritual —añadió Jhosuelin— y aquí está cuanta inspiración y manifestación interna he tenido. Oye pues:

"Apresúrate a llegar porque tus días son breves en esta tierra.

"Viniste sólo para servir de escudo al "Ungido durante los años que él no podía defenderse de las fuerzas exteriores adversas.

"El ha entrado en la gloriosa faz de su vida física en que no sólo es capaz de defensa propia, sino de defender y salvar a los demás.

"Pronto la voz divina te llamará a tu puesto en el plano espiritual.

"Los custodios del Libro Eterno de la Vida te esperamos".

Albazul.

— ¡Magnífico! —Exclamó Jhasua—. Ahora lo comprendo todo; *Albazul* es el jerarca de la legión de Arcángeles que custodian los Archivos de la Luz Eterna. Ignoraba que tú pertenecías a esa Legión. Nunca me lo dijiste.

—Soy un esenio y sin necesidad no debo hablar de mí mismo. ¿No manda así nuestra ley? Ahora te lo digo porque veo la necesidad de que no gastes fuerza espiritual en prolongar mi vida sobre la tierra.

— ¡Oh mi gran hermano!... —exclamó Jhasua enternecido hasta las lágrimas y abrazando tiernamente a Jhosuelin.

—Yo no quiero verte morir. Vive todavía por mí, por nuestro padre que irá detrás de ti si te vas. Jhosuelin, vive todavía un tiempo más y da a nuestros padres el consuelo de dejarte curar.

¿No ves que están desconsolados por tu resistencia a la vida? Parecería que estás cansado de ellos porque no les amas.

—También dice nuestra ley —añadió Jhosuelin— que en cuanto nos sea posible seamos complacientes con nuestros hermanos. Está bien Jhasua, accedo a ir contigo al Tabor.

Gracias Jhosuelin, por lo menos nuestro padre tendrá el consuelo, de que se hizo por tu salud, cuanto se pudo hacer.

Y dos semanas después llegaban de Jerusalén, los amigos que debían ir con el joven Maestro a estudiar el Archivo de Ribla. Llegaban los cuatro: Nicolás, Gamaliel, Nicodemus y José de Arimathea.

¿Cómo aquí José? —le decía Jhasua cuando entró el primero en la casa.

¿Qué quieres hijo mío? El corazón no pudo resignarse a no acompañarte, y cedí corazón. Y Gamaliel no quiso ser solo el perezoso, y aquí estamos los cuatro.

Mejor así, por aquello de que cuatro ojos ven más que dos —decía

Jhasua contento de ver que el entusiasmo de sus amigos no había disminuido en nada.

Y antes de partir, Jhasua en un aparte con sus padres les explicó referente a Jhosuelin, haciéndoles comprender que en la terminación de las vidas humanas por lo que llamamos *muerte*, no solamente hay que buscar la causa en una deficiencia física, sino en la voluntad Divina, que ha marcado a cada ser el tiempo de su vida en el plano terrestre. Y aunque hay casos en que por motivos poderosos, ciertas inteligencias guías de la evolución humana, pueden prolongar algo más una vida, como pueden abreviarla, en el caso de Jhosuelin nada podía afirmarse.

—Tu hijo, padre, es un gran espíritu y vino unos años antes que yo para protegerme y servirme de escudo en el plano terrestre, durante la época infantil que me incapacitaba para mi propia defensa. Esa época ha pasado, y él es tan consciente y tan señor de sí mismo, que esa es la causa porque no ama la vida.

"—No obstante se hará por su salud cuanto sea posible, y vos padre, tendrás la fuerza necesaria para aceptar la voluntad Divina tal como ella se manifieste.

—Bien hijo, bien. Que sea como el Señor lo mande. ¡Pero yo quedare tan solo sin él! —y el anciano padre ahogó un sollozo sobre el pecho de Jhasua que le abrazó en ese instante.

—Si no podemos evitar la partida de Jhosuelin, yo vendré a quedarme contigo hasta que cierres tus ojos padre mío.

Y la pequeña caravana partió hacia el Monte Tabor, entre cuyos boscosos laberintos se ocultaba aquel Santuario de Sabiduría y de Santidad, que derramaba amor y luz en toda aquella comarca.

La distancia era muy corta y andando a pie podía hacerse en dos horas si fuese el camino recto, pero como se hacía costeano serranías y colinas, llegaron pasado el mediodía.

Los Ancianos les esperaban, y como los siete viajeros eran Esenios de los grados tercero y cuarto, tenían libre entrada en todas las dependencias de aquel original Santuario labrado por la Naturaleza, y donde bien poco había hecho la mano del hombre.

Los siete viajeros fueron instalados en la alcoba de Jhasua que era, como se recordará, un compartimento del recinto de estudio, dividido por cortinas de junco que se trasladaban a voluntad, así para disminuir como para agrandar un local.

El tío Jaime manifestó a su llegada, que él se encargaba de atender a que nada faltase a los huéspedes y a ser el mensajero para el mundo exterior. El viejo portero Simón padre de Pedro, estaba muy agotado por los años y pocos servicios podían prestar al Santuario.

Jhosuelin se sometió dócilmente al tratamiento curativo que los Ancianos le impusieron y que le fue tan eficaz, que veinte días después regresaba al hogar con nuevas energías y con nueva vida.

Era una concesión de la Ley Eterna al justo Joseph que pedía la prolongación de la vida de su hijo.

Viéndole tan lúcido y consciente, los Ancianos dijeron a Jhosuelín.

—La Ley te concede un año más en el plano físico. Vívelo para tu padre, que por él se te da.

Veinte días permanecieron también los cuatro doctores de Israel estudiando el Archivo, del cual participará el lector si desea conocer la verdadera historia de nuestra civilización.

EL PAPIRO 79

«Jesús de Nazareth y sus maestros esenios»

(http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/papiro_79_arpas_eternas.htm)

El Archivo de Ribla con los 80 rollos de papiro que componían *"Las Escrituras del Patriarca Aldis"* entre las cuales se hallaba transcrita la breve escritura de la Princesa Sophía madre de Evana, fue como una formidable descarga de dinamita a la base de una fortaleza que guardara el fantasma de los siglos ignorados.

Y la Razón, hija divina de la Suprema Inteligencia que la otorgó como un don a la criatura humana, se levantó con esplendores de diosa ante los absortos lectores de aquellos papiros amarillentos, que una urna funeraria de las orillas del Nilo había devuelto a la humanidad que buscaba en las tinieblas.

Aparecía allí como un sol radiante, la Energía Divina transformándolo todo en el correr de inmensas edades, y por la fuerza omnipotente de sus leyes inmutables, cuya perfección es tal, que jamás son cambiadas ni interrumpidas por nada, ni por nadie.

Desde la nebulosa inmensa cerniéndose en el espacio infinito como un velo de ilusión, para luego disgregarse en burbujas de gas que serán los globos siderales, futura habitación de humanidades, hasta el imperceptible comienzo de su vida en la célula que será una larva primero, y un organismo después, todo desfiló como en un gigantesco escenario, ante los lectores estupefactos de aquel modesto Archivo sepultado en las grutas del Monte Tabor, donde ignorados hombres de grandes ideales, luchaban en la sombra para dar luz a la humanidad.

¡Qué grande aparecía la Majestad Divina, ante ellos! ¿A qué quedaba reducido ese pobre Jehová pregonado por los textos hebreos que hace una figura de barro, la sopla y tiene vida; le saca una costilla y surge una mujer? Les parecía risible que seres con inteligencia y con razón, hubieran podido escribir una cosa semejante y entregarla como un dogma a la humanidad.

¡Es tan pequeña la criatura humana que difícilmente puede abarcar con su mentalidad la idea de lo *Eterno* lo que no tiene principio, ni tiene fin!

Y le es asimismo penoso y difícil, comprender y asimilar la idea de la lenta evolución y transformación de todos los seres y de todas las cosas, a través de una serie de procesos de perfeccionamiento que ocupan no sólo siglos, sino edades de millares de siglos.

El Pensamiento Eterno, condensó en el espacio infinito una nebulosa que era energía emanada de Sí Mismo. Era lo bastante.

Esa nebulosa seguiría su evolución durante largas edades hasta llegar a formar un Sistema planetario, y en cada planeta surgiría a su tiempo la vida inorgánica primero, y orgánica después, hasta llegar, a través de millares de siglos a la perfección de la especie humana, admirable y magnífica semblanza del Eterno Creador: el alma humana animada de los poderes excelsos de su Divino Hacedor, y capacitada para llegar hasta El, después de un largo proceso de perfeccionamiento mediante el cultivo y uso de las facultades de que fue dotada.

Todo esto comprendieron los lectores de *"Las Escrituras del Patriarca Aldis"* en aquellos días serenos y plácidos del otoño Galileo, bajo un cielo de turquesa y en la dulce quietud de las grutas del Tabor.

Y para dar, como diríamos, una forma claramente comprensible a este relato, veamos lector amigo los papiros 79 y 80 que esbozan como en un espejo mágico la civilización de entonces, y relatan la muerte de Abel, y más tarde la de sus padres Adamú y Evana.

El lector sería el maestro Nasan, aquel que pasara 14 años en Alejandría buscando al lado de Filón, los rastros de la verdad perdida bajo los escombros amontonados por los siglos.

Los otros nueve Esenios que con él estaban encargados de instruir y guiar a Jhasua» en la conquista de la Sabiduría estaban allí presentes, más los cuatro doctores venidos de Jerusalén, el tío Jaime y Jhosuelín, era ya un conjunto respetable de inteligencias y de voluntades puestas al servicio de la verdad.

El papiro 79 era como una apoteosis del Hombre-Luz, Abel, que continuó la obra de Bohindra en favor de la paz y la justicia.

El papiro 80 relatava la muerte del justo y más tarde la de sus padres Adamú y Evana.

Y el maestro Nasan inició la lectura del rollo 79 que, decía así:

"Relata la gloria de Abel, que fue como una bendición-sobre los pueblos, y su trágica muerte por causa de Kaino, su hermano, adoptivo.

"La Luz- Divina estaba con él, porque siempre buscó el consejo de los Ancianos y jamás impuso su voluntad con violencia...

"Se creía un niño entre los hombres de experiencia y saber, y escuchaba con amor la palabra de todos para obrar aquello que convenía a todos.

"Nunca se buscó a sí mismo y parecía haber olvidado que era el Thidalá, dirigente de innumerables pueblos que tenían toda su esperanza en él.

"El mismo limitó el poder omnímodo, que los Príncipes de la Alianza le dieron, y quiso a su lado una trilogía de mujeres que habían dado pruebas de prudencia y de sabiduría en los países que estaban bajo su tutela: Ada la admirable compañera de Bohindra, que por muerte de su padre, Jebuz de Galaad y por pedido de su pueblo, era Matriarca y Reina del país de Galaad; Walkiria de Kiffauser, nieta del gran civilizador de los países del norte, Lugal Marada, cuya muerte y la de sus hijos ocurrida al arrojar de su país la invasión de razas bárbaras, la colocó a ella en el alto puesto que la muerte dejó vacío. Los países del Ponto Euxino y del Cáucaso occidental gritaban a voces lo que ella era para sus pueblos.

"Y Solania de Van, que nacida, en las agrestes orillas del Lago Van, era entonces Matriarca del norte Africano desde Corta —agua, hasta las Columnas de Hércules (desde Túnez hasta el Estrecho de Gibraltar.), después de haber llevado la Ley de la Gran Alianza desde el Bajo Nilo hasta más allá de las Cataratas en el país de Artinon.

"Estas tres ilustres mujeres, tenían sus lámparas encendidas para alumbrar el camino de Abel en medio de los pueblos de tres Continentes.

"Venía después el Consejo de los diez. Ancianos Kobdas, concedores de los países de la Alianza y de sus costumbres y leyes. Y por último la Junta de representantes de cada uno de los pueblos de la Gran Alianza que pasaban de los doscientos.

"Yo no hago más —decía él— que sellar con el anillo de Bohindra lo que todos vosotros habéis querido que sea. Tan sólo me opondré cuando queráis la injusticia y la guerra, que son los más espantosos delitos que repudia la Bondad Suprema.

"Tasaron cien lunas sobre los países de la Alianza, y la barca dorada de la fraternidad se deslizaba suavemente por las aguas mansas de una paz que no alteraba ninguna borrasca.

"La serpiente voraz del egoísmo parecía haber sido exterminada para siempre.

"Luna tras luna llegaban los Koraforcas trayendo al Santuario de la Paz, los mensajes de los países aliados comunicando a la Gran Junta Central de Gobierno las innovaciones, los cambios, los proyectos, los progresos realizados, siempre dentro del marco augusto de la Ley que todos habían jurado.

"A veces el mensaje era portador de tristezas y desolaciones ocasionadas por la furia de los elementos.

"Témpanos de hielo que habían azotado poblaciones de la costa del mar, inundaciones que habían perjudicado los campos de labranzas destruyendo cosechas; epidemias en los ganados, erupción de volcanes, terremotos, etc., etc.

"Pero ahí estaba almacenado el *Tesoro Sagrado* que ordenaba la ley, aportado por todos los países año por año, en previsión de estos casos funestos inevitables sobre el planeta, pero remediablos oportunamente, cuando el amor fraterno reina en los corazones de los dirigentes de pueblos.

"Y entonces era digno de verse, las caravanas de camellos, asnos y muías llevando el socorro a los pueblos que habían sido azotados por los elementos.

"Pero en este planeta de escasa evolución, no puede durar largo tiempo un estado semejante que ya fuera propio de un mundo de mayor adelanto.

"La serpiente feroz del egoísmo se despertó de nuevo, y acaso donde menos se esperaba.

"En el papiro 62 de estas Escrituras, quedó relatado que Kaino fue reconocido como nieto de Etchebea por línea paterna, por cuya razón le correspondía una participación en el vasto territorio del país de Nairi en el alto Eufrates. Pero la larga esclavitud de su padre cuyo paradero se ignoró por mucho tiempo, puso aquellas tierras y pueblo bajo el dominio de Iber, el soberano del país de Ethea, que las regía con toda la solicitud de un padre que se desvela por la felicidad de sus hijos. Y las tribus que poblaban aquella región no aceptaban la imposición de otro soberano. Y Kaino, que siempre se vio dominado por la ambición, no se conformaba con ser un Jefe de tercer orden en el principado pequeño de Shivara, cuya capital *Nood* estaba aún bajo la dependencia de su tío materno, su antiguo jefe y señor.

"Cuando se supo su origen y que era un descendiente directo del grande y querido Etchebea, su corazón se llenó de amargura al saberle repudiado por los pueblos que ocupaban los dominios que pertenecían a su padre.

"El genio conciliador de Bohindra había podido mantener en quietud relativa aquel espíritu turbulento como una tempestad, encomendándole misiones de importancia y muy arriesgadas en países lejanos, en los cuales pudiera hacer grandes méritos que lo hicieran conocido y amado de los pueblos.

"Mas, su carácter duro y dominante, entorpecía su propia camino, por más que la ternura maternal de Evana, la suavidad persuasiva de la reina Ada, y la sugestión que sobre él ejercía la Matriarca Walkiria, hicieron siempre un gran contrapeso a las violentas reacciones de su temperamento.

"Su tío materno, el Anciano Príncipe de Shivara, cayó postrado en cama para no levantarse más, motivo que dio origen a la perturbación de la paz en aquel país de la Gran Alianza. El Consejo del Anciano Príncipe juzgaba que Kaino debía presentarse al pueblo como sucesor, pero los jefes de las tribus no le querían para gobernante, sino que pedían a un nietecito del Príncipe, que sólo tenía 12 años de edad y sus padres habían muerto.

"El niño se hallaba internado en el Pabellón del Rey, en el Santuario de La Paz, educándose como toda la noble juventud de su tiempo.

"Kaino se afianzó en las fuerzas guerreras del país, se conquistó con promesas a todo el cuerpo de arqueros que defendía el orden y custodiaba las fronteras, y pensó que con la fuerza dominaría a las tribus que le repudiaban.

"Y el Consejo de Gobierno de Shivara pidió auxilio a la Gran Junta Central, cuya sede habitual era el Santuario de La Paz. De inmediato comprendieron Abel y Ada que el origen del disturbio era Kaino, cuya ambición les había causado antes tantos sufrimientos. Y antes de que el desacuerdo tomara mayores proporciones, resolvieron ir a verle Evana y la Reina Ada, cuya autoridad maternal suavísima, le había desarmado en otras alteraciones semejantes.

"Una caravana de dos elefantes y 50 arqueros a caballo salió de La Paz en dirección al país de Shivara. Y mientras aquellas dos nobles mujeres, cada una en su pequeña tienda sobre el

lomo de los elefantes, meditaban en el modo de vencer la rebeldía de Kaino, otra mujer valerosa, Walkiria, que se encontraba también en el Santuario de La Paz, meditaba a su vez sobre la forma justa y aceptable para los pueblos interesados de satisfacer los anhelos hasta cierto punto justos de Kaino, sin contrariar la voluntad de los pueblos.

"Postergado y humillado siempre por los acontecimientos que le salían al paso cortando sus caminos, Kaino había llegado a una exasperación tan violenta, que se hacía insoportable para todos.

"La Matriarca Walkiria sabía perfectamente hasta qué punto había lastimado a Kaino el engrandecimiento de Abel, su hermano adoptivo. Obligado a ser siempre a su lado una figura de segundo orden, se había empeñado en reconquistar por lo menos lo que según su modo de ver le correspondía por derecho, la herencia paterna que le adjudicaba en el país de Nairi, los pueblos que estaban colindantes con el país de Ethea gobernado por Iber, el dulce y paternal Iber, que era como un vaso de miel para sus súbditos.

"Todos aquellos pueblos se habían puesto por propia voluntad bajo su tutela cuando muerto el noble príncipe Etchebea y llevados como esclavos sus hijos a los países del hielo, se vieron como rebaño sin pastor.

"Iber no hacía nada por tenerles bajo su mando; antes, al contrario, les aconsejaba aceptar al que, siendo heredero natural del viejo Príncipe, tenía derecho sobre el país.

"Le dejaremos sus tierras regadas tantos años con nuestro sudor decían algunos, y nos iremos con nuestros ganados al país de Ethea. Kaino traicionó a Bohindra, a la Gran Alianza, a los que le sirvieron de padres... ¿Qué confianza podemos tenerle?

"El conflicto estaba planteado, y así lo veía la Matriarca Walkiria, que retirada en su alcoba del Pabellón de la Reina meditaba buscando una solución.

"La fina intuición que le acompañó siempre, parecía decirle que tras de toda aquella niebla vendría algo terrible que estremecía su corazón de mujer.

"Y reunida en confidencias íntimas con Abel, Adamú y el que esto escribe, que éramos como su familia del Eufrates, seguía con el pensamiento a Evana y Ada, que marchaban hacia el país de Shivara.

"Nuestro hermano Iber —decía Abel— ha mandado mensaje que casi todos los pueblos del país de Nairi se han hecho solidarios para resistir a Kaino. No le quieren allí bajo ninguna forma. Y si él persiste en presentarse con un cuerpo de arqueros, aquello será una matanza horrible, porque todos los hombres y hasta muchas mujeres, están armados de flechas, de hachas, de catapultas para esperarle.

"Lo que haya de ser será —decía Adamú—. Esperemos que la Reina Ada y Evana logren convencerle.

"En esta incertidumbre se hallaban, cuando llegó jadeante un mensajero de Shivara trayendo la noticia de que Kaino no se había dejado convencer. Que había puesto en prisión los 50 arqueros de la escolta de la Reina, y a ella y a Evana las guardaba como rehenes en el pabellón de palacio en que fueron hospedadas desde su llegada.

"—Iré yo —dijo Abel, apenas oyó la infausta noticia. "—Y yo —añadió Adamú juntamente conmigo, que también me creía obligado a acompañar a mi nieto.

—Conviene que os quedéis —dijo Abel— para que toda esta juventud y niñez hospedada en los Pabellones de los Reyes no se alarmen, viendo que faltamos todos los íntimos que hemos cuidado de ellos.

"—Iré yo, y creo que basta —añadió Abel.

"—Llevad mi escolta de arqueros —dijo Walkiria—, que yo respondo de su valor y de su capacidad. Les tengo experimentados desde los tiempos terribles de nuestras grandes luchas en el norte. Nadie os será más fiel que ellos.

"—Bien —dijo Abel—; os acepto, Matriarca. Podéis avisarles que saldré esta misma tarde.

"Mas la Matriarca ya había forjado rápidamente su plan de acción, según su costumbre.

"Como era riguroso invierno, aquellos cien hombres vestidos con casacones y gorros de piel de oso negro que apenas les dejaban los ojos al descubierto, parecían de una estatura gigantesca cuando se presentaron a Abel ya montados en sus caballos de guerra.

"Sólo sabíamos de esta expedición de Abel, su padre, la Matriarca Walkiria y yo. Los tres le despedimos cuando ya él, vestido también de un casacón y gorro de piel negro, entró al recinto de oración. También entramos Adamú y yo. La Matriarca se dirigió a su alcoba.

"Nadie se dio cuenta que de allí salió en seguida otro arquero vestido igual que los demás. Cuando salimos con Abel al parque lateral del Santuario donde ocultaban las cabalgaduras, vimos uno de los arqueros que estaba desmontado y que otro de ellos le acercaba un caballo sobre el cual saltó con gran ligereza y se mezcló a los demás.

"¡Cuan lejos estábamos de pensar que aquel arquero retardado en montar era la Matriarca Walkiria en persona, pues ella a nadie había comunicado su intento.

"Aquel inmenso grupo de hombres vestidos de pieles negras se puso en movimiento a la mitad de la tarde con un sol velado de ligera niebla.

"—Padre —me dijo Adamú como en un sollozo—, ¡qué mal presagio tiene *mi* corazón en este viaje de mi hijo!

"—En verdad —respondí yo— que no vale Kaino con toda su parentela la ansiedad que nos causa a todos.

"La angustia de la Reina y de Evana es bastante para que se le condene al Peñón de Sindi, como yo quería en la otra rebeldía que tuvo, y que casi costó la vida a Bohindra. ¡Oh la piedad! La piedad es buena para los indefensos y los débiles, no para un rinoceronte siempre dispuesto a clavar los dientes.

"Desde la torre mayor del Santuario continuamos viendo aquella mancha negra que corría por la pradera a la luz pálida de un sol brumoso de invierno.

"—Extraño que no esté aquí la Matriarca Walkiria —dije yo, que había creído encontrarla en la torre.

—Estará desconsolada —me contestó Adamú—, pues ella no quería la partida de Abel por juzgarla muy peligrosa.

"—A ella no le ha pasado desapercibido el odio disimulado de Kaino para mi hijo. Fue un mal que apareció en la niñez, cuando el nacimiento de Abel, y ese mal ha crecido juntamente con él.

"—Abel ha querido evitar una matanza terrible si de aquí salían cuerpos de ejército a rescatar a la Reina y a Evana. De hacerlo así, era ya una guerra declarada.

"—El cree que aún será posible un razonamiento con Kaino.

"—Dios te oiga —le contesté, y ambos nos dirigimos al Pabellón del Rey, donde se oía la algarabía de los muchachos que se hallaban en el recreo de la tarde.

"En el Pabellón de la Reina se escuchaban los alegres cantares de las doncellas, bajo la custodia de sus regentes, las Kobdas auxiliares de la Reina Ada en la educación de la juventud femenina hasta la edad de que tomaran esposo.

"Nada hacía sospechar en el Santuario que una gran tempestad se cernía sobre él.

"Cuando ya cerrada la noche entré en mi alcoba particular, encontré sobre un retazo de papiro esta breve escritura:

"Pangrave Aldis: valor! La hora llega. No decaiga vuestro ánimo, pues debéis ser la fortaleza de todos. -*Senio*".

"No necesité más para comprenderlo todo.

"La breve escritura había sido dejada allí por el sensitivo que la recibió en el recinto de oración, en el momento en que yo me despedía de Abel y mi angustiado corazón sentía ansiedades de muerte.

"¿Qué pasó allá en Shivara en los tres días que siguieron al de su partida?

"Vamos a verlo.

"Evana y la reina Ada habían agotado todos los recursos de su ternura y bondad para convencer a Kaino de que no sería más feliz por asumir el mando de los pueblos de Nairi en contra de la voluntad de los mismos.

"La sangre que se derramara por su causa caería sobre él, aplastándolo como a una serpiente venenosa.

"Su ambición desmedida que lo llevó a desertar del Santuario protector a los 15 años, le daba ahora el amargo fruto que saboreaba. Ninguno de los pueblos que por herencia le pertenecían accedía a ser gobernados

"Ya que mi hermano Abel ha subido tan alto —decía—, que me ayude a subir también a mí, que me veo desposeído de todo como un animal dañino del cual todos huyen.

"Ningún soberbio comprende que su mal lo lleva en sí mismo, y se empeña en cargar sobre otro la causa y la culpa que sólo está en él.

"Convencido de que Abel podía forzar a los pueblos de Nairi y de Shivara a aceptarlo como soberano, mandó clausurar con fuertes cerrojos el pabellón en que estaban hospedadas la Reina y Evana, y puso guardias de toda su confianza. Y despachó mensajero a La Paz de que ambas habían sido tomadas como rehenes para obligar al Alto Consejo de la Alianza a pactar con él las condiciones del rescate.

"Cuando Abel llegó, y antes de entrar en Nood, se levantó bandera blanca para anunciar misión de paz y que nadie se alarmara por aquel centenar de arqueros que le escoltaban.

"La gran Fortaleza estaba al final de una avenida abierta en el espeso bosque que rodeaba el edificio, y que poblado de fieras encadenadas, ofrecía un pavoroso aspecto en la noche iluminado por antorchas que chisporroteaban.

"Ya clareaba el nuevo día cuando Abel llegó a la plazoleta de la fortaleza.

"Viajeros de] Santuario de La Paz —anunció la bocina del heraldo, y esta voz llegó al pabellón de la Reina y Evana, que comprendieron lo que sucedía.

"Mas no pensaron que era Abel mismo quien venía

"Kaino salió a recibirle escoltado por una decena de guerreros armados de lanzas. Abel hizo una señal a los suyos de que se mantuvieran a distancia, y sólo se acercó a su hermano.

" Traigo mensaje de paz"—le dijo afablemente, como si nada ocurriera y tocándole el pecho con su diestra, según el saludo de práctica.

" La paz no me interesa, sino la justicia —contestó secamente Kaino.

"_ La justicia y la paz son hermanas, y siempre están juntas. Para hablar contigo he venido, Kaino, y sólo me anima el deseo de llegar a un acuerdo...

"—Deja que entren a la fortaleza tus hombres —dijo dulcificando Kaino su voz.

"A una señal de Abel, los cien arqueros entraron en la plazoleta y se desmontaron.

"—Esperadme aquí, que yo hablaré con mi hermano.

"Y en el pórtico exterior de la fortaleza, Abel y Kaino hablaron.

"Uno de los arqueros de Abel, habló al oído al que tenía a su lado y disimuladamente y ocultándose en la sombra de los grandes árboles que enredaban sus ramas con las columnatas, se acercaron al edificio todo cuanto les fue posible.

El lector habrá comprendido que el primer arquero era la Matriarca Walkiria y el otro el que mandaba la centuria que era aquel capitán Crisanto, segundo del velero *Añade* que había salvado la vida de Abel en una oportunidad ya relatada en otra parte de estas Escrituras.

"—Mi viejo tío está para morir —decía Kaino y si tú quieres, él me nombrará su heredero del país de Shivara.

"—Bien hermano mío, yo trataré el asunto con tu tío. Te doy mi palabra y ya sabes que nunca te he engañado.

"—Quiero que obligues a Iber a que abandone a los Nairitas para que me acepten como su único soberano, puesto que lo soy por derecho paterno.

"—Bien sabes que Iber, nunca te ha resistido. Quien te resiste es el pueblo y tendrías que conquistar su amor con tus hechos Kaino.

Procúrate que el pueblo de Nairi, se entere de que has tomado como rehenes a la reina Ada y a tu madre para conseguir tus deseos. ¿Efe acción ésta que conquista el amor de los pueblos? ¿No ves Kaino que la violencia engendra odios y que el odio es una fuerza destructora?

"—No es hora de filosofía sino de obrar —contestó Kaino. Vamos a ver a mi tío. Cuando Abel pasó, Kaino tiró detrás de él tan hábilmente una lazada de cuerda encerada, que Abel quedó atado por la cintura y con sus brazos sujetos.

"Pero los dos arqueros que se habían escondido en el pórtico hicieron lo propio con Kaino, que sin saber como, se vio amarrado por dos cuerdas que se apretaban más y más a su cuerpo.

"— ¡Miserables! —gritó viendo los dos arqueros que le seguían.

"—Vos lo fuiste antes, y a vuestra traición hemos respondido como se merecía —contestó Walkiria con fuerte voz.

"— ¡Esa voz, esa voz! —exclamó Kaino tratando de mirar a los ojos a aquel arquero, pero como aparecía tan cubierto de piel y a más estaba detrás de él 210 logró su deseo.

"—Esta voz es de la Justicia que va a pedirnos cuenta de lo que habéis hecho.

"— ¡La Matriarca Walkiria! —dijeron al mismo tiempo Abel y Kaino, volviendo el rostro hacia ella.

"— ¡Sí, la Matriarca Walkiria —respondió tirando hacia atrás el capuchón de piel que le ocultaba el rostro—. ¿Ereis vos el descendiente de Etchebea que reclama el puesto de su ilustre abuelo? Si se levantara de su tumba sería para maldeciros por vuestra infamia sin nombre. ¡Apri-sionar a la Reina Ada, la compañera de Bohindra, que fue el padre de todos!... ¡Apri-sionar a vuestra madre que os conservó la vida para que hoy la uséis en contra de ella!... ¡No merecéis ver la luz del sol, ni pisar la tierra santa que nos alimenta a todos!

"La vibración de su voz y sus palabras, era tan intensa que refrenó por un momento la cólera de Kaino.

"—Vos Matriarca —dijo— no tenéis nada que ver en este asunto. Es gratuita vuestra intervención.

"— ¿Habéis olvidado el pacto que hicimos en Kiffauser por el cual quedaba obligaría yo a teneros en cuenta en toda empresa importante que quisiera realizar, y a vos, a no hacer nada sin consultarme? ¿Lo habéis olvidado? Yo que soy mujer he cumplido mi palabra, pero vos no habéis cumplido la vuestra. Estaría por negar que corriera por vuestras venas la sangre noble de Etchevea.

"—Matriarca —dijo Abel—, podríais haberos ahorrado este grave disgusto. Hablemos tranquilamente y todo llegará a buen término.

"Walkiria sacó de su pecho un pequeño puñal y cortó la cuerda que sujetaba a Abel.

"— ¡Gracias Matriarca!... ahora yo cortaré al de mi hermano. — ¡No, Grandeza! y perdonad! A él se le debe tratar como se trata a los traidores. Me habéis hecho compartir con vos la

autoridad suprema. Dejadme ejercerla en este instante. ¡Vuestra alma no puede medirse con los buitres!

"Dio tres silbidos en su voz-quí de plata, y los cien arqueros entraron a la fortaleza.

"—Las llaves del encierro de la Reina y de vuestra madre —dijo a Kaino con una voz que causaba terror.

"Kaino estaba rojo de furor, pero los cien arqueros le rodeaban con sus puñales desenvainados y estaba sujeto por dos fuertes lazadas de cuerda.

"—Buscad en mi bolsillo —dijo—. El capitán Crisanto se acercó y sacó las llaves.

"—Yo abriré —dijo Abel— pues más de una vez estuve en esta fortaleza.

"Dos arqueros siguieron tras de Abel y otros dos sostenían las cuerdas que sujetaban a Kaino.

"—Sabíamos que vendrías —exclamaban a un mismo tiempo Ada y Evana abrazándose de Abel con una angustia indecible.

"—Hay que libertar a nuestra escolta —decía Ada— para defendernos de Kaino que tiene hombres armados entre el bosque.

"Los viejos criados del Príncipe salieron al ruido causado por todo este movimiento, y ellos indicaron a Abel donde estaban los arqueros. En los calabozos de la fortaleza habían sido encerrados cuando la Reina y Evana lo fueron también.

"— ¡Calma! —Les dijo Abel—, viéndoles enfurecidos. Preparadlo todo para que llevéis a la Reina y a mi madre a La Paz, inmediatamente.

"Volvamos hacia Kaino.

"—Habéis nacido príncipe de Nairi y de Shivara, y vuestras obras de aventurero y de forajido entorpecen vuestro camino que pudo ser de justicia y de gloria —decía Walkiria cuya exaltación nerviosa la iba llevando a ese estado en que ella solía ponerse en las situaciones culminantes. ¿Qué puede hacerse con vos que no se haya hecho ya? Sois en verdad un ser dañino que no puede gozar de libertad entre las gentes de bien.

"La Reina y Evana se negaban a partir sin Abel, el cual volvió a donde había quedado Kaino.

"Ambas le siguieron sin que él se diera cuenta y grande fue su sorpresa al encontrar a la Matriarca Walkiria como un ángel de justicia de pie ante Kaino sujeto con cuerdas.

"—Venís a tiempo Reina Ada, para confirmar la sentencia que ya tengo dada contra este vil traidor que ha pisoteado cuanto hay de noble y santo en la vida. Irá al Peñón de Sindi amarrado a una roca para toda su vida.

"Evana se echó a llorar amargamente y la Reina Ada acercándose a Kaino le dijo con indecible dulzura.

"— ¡Hijo mío, más dolor me causa ejercer justicia contigo, que el que me ha causado tu mala acción para mí. ¿Cómo olvidaste otra vez nuestro amor para ti? Kaino guardó silencio.

"Mientras tanto los hombres de su guardia habían sido avisados de lo ocurrido y como gatos monteses trepándose a los árboles, llegaron a los techos de la fortaleza por los cuales se deslizaron como culebras en busca de presa.

"Walkiria y Kaino se apercibieron, y ambos se aprestaron a la lucha.

"Los hombres de Kaino caían de los techos como frutas maduras cuando el viento sacude el árbol, y los arqueros de Walkiria les apresaban vivos o muertos según se presentara el caso.

"Los silvos de Kaino dieron a entender a los suyos que se trataba de una lucha a muerte, y se tornaron como fieras rabiosas.

De nada valía la palabra de paz de Abel que llamaba a la calma, mientras apartaba a su madre y a la Reina a un rincón del pórtico.

"—Llevadlas al interior de la Fortaleza —decía Walkiria a Abel— que mis arqueros bastan para restablecer el orden.

"En realidad lo que más deseaba la Matriarca, era alejar de allí a Abel, pues había visto las miradas de Kaino que les señalaban a sus hombres la persona de Abel, por lo cual la intención de ellos era apoderarse de él.

"Ada y Evana abrazadas de Abel le arrastraban también hacia dentro.

"Casi todos los hombres de Kaino estaban ya maniatados, cuando de pronto entró silbando una flecha que hirió al centurión de los arqueros en el hombro izquierdo, luego otra y otra más. Eran disparadas desde el espeso bosque que llegaba hasta la plazoleta delantera.

"—Adentro Príncipe Abel, adentro —gritaba Walkiria.

"—Idos vos también Matriarca —le dijo Kaino, y yo pondré calma en mis hombres. Y diciéndolo se tiró con todo su peso sobre ella para arrojarla a tierra.

"Entonces Walkiria que parecía un dios guerrero, le puso el pie sobre la espalda pues había caído boca abajo.

"—Muerde la tierra reptil venenoso —le dijo— y que la Justicia de Dios caiga sobre ti.

"En ese preciso instante uno de los hombres de Kaino que espiaba desde el techo, arrojó con fuerza su puñal sobre Abel, que se inclinaba a socorrer a su madre presa de un desmayo. El arma aguda y de doble filo penetró como un punzón en la espalda de Abel por el lado izquierdo tocándole el corazón. Walkiria corrió hacia él y le sacó el puñal que destilaba sangre.

"— ¡No es nada, no es nada! —Decía Abel— procurando tenerse en pie sostenido por Walkiria y la Reina.

"—El odio es fuerza destructora. ¡El amor es vida y es paz!

"—Piensa en el amor Kaino y que Dios te perdone.

"— ¡Madre!... Reina mía, Walkira, sed clementes con los que aún no saben ser buenos!...

"Fueron sus últimas palabras.

"Kaino no había vuelto en sí del golpe recibido y yacía aún tendido entre los cuerpos de sus hombres heridos, y otros amarrados con cuerdas.

"Abel fue llevado al lecho de la Reina y Evana al suyo. Cuando la madre volvió al conocimiento, el gran hijo, el amado hijo que había sido su gloria y su dicha, ya no vivía más sobre la tierra.

"Se abrazó a su cadáver aun tibio y la escena que allí tuvo lugar no es para ser descripta sino para ser sentida y vivida por aquellos que sepan lo que es un amor como el que aquella madre tuvo a ese hijo.

"Kaino fue mandado al Peñón de Sindi, condenado a cadena perpetua por la intercesión de la Reina Ada que recordaba las últimas palabras de Abel: "Sed clementes con los que aun no saben ser buenos". Todos los príncipes y caudillos de la Alianza querían para él una terrible muerte: Ahorcado, descuartizado, quemado vivo, todo les parecía poco para su crimen. Las últimas palabras de Abel le salvaron la vida.

"Era el Hombre-Luz, el Hombre-Amor, el Hombre-Dios, y su amor para todos los seres envolvió también a Kaino, que amarrado a una roca en el pavoroso Peñón de Sindi, comprendió por fin, que teniéndolo todo, lo había perdido todo, y que habiendo nacido junto a la luz, se había rodeado de tinieblas, por su soberbia y desmedida ambición.

"¡Qué doloroso regreso el de las tres amantes mujeres que recibieron el postrer suspiro del Hombre-Luz!

"Sobre el lomo de un elefante, bajo colgaduras de púrpura, regresó Abel al Santuario de La Paz, acompañado de su madre, la Reina Ada y Walkiria.

"Había salido tres días antes a todo el correr de su caballo, a salvar a su madre y a la Reina de las furias de Kaino, y volvía traído por ellas, que aunque estaban con vida, tenían la muerte dentro del alma.

"—Mi niño rubio —decía Evana besándole los cabellos— ya no veré más tus ojos color de hoja seca.

"— ¡Aquí estoy madre!... y estos mismos ojos te miran desde el inmenso infinito! —le dijo una suave voz apenas perceptible.

"Evana levantó sus ojos inundados en llanto, y vio junto a ella la visión resplandeciente de Abel.

"Ese mismo día le vimos todos en el recinto de oración, cuyo ambiente saturado de angustia, no permitía otra vibración que la de aquel nombre tan amado, que parecía le llevábamos todos grabado a fuego en el corazón".

El Esenio lector Nasan dejó caer el papiro sobre el pupitre y ex clamó como en un suspiro muy hondo:

—¡Así paga siempre la humanidad a los grandes seres que le traen la luz y el amor!

Jhasua con una palidez mate en su semblante, parecía absorbido por un pensamiento profundo que hacía incierta y vaga su mirada.

Los cuatro doctores de Israel parecían volver a la realidad de su vida suspendida unas horas viviendo el pasado remoto, a donde les había llevado la lectura de los papiros del "Patriarca Aldis".

— ¿Qué opináis de esto? —preguntó por fin Jhasua a sus amigos.

—Que sobrepasa a cuanto podíamos esperar —contestó José de Arimathea.

—La sencillez de la narración —añadió Nicolás de Damasco— le da el tinte inconfundible de los hechos vistos, palpados y vividos. Sólo un testigo ocular relata de ese modo.

—Y es sólo el rollo 79 que hemos leído —observó Nicodemus—. Es un pequeño fragmento de las Escrituras que constan de 80 rollos.

—Y todos desde el primero al último tienen el mismo estilo sencillo y claro sin contradicciones ni subterfugios —dijo el maestro Melkisedec, que era quien lo había traducido al sirio-caldeo, como otro maestro lo había vertido al griego que era su lengua nativa.

—Necesitamos sacar copias —decía Gamaliel para que podamos estudiar a fondo estos asuntos.

—Se están sacando, ya lo veis —replicó el Servidor—. Por lo menos ya tenemos dos: una en sirio-caldeo y otra en griego.

—Falta una en latín —dijo Nicolás— y esa si me permitís la sacaré yo.

—Ya está comenzada —dijo otro de los maestros de Jhasua— y creo que para la luna próxima estará terminada.

—Pero vosotros trabajáis como máquinas —observó el tío Jaime—. Decidme ¿cuándo dormís y cuándo coméis?

—Comer y dormir —contestó el Servidor— es cosa muy rápida y que nos lleva poco tiempo. Nuestra vida entera, es el trabajo por la Verdad Eterna que hará buenos y justos a los hombres.

— ¿Creéis pues que el mayor mal de la humanidad es la ignorancia? —preguntó Nicodemus.

—Justamente. Y la obra máxima de los hombres de ideal, es dar la Verdad a las muchedumbres como el pan de cada día.

—La humanidad mata a los predicadores de la Verdad —observó Gamaliel— y de ahí viene la dificultad para su divulgación-

—Los mártires de la Verdad, surgen de nuevo a la vida y vuelven a morir por ella, y la siguen pregonando a través de los siglos que la sepultan luego bajo los escombros de falsedades que por sí mismas se derrumban —observó Tholemi otro de los sabios maestros de Jhasua.

—Hay que tener en cuenta —dijo Nicolás de Damasco— que no toda la humanidad tiene el mismo desarrollo intelectual que es necesario para comprender la Verdad Divina.

—En cuanto a la comprensión de la Grandeza Divina, tenéis razón —contestó el Servidor— pero todos podemos comprender un relato como las Escrituras del Patriarca Aldis, que son como un retazo de vida humana clara y lógicamente vivida hace 8.300 años antes de la hora actual. ¿Qué necesidad había de desfigurar los hechos naturales y sencillos, con lo inverosímil y maravilloso menos comprendidos aún?

—He pensado muchas veces, que lo más indispensable que hay para predisponer a la humanidad a la comprensión de la Verdad, es familiarizarla con la ley de evolución en los mundos y en los seres —dijo Gamaliel.

"La escuela de Sócrates y Platón tuvo esa tendencia, pero fue ahogada al nacer, por los materialistas epicúreos que encontraron más cómodo disfrutar la alegría de la vida llena de realidades palpables y halagadoras, dejando lo intangible, lo invisible, para los siglos futuros o para la vida de ultratumba.

No obstante que estos comentarios absorbían la atención general, todos percibieron que Jhasua había quedado como sumido en profunda meditación. Y José de Arimathea le sacó de ese estado.

—Jhasua ¿en qué piensas que así te encierras en ese silencio? —le preguntó.

—Pensaba en Kaino —contestó—. ¿Qué extraña fuerza indomable será esa que le dominaba aún en medio de un ambiente como el que había entre los Kobdas? ¿Por qué él fue insensible a la influencia divina del bien y del amor, que subyugaba y atraía a todos? ¿Por qué sus torcidas tendencias no se equilibraban con el peso de tanto bien, como vio a su alrededor desde la niñez? Ser malo entre los malos puede ser fácil; pero ser malo entre los buenos, es ya una monstruosidad del mal.

—Del relato mismo del Patriarca Aldis —dijo Melkisedec— se desprende en varios pasajes, que los Kobdas se preocuparon mucho por él, debido a que por revelaciones espirituales conocieron su pasado desde remotas edades, y en casi todas sus encarnaciones anteriores había obrado mal, en contra de los obreros del bien y de la justicia, impulsado por la ambición.

—Además —añadió el Servidor— sabemos que hay seres que desde lejanos comienzos de vida física en especies inferiores, y por acontecimientos espirituales o por influencias astrales, tienen más predisposición al bien que al mal. En cambio hay otros que conservan por más tiempo las tendencias propias de sus lejanos comienzos en la materia orgánica, lo cual les dificulta sacudir el yugo de los instintos feroces y brutales.

"A esto hay que añadir, que cuando el ser llega a la capacidad de comprensión y razonamiento, está la ley del libre albedrío que abre al alma horizontes muy amplios, los cuales acepta o rechaza libremente.

"Somos libres de aceptar lo mejor, o lo peor, pero estamos sujetos a las consecuencias que trae el bien o el mal, elegido.

"La variedad de los seres es infinita, y así como no hay dos fisonomías perfectamente iguales, no hay tampoco dos inteligencias iguales en evolución.

"Kaino comprendía únicamente la grandeza del poder del oro, de la fuerza y la quería poseer a toda costa. Como no podía conquistarla por sus obras dignas del amor de los pueblos, la buscaba por la violencia y por la fuerza. Tuvo evolución intelectual, pero no le interesó la evolución moral.

"Y ¿cuántos Kainos hay en el mundo Jhasua, que teniendo a su lado el bien, la justicia, el amor, se enredan en los caminos del mal, llevados por una ambición material que acaso les de lo que anhelan, pero a costa de su propio espíritu que se retrasa inmensamente en su camino hacia el Bien Supremo, que es Dios.?"

Además, el bien trae consigo la luz divina, como el mal trae las tinieblas para el alma que se entrega a él.

"De ahí viene que no todas las almas comprendemos de igual manera al Bien Supremo, al Ideal Eterno.

"Somos muchos los que creemos que ese Bien Supremo del cual emana toda vida, existe con vida eterna, pero somos muy pocos los que nos dedicamos al estudio de esa Causa Suprema. Y somos pocos porque para llegar sólo a despertar en nosotros el deseo de estudiarlo y conocerlo en todas sus fases y aspectos, en toda su grandeza y poderes supremos, ya es necesario que tengamos una evolución avanzada, por lo menos que hayamos entrado de lleno en el camino de nuestro perfeccionamiento. Para desear conocer a Dios, es porque ya van muriendo en nosotros las ambiciones de grandeza material y los groseros deseos.

"Cuando a la humanidad le baste su pan en la mesa y su túnica para cubrirse, entonces seremos muchos los buscadores de Dios y los que comprenderemos sus leyes divinas y eternas, que ahora aparecen como hermosas creaciones fantásticas para la gran mayoría, debido a su atraso moral y espiritual.

—Muy bien Servidor —dijeron varias voces a la vez—. Vuestra filosofía sobre Kaino, debe ponernos en guardia a todos los que sentimos ya demasiado fuerte el impulso de dar un gran vuelo hacia la Verdad Suprema —añadió Nicodemus.

—¿Ponernos en guardia? ¿en qué sentido? —preguntó Jhasua que pareció volver a la realidad de esos momentos.

—En saber escoger los seres que han de compartir con nosotros esos vuelos sublimes y atrevidos hacia la Divinidad, a la cual queremos penetrar desde nuestro oscuro destierro —contestó Nicodemus.

Todas las más antiguas Escuelas de Divina Sabiduría han tenido esta vigilante cautela. Y por eso la Fraternidad Esenia tiene los Siete Grados de educación y desarrollo espiritual, en los cuales vamos puliéndonos a nosotros mismos y dando pruebas de nuestro adelantamiento en los caminos de Dios —contestó el Servidor.

—En los grados primero y segundo —añadió Nasan— ya se vislumbra en cada alma si podrá volar de frente a la Luz Eterna, o si deberá quedar por más tiempo sin poder desprenderse de los prejuicios de ideas preconcebidas desde existencias anteriores.

—Hay que contar también con otras fuerzas que atan a las almas al pesado carro de) atraso espiritual —observó José de Arimathea— y son las emanadas de la ley de afinidades, con las cuales debe luchar el interesado mismo y no sus maestros.

"Quiero decir que al formar nuestra aula para la divulgación de estos conocimientos, poco fruto conseguiremos si aceptamos entre los alumnos seres que tienen sus afinidades en otras corrientes adversas a la nuestra. Para la mejor comprensión, pondrá un ejemplo: el de la fuente.

. "Dos hombres llegan a beber; la linfa cristalina y serena les refleja su imagen en el terso espejo de la superficie. Se arrodillan sobre el musgo. Inclinan la cabeza hasta tocar con sus labios el agua y beben. Llegan otros montados en bestias y para no molestarse en bajar, entran con ellas, se remueve el lodo del fondo y el agua se enturbia. ¿Qué agua más desagradable la de esta fuente! —exclaman.

"Así pasa con la Divina Sabiduría, fuente de luz y de verdad eternas. Muchos nos acercamos a beber, pero no todos llegamos a Ella con la túnica limpia, y muchos llegamos montados en la bestia de las pasiones, de los egoísmos humanos, y de los prejuicios que hemos traído de otros ambientes y de otras ideologías.

"Los idólatras por ejemplo, que hicieron su dios de un becerro de oro o de una serpiente, o de un cabrón con cuernos de oro y rubíes, difícilmente aceptarán la idea de un Dios invisible que vive como una esencia en todo cuanto tiene vida. Y por largas edades continuarán buscando dioses materiales visibles y palpables.

"Tengo un amigo educado en la escuela griega y aun cuando ha llegado a conocer y aceptar nuestra filosofía, no puede olvidar las hermosas fantasías en las cuales nació y vivió.

"— ¡Cómo me cuesta pensar! —me decía— que el astro de la noche no es la lámpara de Diana que busca a Endimión perdido en el bosque, sino un pequeño mundo de montañas y lagos, donde aún no viven seres orgánicos.

— ¡Es así amigos, es así la lucha formidable que se presenta en los campos en que se debaten los hombres! —Dijo Nicolás de Damasco—. Nuestro Hillel inolvidable, llevado de su ardoroso entusiasmo por la suprema "Verdad conquistada, tomó discípulos sin estricto control y eso le restó fuerza espiritual para defenderse de sus adversarios.

"Mal interpretadas sus doctrinas sobre la Causa Suprema, fue tomado como un hebreo paganizado que encontraba a Dios en el aire, en el agua, en todo cuanto existe. Y más todavía fue juzgado como un vulgar embaucador.

—Cuando una Escuela de Divina Sabiduría es homogénea y de una perfecta armonía de pensar y de sentir, esa fuerza invencible la defiende del exterior, y le forma como una barrera que nadie puede romper. Por eso las Antiguas Escuelas vivieron largos siglos, hasta que la flaqueza humana o una imprudencia impensada, traían el desequilibrio de ese ambiente sutil y elevado, y como un castillo de naipes se derrumbaba todo de un soplo.

Estas palabras del Servidor pusieron en el ambiente un dejo de tristeza que se esfumó en el suave silencio esenio en que cada cual pensaba:

"Esta flor de la Divina Sabiduría, es de tan elevada naturaleza, que los vientos de la ambición o del atraso impiden que se abra en este plano físico".

—Que la Divina Sabiduría —dijo el Servidor terminando aquella reunión— no aparte su luz de nosotros, que de verdad queremos llegar hasta Ella.

— ¡Así sea! —dijeron todos, y salieron del Archivo a los vallecitos perfumados de flores que rodeaban las grutas del Santuario.

Llenos como estaban de las grandes verdades recientemente descubiertas, las conversaciones volvían sin poder apartarse de aquel piélago de luz que de pronto les había inundado.

—Mi afán es tanto —decía Nicodemus— que no me soporta la espera a tener la copia para continuar sabiendo. Decidme, la muerte de Abel ¿trajo el desequilibrio de aquella magnífica organización de pueblos fundada por Bohindra?

—No —contestó el maestro Tholemi que con Milkesedec y Jhasua acompañaba a los huéspedes. El Patriarca Aldis dice en los siguientes papiros, que los príncipes de la Alianza eligieron a Adamú para reemplazarlo y que éste quiso ser asesorado por su padre, por lo cual el Patriarca Aldis entró a formar el Consejo de los Cinco que estaba compuesto de ellos dos, y las tres Matriarcas designadas antes por Abel. Y fue a más el Patriarca del Santuario de la Paz, que de allí le quedó ese nombre de *Patriarca*, que era como un título de gran honor para su significación de equidad y justicia.

—Evana —añadió Jhasua— sólo sobrevivió tres años a la muerte de Abel, pues el amor de Seth su segundo hijo, no pudo llenar en su corazón, el gran vacío dejado por el primero. Y Adamú entristecido por este nuevo dolor, dejó en su lugar a su hijo Seth que ya entraba a sus 18 años, y cuya clara inteligencia y maduro juicio lo hacía parecer un hombre de cuarenta.

—Era la reencarnación de Senio, aquel gran Senio que había sido una lámpara viva entre los Kobdas y que desencarnó a los 12 años de Abel —añadió el maestro Tholemi.

— ¿Qué fue de Adamú? —preguntó José de Arimathea.

—Se fue a Neghadá sobre el Nilo, donde vistió la túnica azulada y fue un Kobda de gran prudencia y sabiduría. Fue elegido Pharhome de Neghadá cuando cumplía 60 años.

Su hijo Seth al cumplir los 20 años se unió en matrimonio con una hermana de la Matriarca Walkiria, y fue el fundador de una noble y sana dinastía en la Escandinavia, juntamente con otra pareja salida de Neghadá hacia aquellas regiones.

—Noruega y Suecia tienen en su lejano origen los nobles principios de la Civilización Kobda —observó Melkisedec— no obstante de estar tan apartadas de las regiones que fueron la cuna de aquella gran corriente civilizadora.

—No podíamos haber deseado otro mejor relator que el Patriarca Aldis —decía Gamaliel— que estuvo en el centro de toda aquella actividad, y cuya larga vida de 103 años parece que le fue dada para que lo viera todo y después lo contara todo a la humanidad futura.

—Y no obstante eso —observó Nicolás— la humanidad ha vivido en el engaño hasta ahora, porque malgasta y pisotea los dones divinos y apaga la luz que se le brinda.

—Es que hay cierta porción de humanidad que tiene miedo de los conocimientos superiores —observó juiciosamente Jhasua— y parece preferir la vida sin inquietudes espirituales, lo cual le resulta más cómodo.

—Es que la inquietud espiritual por saber la verdad de todas las cosas, viene cuando el espíritu humano ha pasado la línea divisoria entre el *consciente* despierto y el *consciente* dormido. Cuando la conciencia se ha despertado a la Eterna y Divina Realidad, ya no hay nada que le detenga en su ascensión a las cumbres donde hay luz.

Mientras que cuando el *consciente* está aún dormido, no piensa por sí mismo, pues está a gusto aceptando lo que otros han pensado y sugerido a la humanidad, ya por ignorancia o ya porque juzgaron que era demasiado nueva para comprender la verdad en toda su amplitud soberana.

— ¡Exacto maestro Melkisedec! —Dijeron varias voces a la vez—. Habéis hablado como un maestro que sois —añadió Jhasua cuyo sentir y pensar vibraba a tono con sus sabios maestros.

Pocos días después, los cuatro doctores de Israel regresaron a Jerusalén llevándose el tesoro para ellos de gran valor de una copia de las Escrituras del Patriarca Aldis, para la escuela secreta que tenían en la ciudad de los Reyes.

En su estadía en el Santuario del Tabor, habían planeado además las bases para un Aula pública en la ciudad de Damasco, donde Nicolás, originario de allí, ponía a su disposición la vieja casa paterna para tal objeto. Ellos tomaron el camino del Sur, y Jhasua al despedirlos se internó en el laberinto de la montaña hacia la casita de piedra.

Oigamos ahora una conversación de él con Nebai, la hermosa jovencita hija del escultor que debía emprender viaje a Ribla con su familia. El lector recordará que el viejo sacerdote de Hornero, Menandro, quería consagrarla sacerdotisa del templo de Hornero que se acababa de construir.

—Esta fuente y esta pequeña casita de piedra quedará solitaria y triste con nuestra ausencia —decía la niña a Jhasua esa tarde después de la instrucción que sobre asuntos de Dios y de las almas le había hecho él, según costumbre.

—Mira Nebai; para los amantes de Dios, todas las bellezas de Dios están a su alcance.

—Esta fuente y esta casita no estarán solitarias ni tristes, porque tu recuerdo, tu pensamiento, la llenarán de luz y de alegría.

"Además, yo he pensado hacer aquí mi gabinete de estudio y meditación.

— ¿De veras? ¡Oh qué bonita idea!

"¡Entonces Jhasua, a esta misma hora yo pensaré en la casita y en la fuente, en las palomas y los rosales, en los jazmineros nevados de flores y así mi destierro será menos triste.

— ¿Cómo Nebai?... ¿Le llamas destierro a Ribla? ¡Ay! ¡No sabes lo que dices hermana mía! Cuando estés allá, todo esto que encuentras tan bello, te parecerá pobre y mezquino comparado con aquello.

"En vez de esta fuente, tendrás el hermoso río Orontes con sus platanos y sus florestas, pasando al pie de aquel venerable castillo que será tu habitación. En vez de estas palomas, garzas blancas y rosadas irán a comer a tu mano en aquel gran jardín solitario, donde el blanco templo de Hornero, delicado y pequeño como un tabernáculo de mármol, te recordará a ese ser de los cantos inmortales. En vez de estas serranías galileas, el panorama imponente y grandioso de las montañas del Líbano, cuyas cumbres cubiertas siempre de nieve, se confunden con las nubes del cielo. ¿Es eso un destierro Nebai?

—Todo eso es hermoso en verdad —contestó la adolescente— pero no estarás tu Jhasua, que has llegado a ocupar un lugar tan grande en mi vida! ¿A quién le preguntaré yo todas las cosas y quién me dará las respuestas que me das tú?

—Ya sabía yo que me dirías esto y por eso te dije al comenzar esta conversación, que *"para los amantes de Dios, todas las bellezas de Dios están a su alcance"*.

—Belleza de Dios es tenerte cerca de mí Jhasua y oír tu palabra. Y eso no lo tendré en Ribla. ¡Estoy tan acostumbrada a esta vista tuya todas las tardes!

—Pero tampoco la tendrías cuando yo me volviera a Nazareth con mi familia —le observó Jhasua—. Y los servidores de Dios tenemos que sobrepasar todos estos inconvenientes creados por la materia que revestimos.

—¿De qué manera? —preguntó Nebai.

—Ya sabes que la Eterna Ley tiene hilos invisibles que atan las almas unas a otras, como atas tú las flores para formar una guirnalda.

—Y ¿por qué la Ley Eterna se empeña en atar las almas con hilos invisibles? —preguntó la niña.

Porque las almas que son afines, o sea que piensan y sienten de igual manera, forman Unidas una poderosa corriente que las Inteligencias guías de la evolución humana, utilizan, para impulsar las masas de seres poco evolucionadas a dar un paso en su camino, o apartarles del mal en que se hallan sumidos.

"En los Santuarios Esenios donde he pasado casi el mayor tiempo de mi vida, se observan a diario cosas que al común de las gentes les parecerían maravillosas. Y es debido a la fuerza que tiene esa corriente que se llama *afinidad*, formada por la igualdad de pensar, de querer y de sentir entre almas que se unen para un determinado fin.

"Por ejemplo: del Santuario sale uno o varios hermanos en misión benéfica y justa sobre un determinado lugar. Los que quedan, les siguen con su pensamiento y su amor. Y en las horas del sueño les evocan y les llaman para alentarles y ayudarles al cumplimiento de lo que se proponen. En las crónicas que llevan los solitarios, se encuentran relatadas muchas de estas bellezas de Dios. En el Monte Quarantana, hubo un esenio que yo he conocido y que ya no vive en la tierra. Le llamaban *Hussin* aunque su nombre de familia era Publio Virgilio Marón, originario de Italia. Un tío materno suyo era Gran Servidor en el Santuario de Moab, y como éstos grandes maestros sabían que se acercaba el tiempo de la llegada del Mesías, querían que el ambiente terrestre se utilizara un tanto para poder darle entrada. Hussin era un buen sujeto para intermediario, debido a su gran facultad sensitiva. Era un Esenio de tercer grado, joven todavía, y los Maestros encontraron en él las condiciones necesarias y fue enviado a la Roma de los Césares.

"La Ley Eterna no había dejado ver aún el sitio preciso en que el Espíritu Luz tomaría la vida física. Y siendo Roma la que tenía el timón de la civilización humana, los Maestros pensaron que toda la fuerza del bien y del amor debían impulsarla en aquella dirección. Y Hussin dejó la soledad del Santuario y fue a Roma llevando en sí toda la fuerza de amor, de paz y de justicia que los Esenios de todos los Santuarios emitían por medio de él.

"Y Augusto César se enamoró de los cantos divinos y proféticos de Virgilio, fue su poeta favorito; y la llamada *larga paz romana* permitió el acercamiento del *Hombre-Luz* al plano terrestre.

—Y ¿dónde está ese Hombre-Luz? —preguntó Nebai con marcado anhelo.

—Parece que los Maestros Esenios lo han descubierto ya; pero yo no lo sé todavía. Cuando lo sepa Nebai, te lo diré.

—Volvamos al asunto que veníamos tratando.

—Sí —dijo Nebai— el de los hilos invisibles.

—Bien: te decía que al igual que hacen los Maestros Esenios cuando salen algunos hermanos en misión, debemos hacer nosotros. Tú tienes que ir a Ribla con tu familia, y si tú y yo queremos, tu viaje y estadía allí puede ser de gran beneficio para muchos. Tú y yo podemos encontrarnos durante el sueño, o enviarnos el pensamiento que la ley de la telepatía llevará del uno al otro, como un delicado mensaje de nuestras almas unidas por un lazo invisible de la afinidad.

—A ver, a ver Jhasua, explícame bien eso que no lo he comprendido.

—Escúchame Nebai: el alma humana, cuando ha llegado a la evolución que tú tienes, puede desprenderse de su materia para ir hacia donde el hilo invisible de la afinidad la lleve. Tú puedes hacer hermosos ensayos, que serán como ejercicios espirituales para desarrollar la facultad de transportarse en espíritu a un determinado lugar. Por ejemplo: yo vendré a esta fuente que te es tan querida todas las tardes, al ponerse el sol. Tú que sabes esto, te tiendes en tu lecho a esa hora y te duermes pensando que el hilo invisible de la Ley te traiga a la fuente en espíritu. El grado de mi desarrollo espiritual me permitirá escuchar tu mensaje, y a veces verte como puede verse una visión mental o una visión materializada.

"En otras épocas lejanas, tú has hecho estos ejercicios, porque viviste años en una gran Escuela de Divina Sabiduría que se llamó *Fraternidad Kobda*. Fuiste maestra de otras almas más nuevas que la tuya, y tu nombre era, *Nubia de Manh*.

— ¡Oh Jhasua! ¿Cómo lo sabes tú?...

—Por las historias del pasado que estudio en el Santuario con mis maestros.

— ¿Nunca oíste decir que tenemos muchas vidas sobre este plano físico?

— ¡No, jamás oí tal cosa!

—Es que tienes tan pocos años Nebai que no has tenido oportunidad de aprenderlo aún.

"La Ley Eterna es así: Todo ser en la Creación Universal, nace y muere innumerables veces. Ni tú ni yo tendremos tantos cabellos en la cabeza como vidas físicas hemos tenido en este mundo o en otros.

"Hemos recorrido en largas edades, toda la escala del progreso eterno, y aun no sabemos cuántos siglos tardaremos en llegar al fin.

— ¿A cuál fin Jhasua, a cuál fin?

—A la Suprema Inteligencia, de la cual salimos un día como sale una chispa de una hoguera, y a ellos hemos de volver *convertidos en llama viva*, dice nuestra ciencia divina.

"Pues en aquella vida tuya en que fuiste una maestra Kobda con el nombre de *Nubia de Manh*, tenías, entre otras facultades, la de transportarte en espíritu a distancias, y llevada por el hilo invisible de la afinidad. De aquella vida tuya han pasado largos siglos, en los cuales habrás progresado mucho. Las facultades adquiridas en una vida, pueden ser despertadas en otra con el ejercicio y la voluntad.

—Y ¿cómo has podido saber tú Jhasua, que esa *Nubia de Manh* y yo, somos el mismo espíritu?

—Cuando los maestros Esenios trajeron aquí a tus padres y tus dos hermanos mayores, lo hicieron al principio llevados por el deseo de librar a tu madre de una horrible persecución que

sufría de parte de un poderoso magnate, y por proporcionar medios honrosos de vida a tu padre y hermanos. Pero no bien estuvieron ellos instalados en esta cabaña, los maestros recibieron tu visita espiritual. Tú eras un alma sin materia, vibrando como una luz en el espacio infinito y te diste a conocer a ellos como compañera de largas edades y en particular en esa vida de *Nubia de Manh*. Les dijiste que ibas a entrar de nuevo en la vida física en este hogar en que has nacido. Los maestros Esenios esperaban tu llegada. ¿Has comprendido ahora?

¿Cómo no he de comprenderlo si me lo explicas con tanta claridad?

Otros con menos evolución que tú, no lo comprenderían y si yo te lo explico a ti, es porque sé que puedes entenderme.

"Si comprendes y aceptas esta sublime fase de la Ley Eterna, para ti será fácil comprender, asimismo que en cada una de tus vidas pasadas te has probado y ejercitado en todas las formas y aspectos imaginables; porque es así, como el alma se forja y se perfecciona. Habrás sufrido horrores, habrás cometido desaciertos, habrás hecho obras buenas, habrás subido a posiciones encumbradas, y habrás sido esclava, vendida y comprada como una bestezuela indefensa. Esa es la Ley Eterna de la evolución Nebai, así la queramos como la neguemos; así la aceptemos como que la rechazemos.

"Yo por ejemplo he sido pastor, labriego, picapedrero, marino y he sido también rey, filósofo y médico, en un país que hoy yace en el fondo de los mares, a donde fue sepultado por un gran cataclismo hace 14 mil años.

"Y hoy, ya lo ves, soy el hijo de un artesano en una ignorada comarca del mundo, mucha parte del cual ignora hasta el nombre de Nazareth.

"Cuando fui labriego o pastor, cuando rompía con mi brazo las rocas que regaba con mi sudor ¿quién podía reconocer allí al Rey Anfión de Orozuma, que ocupó la atención del mundo civilizado de entonces?

—Si hemos vivido muchas vidas, esas personalidades humanas,- han tenido un nombre, ignorado de muchos o conocido de todos. Por las facultades espirituales cultivadas, podemos llegar a legren el más remoto pasado como en el presente.

— ¡Oh Nebai!... La grandeza de Dios tiene magnificencias de sabiduría y de poder, y tratar de conquistarlas con nuestro esfuerzo; es el deber de las almas que han llegado a una mediana evolución. De no hacerlo así, más nos valdría haber permanecido sumidos en la obscuridad inconsciente de las especies inferiores, donde aún no se ha despertado por completo la inteligencia que vive allí en embrión, y que se le llama *instinto*; razón por la cual no existe la responsabilidad, ni el libre albedrío.

—De aquí a seis días saldremos para Ribla según lo he oído a mi padre —dijo Nebai— y perdona Jhasua que interrumpa tu explicación sobre las vidas sucesivas que creo haber comprendido bien.

"Ahora dime ¿encuentras bien que yo acceda a ser consagrada sacerdotisa de Hornero?

—Sí, Nebai, porque eso es un simple accidente de tu vida que no te obliga a cambiar tu senda espiritual, y te pone en una posición muy ventajosa para hacer el bien en medio de la porción de humanidad que te rodea.

"Hornero fue un genio inspirado por la belleza divina que recordaba a momentos, como si en ellos volviera a vivir en el plano superior de la legión de Amadores a la que pertenece. De esa elevada personalidad, han hecho en su país natal, Grecia, algo así como un genio benéfico y protector, al cual invoca sobre las mieses, los viñedos, los olivares, huertos y jardines, porque creen que él flota como un céfiro suave sobre cuanto hay, bello y bueno.

"Le levantan templos formados de columnatas, por entre los cuales todos podemos entrar. Y no hay más altar que un pedestal de mármol con un gran pebetero de lo mismo, donde se pone fuego para quemar perfumes y yerbas aromáticas.

"De la techumbre cuelga una lámpara de aceite de oliva que no se apaga mas. Tu cuidado será ese Nebai: quemar perfumes de Arabia, y alimentar la lámpara que debe arder siempre. Es un símbolo de la gloriosa inmortalidad de Hornero, y de los pensamientos de amor que desde la tierra suben hasta él en busca de protección.

"Homero vivirá eternamente" dice la luz de su lámpara.

"Hacia él va siempre la ofrenda de nuestro amor" dicen las esencias que se queman en las ascuas ardientes.

"A la doncella elegida para sacerdotisa, se le asigna una renta vitalicia mientras se mantenga en estado de doncella, o sea sin tomar esposo, pero no le está prohibido casarse si así lo desea. Otra doncella la reemplazará.

"Debe cantar cada día a la salida o a la puesta del sol, una estrofa de los cantos de Hornero. Debe ser la depositaria y guardiana de las ofrendas o votos que los amantes del genio tutelar le llevan a su templo. Y cuando consisten en frutas, olivas, aceite o jugo de vid, la sacerdotisa puede distribuirlos entre los niños menesterosos, que por tales dones, quedan bajo la tutela del genio benéfico.

"Tal es la tradición entre los descendientes del poeta inmortal.

"Como ves, no hay nada oneroso ni indigno en todo esto, antes al contrario, una aureola de respeto te rodeará, Nebai. Ayudarás con esto a tu propia familia, que podrá con más facilidad abrirse un camino honrado de trabajo, en un medio ambiente de equidad y rectitud.

"Ya verás Nebai, ya verás qué ancho campo se abre ante ti para derramar el bien a manos llenas.

— ¿Me ayudarás Jhasua, me ayudarás a cumplir con mi deber, en ese ancho campo en que tú me ves? —le preguntó Nebai como si le causara alarma verse sola en la nueva vida que iba a comenzar.

— ¡Claro que sí! ¿Cómo lo has puesto en duda? Te ayudaré a distancia, y una vez cada año iré acompañando al anciano Menandro que mientras viva, no te descuidará.

"Además, con una madre como la tuya, nunca debes creerte sola.

"Mírala. Viene en dirección a nosotros trayéndonos una cestilla de frutas y golosinas.

La suave y dulce mujer se sentó con ellos al borde de la fuente diciendo:

—Hermoso hijo de Myriam: ¡cuánto echaremos de menos en Ribla, estas horas de amor y de paz, que traes contigo a esta cabaña!

—Acabo de enseñar a Nebai la forma de no echarme de menos —le contestó Jhasua sonriente—. Es una excelente discípula vuestra hija, y ya hemos quedado de acuerdo en todo y para todo. Ella os lo explicará, y yo os ruego que le ayudéis con vuestra tierna vigilancia, para que ella tenga firmeza en sus nuevas actividades.

—Ya os dije —continuó diciendo Jhasua— que mi madre vendrá a despediros según vos lo habéis pedido.

Sí, sí, la estoy esperando. Myriam es el único lazo de familia que me une a estas tierras, que dejaré sin pena porque en ellas he padecido tanto!..

¿Lo oyes, Nebai? Tu madre va a Ribla feliz y contenta. Y yo lo estoy también de que vayáis, porque hay algo en mí mismo que me dice o me anuncia, que vosotros vais abrir el camino de la luz hacia Antioquía.

"El Orontes pasa besando vuestros jardines, y acaricia también los muros de aquella gran capital que encierra para mí como una promesa de grandes cosas. Aun no acierto a definir lo que se encierra en este sentir mío, pero creo que muy pronto os lo podré decir. Acaso en la primera visita que os haga en la próxima primavera.

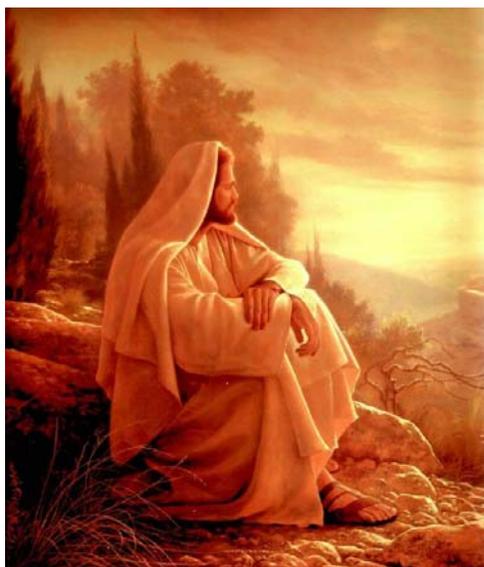
Pocos momentos después, Jhasua tornaba al Santuario a pasos lentos, mientras dejaba correr su pensamiento sobre un futuro que comenzaba a ver levantarse como entre una bruma

de oro pálido, hacia aquella populosa ciudad, hermosa cortesana lúbrica que vivía en un eterno festín, pero que una voz íntima le decía:

"Más fácil es prender el fuego del amor divino en la cortesana que ríe porque ignora el dolor ajeno, que en la rígida Jerusalén que conoce el dolor de los humildes, y levanta sobre él su pedestal de oro!.."

JHASUA A LOS VEINTE AÑOS

(<http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/jhasua20.htm>)



Vuelto nuevamente Jhasua al Santuario del Tabor, reanudó sus silenciosas tareas de orden espiritual intenso, algo interrumpidas por las actividades exteriores. Nos referimos en particular a sus ensayos de telepatía y a su Diario, pues que en la práctica misma del bien, no cesaba de extender sus admirables facultades, y sus poderes internos en armonía con las fuerzas y leyes naturales.

Sólo había faltado del Santuario treinta días escasos, y encontró a su regreso varias epístolas de diversas partes.

Desde Ribla le había escrito Nebai con importantes noticias.

Los hijos del sacerdote de Hornero se habían casado con doncellas sirias.

Los dos hermanos de Nebai que también estaban en vísperas de celebrar matrimonio, ponían un movimiento desusado en el gran castillo, antes tan silencioso y sereno.

Y Nebai con mucha gracia decía en su epístola:

"Me ha llegado el momento de poner en práctica aquellas enseñanzas tuyas Jhasua, llenas de sabiduría: *Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas.* Y en mi caso, lo más hermoso son las almas de las que van a ser mis cuñadas y que vendrán pronto a vivir al castillo, hasta ahora casi vacío, y donde se han arreglado dos nidillos independientes para estos pájaros bulliciosos.

"Los Terapeutas del Santuario del Hermón nos visitan con frecuencia y con ellos hablo de ti Jhasua, y ellos me alientan en esta vida mía tan diferentes de las demás mujeres de mi edad y condiciones.

"Ellos me dicen: Tú las harás a ellas a tu medida, y no que ellas te hagan a la suya.

"Y será así Jhasua, porque mis hermanos, sus novias y yo, hemos ingresado al grado primero de la Fraternidad Esenia y en su próximo viaje, los Terapeutas nos traerán el libro de la Ley con los Salmos, y el manto blanco correspondiente al grado que comenzamos.

"Espero que también las nueras del anciano Menandro, inicien este camino.

"Quiero saber si es realidad o ilusión lo que me ocurrió hace cuatro días.

"Pensaba yo en la fuente de las palomas de la casita de piedra, al caer de la tarde, según lo convenido. Me imaginé que tú no estabas allí, porque mi pensamiento parecía perderse en el

vacío sin que nadie lo acogiera. Pero pasado un buen rato sentí la vibración tuya Jhasua que desde otro lugar me decía: Nebai, no me busques en la fuente porque no estoy en el Tabor sino en las montañas de Samaría. Pronto volveré.

"¿Es cierto esto Jhasua? ¿Cómo es que no me lo anunciaste en tu última epístola?"

Y continuaba así la epístola de Nebai descubriendo nítidamente las luces y sombras de aquella hermosa alma, que buscaba cumbres diáfanas con claridades de estrellas y ansias de inmensidad.

Al regresar de Samaría Jhasua y el maestro Melkisedec se detuvieron en Nazareth durante algunos días, para ayudar con fuerzas espirituales y magnéticas a Joseph y Jhosuelín. Ambos parecían revivir con la sola presencia de Jhasua.

La llegada del tío Jaime con su hijo, puso una nota más de íntima ternura en aquella familia, sobre la cual desbordaba la piedad y magnificencia divinas.

La fisonomía del anciano Joseph iba adquiriendo esa apacible serenidad que parece tener reflejos de la vida superior, a que pronto será llamado el espíritu triunfante en las luchas de la vida.

Joseph el justo, como le llamaban muchos porque veían en su vida un crisol de nobleza y equidad, estaba viviendo sus últimos años y como si una luz superior le iluminase, iba disponiéndolo todo, para que la familia que le rodeó en el ocaso de su vida, no se viera perturbada por aquella otra familia de su juventud.

—Todos son honrados y buenos —decía él muy juiciosamente—' pero entre los buenos, el orden los ayuda a ser mejores y a comprender más claramente los derechos de los demás.

Jhasua dijo a sus padres:

—Voy al Santuario sólo por una luna y en seguida estoy nuevamente con vosotros por todo este invierno.

"Entre todos vosotros y yo tenemos que arreglar muchas asuntos.

Excusado es decir que la noticia causó a todos indecible alegría.

Su estaría en el Santuario la emplearía en descanso de su espíritu y para tomar nuevas energías.

Había gastado muchas en las obras espirituales y materiales realizadas en favor de sus semejantes.

El dominar las corrientes adversas que dificultan la vida del hombre en los mundos de expiación, requiere esfuerzos mentales demasiado intensos, y esto lo saben y experimentan todas las almas que en una forma o en otra consagran su vida a cooperar en la evolución espiritual y moral de la humanidad.

Las epístolas de Nebai y de Hallevi (el que años más tarde tomó el nombre de Bernabé) eran su noticiario del norte, como las de José de Arimathea eran su noticiario del sur.

Junto con las de este último, los Terapeutas le traían los mensajes escritos o verbales de sus amigos del Monte Quarantana, los porteros del Santuario Bartolomé y Jacobo ya padres de familia, y en cuyas almas seguía vibrando como un arpa eterna el amor de Jhasua.

Un mensaje del menor Bartolomé, causó al joven Maestro una tiernísima emoción. Le anunciaba que el mayor de sus hijitos había cumplido cinco años, y pedía permiso a Jhasua para empezar a montarlo en aquel asnillo ceniza que le había regalado en su estadía en el Santuario siete años atrás.

Sus amigos de Bethlehem, aquellos que le vieron la noche misma de su nacimiento, Elcana y Sara, Josías, Alfeo y Eleazar, escribían juntos una conmovedora epístola que era una súplica brotada del fondo de sus corazones:

"Van a llegar las nieves —le decían— y con ellas el día glorioso que hará veinte años brilló sobre Bethlehem como una aurora resplandeciente. Venid con Myriam y Joseph a pasarlo entre

nosotros y haréis florecer una nueva juventud sobre estas vidas cansadas que ya se inclinan hacia la tierra".

La suave ternura que saturaba la epístola vibró intensa en el alma del joven Maestro, que entornando los ojos dejó volar su pensamiento como una mariposa de luz, hacia aquellos que así llamaban por él.

Volvió a ver mentalmente a Sara en su incansable ir y venir de las amas de casa consagradas con amor a velar por el bienestar de toda la familia; a Elcana su esposo al frente de su taller de tejidos, siendo una discreta providencia sobre las familias de sus jornaleros; a Alfeo, Josías y Eleazar, con sus grandes majadas de ovejas y cabras, proveyendo a toda aquella comarca de los elementos indispensables para la vida como es el alimento y, el abrigo.

En muchas de aquellas casas betlehemitas se anudaba un vínculo de amor con el joven Mesías, al cual no veían desde sus 12 años cuando estuvo en el Templo de Jerusalén.

Y hasta en el oculto Refugio esenio de los estanques de Salomón, habitado por la mártir Mariana, llorando eternamente a sus hijitos asesinados por mandato de Herodes, el nombre de Jhasua era como una luz encendida en las tinieblas, como un rosal en un páramo desierto, como el raudal fresco de una fuente en los arenales calcinados por el sol

Todo esto vibró en el alma de Jhasua como el sonido de una campana lejana, y no pudiendo resistir a aquel llamado imperioso del amor, contestó con el primer Terapeuta que salió rumbo al sur, que pasaría en Bethlehem el día que cumplía sus 20 años de vida terrestre.

Había prometido a sus padres pasar ese invierno con ellos, y con ellos iría a Jerusalén donde la Escuela de sus amigos le reclamaba ardientemente, después de la dura borrasca que hubo de soportar. Allí estaba también Lía, la parienta viuda que al casarse sus tres hijas, llenó su soledad con las obras de misericordia que derramó a manos llenas sobre los desamparados y los enfermos.

"—Son las flores de mi huerto" —decía ella cuando en determinados días de la semana, su jardín se llenaba de madres con niños, y con ancianos cargados no sólo de años, sino más aún de pesadumbre y de miseria.

Lía, la viuda esenia, silenciosa y discreta, asociaba a sus obras a sus tres hijas casadas, Susana, Ana y Verónica que ya conoce el lector en los comienzos de esta obra. Ellas concurrían los días señalados para leer los libros de los Profetas a los protegidos de su madre, instruyéndolos por este medio en sus deberes para con Dios, con el prójimo y consigo mismos.

La obra silenciosa y oculta de los Esenios que quedó olvidada por los cronistas de aquel siglo de oro, fue en verdad la red prodigiosa en que quedaron prendidas para toda la eternidad, las almas que en numerosa legión se unieron al Hombre-Luz, ungido del Amor y de la Fe, que marcó el sendero imborrable de la fraternidad entre los hombres.

Toda esta inmensa labor silenciosa como una vid fantástica que extendía sus ramas cargadas de frutos por todas partes, esperaba a Jhasua en aquella Judea árida y mustia para los que bajaban de las fértiles montañas samaritanas y galileas, pero donde el amor silencioso de las familias esenias ponía la nota tierna y cálida de una piadosa fraternidad más hondamente sentida.

Vemos, pues, que desde las fértiles montañas del Líbano en la Siria, hasta los ardientes arenales de la Idumea en el sur, florecía en las almas la esperanza como un rosal mágico de ensueño.

El Ungido de Jehová andaba con sus pies por aquellas tierras, y los dolores humanos desaparecían a su contacto.

Los Terapeutas peregrinos que salían de sus Santuarios cargados de amor en el alma, iban llevando de aldea en aldea el hilo de oro que ataba los corazones unos con otros en torno al Hombre Ungido de Dios, cuya vida de niño y de joven les relataban en secreto y minuciosamente.

Bastó que Jhasua instalase un pequeño recinto de oración en la casa de sus padres en Nazareth, para que se hiciera lo mismo en todas las familias esenias que pudieron disponer un rinconcillo discreto con una mesa suntuosa o desnuda, donde los Salmos y los Profetas estaban presentes con su pensamiento escrito, y vivido cual si fuera el aliento mismo de la Divinidad.

Sobre aquella mesa, y grabada en una lámina de madera, de cobre o de mármol, aparecía invariablemente el mandato primero de la Ley de Moisés: "Adorarás al Señor Dios tuyo con toda tu alma y amarás a tu prójimo como a tí mismo".

Para los más pobres y que no disponían sino de una cocina con estrados para el descanso, la piedad esenia tenía el recurso de la oración en casa del vecino, que tenía abierto su recinto sagrado para aquellos hermanos de ideal que no podían tenerlo. Tal fue la obra esenia de elevación de las almas a un nivel superior que las pusiera a tono con el Pensamiento Eterno que el Cristo traía a la Tierra.

Esta armónica corriente de amor y de fe, esparcida como un fuego purificador por toda la Palestina y países circunvecinos, fue la ola mágica en que Jhasua desarrolló su vida oculta, que quedó como sepultada en el olvido a mitad del siglo pasado, a medida que iban desapareciendo del plano físico los testigos oculares, sus familiares y sus discípulos.!

El recinto de oración en cada casa esenia, ha dado origen a la afirmación de algunos viajeros que han escrito sobre el particular, de que toda Palestina estaba llena de Sinagogas y que en las grandes ciudades se contaban hasta cuatrocientas o más.

El pensamiento sutil del lector que analiza y razona, parece estarnos preguntando: ¿Cómo, de esta ola de paz y amor fraterno, de esta intensidad de vida espiritual pudo surgir trece años después el horrendo suplicio con que se puso fin a la vida física del Cristo?

El pontificado y clero de Jerusalén vio llegado su fin ante el verbo de fuego del gran Maestro que volvía por los derechos del hombre, y vació el oro acumulado en el comercio del templo, en las bolsas vacías del populacho ignorante y hambriento mientras le decía: "Causante de nuestros males, es el vagabundo que predica el desprecio por los bienes de la tierra, porque con él ha llegado el reino de Dios que él anuncia".

Calmada así brevemente la inquietud del lector, continuó la narración:

Diez y seis días antes del aniversario vigésimo de Jhasua, salió de Nazareth con sus padres en la caravana que venía de Tolemaida hacia el sur.

El camino se bifurcaba al llegar a la Llanura de Esdrelón, y el uno recorría el centro de la provincia de Samaria pasando por Sebaste y Sichen, mientras el otro tocaba Sevthópolis y seguía por la ribera del Jordán hasta Jericó, Jerusalén y Bethlehem.

A los viajeros que seguían el camino del Jordán, se unieron Joseph, Myriam y Jhasua, pues que en aquel camino se encontraban muchos amigos y familiares. En Sevthópolis que ya conoce el lector, se hallaba el Santuario esenio recientemente restaurado, donde los porteros de la amistad del tío Jaime, les brindarían un cómodo y tranquilo hospedaje.

En Archelais, segundo punto de parada de la caravana, vivía la familia de Devora, la primera esposa de Joseph, a la cual se había unido Matías, el segundo hijo de aquel primer matrimonio.

El justo Joseph había sido siempre el paño de lágrimas de sus suegros mientras vivieron, y aún lo era para dos hermanas viudas de su primera esposa, que vivían pobremente en aquella localidad. La familia había sido avisada y les esperarían seguramente.

Y finalmente en Jericó, tercer punto de parada, vivían familiares de Myriam, dos hermanos de Joaquín su padre, con sus hijos y sus nietos.

Todo esto fue tenido en cuenta por nuestros viajeros con el fin de estrechar vínculos con seres que aunque muy queridos se mantenían algo alejados por las escasas visitas que sólo se hacían de tiempo en tiempo.

Para Jhasua existían a más, otros poderosos motivos: las grutas refugios que en las montañas de las riberas del Jordán habían vuelto a ser habitadas, según noticias que le mandó Judas de

Saba, cuyo ardoroso entusiasmo por las obras de misericordia le había convertido en providencia viviente para los desamparados de aquella comarca.

Nuestros tres personajes eran, entre la caravana, los *viajeros ricos*, pues llevaban tres asnos con cargamento, cuando todos los demás sólo tenían aquel en que iban montados.

Sólo el jefe de la caravana sabía que el cargamento de los tres asnos contratados por Joseph no llevaban oro ni plata, sino pan, frutas secas y ropas para los refugiados en las grutas del Jordán.

El amor de Jhasua para sus hermanos menesterosos había prendido un fuego santo en las almas de sus padres y familiares, hasta el punto de que no podían sustraerse a esa suave influencia de piedad y conmiseración.

En los tres puntos de parada de la caravana, dejó Jhasua el rastro luminoso de su paso.

En Sevthópolis, alrededor de las tiendas movibles que se instalaban cada día, se observaban a veces algunos infelices contrahechos, niños retardados, o con parte del cuerpo atacado de parálisis.

Descender de su borrico e ir derecho hacia ellos, fue cosa tan rápida, que ni aún tuvieron tiempo sus padres para preguntarle: *¿A dónde vas?*

El dolorido grupo miró con asombro a este hermoso doncel de cabellos castaños y ojos claros, que les miraba con tanto amor.

—Vosotros estáis enfermos —les dijo—, porque no os acordáis que vuestro Padre, que está en los cielos, tiene el poder de curaros y quiere hacerlo. ¿Por qué no se lo pedís?

—El está muy lejos, y no oírá nuestros clamores —contestó un jovencuelo que tenía todo un lado de su cuerpo rígido y seco como un haz de raíces.

—Os engañáis, amigo mío. El está en torno a vosotros, y no lo sentís porque no lo amáis lo bastante para verlo y sentirlo.

Una poderosa vibración de amor comenzó a flotar como una brisa primaveral, y Jhasua, mirando al asombrado grupo, comenzó a decir con una voz dulce y profunda:

"Amarás al Señor Dios tuyo con todas tus fuerzas, con toda tu alma, y a tu prójimo como a tí mismo".

"Así manda la Ley del Dios-Amor que vosotros olvidáis".

Repartió unas monedas, y les dijo:

—Volved a vuestras casas, y no olvidéis que Dios os ama y vela por vosotros.

Mientras aquellas pobres mentes estuvieron absortas en la mirada y la palabra de Jhasua, sus cuerpos recibieron como una ola formidable, la energía y fuerza vital que él les transmitía, y recién cuando le perdieron de vista en el tráfago de gentes, bestias y tiendas, se apercibieron que sus males habían desaparecido.

Los unos corrían por un lado y los demás por otro como enloquecidos de alegría, y buscando al doncel de la túnica blanca que no aparecía en parte alguna.

Por fin llegaron a la conclusión de que *debía ser el arcángel Rafael que curó a Tobías*, por cuanto había desaparecido tan misteriosamente.

—Será un mago venido del norte —decían los extranjeros en el país, que nada sabían del arcángel Rafael ni de Tobías.

—Pero si estáis curados, a trabajar —decían otros ofreciéndoles trabajo en sus comercios, cuyas agitadas actividades necesitaban siempre más y más operarios.

Era inútil que buscaran a Jhasua, que instaló rápidamente a sus padres bajo la tienda-hospedería, y corrió al Santuario en busca del portero, con cuya familia pasaría la noche hasta la hora primera en que la caravana continuaba el viaje.

Con gran sorpresa de los solitarios, se les presentó de pronto en el archivo donde todos ellos se encontraban ordenando de nuevo su abundante documentación.

— ¿No os dije antes que sería vuestro *cirio de la piedad*? Pues aquí estoy, pero sólo por unas horas.

"¿Dónde están los ex cautivos? —preguntó aludiendo a los tres terapeutas libertados de la cadena.

—En la cocina preparando las maletas para ir a las grutas —le contestaron.

—Pues nada más oportuno —dijo Jhasua—. Traemos un pequeño cargamento para los refugiados.

Indecible fue la alegría de los tres terapeutas al abrazar de nuevo a Jhasua.

Cuando se acercaba la hora de partir, ellos acompañaron a los tres viajeros para hacerse cargo de las provisiones que la familia de Joseph donaba a los refugiados, en las grutas del Jordán.

Después de pedirles referencias y detalles minuciosos sobre el estado y condiciones de los enfermos, Jhasua se despidió de ellos para continuar viaje junto a sus padres.

Desde que salieron de Sevthópolis, el camino se deslizaba en plena montaña, costeano serranías que por estar adelantado el invierno aparecían un tanto amarillentas y desprovistas, desde luego, de su exuberante verdor.

Todo el trayecto desde Sevthópolis hasta Archelais ofreció a Jhasua la oportunidad de derramar como un raudal caudaloso el interno poder que su espíritu-luz había conquistado en sus largos siglos de amor.

Y continuaba amando, como si no pudiera más detenerse en la gloriosa ascensión a la cumbre, a la cual parecía subir en vertiginosa carrera.

"Amar por amar es agua
que no conocen los hombres.
Amar por amar, es agua
que sólo beben los dioses".

Había cantado así Bohindra, el genio inmortal de la armonía y del amor, y su verso de cristal lo vemos vivir en Jhasua con una vida exuberante, que asombra en verdad a quien lo estudia en su profundo sentir.

Montado en su jumento, no descuidaba mirar a cada instante en su carpeta que llevaba en su mano izquierda.

Mira Jhasua que este camino tan escarpado ofrece tropiezos a cada instante —decíale su padre—, y temo que por mirar tu carpeta no ayudas al jumento a salvar los escollos.

—El está bien amaestrado, padre; no temáis por mí —contestaba él.

¿Se puede saber, hijo mío, qué te absorbe tanto la atención en esa carpeta? — le preguntaba a su vez Myriam cuya intuición de mujer estaba adivinando lo que pasaba.

Cosillas mías, madre, que sólo para mí tienen interés —contestaba sonriente Jhasua, como el niño que oculta alguna travesura muy dulce a su corazón.

"Aquí están las dos encinas centenarias —murmuró a media voz—. Es la señal de la gruta de los leprosos.

Aún estaban a cincuenta brazas de las encinas, y ya vieron salir un bulto cubierto con un sacón de piel de cabra que sólo tenía una abertura en la parte superior para los ojos.

Sólo así les era permitido a los atacados del horrible mal el acercarse a las gentes que pasaban, en demanda de un socorro para su irremediable situación.

Jhasua habló pocas palabras con el jefe de la caravana, que siempre llevaba preparado un saco con los donativos de algunos de los viajeros para los infelices enfermos.

—Yo lo llevaré por vos —dijo Jhasua recibiendo él el saco y encaminándose hacia el bulto cubierto que avanzaba. Los viajeros pasaron de largo, deseando poner mayor distancia entre el leproso y ellos.

Myriam y Joseph detuvieron un tanto sus cabalgaduras para dar tiempo a Jhasua.

—Ya imaginaba esto mi corazón —decía Myriam a su esposo.

"En la carpetita debe traer Jhasua escritas las señas donde están las grutas, y eso era lo que absorbía su atención.

— ¡Oh! Este hijo santo que Jehová nos ha dado, Myriam, nos da cada lección silenciosa, que si sabemos aprenderla seremos santos también.

Y el anciano, con sus ojos humedecidos de llanto, continuaba mirando a Jhasua, que llegaba sin temor alguno al leproso.

Le vieron que le quitó el sacón de piel y le tomó las manos.

Fue un momento de mirarle a los ojos con esa irresistible vibración de amor que penetraba hasta la médula como un fuego vivificante, que no dejaba fibra sin remover.

Myriam y Joseph no podían oír sus palabras, pero nosotros podemos oírlas, lector amigo, después de veinte siglos de haber sido pronunciadas.

En los Archivos Eternos de la Luz, maga de los cielos, quedaron escritas como queda grabado todo cuanto fue pensado, hablado y sentido en los planos físicos:

—Eres joven, tienes una madre que llora por ti; hay una doncella que te ama y te espera unos hijos que podrán venir a tu lado. Lo sé todo, no me digas nada. Judas de Saba me ha informado de todo cuanto te concierne.

—Sálvame, Señor, que ya no resisto más el dolor en el cuerpo y el dolor en el alma —exclamó el infeliz leproso, que sólo tenía veintiséis años.

—El poder divino que Dios me ha dado, y que tú fe ha descubierto en mí, te salvan. Anda y báñate siete veces en el Jordán y vuelve al lado de tu madre. Sé un buen hijo, un buen esposo y un buen padre, y esa será tu acción de gracia al Eterno Amor que te ha salvado. Di a tus compañeros que hagan lo mismo, y si creen como tú en el Poder Divino, serán también purificados.

El enfermo iba a arrojarse a los pies de aquel hermoso joven, cuyas palabras le hipnotizaban causándole una profunda conmoción. Pero sintió que todo su cuerpo temblaba y se sentó sobre el heno seco que bordeaba el camino.

— ¡Anda!, no temas nada —le dijo Jhasua montando de nuevo y volviendo al lado de sus padres que le esperaban.

Los otros viajeros se perdían ya en una de las innumerables vueltas del tortuoso camino costeano peñascos enormes, y que pensaban sin duda en que el infeliz leproso sería un familiar de Jhasua por cuanto le prestaba tal atención.

No ha comprendido aún la humanidad lo que es el amor, que no necesita los vínculos de la sangre ni las recompensas de la gratitud, para darse en cuanto tiene de grande y excelso como una vibración permanente del Atman Supremo, que es amor inmortal por encima de todas las cosas.

Nuestros tres viajeros quedaron por este retraso a cierta distancia de la caravana, lo cual les permitía hablar con entera libertad.

— ¡Qué obra grande has hecho hijo mío! —le dijo Joseph mirando a Jhasua con esa admiración que producen los hechos extraordinarios.

—Era lástima tan joven y ya inutilizado para la vida —añadió Myriam, esperando una explicación de Jhasua que continuaba en silencio—. ¿Se curará hijo mío?

—Sí, madre, porque cree en el Divino Poder y eso es como abrir todas las puertas y ventanas de una casa para que entre en torrente avasallador el aire puro que lo renueva y transforma todo.

—¿Habrá otros leprosos allí? —volvió a preguntar ella.

—Han quedado veinte de los treinta y dos que había desde hace mucho tiempo.

"Los otros murieron cuando los Terapeutas del Santuario dejaron de socorrerles. Eran ya de edad y su mal estaba muy avanzado. La miseria los consumió más pronto.

—¿Y no podría evitarse Jhasua este mal espantoso que va desarrollándose tanto en nuestro país?

—Cuando los hombres sean menos egoístas desaparecerá la lepra y la mayoría de los males que afectan a la humanidad. La extremada pobreza hace a los infelices de la vida, ingerir en su cuerpo las materias descompuestas como alimento. Los tóxicos de esas materias ya en estado de putrefacción, entran en la sangre y la cargan de gérmenes que producen todas las enfermedades. Los gérmenes corrosivos van pasando de padres a hijos, y la cadena de dolor se va haciendo más y más larga.

"Cuando los felices de la vida amen a los infelices tanto como a sí mismos se aman, se acabarán casi todas las enfermedades, y sólo morirán los hombres por agotamiento de la vejez o por accidentes inesperados.

"He podido curar leprosos, paralíticos y ciegos de nacimiento; pero no he podido aún curar a ningún egoísta. ¡Qué duro mal es el egoísmo! Una honda decepción pareció dibujarse en el expresivo semblante de Jhasua, cuya palidez asustó a su madre.

Hijo mío —le dijo—, estás tan pálido que me parece enfermo.

Jhasua queda así cuando salva a otros de sus males. Se diría que por unos momentos absorbe en su cuerpo físico el mal de los curados —añadió su padre.

Jhasua les miraba a entrambos y sonreía en silencio.

Veo que os vais tornando muy observadores —dijo por fin.

Cuando has curado a Jhosuelín y a mí, te he visto también palidecer —dijo Joseph—. Pero me figuro que si el Señor te da la fuerza de salud para los otros, te repondrá la que gastas en ellos.

—Es así padre como lo piensas. Ya me pasa este estado de laxitud, porque los enfermos ya entraron en renovación.

—¿Pero, se curarán todos? —preguntó alarmada Myriam temerosa de que tantos cuerpos enfermos agotasen la vida de su hijo. Jhasua comprendió el motivo de esa alarma.

—¡Madre! —le dijo con infinita ternura—. No me des el dolor de adivinar en tu alma ni una chispa de egoísmo. La vida de tu hijo vale tanto como esas veinte vidas salvadas.

"También ellos tienen madres que les aman como tú a mí. Ponte tú en lugar de una de ellas y entonces pensarás de otra forma.

—¿Tienes razón hijo mío! Perdóname el egoísmo de mi amor de madre. Eres la luz mía, y sin ti, me parece que me quedaría a oscuras.

—Tendrás que aprender a sentirme a tu lado, aunque yo desaparezca del plano físico...

—¡Dios Padre, no lo querrá, no!. . ¡Moriré yo antes que tú!... —dijo ella como en un sollozo de angustia.

—¿Ves madre el dolor de esas madres que ven morir vivos a sus hijos en las cavernas de los leprosos?

—Sí hijo mío!, lo veo y lo siento. Desde hoy te prometo averiguar donde hay un leproso para que tú le cures. Yo soy la primera curada por ti del egoísmo.

"¡Ya estoy curada Jhasua!... ¡Ante Dios Padre que nos oye, entrego mi hijo al dolor de la humanidad!

Y la dulce madre rompió a llorar a grandes sollozos.

— ¿Qué hiciste Jhasua, hijo mío, qué hiciste? —decía Joseph, tomando una mano de Myriam y besándola tiernamente.

— ¡Nada padre! Es que al sacarse ella misma la espina que tenía clavada en el alma, le ha causado todo este dolor. Pero ya estás curada madre, para siempre, ¿verdad?

Esto lo decía Jhasua ya desmontado de su asno y rodeando con su brazo la cintura de su madre.

—Sí hijo mío, sí, ya estoy curada.

Y la admirable mujer del amor y del silencio, secaba sus lágrimas y sonreía aquel hijo-luz que tenía al alcance de sus brazos.

El camino se acercaba más y más al río Jordán, cuyas mansas aguas se veían correr como en el fondo de un precipicio encajonado entre dos cadenas de montañas.

Los viajeros tenían al occidente la mole gigantesca del monte Ebat de 8.077 pies de altura, cuyas cimas cubiertas de nieve iluminadas por el sol de la tarde, les daba el aspecto de cerros de oro recortados sobre el azul turquí de aquel cielo diáfano y sereno.

— ¡Qué bella es Samaría!... —exclamaba Jhasua absorto en la contemplación de tan espléndida naturaleza—. Me recuerda los panoramas del Líbano, con la cordillera del Hermón, más alto que estos montes Ebat.

—Los recordamos, hijo mío —contestaba Joseph— pues los hemos contemplado a través de nuestras lágrimas de desterrados cuando contigo, pequeñito de diez y siete meses pasamos allí cinco años largos.

—Mi vida os trajo muchas pesadumbres —dijo Jhasua— y acaso os traerá muchas más.

— ¡No hagas malos augurios, hijo mío! —le dijo su madre— ni hables de las pesadumbre que trajo tu vida. ¿Qué padres no las tienen por sus hijos?

—Y más en estos tiempos —añadió Joseph— en que la dominación romana tiene tan exasperados a nuestros compatriotas, que cometen serias imprudencias a cada paso. Uno de los hermanos de Débora está preso en Archelais y no sé si podré verle.

— ¡Cómo! ¿Y no habías dicho nada?... Joseph, eso no está bien.

— ¡Mujer!... no quise decírtelo por evitarte una amargura. Entonces no pensaba en hacer este viaje y creí que todo pasaría sin que tú lo supieras.

— ¿Y la esposa y los hijos? —volvió a preguntar Myriam.

—El hijo mayor que ya tiene veinte años como nuestro Jhasua, está al frente del molino ayudado por mi hijo Matías a quien le pedí que se ocupase del asunto.

—Y ¿qué crimen le imputan para llevarlo a la cárcel? —preguntó Jhasua.

—Este cuñado mío —decía Joseph— estuvo siempre en desacuerdo con los herodianos y sus malas costumbres, y no se cuidó nunca de hablar en todas partes exteriorizando sus rebeldías. Cuando Herodes hizo modificar la antigua ciudad de Yanath y le dio el nombre de su hijo mayor *Archelais*, mi cuñado levantó con el pueblo una protesta porque aquel viejo nombre venía desde el primer patriarca de la tribu de Manases que se estableció en esa región, y fue quien construyó el primer santuario que el pueblo hebreo tuvo al entrar en esta tierra de promisión.

"Con esta protesta ya quedó sindicado como un revoltoso, y cualquier sublevación que hay en el pueblo, la cargan sobre él. El infeliz tuvo la equivocada idea de que una protesta justa y razonable como era, pudiera torcer el capricho de la soberbia de un rey que tenía la pretensión de que los nombres de sus hijos se inmortalizaran hasta en los peñascos de este país usurpado a los reyes de Judá.

Hace dos lunas, cuando los herodianos celebraban el aniversario de la coronación de Herodes el Grande como rey de la Palestina, apareció apedreada y rota la estatua cuya que estaba en la plaza del mercado, y arrancada la placa de bronce en que está escrito el nuevo nombre de la ciudad.

"Los herodianos señalaron en seguida a mi cuñado como incitador a este desorden. Eso es todo.

—¿No habéis hecho nada por salvarle? —preguntó Jhasua interesándose en el asunto.

—Se ha hecho mucho, y ahora sabremos si hay esperanzas de libertarlo —contestó Joseph.

En Jhasua se había despertado ya el ansia suprema de justicia y de liberación para el infeliz cautivo que se hallaba en un calabozo cuando tenía nueve hijos que alimentar.

Sus padres lo comprendieron así y Joseph dijo a Myriam en voz baja:

—Aquí va a pasar algo; ya preveo un prodigio de esos que sólo nuestro Jhasua puede hacer.

—¡Calla, que no nos oiga! —Decía Myriam—. Le disgusta mucho que hagamos comentarios sobre las maravillas que obra.

Cuando llegaron a Archelais, lo primero que vieron fue la gran plaza mercado y la estatua del Rey Herodes sin cabeza y sin brazos provocando las risas y burlas de sus adversarios.

Jhasua sumido en hondo silencio parecía absorto en la profundidad de sus pensamientos.

—Padre —dijo de pronto— los que están felices y libres, no necesitan de nosotros. Dejemos a mi madre en la casa familiar y vamos tú y yo a ver al tío Gabes en su prisión. —Bien hijo, bien.

La pobre esposa desconsolada, se abrazó de Myriam y lloró amargamente.

—Sé que tu hijo Jhasua es un Profeta que hace maravillas en nombre de Jehová —le dijo entre sollozos.

"Dile tú que salve a mi esposo del presidio, y mis hijos y yo le seremos fieles siervos hasta el fin de su vida.

Jhasua alcanzó a oír estas palabras, y acercándose al tierno grupo, le dijo:

—No llores buena mujer, que nuestro Padre Celestial ya ha tenido piedad de ti. Hoy mismo comerá el tío Gabes en tu mesa. Pero, ¡silencio!, ¿eh? que las obras de Dios gustan albergarse en el corazón y no andar vagando por las calles y las plazas.

Luego de un breve saludo a los familiares, Jhasua y su padre, guiados por Matías fueron a la alcaidía del presidio.

Según habían convenido mientras iban, Joseph se ofrecería como fianza por la libertad provisional del preso, con la promesa de pagar la reconstrucción de la estatua.

El alcaide era un pobre hombre sin mayor capacidad, pero con una gran dosis de dureza y egoísmo en su corazón.

Desde que lo vieron, Jhasua lo tomó como blanco de los rayos magnéticos fulminantes que emanaba su espíritu en el colmo de la indignación.

—Señor —le dijo, luego que habló el padre—. Pensad que ese hombre tiene nueve hijos para mantener y que no hay pruebas de haber sido él quien rompió la estatua del Rey.

—No encontrando al culpable, debe pagar él, que en otras ocasiones amotinó al pueblo por bagatelas que en nada le perjudicaban —contestó secamente el alcaide.

La presión mental de Jhasua iba en aumento y el alcaide vacilaba.

—Bien —dijo— que venga el escriba y firmaréis los tres el compromiso de pagar la restauración de la estatua. Aunque no sé cómo os arreglaréis porque el escultor que la hizo, ha muerto, y no se encuentra en todo el país quien quiera restaurarla.

—Eso corre de nuestra cuenta —dijo Jhasua—. Hay quien la reconstruye si ponéis en libertad ahora mismo al prisionero.

El escriba levantó acta que firmaron Joseph, Matías y Jhasua.

El preso les fue entregado, y Jhasua les dijo después de la emocionada escena del primer encuentro que ya imaginará el lector:

—Bendigamos a Dios por este triunfo, y volved los tres a donde está la familia para salvarles de la inquietud.

—Esto será por poco tiempo; de todas maneras os agradezco en el alma cuanto habéis hecho por mí —le contestó Gabes.

—¿Por poco tiempo decís? —Preguntó Jhasua—. ¿Creéis entonces que os detendrán de nuevo?

—Seguramente, en cuanto no aparezca reconstruida la estatua. Esos herodianos andan como perros rabiosos. No apareciendo el verdadero culpable, volverán por mí.

—¡No tío Gabes!... ¡no volverán! Te lo digo en nombre de Dios —afirmó Jhasua con tal entonación de voz, que los tres hombres se miraron estupefactos.

—¡Que Dios te oiga sobrino, que Dios te oiga!

—¡Gracias! Yo vuelvo a la plaza del mercado donde tengo una diligencia urgente que hacer. Y sin esperar respuesta, Jhasua dio media vuelta y aligeró el paso en la dirección que había indicado.

—¿Tiene amigos aquí tu hijo? —preguntó Gabes a Joseph.

—Que yo sepa no, pero él ha crecido y vivido hasta ahora entre los Esenios, y es impenetrable cuando se obstina en el silencio. Es evidente que algo hará en favor tuyo. Sus palabras parecen indicarlo. Dejémosle hacer. ¡Este hijo es tan extraordinario en todo!

La alegría de Ana, esposa de Gabes y de todos sus hijos y familiares, formó un cuadro de conmovedora ternura al verle ya libre.

"—*Hoy mismo comerá el tío Gabes en tu mesa*" —me dijo al llegar esta mañana tu hijo Myriam.

"¡Oh!, ¡es un profeta al cual el Señor ha llenado de todos sus dones y poderes supremos!... —exclamaba entre sus lloros y risas la pobre mujer, madre de cuatro niñitos pequeños, porque los cinco mayores eran de las primeras nupcias de Gabes.

—¿Dónde dejasteis a Jhasua? —preguntaba Myriam a los tres recién llegados— porque vamos a sentarnos a la mesa, y es triste comer sin él en este día de tanta alegría.

—Ya le hice esa observación y dijo que venía en seguida—.

Mientras tanto Jhasua llegó a la plaza y se ubicó discretamente a la sombra de una hiedra que formaba una rústica glorieta, a veinte pasos de la estatua rota.

Aunque era invierno, un sol ardiente caía de plano sobre los bloques de piedra que pavimentaban la inmensa plaza. Los vendedores encerrados en sus carpas aprovechaban para comer tranquilos el tiempo de cese de las ventas que marcaba la ordenanza.

Jhasua se sentó en el único banco que había en la glorieta y sintió que todo su cuerpo vibraba sobrecargado de energía, en forma tal, como no se había sentido jamás.

Y oyó en su mundo interior una voz muy profunda que le decía "no temas nada". "Las fuerzas vivas de la naturaleza te responden. El sol está sobre ti como un fanal de energía poderosa. La libertad de un hombre que alimenta nueve hijos, está en juego.

"Entrégate como instrumento a las fuerzas vivas, y duerme. La Energía Eterna hará lo demás". Y se durmió profundamente.

Muy pronto se despertó porque al salir los vendedores de sus tiendas daban gritos ofreciendo sus mercancías. Miró hacia la estatua rota, y la vio en perfecto estado como si nada hubiera ocurrido.

Pensó en acercarse a observarla de cerca, pero no quiso hacerlo para no llamar la atención en esos momentos. Nadie en la plaza demostraba haber observado el extraordinario acontecimiento.

Jhasua elevó su pensamiento de acción de gracias al Supremo Poder que así le permitía librar a un padre de familia de una injusta prisión, y volvió apresuradamente a casa de Gabes, donde su tardanza empezaba a causar inquietudes.

—Tío Gabes —dijo al entrar— ya no tienes que temer nada del alcaide, porque la estatua rota ha sido restaurada, y está perfecta.

— ¿Quién lo hizo —preguntaron varias voces a la vez.

— ¿Quién ha de ser? ¡Los obreros del Padre Celestial, del cual os acordáis muy poco para lo que El se merece, con tanto que os ama! contestó Jhasua y se sentó a la mesa.

Myriam, Joseph y los dueños de casa se miraron como interrogando. El índice de Myriam puesto sobre los labios les pidió silencio y callaron.

Cuando se terminó la comida, todos quisieron ir a la plaza, para ver y tocar la estatua ya reparada, a la vez que acompañaban a los viajeros a incorporarse a la caravana.

Gabes y Ana hacían que todos sus hijos besaran la mano de Jhasua, que de tan prodigiosa manera había anulado la condena de su padre.

Matías que tenía cuatro hijos, acercaba los suyos pidiendo a Jhasua que les conservara la salud y la vida, porque eran débiles y enfermizos.

—Matías —le dijo él— cuida de enseñar a tus hijos a amar a Dios y al prójimo, y El será quien cuide y conserve su salud y su vida.

—A mi regreso en la próxima luna visitaré tu casa —añadió Jhasua— porque he visto que uno de tus hijos vendrá conmigo.

Cuando montó en su cabalgadura luego de haber ayudado a su madre, todas las manos se agitaban en torno de él que les decía:

—Porque me amáis, callad lo ocurrido, que el silencio .es hermano de la paz.

— ¡Es un Profeta de Dios!... —quedaron diciendo en voz baja todos.

—Myriam y Joseph merecían tal hijo y el Señor se los ha dado —decía Gabes.

—Pero la pobre madre vive temblando por ese hijo —añadió Ana, pues desde muy pequeño se vio obligado a huir de persecuciones de muerte.

—Fue cuando la matanza de niños betlehemitas —dijo Matías— que mi padre tuvo que llevarle muy lejos porque era a él a quien buscaban por orden de Herodes el viejo, cuya estatua acaba de restaurar Jhasua con él poder de Dios.

Mientras los familiares comentan a media voz los sucesos, nosotros, lector amigo, lo haremos también con la antorcha de la razón y el estilete de la lógica.

El prodigioso acontecimiento que llenaba de asombro a los familiares de Jhasua, está dentro de la ley de *integración* y *desintegración* de cuerpos orgánicos, inorgánicos y materia muerta, lo cual es perfectamente posible a las inteligencias desencarnadas que dominan los elementos de la naturaleza, y que tienen en el plano físico, un sujeto cuyos poderes internos pueden servirles de agente directo para la realización del fenómeno.

Más admirable es aún el desintegrar un cuerpo y reintegrarlo en otro sitio diferente, lo cual está asimismo dentro de la ley. El hecho de la estatua rota en la plaza de Archelais, sólo era *reintegración parcial* por acumulación de moléculas de una materia inorgánica y muerta.

Los seres que fueron testigos oculares de este hecho, .no estaban sin duda en condiciones mentales de asimilar la explicación científica que pudiera darles Jhasua, el cual se limitó a responder a las preguntas de *"quién lo hizo"* con su sencillez habitual: —"Los obreros del Padre

Celestial" con lo cual decía la verdad, sin entrar en las honduras de una explicación que no alcanzarían a comprender.

Cuando nuestros viajeros llegaron a Jericó, se encontraron con la caravana que venía desde Bozra, en Arabia, y atravesaba la Perea por Filadelfia y Hesbon.

Llamaba la atención de las gentes, una gran carroza que sólo usaban para viajar las personas de alta posición, mayormente si eran mujeres.

Venía en ella una hija del Rey de Arabia con un niño suyo, atacado de una fiebre infecciosa que le llevaba irremediamente a la muerte. El llanto de la joven madre partía el alma.

Un mago judío le había asegurado que si lo llevaba al templo de Jerusalén y ofrecía allí sacrificios a Jehová, su hijo sería curado. Y la infeliz madre había emprendido el largo viaje desde su palacio enclavado como un cofre de pórfido en los montes Bazán, en busca de la vida de aquel hijo único que sólo contaba diez años de edad.

Oír el lastimoso llorar de aquella mujer y acercarse al lujoso carro, fue todo un solo momento para Jhasua.

—¿Por qué lloras mujer con tan hondo desconsuelo? —le preguntó.

— ¡Mi hijo se muere!... ¿no lo veis? Ni aún a mí me reconoce ya, y veo que no alcanzaré a llegar al templo de Jerusalén para que sea curado.

—Todo el universo es templo de nuestro Dios Creador, y todo dolor llega hasta El, como le llega el tuyo en este instante.

Mientras así decía, se sentó en el lecho del niño a cuyo rostro lívido y sudoroso acercó el suyo enrojecido como por una llama viva que vibraba en todo su ser. Unió sus labios con aquellos labios incoloros, y en largos hálitos que resonaban como un soplo de viento poderoso, inyectaba vitalidad nueva en aquel pobre organismo que ya abandonaba la vida.

El cuerpecito empezó a temblar, y luego a dar fuertes sacudidas, después de las cuales la sangre afluyó de nuevo a su rostro y el niño abrió los ojos para buscar a su madre.

— ¿Ves mujer cómo aquí también es el templo de Dios que oye todos los clamores de sus hijos sin pedirles sacrificios de bestias, sino sólo la ofrenda del amor y de la fe? —preguntó Jhasua a la joven princesa arabeña que no salía de su asombro.

— ¿Quién eres tú que das la vida a los que llama la muerte? —preguntó ella espantada.

—Un hombre que ama a Dios y al prójimo. Tu hijo está curado.

La madre se abrazó de su niño, cuyo rostro cubría de besos y de lágrimas.

Jhasua bajó de la carroza para volver al lado de sus padres, pero aquella mujer le llamó ansiosamente.

—No os vayáis así —le dijo— sin poner precio a vuestro trabajo.

"¿Cuánto vale la vida de mi hijo?

—Dios sólo sabe el precio de una vida humana. La vida de tu hijo es un don suyo, si quieres agradecerlo como El desea, sigue un poco más el viaje hasta pasar Jericó y yo te enseñaré dónde puedes salvar vidas humanas como Dios salvó la de tu hijo.

— ¡Qué Alá te bendiga, pues que eres un arcángel de su cielo! contestó la mujer bajando la cortina que cerraba la carroza.

Aún alcanzó a oír Jhasua su voz cuando decía a los criados:

—Seguid a ese joven y no detengáis la marcha hasta que él os mande.

—Esperadme aquí —les dijo Jhasua—, que entro a la ciudad hasta que la caravana siga el viaje.

Los familiares de Myriam les esperaban en la balaustrada que cercaba la plaza de las caravanas.

Sus ancianos tíos Andrés y Benjamín, hermanos de su padre, con sus hijos y nietos formaban un grupo numeroso.

Aunque se habían visto algunas veces en las fiestas de Pascua en el Templo de Jerusalén, la ausencia continuaba, hacía más emotivas la escena de un encuentro nuevo entre seres de la misma sangre y del mismo pensar y sentir.

A Jhasua no le veían desde los doce años, y se asombraron grandemente ante aquel hermoso joven de alta estatura y de fina silueta, que sobrepasaba a sus padres.

Los dos ancianos tíos de Myriam, creyeron tener el derecho de apoyarse en sus brazos, y así vemos a nuestro hermoso y juvenil Jhasua en medio de ambos ancianos cuyas cabelleras y barbas blancas formaban un llamativo contraste con los cabellos dorados de aquél.

Toda esta antigua familia era esenia desde sus lejanos antepasados, y Andrés y Benjamín, hermanos de Joaquín, padre de Myriam, eran como libros vivos, en que estaba escrita la extensa crónica de las persecuciones y sufrimientos de la Fraternidad Esenia desde siglos atrás.

Tenían ambos por Jhasua un amor delirante, pues que habían seguido desde lejos sus pasos, y los Terapeutas peregrinos les tenían al corriente de su vida de niño y de joven.

Para ellos, el gran Profeta estaba bien diseñado desde los primeros años. Pero cuando ellos pasaron al grado tercero cuatro años más hacía, en el Santuario del monte Quarantana les fue avisado que el Mesías estaba en medio de la humanidad, encarnado en el hijo de Myriam su amada sobrina.

¿Qué significaría pues, para aquellos dos buenos ancianos, el verse apoyados en los brazos de Jhasua que caminaba entre ellos, hablándoles de las glorias de una ancianidad coronada de justicia, de paz y de amor?

Y tan pronto lloraban como reían, pareciéndoles un sueño aquel hermoso cuadro formado por ellos y su inseparable sobrino nieto, con su belleza física y moral extraordinarias.

—Eres un sol naciente entre dos ocasos nebulosos —decía graciosamente Benjamín, el mayor de los dos.

Mientras tanto, las primas de Myriam, eran incansables en preguntar si eran verdades los hechos que les habían referido los Terapeutas referentes a Jhasua.

La discreta Myriam, siempre corta en el hablar, sólo respondía:

—Cuando los Terapeutas hablan, ellos saben bien lo que dicen y la verdad está siempre con ellos. Mi Jhasua es grande ante Dios, ya lo sé; pero como yo soy débil y mi corazón es de carne, padezco por él. Soy su madre y estoy siempre temerosa de que su misma grandeza le traiga notoriedad. Mientras le tengo escondido de las gentes, le veo más seguro. El día que salga al mundo ¿qué hará el mundo con él?

"Casi todos nuestros grandes Profetas fueron sacrificados. ¿Lo será él también?"

— ¡Debido a eso —dijo una de las primas de Myriam— nos aconsejaron los Terapeutas no hacer comentario alguno referente al Mesías encarnado en tu hijo! Queda esto muy cerca a Jerusalén —dijeron— y el sacerdocio del templo está vigilante y alerta.

Jhasua no perdía su tiempo a donde quiera que llegaba, y aprovechó las breves horas de estadía en la ciudad de las flores, oasis de la árida Judea, para averiguar quiénes padecían en ella.

—Los enfermos incurables —le contestaba alguno de los ancianos tíos— fueron llevados a las grutas del monte de los Olivos, y aquí sólo hay un refugio de ancianos desvalidos que sostenemos entre todos los Esenios de la ciudad, que somos una gran mayoría.

—Parece que tenemos la bendición del Señor —añadía el otro anciano, porque en la aldea de Bethania hay un florecimiento de abundancia en los huertos y cabañas, que de allí solamente podrían alimentarse bien las grutas y refugios de estas montañas.

—El amor a Dios y al prójimo —dijo Jhasua— es la más pura oración que puede elevar el alma hasta los cielos infinitos, para atraer el bien en todos sus aspectos y formas.

—Así lo dice la ley de Moisés —añadió uno de los viejos tíos— la cual resume todos sus mandatos en "amar a Dios y al prójimo como a sí mismo".

—Lo cual no es tan fácil como parece —añadió el otro—. ¿Verdad Jhasua?

— ¡Y tanta verdad tío Andrés!

"La humanidad en general, hace como el niño que antes de repartir entre amiguitos una cestilla de melocotones, mira bien cuál es el mejor, que dejará para sí mismo. Por eso la prescripción esenia dice: *"Da al que no tiene, de lo que tienes sobre tu mesa"*.

—Y por eso —añadió el tío Benjamín—, los Esenios de Jericó hemos formado una pequeña congregación que se llama *"Pan de Elías"*, nombre que no puede causar alarma ninguna ni a las autoridades romanas, ni sacerdotales de Jerusalén. Significa y alude a la forma en que la piadosa viuda de Sarepta socorría al Profeta Elías, fugitivo y perseguido por el rey Achab. Según la historia, hacía dos grandes panes cada día y llenaba dos cestillas de frutas y dos tazones de manteca, tal como si hubiese dos personas en la casa. Una porción era de Elías y la otra para sí; jamás hizo diferencia alguna entre el donativo- y lo suyo, y si alguna ventaja hubo, fue en favor de su protegido.

— ¡Comprendo!... —dijo Jhasua— y en vuestra congregación de misericordia, hacéis como la viuda de Sarepta, y llamáis a vuestra discreta piedad "Pan de Elías". ¿Hace mucho que hacéis esto?

—Cuando la persecución a los niños bethlemitas —le contestaron.

"Fueron tantos los refugiados en toda la extensión del monte de los Olivos, que fue necesario hacer mayor distribución de alimentos. Las grutas aparecían como hormigueros de madres con niños. Y hasta en las grutas sepulcrales se escondían huyendo de la cuchilla de Herodes.

—Eras tú .Jhasua, la víctima que buscaba el rey.

—La ignorancia da cabida en los hombres a todos los fanatismos, y la ambición los lleva a todas las crueldades y crímenes —dijo Jhasua.

"Figuraos el mundo sin Ignorancia y sin ambición. Sería un huerto de paz lleno de flores, frutas y pájaros. Un ensueño primaveral. Un reflejo de los cielos de Dios donde aman y cantan los que triunfaron de la ignorancia y de la ambición..."

"¿Tenéis aquí, muchas Sinagogas? —preguntó de pronto.

—Tenemos una, puesta y sostenida por el templo de Jerusalén, que es la menos concurrida. Hay otras diez más, particulares, sostenidas por vecinos pudientes. La que tiene mejores concurrentes es la de Gamaliel el viejo. La dirige él mismo, y concurre dos sábados por mes, lo más sano y puro del doctorado de Jerusalén.

—Nada sabía de eso —dijo Jhasua.

—Son Esenios, hijo mío y hablan muy poco por las calles. ¡Pero hay que oírlos entre los muros de la sinagoga! Hay dos doctores jóvenes todavía que concurren desde hace poco tiempo, y que son como una luz en las tinieblas. Al uno lo llaman José y al otro Nicodemus. Son inseparables. Saben que está el Mesías entre nosotros y sus palabras son como una llama viva. A veces vienen también con ellos otros nombrados Rubén, Nicolás y Gamaliel el joven.

—Nosotros no faltamos de allí ningún sábado —añadió el tío Andrés— porque se está comentando el Génesis de Moisés, y estos doctores jóvenes han comenzado a echar luz sobre todas las obscuridades con que los siglos o la malicia humana, han desfigurado los grandes libros que tenemos como única orientación.

Jhasua escuchaba en silencio y comprendía que sus amigos de Jerusalén no perdían el tiempo, y que iban desgranando lenta y discretamente el magnífico collar de diamantas que habían extraído del viejo archivo de Ribla.

Comprendió asimismo, que estos dos ancianos eran, entre la turbamulta, de lo más adelantado que encontrara en su camino.

— ¿Queréis asociaros a un pequeña obra mía? —les preguntó.

—Con toda el alma, hijo mío —contestaron ambos a la vez.

Jhasua les refirió la llegada de la princesa arabeña con su niño moribundo y ya curado. Se encontraba ella en su carroza como sabe el lector.

—Pensaba conducirla hasta las grutas de los refugiados para que ella misma les ofreciera sus dones; pero puesto que estáis tan bien organizados para el sostenimiento de los pobres enfermos, os propongo entrar en relación con ella, instruirla en la verdadera doctrina de sabiduría divina, y orientarla para el bien y la justicia. He comprendido que es un alma ya preparada para la verdad y el bien.

—Es un honor, hijo mío, colaborar contigo en tus obras de apóstol.

Vamos a verla —dijo el tío Andrés.

Poco antes de la salida de la caravana se encaminaron todos hacia la plaza, donde la gran carroza de la arabeña era lo primero que se veía entre el movimiento de los viajeros y vendedores ambulantes. Jhasua se adelantó.

El rostro de aquella mujer pareció iluminarse de dicha al ver de nuevo a Jhasua.

—Como los arcángeles de Jehová aparecen y desaparecen —dijo—, creí que no os vería más. Este es el Profeta que te curó, hijo mío —dijo al niño que sentado en el lecho se divertía haciendo dibujos de los animales más comunes de su país.

— ¿Cómo te llamas para recordarte siempre? —preguntó.

—Mi nombre es Jhasua —le contestó en árabe—. ¿Y tú?

—Ibraín, para servirte Profeta —le contestó el niño. Mataste a la fiebre que quería matarme a mí. ¡Eres muy valiente! En mi tierra dan un premio al que mata a las panteras y las víboras "cobra" que traen la muerte.

"Y yo quiero darte mi mejor libro de dibujos; es éste con cubierta de piel de *cobra*, ¿lo ves? En mi libro, los animales hablan y dicen cosas mejores de las que hablan los hombres a veces.

Jhasua y la madre sonreían del afán de hablar del niño que no paraba en su charla.

Al joven Maestro le bastó un instante para comprender la viva inteligencia de aquella criatura y sus buenos sentimientos.

Hojeando el álbum de dibujos se veían tigres y panteras, lobos y víboras *cobras* amarradas al tronco de un árbol para que los corderinos bebieran tranquilos en un remanso; unos buitres descomunales colgados de las patas, para que no hicieran daño a las tórtolas que tomaban sol al borde de la fuente, y todo por el estilo.

—Eres amante de la justicia —le decía Jhasua— y ¡qué bien la haces, con los malos y con los buenos! Y ¿qué te parece si perdonamos al tigre, al lobo y pantera, les soltamos de nuevo y les recomendamos que no hagan a los otros animales lo que no quieren que les hagan a ellos?

— ¡No, no, no Profeta!..., ¡por favor!... en menos tiempo que se abre y se cierra un ojo, me comerían todas las palomas y corderitos...

"Con los malos hay que ser malo. Mi abuelo los encierra en una fortaleza y de allí no salen más. Son hombres como los tigres, los lobos y las panteras. ¡Hacen daño siempre!

Mientras el niño hablaba, Jhasua había diseñado en una página, un sol naciente detrás de las cumbres de una montaña. En el valle un remanso.

—Mira Ibraín: dibuja alrededor de este remanso, lobos, corderos, tigres y gacelas bebiendo todos tranquilamente.

— ¡imposible Profeta... imposible! ¿Crees que el lobo no se comerá al cordero, y el tigre a las gacelas? A no ser que tú hagas con ellos como has hecho con la fiebre que me mataba...

— ¡Justamente Ibraín!... así quería verte razonar. Este sol que aparece sobre la montaña, es el amor coronando como una diadema la vida de los hombres y triunfando de todas sus maldades. Entonces no habrá lobos ni panteras, ni víboras cobra, sino que todos serán corderitos, gacelas y palomas. ¿No es esto mucho más hermoso, Ibraín?... ¡así será un día la tierra!

El niño lo miró espantado y le tomó las manos.

— ¡Tú deliras Profeta!... ¡Mi fiebre mala se entró en tu cuerpo y vas a morir!... ¡Yo no quiero que te mueras!... y el niño se abrazó a Jhasua con los ojos llenos: de lágrimas. El joven Maestro enternecido hondamente, abrazó también al niño y puso un largo beso en su frente. La madre lloraba en silencio.

—No temas, Ibraín, no tengo fiebre.

— ¿Por qué deliras entonces?...

—Eres pequeñito aún y no puedes comprender, pero me comprenderás más tarde. Mi delirio será realidad algún día... muy lejano quizá, pero llegará.

"Aquí llega mi familia —dijo Jhasua interrumpiendo su diálogo con el niño. Son mis tíos Andrés y Benjamín, que os guiarán para que hagáis con los pobres y enfermos como Jehová lo hizo con vosotros.

—Yo quiero vivir —dijo la princesa, cuyo nombre era Zaida—, yo quiero vivir en tu tierra, Profeta, y en este sitio donde recobré la vida de mi hijo. ¿No puedo hacerlo acaso? ¿Vuestra religión me rechazaría?

—No, de ninguna manera. Haced vuestra voluntad, y mis tíos os servirán de guías hasta que os orientéis en este país.

—Aquella mujer debe ser vuestra madre —si es que la tenéis en la tierra y no habéis bajado de los cielos de Alá —decía Zaida mirando a Myriam que hablaba con sus primas.

—Sí, es mi madre —contestó Jhasua.

La árabe no esperó más y bajando por la plataforma en declive que desde la carroza llegaba hasta la tierra, corrió hacia Myriam a la cual tomó las manos y las besó con delirio mientras le decía:

—Tu hijo es un Profeta de Alá que ha curado a mi hijo consumido por la fiebre. Eres una madre dichosa, porque trajiste al mundo un Profeta que vence el dolor y a la muerte...

En ese momento bajaba de la carroza Jhasua con el niño de la mano. Su aspecto débil y enflaquecido, declaraba muy alto que acababa de pasar una grave enfermedad.

—Nuestro Dios-Amor le ha salvado la vida, y la madre quiere vivir en Jericó y compensar con donativos a los necesitados, el bien que ella ha recibido.

Myriam y sus primas abrieron el corazón para la extranjera que tan agradecida se mostraba a los beneficios de Dios.

—Seremos vuestras hermanas —le decían— y contad que estáis como en vuestro país.

—Mi hijo y yo seguiremos viaje al sur —díjole Myriam— pero si os quedáis entre mis familiares, nos volveremos a ver cada vez que pasemos por Jericó.

Joseph con los dos ancianos tíos, conversaban aparte.

Temían un desacuerdo con el rey de Arabia, padre de Zaida, y trataron de aclarar ese punto.

La arabeña que hablaba por intermedio de su intérprete, uno de sus criados, les dijo que su padre tenía muchas esposas, y que sus hijos e hijas se contaban por docenas; que él les dejaba libertad para vivir donde quisieran, más en un país limítrofe con el cual mantenía buenas relaciones.

Eliminado este temor, los ancianos Andrés y Benjamín se encargaron de hospedar a Zaida hasta que ella adquiriese su propia vivienda.

—Ha de ser —dijo ella— en el sitio en que me fue devuelto mi hijo.

—Junto a la plaza de las caravanas, hay una antigua casona en venta con un hermoso huerto —dijo uno de los ancianos. Estoy encargado de ella por sus dueños que se han establecido en Tiro. ¿Vuestro marido estará de acuerdo con vuestras resoluciones? —preguntó el anciano.

—No tengo marido —contestó Zaida. Se enemistó con mi padre y huyó a tierras lejanas para conservar la vida. Hace seis años de esto y no le he visto más. Pero no creáis que vivo sola. Si me quedo aquí, mi madre vendrá conmigo y todos mis criados.

—Bien mujer, que nuestro país te sea propicio —añadió el anciano. Haremos por ti cuanto podamos.

Mientras tanto el niño no podía separarse de Jhasua, con el cual hablaba siempre de lo imposible que era la unión de los tigres de sus dibujos, con las palomas y los corderos.

—A mi regreso —decíale el joven Maestro y en muchas veces que nos veremos, hemos de llegar a un acuerdo sobre ese punto.

Llegó la hora de la partida y la caravana salió de Jericó, dejando en el alma de la arabeña y de su hijo grabada para siempre la imagen del joven Profeta, que al devolverle la vida al niño había anudado con ambos un lazo de amor que no se rompería jamás. A este amor se debió acaso que el rey Hareth, guerrero y conquistador, respetase el país amigo donde encontró la vida su nieto, y protegiera más tarde el Santuario-escuela de monte Horeb y del Sinaí, donde vivía Melchor y sus numerosos discípulos.

El amor silencioso de Jhasua, extendía sus velos mágicos de luz, allí donde encontraba una lamparilla para encender entre las tinieblas heladas de la humanidad.

El Hijo de Dios a sus veinte años entraba en Jerusalén sin que ésta se apercibiera de que aquel por quien había suspirado tantos siglos, estaba dentro de sus muros y respiraba su aire cargado de aroma de mirra, y olores de carnes de sacrificio quemadas en el altar.

Fue un día de gloria para Lía la parienta viuda, que ya les esperaba en su vieja jasa solitaria. Jhasua dejó allí a sus padres y quiso visitar el templo, que no siendo época de fiestas, debió hallarse lleno de silencio y soledad. Así quería verle. Así quería encontrarse, sólo bajo aquella techumbre ensombrecida de humo, entre aquellas columnatas, arcadas y pórticos, llenos de rumores, de ecos, donde un vientecillo imperceptible agitaba la llama de los cirios, y ondulaba el gran velo que interceptaba la entrada al *Santa Sanctorum*.

Un anciano sacerdote quemaba esencias en el altar de los holocaustos, y a lo lejos sonaba un laúd.

Era el caer de la tarde, y la vieja ciudad empezaba a dormirse en la quietud profunda, del anochecer en la Judea y en pleno invierno. Subió las gradas del recinto en que se deliberaban todos los asuntos religiosos y civiles, y se sentó en uno de los estrados.

Una indefinible angustia se apoderó de él... No había allí su ambiente, su bóveda psíquica, mil veces más hermosa y radiante que aquella techumbre de oro y jaspe, que parecía aplastarle el alma como una montaña de granito.

Su gran sensibilidad percibió vibraciones de terror, de espanto, de desesperada agonía. Un penoso hálito de muerte soplaba de todos lados, como un sutil veneno que le penetraba hasta la médula.

— ¡Es este un recinto de matanza y de tortura! —exclamó desesperado... ¿Cómo ha de encontrarse aquí la suavidad divina del Padre-Amor, de mis sueños? . . .

Vio un libro abierto sobre el atril, donde el sacerdote de turno debió leer en la última reunión. Era el Deuteronomio, o libro de los secretos, atribuido a Moisés.

Estaba abierto en el capítulo XVII, en cuyos versículos 3-4 y 5, manda matar a pedradas a todo hebreo, hombre o mujer que hubiese demostrado veneración a los astros que brillen en el cielo.

Y subrayando con su punzón aquellas palabras, puso una llamada al margen con este interrogante:

"¿Cuál es el Moisés iluminado de Jehová; el que escribió en tablas de piedra "no matarás" o el que manda matar?"

Un ventanal se abrió con estrépito, y agitando el gran velo del templo, fue a rozar la llama de los cirios que ardían perennemente ante el tabernáculo con el Arca de la Alianza.

Jhasua no alcanzó a ver este principio de incendio porque salió precipitadamente a la calle, como si horrendos fantasmas de muerte y sangre le persiguieran.

Dos ancianos que oraban en la penumbra de un rincón apartado, comenzaron a dar gritos.

"— ¡El velo arde, el templo se quema!... Un hermoso doncel de túnica blanca estaba aquí y debió salir por el ventanal que se abrió con gran ruido..."

"— Pecados horrendos debe haber en el templo, cuando un ángel de Jehová ha encendido este fuego demoledor".

Un ejército de Levitas invadió el recinto y descolgaron rápidamente el velo, que aplastado en el pavimento bajo sacos de arena mojada, el fuego se extinguió con facilidad.

Nadie logró descifrar aquel enigma. Para los sacerdotes de turno, era evidente que *alguien* estuvo en el recinto de las asambleas, puesto que en el libro abierto en el atril, habían escrito la misteriosa y terrible pregunta en que tan mal parada quedaba la ley dada por Moisés. Los fariseos y gentes devotas hicieron un ayuno de siete días, para aplacar la cólera de Jehová por los pecados de los sacerdotes, causa sin duda de aquel desventurado accidente.

Un descanso de dos días en Jerusalén permitió a Jhasua entrevistarse con sus amigos Nicodemus, José, Nicolás y Gamaliel, que eran los dirigentes de la escuela de Divina Sabiduría ya conocida por el lector.

Rubén, esposo de Verónica., la tercera hija de Lia y Marcos, el discípulo de Filón de Alejandría, se habían unido íntimamente a aquellos cuatro desde que trajeron las copias del archivo de Ribla. Eran sólo diez, los afiliados a esta agrupación de buscadores de la Verdad Eterna.

Comprendieron que la pasada borrasca tuvo por causa la indiscreción de algunos, que sin estar por completo despiertos a la responsabilidad que asumían: al afiliarse, no pudieron resistir la hora de la prueba.

También los dirigentes se culparon a sí mismos, de inexperiencia en la recepción de adeptos, que en esta clase de estudios, nada significa el número sino la capacidad intelectual y moral.

Los diez que quedaron después de la persecución sufrida, fueron José de Arimathea, Nicodemus y Andrés de Nicópolis, Rubén de Engedí y Nathaniel de Hebrón, Nicolás de Damasco, Gamaliel (sobrino), José Aar Saba, Santiago Aberroes y Marcos de Bethel.

Todos ellos de ciudades vecinas a Jerusalén, pero radicados en la vieja ciudad de los Reyes, tenían la creencia que de ella debía surgir la luz de la Verdad Divina para todo el mundo. Eran asimismo, hombres de estudio que estaban al tanto de las doctrinas de Sócrates y Platón sobre Dios y el alma humana, y que mantenían correspondencia con la escuela alejandrina de Filón, y con las escuelas de Tarsis, de donde surgió el apóstol Pablo años más adelante.

A esta creencia suya se debe, el que se empeñaran en mantener allí su escuela de Divina Sabiduría, y arrostraran los riesgos en que debía tenerles necesariamente la vetusta capital, donde imperaba el clero más duro e intransigente que han conocido aquellas edades.

Llamaron a sus reuniones "*Kabal*", palabra hebrea que significa *convocación*. Nuestro Jhasua concurrió al Kabal dos veces antes de pasar a Bethlehem, punto terminal de su viaja.

Uno de los diez ya nombrados mantenía vinculaciones con los grupos de descontentos, que desde los tiempos de las antiguas sublevaciones habían quedado medio ocultos, por temor a las sangrientas represalias del clero aliado con los Herodes. Era José Aar-Saba, hombre de clara

visión del futuro de los pueblos y que aborrecía todo lo que fuera encadenar el pensamiento humano y la libertad de conciencia. Debido a esto, le llamaban *el justo*, y gozaba de gran prestigio entre las masas de pueblo más despreciadas.

Como por una secreta intuición, comprendió, al conocer personalmente a Jhasua, que sería el hombre capacitado para llevar al pueblo a conseguir el máximum de sus derechos, y le habló sobre el tema.

—Bien puesto es que llevas el nombre de *justo* —le contestó el joven Maestro— pues veo que tienes el alma herida por las injusticias sociales. Soy demasiado joven para tener la experiencia que es necesaria en esta clase de asuntos, pero te diré lo que pienso sobre el particular.

"Me parece que hay que comenzar por preparar a las masas para reclamar sus derechos con éxito, esto es, instruirlos en la verdadera doctrina del bien y de la justicia.

"El hombre, para ocupar su lugar en el concierto de la vida universal, debe saber en primer lugar *quién es, de dónde ha venido y hacia dónde va*. Debe saber su origen y su destino, lo cual lo llevará a comprender claramente la ley de solidaridad, o sea le necesidad absoluta de unión y armonía entre todos, para conquistar juntos esa estrella mágica que todos anhelamos: 1.a felicidad.

"Esta es la obra que hace en silencio la Fraternidad Esenia, por medio de sus Terapeutas peregrinos que van de casa en casa curando los cuerpos enfermos y las almas afiebradas o decaídas.

"Me figuro, José Aar-Saba, que te debates en medio de innumerables almas consumidas por esta fiebre, o abatidas por el desaliento. Bebes el agua clara y el pan blanco de la Verdad Eterna, constituyéndote en maestro suyo, y harás la obra más grande que puede hacer una inteligencia encarnada sobre la tierra: iluminar el pasaje de las multitudes, para que encuentren su verdadero camino y marchen por él.

"¿Quieres que te dé la clave?

— ¡Eso es lo que quiero, Maestro! —le contestó José con vehemencia.

— ¿Tienen punto de reunión? —volvió a preguntar el Maestro.

—Como los búhos, en las antiguas tumbas que nadie visita, pero más frecuentemente en el sepulcro de David, a poco andar desde la puerta de Sión.

"Han descubierto la entrada a las galerías subterráneas, y allí es el refugio de los perseguidos.

—Quiero ir contigo hoy mismo, pues mañana sigo viaje a Bethlehem.

—Y conmigo —dijo José de Arimathea—. Ya sabes Jhasua mis promesas a tus padres. No puedo faltar a ellas.

—Y las mías —añadió Nicodemus—. Soy también de la partida.

—Bien, somos cuatro —contestó Jhasua—, y entre cuatro veremos más que entre dos.

Al atardecer de ese día y cuando ya comenzaba la quietud en la vetusta ciudad, salieron los cuatro amigos en dirección a la tumba de David, que era un enorme acumulamiento de bloques de piedra sin arte alguno, y ya cubierto de musgo y de hiedra.

Quien lo hizo, no debió tener otra idea fija, que la de construir un sepulcro inmensamente grande y fuerte, capaz de contener toda una dinastía de muertos de la estirpe davídica. Sólo había en la bóveda principal ocho o diez sarcófagos, visibles sólo por una mirilla practicada en la loza que cerraba la entrada a esa cámara. La sala de los embalsamamientos estaba vacía, y las galerías contiguas también. Los candelabros y las lamparillas de aceite, listas para encender, denotaban bien a las claras que aquel enorme panteón, daba entrada más a vivos que a muertos.

Pero esto, a nadie podía extrañar, pues había viudas piadosas que tenían como una devoción la costumbre de alumbrar las tumbas de personajes, cuyo recuerdo permanecía vivo en el pueblo.

Eran además tiempos demasiado agitados y difíciles, para que las autoridades romanas o judías se preocupasen de un antiguo panteón sepulcral, máxime cuando Herodes el ambicioso idumeo, prohibió con severas penas que se reconstruyesen tumbas de los reyes de Israel, hasta tanto que él mandara construir un soberbio panteón de estilo griego para su propia sepultura, a donde serían trasladados los sarcófagos reales.

A pocos pasos de la inmensa mole de rocas y hiedra, les salió al encuentro una ancianita con una cestilla de flores y pequeñas bolsitas blancas con incienso, mirra y áloe. Se acercó a José Aar-Saba que conocía, y haciendo como que le vendía, le dijo:

—No pude avisar a todos, pero hay más de un ciento esperando.

José tomó algunas bolsitas y ramilletes a cambio de unas monedas, y luego de observar que nadie andaba por aquel árido y polvoriento camino, se hundió seguido por sus amigos, entre los pesados cortinajes de hiedra que cubrían por completo la tumba.

La puertecita de la galería subterránea se cerró detrás de ellos. Un hombre joven, de franca y noble fisonomía, era quien hizo de portero, y Jhasua observó que aquel rostro no le era desconocido, mas no pudo recordar al pronto, dónde podía haberle visto.

Tanto él como sus tres compañeros, iban cubiertos con los mantos color de nogal seco que usaban los Terapeutas peregrinos.

En la sala de los embalsamamientos encontraron una multitud de hombres ancianos y jóvenes, sentados en los estrados de piedra, y hasta en los bordes del acueducto seco que atravesaba el recinto funerario.

Una lámpara de aceite y algunos cirios de cera, alumbraban a medias aquella vasta sala de techumbre abovedada, porque las luceras abiertas en lo alto de los muros estaban completamente cubiertas de hiedra y musgos.

La sensibilidad extrema de Jhasua percibió de inmediato como un hálito de pavor, de espanto, de suprema angustia bajo aquellas bóvedas sepulcrales, donde las sombras indecisas y animadas por el rutilar de la llama de los cirios, hacía aparecer un doble de sombra a todos los cuerpos vivos e inertes.

Los grandes cántaros y ánforas que en otros tiempos habrían contenido vino de palmera y los aceites aromáticos; los cubiletes donde se depositaban los utensilios para el lavado de los cadáveres, hasta ser esterilizados debidamente para el embalsamamiento; los caballetes en que se colocaban las tablas cubiertas de blanco lino para las envolturas de estilo, en fin, cuanto objeto allí había, proyectaba una sombra temblorosa sobre el blanco pavimento, dándoles aspecto de vida en aquel antro de silencio y de muerte.

De pie Jhasua en medio de la sala, con su oscuro manto caído ya de sus hombros, y sólo sujeto en su brazo derecho dejando ver la blanca túnica de los maestros Esenios, aparecía como el personaje central de un cuadro de oscuras penumbras, con sólo aquella claridad que atraía todas las miradas.

Su alta y fina silueta, su extremada juventud, la perfección de líneas de aquella cabeza de arcángel y la inteligencia que fluía de su mirada, causaron tal asombro en aquella ansiosa multitud de perseguidos, que se hizo un silencio profundo.

José Aar-Saba, lo interrumpió con estas palabras:

—He cumplido mi palabra amigos míos, como debe cumplirla todo hombre sincero que lucha por un ideal de justicia y de libertad. Aquí tenéis al hombre de que os había hablado. Sé que os asombra su extremada juventud, sinónimo de inexperiencia en las luchas de la vida.

"Estamos reunidos en la tumba de David, vencedor de Goliath cuando apenas había salido de la adolescencia, y coronado rey mientras apacentaba los corderillos de su majada. Esta coincidencia no buscada, puede ser una promesa para nuestro pueblo vejado y perseguido por usurpadores y negociantes; vestidos de púrpuras sacerdotales o de púrpuras reales.

"Vosotros decidiréis.

El hombre que les abrió la entrada, se destacó de en medio de aquella silenciosa multitud y acercándose a Jhasua rodeado por sus tres amigos, le observó por unos momentos.

—Estos dos son doctores de Israel —dijo aludiendo a José de Arimathea y a Nicodemus— he oído hablar en el templo y en las sinagogas más notables de la ciudad.

"A este maestro-niño, no le he visto nunca, pero el mirar de esos ojos no miente, porque todo él está diciendo la verdad.

— ¡Viva Samuel Profeta, que dio rey a Israel!

— ¡Que viva y salve a su pueblo!

Fue un grito unánime cuyo eco corrió en prolongado sonido por la sala y galerías contiguas.

Mientras tanto, Jhasua observaba en silencio todas aquellas fisonomías, espejo, para él, de las almas que las animaban.

—No os hagáis ilusiones respecto a mi persona, amigos míos —dijo por fin—. He venido hacia vosotros porque sé que padecéis persecuciones a causa de vuestras ansias de justicia, de libertad y de paz, esa hermosa trilogía, reflejo de la Inteligencia Suprema que gobierna los mundos.

"Mas no creáis que me impulse ambición alguna de ser dirigente de multitudes que reclaman sus derechos ante los poderes civiles, usurpados o no. Soy simplemente un hombre que ama a sus semejantes, porque reconoce en todos ellos a hermanos nacidos de un mismo origen y que caminan hacia un mismo destino: Dios-Amor, justicia, paz y libertad por encima de todas las cosas.

"Las mismas ansias de liberación y de luz que os hace exponer vuestras vidas a cada instante, vive y palpita en mi ser con una fuerza que acaso no sospecháis, no obstante yo vivo en tranquilidad y paz, buscando el bien que anhelo por otro camino que vosotros.

"Vosotros veis vuestro mal, vuestra desgracia, vuestros sufrimientos, surgiendo como animalejos dañinos de un soberano que usurpó el trono de Israel, y su horrible latrocinio quedó en herencia a sus descendientes ; los veis en el poderío romano, cuyas ansias de conquista le atrajo hacia estas tierras, como a la mayoría de los países que forman la civilización actual. Pero vuestro verdadero mal no está en todo eso, según el prisma por el cual yo contemplo la situación de los pueblos, sino en el atraso intelectual y moral en que los pueblos viven, preocupados solamente de acrecentar sus bienes materiales, y dar así a su cuerpo de carne, la vida más cómoda y halagüeña que puede imaginarse.

"Son muy pocos los que llegan a pensar, en que el principio inteligente que anima los cuerpos, tiene también sus derechos a la verdad y a la luz, y nadie se los da, antes al contrario, se busca el modo de que no los conquiste jamás.

"¿No habéis pensado nunca en que la ignorancia es la madre de toda esclavitud? Pensadlo ahora, y poned todo vuestro esfuerzo en luchar contra la ignorancia en que vive la mayoría de la humanidad, y habréis puesto al hombre en el camino de conseguir los derechos que con justicia reclama. Bien veis que, todas las rebeliones, los clamores, los tumultos, no han hecho más que aumentar la nómina de vuestros compañeros sacrificados al hacha de los poderosos, sin que hayáis conseguido dar un paso hacia la justicia y la libertad.

"Ni en las sinagogas, ni en el templo, se pone sobre la mesa el pan blanco de la Verdad Divina. Debe cada cual buscarlo por sí mismo y ponerlo en su propia mesa, al calor santo del hogar, de la familia, como el maná celestial caído en el desierto y que cada cual recogía para sí.

"¿Cuántos sois vosotros?

— ¡Ciento treinta y dos!... —se oyeron varias voces.

—Bien; son ciento treinta y dos hogares hebreos o no hebreos, que comerán el pan de la Verdad y beberán el agua del Conocimiento Divino que forma los hombres fuertes, justos y

libres, con la santa libertad del Dios Creador que los hizo a todos iguales, llevando en sí mismos, los poderes necesarios para cumplir su cometido en la tierra.

"¿De qué, y por qué viven los tiranos, los déspotas, los opresores de los pueblos? De la ambición de unos pocos, y de la ignorancia de todos.

"Demos al hombre de la actualidad, la lámpara de la Verdad Eterna encendida por el Creador para todas las almas, y haremos imposibles las tiranías, los despotismos, abortos nefandos de las fuerzas del mal, predominante por la ignorancia de las multitudes.

— ¡Pero decid Maestro!... ¿quién nos sacará de la ignorancia, si en el templo y en las sinagogas se esconde la verdad? —preguntó la voz del hombre que les abrió la puerta al entrar.

—Yo soy un portavoz de la Verdad Eterna —contestó Jhasua—, y como yo, están aquí estos amigos que lo son también y al lado de ellos, otros muchos.

"¿Os reunís en el panteón sepulcral del rey David para desahogaros mutuamente de vuestros anhelos, rotos en pedazos por la prepotencia de los dominadores? Continúad reunidos para encender la lámpara de la Divina Sabiduría, y prepararos así a las grandes conquistas de la justicia y de la libertad.

Un aplauso unánime indicó a Jhasua que las almas habían despertado de su letargo.

— ¿Quién sois?... ¿quién sois? —gritaban en todos los tonos.

—Me llamo Jhasua, soy hijo de un artesano; estudié la Divina Sabiduría desde niño; soy feliz por mis conquistas en el sendero de la verdad, y por eso os invito a recorrerlo, en la seguridad de que os llevará a la paz, a la justicia y a la libertad.

De todo esto resultó que formaron allí mismo una alianza que se llamó "Justicia y Libertad" bajo la dirección de un triunvirato formado por José Aar-Saba, José de Arimathea y Al-Jacub de Filadelfia, el portero que abrió la galería secreta del sepulcro de David.

Este hizo un aparte con Jhasua.

—Habéis hablado como un iluminado —dijo— y habéis mencionado que representamos ciento treinta y dos hogares; pero es el caso que la mayoría de nosotros no tiene *un hogar*.

— ¿Quién os impide tenerlo? —preguntó Jhasua.

—La injusticia de los poderosos. Yo soy yerno del rey de Arabia, casado con una de sus numerosas hijas... tengo un hijito que ahora debe tener diez años...

La voz del relator pareció temblar de emoción y sus ojos se humedecieron de llanto.

— ¡Nada sé de él! —continuó— porque la prepotencia de mi suegro quiso poner cadenas hasta en mi libertad de pensar. Aunque nací hijo de padres árabes, mis ideas no tienen raza ni suelo natal, porque son hijas de mí mismo, y no podía aceptar imposiciones arbitrarias dentro de mi mundo interno.

"Para salvar la vida, me vi obligado a huir donde la familia de mi esposa no supiera jamás de mí.

Ante esta confidencia, en la mente lúcida de Jhasua se reflejó el niño Ibraín, hijo de la princesa árabe Zaida, que él curó en Jericó de la fiebre infecciosa que lo consumía.

— ¿Tu esposa se llama Zaida y tu hijo Ibraín? —le preguntó.

— ¡Justamente!... ¿cómo lo sabéis? ¿Les conocéis acaso?

El joven Maestro le refirió cuanto había ocurrido en Jericó.

Aquel hombre no pudo contenerse y abrazó a Jhasua como si un torrente de ternura largo tiempo contenido, se desbordara de pronto.

— ¡Gracias, gracias!... Profeta, ¡qué Dios te bendiga!

—Creo que el hogar tuyo, puedo ayudarte a reconstruirlo —le dijo Jhasua conmovido profundamente.

"Vete a Jericó a casa de mis tíos Andrés y Benjamín apellidados *del olivar*, debido al cultivo del olivar que poseen y del cual viven. Encargada a ellos quedó tu esposa y tu hijo, hasta que se arregle su propia morada.

"Di a mis hijos *"que te manda Jhasua su sobrino"*, al que has encontrado en Jerusalén. Guarda silencio sobre cuanto ha ocurrido aquí en la tumba de David.

En pos de Al-Jacub de Filadelfia, fueron acercándose muchos otros de los allí congregados, y Jhasua vio con inmenso dolor que la mayoría de ellos habían sido víctimas en una forma o en otra de las arbitrariedades, atropellos e injusticias de los dirigentes de pueblo.

Los unos víctimas de los esbirros o cortesanos de Herodes el idumeo, o de sus hijos, herederos de todos los vicios del padre. Los otros habían sido atropellados en sus derechos de hombres, por el alto clero de Jerusalén, o por hombres poderosos de la numerosa secta de fariseos. Otros se veían perseguidos por las fuerzas dependientes del procurador romano, representante del César en la Palestina. Algunos habían cometido asesinatos impensados, en defensa de la propia vida, cuando sus familias y sus posiciones fueron asaltadas como rebaño por lobos hambrientos.

Uno de aquellos hombres, llamado Judas de Kerieth se acercó también. Era de los más jóvenes, y refirió a Jhasua cómo sus dos únicas hermanas le fueron sacrificadas a la lascivia de un legionario. Su padre murió por las heridas recibidas en defensa de sus hijas. Su madre falleció pocos días después a consecuencia del horrible suceso. Estaba él solo en el mundo.

Jhasua, herido en su sensibilidad, en sus sentimientos más íntimos de hombre justo y noble, se dejó caer sin fuerzas sobre un estrado y cerró los ojos como para aislarse de aquellas visiones de espanto, y a la vez recobrar las energías perdidas en aquel desfile de horrores sufridos por corazones humanos, por criaturas de Dios, despedazados y deshechos por otros seres humanos... ¡también criaturas de Dios!

Este Judas de Kerieth, cuyo relato colmó la medida de la angustia que el corazón de Jhasua podía soportar, fue años más tarde el apóstol Judas, cuyo defecto dominante, los celos, le llevaron a señalar a los esbirros del pontífice Caifás el refugio de su Maestro en el huerto de Gethsemani. Quizá la innoble acción de Judas llamado *el traidor* tuvo su origen en el horrible drama de su juventud, que le despojó de todos los afectos legítimos que puede tener un hombre, como alimento y estímulo de su vida interior. Su carácter agriado se tornó receloso y desconfiado; se enamoró apasionadamente de Jhasua y no le sufrió el corazón, ver su gran predilección por Juan, el discípulo adolescente...

Comprendo lectores amigos, que he anticipado acontecimientos, debido a mi deseo de haceros comprender hasta qué punto las injusticias de los poderosos, llevan el desquicio a las almas débiles, incapaces de soportar con altura la vejación de sus derechos de hombres.

Destruyen los cuerpos y las vidas, dejando las almas atrofiadas, enloquecidas, enfermas, y predisuestas para los más dolorosos extravíos morales...

Los amigos íntimos de Jhasua le rodearon al verle así pálido y agotado. Fue sólo un momento. La reacción vino de inmediato en aquella hermosa naturaleza, dócil siempre al gran espíritu que al animaba.

Se levantó de nuevo y con una voz clara y dulce dijo con gran firmeza:

—Amigos, os doy a todos un gran abrazo de hermano, porque siento en mi propio corazón todos vuestros dolores. Mas, no busquéis en la violencia la satisfacción de vuestros anhelos, porque sería colocaros al mismo nivel de aquellos, contra cuyas injusticias lucháis.

"Hacedos superiores a los adversarios por la grandeza moral, que se conquista acercándose el hombre al Dios-Amor que le dio vida, y cuanto bello y bueno tiene la vida.

"Volveré a encontraros en este mismo lugar, y no me apartaré de vosotros, mientras vosotros queráis permanecer a mi lado.

La noche había avanzado notablemente, y Jhasua se retiró seguido por sus amigos, mientras aquellos ciento treinta y dos hombres, después de largos comentarios, fueron saliendo en pequeños grupos de dos o tres para no llamar demasiado la atención de los guardias de la ciudad.

Algunos no tenían otro techo ni otro hogar que aquel viejo panteón sepulcral, cuya existencia de siglos habría visto desfilar innumerables generaciones de perseguidos.

Entre éstos estaba el esposo de Zaida, la princesa árabe. Ella no imaginaba quizá, que el Profeta-médico, salvador de su hijo moribundo, le devolvería también vivo, el amor del hombre al que había unido su vida.

¡Para el inmenso amor del Hombre-Dios por la humanidad, no era prodigio sino ley, devolver la vitalidad a los cuerpos, la energía y la esperanza a las almas!

A la mañana siguiente salieron, los ya escasos viajeros, pues la mayoría de la caravana quedaba en Jerusalén.

Bethlehem está a media jornada escasa de Jerusalén, y el camino corría paralelo al acueducto que iba desde Jerusalén a los llamados *Estanques de Salomón*.

Grisas peñascales a un lado y otro del camino, daban árido y entristecido aspecto a aquellos parajes, máxime cuando el invierno pone en los campos sus escarchas y sus nieves.

El viajero no encuentra belleza alguna para solaz del espíritu contemplativo, que se encierra en sí mismo a buscar en las actividades de su mundo interno, las bellezas que no encuentra al exterior.

Aquellos peñascales llenos de grutas sepulcrales cubiertos de enmarañados zarzales y secos arbustos, era en general la angustia del viajero que hasta Beersheba debían recorrerlo forzosamente.

Sólo para Jhasua, ungido del Amor Eterno, aquel camino ofrecía un gran interés. La proximidad de la Piscina de Siloé, poblaba aquellas grutas de enfermos de todas clases, a los fines de acudir a las aguas que llamaban *milagrosas*, cuando el viento cálido del desierto las agitaba y removía.

La tradición antigua a este respecto decía que un ángel bajaba de los cielos a agitar las aguas que en una hora precisa, se tornaban curativas de todas las enfermedades. Tal era la creencia vulgar de aquel tiempo.

El hecho real era, que aquellos remansos que siglos atrás fueron muy profundos, eran alimentados en épocas determinadas por una subterránea filtración, que venía desde los grandes peñascales del Mar Muerto, donde en épocas muy remotas existían volcanes en erupción. Se habían apagado al exterior, pero en las profundidades de las montañas, continuaban su vida ígnea, que desahogaban su enorme caloría, por aquella filtración de agua subterránea que iba a estancarse en la Piscina de Siloé. Al recibir el torbellino de aguas hirvientes que desde las entrañas de la roca ígnea, venían con espantosa fuerza, las aguas de la superficie se agitaban naturalmente ante la mirada atónita de las gentes. Es bien sabido que las aguas termales son curativas para muchas enfermedades.

Tal era la razón, de que los peñascales grises y áridos de aquel camino, estuviesen siempre poblados de enfermos de toda especie.

Los Terapeutas peregrinos, sin pretender luchar con el fanatismo de las gentes que veían "Un ángel de Dios en la agitación de las aguas", se ocupaban piadosamente de ayudar a los enfermos a entrar a las aguas medicinales cuando aparecían agitadas, que era cuando tenían más subida temperatura.

Los enfermos, que aparte de serlo, sufrían también abandono y miseria, salían de ordinario al paso de la caravana en busca de piedad de los viajeros.

Jhasua vio aquella turba doliente que se arrastraba entre los zarzales y los barrancos, y su corazón se estremeció de angustia hasta el punto de quedar paralizado el asno que lo llevaba, porque le sujetó por la brida.

— ¿Te detienes Jhasua? —le preguntó su padre. El Maestro le miró con sus grandes ojos claros inundados de llanto, y los volvió nuevamente a los enfermos que se acercaban.

Joseph comprendió y se detuvo también. Los otros viajeros continuaron la marcha.

Muchas manos extendidas y temblorosas tocaban casi las cabalgaduras.

Mientras Myriam y Joseph repartían unas monedas, Jhasua les miraba en silencio. Su pensamiento les envolvía, por completo.

— ¿Venís a la espera del ángel que removerá las aguas? —les preguntó.

—Sí señor viajero, pero esta vez tarda mucho —le contestaron.

—El Señor de los cielos y de la tierra, tiene la salud de los hombres en su mano, y la da a quienes le aman, con ángel o sin ángel que remueva las aguas... —dijo el Maestro.

"Entrad a la Piscina ahora mismo y decid: "¡Padre Nuestro que estás en los cielos! ¡Por tu amor quiero ser curado del mal que me aqueja!" Yo os aseguro que estaréis sanos a la hora nona.

—Y vos, ¿quién sois?... preguntaron.

—Pensad que soy el ángel del Señor que esperáis y que se os presenta en carne y hueso para deciros: ¡El Señor quiere que seáis sanos!

Y siguió su viaje, dejando a aquellas pobres gentes con una llamarada de esperanza en el alma.

El lector ya comprenderá que a la hora indicada por Jhasua, todos aquellos enfermos estaban libres de sus dolencias.

Poco después nuestros viajeros entregaban las cabalgaduras a la caravana, y entraban a Bethlehem, donde eran esperados por Elcana, Sara y los tres amigos Alfeo, Josías y Eleazar, por encima de cuya firme amistad habían pasado veinte años desde la noche gloriosa en que el Verbo de Dios llegó a la vida física.

Sus familias rejuvenecidas en los nietos ya adolescentes y jovencuelos, parecían un pequeño vergel de flores nuevas que rodeaban a los vetustos cedros, bajo cuya sombra se amparaban.

El mayor de todos ellos, Elcana estaba aún fuerte y vigoroso, como si aquellos veinte años no hicieran peso alguno en su organismo físico. Tenía en su hogar una parejita de nietos de diez y seis y diez y ocho años de edad: Sarai y Elcanin. Eran los nombres de los abuelos transformados en diminutivo.

Alfeo tenía consigo tres nietos varones, y había recogido además una hermana viuda, Ruth, para que le hiciera de ama de casa, pues recordará el lector que era viudo.

Josías, viudo también, tenía asu lado una nietecilla de doce años, Elizabeth, una prima anciana, que tenía dos hijos y una hijo.

Y por fin Eleazar, el de la numerosa familia, con varios de sus hijos ya casados y ausentes, sólo tenía a su lado al menor, Efraín, dos años mayor que Jhasua, y una hermana viuda con dos hijos de ocho y diez años.

Tal era el grupo de familiares y amigos que esperaban a los viajeros en la vieja ciudad de David.

¡Cuántos recuerdos tejieron filigrana en la mente de los que, veinte años atrás, estuvieron íntimamente unidos en torno al Niño-Luz que llegaba!

Dejamos a la ardiente imaginación del lector, la tarea muy grata por cierto, de adivinar las conversaciones, y el largo y minucioso noticiario que se desarrolló en la gran cocina-comedor de Elcana, al calor de aquella hoguera alimentada con gruesos troncos, allí mismo donde en la

gloriosa noche aquella, habían bebido juntos el vino de la alianza, mientras el recién nacido dormía en el regazo materno, su primer sueño de encarnado.

Jhasua se les aparecía ahora a sus veinte años, como una visión de triunfo, de gloria, de santa esperanza.

Su aureola de Profeta, de Maestro, de Taumaturgo, casi les deslumbraba. Sabían toda su vida, habían seguido a distancia todos sus pasos, guiados siempre por la piedad y la justicia para todos. Era un justo que encerraba en sí mismo, los más hermosos poderes divinos. Era un Profeta. Era un Maestro. Era la Misericordia de Dios hecha hombre. Era su Amor Eterno hecho corazón de carne, que se identificaba con todos los dolores humanos.

Y éste gran ser había nacido entre ellos, y ahora le tenían nuevamente al cumplir sus veinte años de vida terrestre.

Solo sintiendo en alma propia las profundas convicciones que ellos sentían, podemos comprender las emociones profundas, el delirante entusiasmo y amor que debieron sentir aquellas buenas familias betlemitas junto a Jhasua, al volver a verle en medio de ellos a los veinte años de su vida.

Visitó las sinagogas que eran cuatro-, y en ellas no encontró lo que su alma buscaba. La letra muerta de los libros sagrados, aparecían como el cauce seco de un antiguo río. Faltaba luz, fuego; faltaba alma en aquellos fríos centros de cultura religiosa y civil.

Los oradores hablaban con ese miedo propio de un pueblo invadido por un poder extraño. Ajustaban sus disertaciones a los textos que menos se prestaban para los grandes vuelos de las almas. ¡Siempre el Jehová colérico, fulminando a sus imperfectas criaturas y conminándolas con terribles amenazas al cumplimiento del deber!

— ¿Y el Amor del Dios que yo siento en mí mismo?, ¿dónde está? —preguntaba Jhasua dialogando consigo mismo.

Y desesperanzado, desilusionado, salía al campo a buscar entre la aridez de los peñascos cubiertos de seca hojarasca, el amor inefable del Padre Universal.

En la misma tarde del día que llegó a Bethlehem, cuando él volvía de su visita a las sinagogas, se encontró con una agradable sorpresa; la llegada de un Esenio del Monte Quarantana que venía de paso para Sevthópolis, a incorporarse al pequeño grupo que había quedado en aquel santuario recientemente restaurado.

La casa de Elcana era como el hogar propio, donde los solitarios encontraban siempre, junto con el afable hospedaje, las noticias más recientes del Mesías y de sus obras apostólicas.

La situación misma de la casa de Elcana, muy cerca a la explanada donde entraban las caravanas, y cuyo inmenso huerto de olivos y nogales, llegaba hasta el camino, la hacía el lugar más apropiado para reuniones de personas que no deseaban llamar la atención.

El Esenio recién llegado era samaritano de origen, gran amigo del Servidor del Santuario devastado, y los solitarios del Quarantana lo enviaron como contribución viva a su restauración.

El encuentro inesperado, los hizo felices a entrambos. Desde los doce años de Jhasua no se habían visto. ¡Y habían ocurrido tantas cosas!

Una larga confidencia entre ambos, hizo comprender a Jhasua hasta qué punto, la Fraternidad Esenia secundaba la Idea Divina, hecha ley de amor para esa hora de la humanidad.

Este Esenio cuyo nombre era Isaac de Sichar, llevaba a la Palestina, la misión de transmitir a los Santuarios y a los Esenios diseminados en familias, un mensaje de los Setenta Ancianos de Moab.

Lo habían recibido en Monte Nebo, en la gruta sepulcral de Moisés, en el último aniversario del día que el gran vidente recibió por divina inspiración los Diez Mandamientos de la Ley Eterna para la humanidad terrestre.

Siendo así que Elcana, Sara y los tres amigos Josías, Alfeo y Eleazar eran Esenios de grado tercero; que estaban presentes Myriam y Joseph, que lo eran también y con la presencia material del Hombre-Luz, nada más justo que iniciar en Bethlehem el cumplimiento de aquella misión.

El anuncio pasó discretamente por los hogares Esenios de la ciudad, para que al anochecer acudiesen los jefes de familia a la casa de Elcana a escuchar el mensaje de los Setenta.

El gran cenáculo apareció lleno de dos filas, alrededor de la larga mesa de encina cubierta del tapiz de púrpura que sólo aparecía en las grandes solemnidades de la casa de Elcana, considerado como un hermano mayor entre los Esenios bethlemitas.

Lo que era Joseph en Nazareth, era Elcana en Bethlehem: el hombre justo y prudente, cuya clara comprensión y dotes persuasivos sabían encontrar una solución pacífica y noble a todas las situaciones difíciles, que le eran consultadas por sus hermanos de ideales.

Reunidos, pues, en su cenáculo cuarenta y dos Esenios jefes de familias, se inició la asamblea con la lectura del capítulo V del Deuteronomio, donde Moisés recuerda al pueblo hebreo el mensaje de Jehová: los Diez Mandamientos eternos que forman la Ley.

Esta lectura la hizo Jhasua por indicación de Isaac, que inmediatamente después les dirigió estas breves palabras:

—Os hemos reunido aquí, para que escuchéis un mensaje de los Setenta Ancianos de Moab, a cuyo retiro llegan los ecos de las luchas y dolores de este pueblo escogido por Dios, para la gran manifestación de su amor en esta hora de la humanidad.

"Oído, pues: "A nuestros hermanos de la Tierra de Promisión, paz y Salud.

"Nuestro Dios, Padre Universal de todo lo creado, nos ha hecho llegar por celestial mensajero, su divina voluntad en esta hora solemne y difícil que atravesamos.

"La Eterna Inteligencia designó a nuestro pueblo, habitante de este país para ser en esta hora la casa nativa de su Enviado Divino, de su Verbo Eterno, Instructor de esta humanidad! Designación honrosa sobre manera, y a la cual debemos responder con una voluntad amplia, clara y precisa, sin claudicaciones de ninguna especie, si no queremos atraer sobre nosotros las consecuencias terribles para muchos siglos., que nos traería la disociación con la Eterna Idea.

"El gran templo espiritual formado en esta hora con los pensamientos de amor de todos los que conocemos el gran secreto de Dios, está conmoviéndose por falta de perfecta unidad entre todas las almas, y este gravísimo mal debe ser remediado de inmediato antes que venga un derrumbamiento parcial, que pondría en peligro el equilibrio de la vida física y de la obra espiritual del gran Enviado que está entre nosotros.

"Los componentes de este gran templo espiritual, somos los miembros todos de la Fraternidad Esenia, de los cuales deben estar muy lejos todas las tempestades promovidas por el choque de las pasiones humanas, puestas en actividad por las ambiciones de poder, de oro, de grandeza y de dominación.

"El trabajo honrado, el estudio, la oración y la misericordia, son las únicas actividades permitidas al esenio consciente de su deber, en esta hora solemne que atraviesa la humanidad.

"Cuidad, pues, que vuestro espíritu generador de vuestros pensamientos, no dé entrada en sí mismo, a los odios que nacen naturalmente en las almas que participan de las luchas por conquistar los poderes y grandezas humanas. Si así no lo hicieréis, sabed que perjudicáis inmensamente a la realización de la Idea Divina en medio de nosotros, y que toda demora, todo atraso y desequilibrio que por esa causa pueda venir, vosotros seréis los responsables, y sobre vosotros caerán las consecuencias para muchas edades futuras.

"Pensad que al ingresar a la Fraternidad Esenia, habéis dejado de ser *turbamulta* ciega e inconsciente. Se os ha dado una lámpara encendida, y no podéis alegar que vais a obscuras por vuestro camino. Pensad, que por el amor se salvará la humanidad, y no deis cabida en vosotros al odio, contra unos u otros de los que luchan por la conquista de los poderes y grandezas

humanas. Son como perrillos que pelean por roer un mismo hueso, y no sois vosotros quienes podréis ponerlos de acuerdo. Dios-Padre hará surgir a su hora, quien lleve a la humanidad ciega, hacia su verdadera grandeza.

"Dos corrientes contrarias avanzan a disputarse el dominio de las almas: la material y la espiritual. La primera dice: *el fin justifica los medios*, y no se detiene ni ante los más espantosos crímenes para conseguir el éxito.

"La segunda dice: *el bien por el bien mismo*, y dándose con amor que no espera recompensa, busca el triunfo por la paz y la justicia, pero nunca por la violencia. La Fraternidad Esenia está, bien lo comprenderéis, en la corriente espiritual que busca el triunfo de la Verdad y del Amor entre los hombres, en primer término, entre los que convivimos en el país elegido por la Eterna Ley, para hospedar en su seno al Verbo encarnado.

"Hermanos Esenios de la hora solemne, que vio al Cristo Divino formando parte de esta humanidad, despertad a vuestro deber, y no derrumbéis con vuestra inconciencia, el templo espiritual cuya edificación ha costado muchos siglos de vida oculta entre las rocas a los profetas hijos de Moisés.

"Sabed ser más grandes, que los que buscan serlo por el triunfo de sus ambiciones y de su soberbia, tenebroso camino, al final del cual se encuentra el abismo sin salida. Recogidos en vuestro mundo interno, consagrados al trabajo honrado y santo que os dan el pan, a las obras de misericordia en que florece el amor de los que saben amar, a la oración, que es estudio de las obras de Dios y unificación con El, descansad en paz y no alteréis vuestros pensamientos, ni manchéis con lodo vuestra túnica, ni con sangre vuestras manos. Sólo así habitará el Señor en vuestra morada interna, y El será vuestro guardián, vuestra abundancia, salud y bien para todos los días de vuestra vida, y para los que dejéis en pos de vosotros después de vuestra vida.

"Que la luz de la Divina Sabiduría os lleve a comprender las palabras que os dirigen con amor vuestros hermanos.

"Los Setenta Ancianos de Moab".

Un gran silencio llenaba el cenáculo de la casa de Elcana, a la terminación del mensaje de los Setenta.

Cada uno de los que lo escucharon llamó a cuentas a su propia conciencia, y algunos se encontraron culpables de haber participado indirectamente en las luchas por conquistar sitios estratégicos, donde otros podían recoger oro y placeres; y más, de haber dado cabida en sí mismos a pensamientos de odios en contra de los que habían llevado al pueblo hebreo a la triste situación en que se encontraba: dominación romana que le exigía pesados tributos; dominación de reyezuelos extranjeros usurpadores del gobierno en contra de la voluntad popular; dominación de un clero ambicioso y sensualista, que había hecho un mercado de las cosas de Dios y de su templo de oración.

¡Qué gran purificación debieron tener los Esenios de aquella hora, para hacerse superiores a las corrientes de aversión y de odio en contra de tal estado de cosas! Pero ese odio, justificado hasta cierto punto, entorpecía la cooperación espiritual en la obra de redención humana del gran Misionero de la Verdad y del Amor, y los Setenta reclamaban por este entorpecimiento, que podía traer desequilibrios presentes, y grandes males para el futuro.

Pasado este gran silencio en que las almas se habían sumido, como si hubieran sido llamadas al supremo tribunal de Dios, Isaac de Sichar el esenio mensajero de los Setenta, invitó a Jhasua a que expusiera su pensamiento a la vista de sus hermanos, a fin de que les sirviera de orientación en esa hora de perturbaciones ideológicas y sociales. Y el joven Maestro se expresó así:

—Creo que aún no es llegada la hora de que yo me presente a mis hermanos como un Maestro, pues que aún estoy aprendiendo a conocer a Dios y a las almas, creaciones suyas. ¡Me falta aun tanto por saber! Fecundos fueron estos veinte años de vida, debido a la abnegación y

sabiduría de mis maestros Esenios, y a la solicitud infatigable de todos los que me han amado; pero ya que tanto lo deseáis, os expondré mis puntos de vista en los actuales momentos:

"El hombre dado a la vida del espíritu con preferencia a la de la materia, debe mirar todos los acontecimientos como mira un maestro de alta enseñanza a los niños que comienzan su aprendizaje. Les ve obrar mal en pequeñas o grandes equivocaciones. Les ve darse golpes o trabarse en luchas por la conquista de un juguete, de una golosina, de un pajarillo que morirá en sus manos, de un objeto cualquiera que le entusiasma por un momento, y que luego desprecia porque su anhelo se ha fijado en otro mejor. Pero su yo interno permanece sereno, inalterable, sin permitir que encarne en él la ardorosa pasión, madre de odios infecundos y destructores.

"Bien veo que en nuestro pueblo fermenta sordamente un odio concentrado contra la dominación romana, contra reyes ilegítimos, contra un sacerdocio sin más ideales, que el comercio vil de las cosas sagradas. Tan grandes y dolorosos males, son simples consecuencias de la ignorancia en que se ha mantenido a este pueblo, como a ¡a mayoría de los pueblos de la actual civilización.

"Una fue la enseñanza de Moisés y de los Profetas, y otra muy diferente se dio como orientación a los pueblos.

"Moisés dijo: "Amarás al Señor Dios tuyo, por encima de todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo". Y el pueblo ve que en los atrios mismos del templo se ama el oro y el poder, por encima de todas las cosas; que se castiga con penas y torturas terribles a los acusados de faltas en que incurren a diario, los que se hacen jueces de sus hermanos indefensos; que los poderosos mandatarios viven en un festín eterno, y el pueblo que riega la tierra con el sudor de su frente, carece hasta del pan y la lumbre bajo su mísero techo.

"Moisés dijo en su inspirada ley: "*No matarás, no hurtarás, no cometerán adulterio*", y el pueblo ve que los poderosos mandatarios, asesinan a todo el que estorba en su camino, hurtan por ruines y engañosos medios, todo aquello que excita su avaricia, y destruyen los hogares, arrebatando traídoramente la esposa compañera fiel.

"¿Quién contiene al torrente que se desborda desde la cima de altas montañas? El pueblo se hizo eco de las falsas acusaciones de los ambiciosos y libertinos contra los Profetas, que le hablaban en nombre de la Eterna Ley de amor y justicia, y acalló sus voces, entregándolos a la muerte en medio de crueles suplicios. Ahora el pueblo paga las consecuencias de su ignorancia, y de sus odios inconscientes.

"Veo la sabiduría más alta en el mensaje de los Setenta que acabáis de escuchar. No hemos de sacrificar inútilmente la paz que goza todo hombre de bien, todo esenio consciente de su deber, a la idea de que mezclándose a las luchas sórdidas y apasionadas de la turbamulta, pueda conseguirse de inmediato la transformación de este doloroso estado actual.

"Destruir la ignorancia respecto de Dios y de sus relaciones con sus criaturas, es ¡la obra que realiza en secreto la Fraternidad Esenia, y nuestro deber es secundarla en su labor misionera encendiendo la lámpara del divino conocimiento, o sea la ciencia sublime y eterna de Dios en relación directa con el alma humana.

"Padres, madres, jefes de familia, haced de vuestros hogares, santuarios de la verdad, del bien, del amor y de la justicia, sin más códigos ni ordenanzas que los *diez mandatos divinos* que trajo Moisés a esta tierra, y será como la marca indeleble puesta en vuestra puerta, que quedará cerrada a todos los males, y dolores que afligen a la humanidad.

"Tomad mis palabras pronunciadas con el alma saliendo a mis labios, no como de un Maestro que os enseña, sino como de un joven aprendiz que ha vislumbrado la eterna belleza de la Idea Divina, en las penumbras apacibles de los santuarios de rocas, bajo los cuales se cobijan los verdaderos discípulos de Moisés".

— ¡Habló como un Profeta!... ¡Habló como un iluminado!... —se oyeron varias voces rompiendo el silencio.

—Habló como el que es —dijo solemnemente Isaac de Sichar—: como el Enviado Divino para esta hora de la humanidad. ¡Alma de luz y de amor!... ¡Qué Dios te bendiga como lo hago yo, en nombre de los Setenta Ancianos de Moab!

— ¡Gracias, maestro Isaac! —dijo emocionado Jhasua y fue a ocupar su sitio al lado de sus padres.

Vio que su madre lloraba silenciosamente.

— ¿Te hice daño madre con mis palabras? —le preguntó tiernamente.

—No hijo mío, tú no puedes hacerme nunca daño —le contestó ella.

"Pero mientras tú hablas, en mi mente se formó como un arbol de luz donde te vi rodeado por todos nuestros antiguos Profetas que fueron sacrificados como corderos por los mismos a quienes enseñaron el bien, la justicia y el amor.

"¡Hijo mío!... un día te dije que para matar mi egoísmo de madre, te entregaba al dolor de la humanidad. ¡No sé por qué en este momento he sentido muy hondo el dolor de este sacrificio!"... tal como si lo viera realizarse de terrible manera...

—Dios Padre, se nos da a cada instante en todos los dones y bellezas de su creación universal; y nosotros cuando pensamos darle algo, nos atormentamos anticipadamente, aun sin la certeza de que El acepte o no, nuestra dádiva. ¿Por qué crear dolores imaginarios, cuando la paz, la alegría y el amor florecen en torno nuestro?

—Tienes razón Jhasua... perdóname. Mi amor te engrandece tanto ante mí misma, que me lleno de temores por ti.

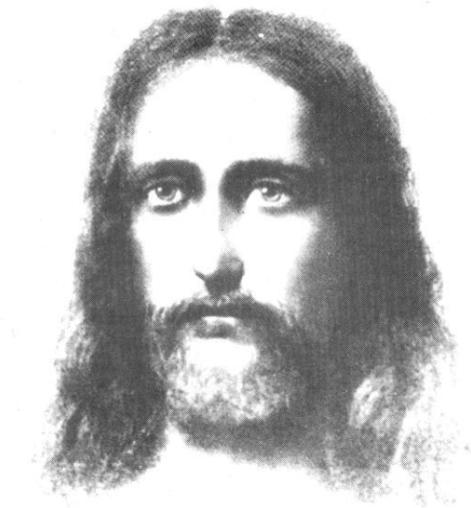
Los concurrentes comenzaron a retirarse cuando era ya bastante entrada la noche.

Bethlehem quieta y silenciosa como de costumbre, dormía bajo la nieve iluminada por la luna, que veinte años atrás, cuando los clarividentes que velaban espionando la conjunción de los astros anunciadores, oyeron voces no humanas cerniéndose como polvo de luz en el éter, que cantaban en un concierto inmortal:

"GLORIA A DIOS EN LO MAS ALTO DE LOS CIELOS Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD"

Jhasua en el templo de Jerusalén

(http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/jhasua_en_jerusalen.htm)



Cuando en el siglo II después de Cristo, la naciente cristiandad empezó a dar formas definidas y concretas a la disciplina espiritual, moral y material, sobre que había de cimentar su futura existencia, hubo un sinnúmero de divergencias sobre dicho tema. Y con tanto ardor y fuego fueron sostenidas las controversias, cada cual por la forma y modo como juzgaba que debía continuar e interpretarse la enseñanza de Cristo, que se formaron bandos contrarios, los cuales se adjudicaban a sí mismos la posesión de la verdad, y los unos llamaron falsarios a los otros. Y las cristianidades modestas y pobres, con escasos recursos, fueron desapareciendo lentamente, o refugiándose sus individuos aislados en el judaísmo, o en las religiones de los países en que vivían.

Cuatro fueron las ramas que quedaron con vida después de las grandes luchas de los siglos I y II. Las fundadas por Pedro, por Juan, por Santiago y por Pablo. Los Ancianos del Alto Consejo de Moab intervinieron al principio, para llamar a una coordinación de toda la enseñanza, analizando punto por punto todo cuanto se había escrito referente al Cristo.

Pedro y Juan estuvieron en un todo de acuerdo con las opiniones de los Ancianos. Pablo lo estuvo después también. El que no aceptó el acuerdo fue Santiago, que ya al frente de la congregación de Jerusalén, la constituyó en las normas judaicas que persistió en los primeros siglos.

Visto por los Ancianos de los Santuarios, que sus esfuerzos eran ineficaces se encerraron en sus cavernas para evitar sufrimientos y persecuciones, y se dedicaron a los enfermos abandonados, y a multiplicar las copias de los originales escritos por testigos oculares de la vida del Cristo.

Los Esenios fueron considerados como una fracción disidente de la comunidad cuando ésta quedó constituida en la forma que creyeron justo darle los dirigentes, después de desaparecidos los Doce Apóstoles y los más íntimos amigos del Divino Maestro. Y fue así, como el tesoro de Sabiduría Divina guardado fidelísimamente por los Esenios, se perdió en la sombra de sus cavernas de rocas, y lo poco que de allí salió mediante los Esenios del exterior, ha ido cambiando de formas y de coloridos a través de los siglos y de la incompreensión humana.

Por un poco de tiempo todavía, el nombre de Cristianos, no dará a los hombres, ni la lucidez, ni la grandeza de alma necesaria para cumplir la gran frase de Cristo: "Si quieres venir en pos de mí, niégate a ti mismo, carga tu cruz y sígueme".

¡Negarse a sí mismo! ... frase de bronce y de granito como los Santuarios esenios, donde el mayor de todos, era el servidor de todos. ¿Quién es el que quiere negarse a sí mismo por más cristiano que se considere?

¡Yo quiero, yo mando, yo soy! He aquí las tres lápidas sepulcrales, bajo las cuales se extinguen sobre la tierra, los más sublimes principios básicos de la religión emanada del alma misma del Cristo, en sus distintas jornadas Mesiánicas... ¡Yo quiero, yo mando, yo soy! He ahí el panteón sepulcral que ha ido tragando siglos tras siglos, el esfuerzo mental espiritual y material de los discípulos conscientes del Cristo, que fueron sacrificándose y muriendo en cadalsos y patibulos, en hogueras, en la horca, decapitados o arrojados a las fieras, por la defensa hecha de su grandioso ideal de fraternidad humana.

Yo quiero, yo mando, yo soy!, dicen igualmente los cristianos de hoy, entre las numerosas filas de las grandes ramas del Cristianismo, organizadas bajo diversas disciplinas, dogmas y liturgias.

¿Cuál fuerza, cuál genio, cuál acontecimiento será el que las una en un solo pensar y sentir?

Sólo la palabra del Cristo puesta en acción: "Si quieres venir en pos de mí, niégate a tí mismo, carga con tu cruz y sígueme".

¡Negarse a sí mismo! Dura y heroica palabra, que significa la renuncia a toda ambición egoísta y personal, sea del orden que sea: Atrás, el que quiere lucrar con el ideal; el que busca erigirse en maestro de los demás; el que busca un pedestal para su nombre; el que llevado por intereses creados, sueña con recoger el fruto material de sus esfuerzos de misionero del ideal.

Que a todo esto obliga el negarse a sí mismo.

Nos escandalizamos los cristianos de hoy, de lo que ocurrió a los Esenios del tiempo de Cristo, y de que hayan desaparecido, entre las sombras y el silencio los innumerables escritos históricos detallando su vida. Y es tan natural el hecho, que nos asombraría de que hubiese ocurrido de otra manera, si tenemos en cuenta que los cristianos dirigentes de aquellas épocas, no tuvieron el valor de negarse a sí mismos, sino que por el contrario, dijeron igual que dicen los de hoy "Yo quiero, yo mando, yo soy" con lo cual creyeron obrar perfectamente bien.

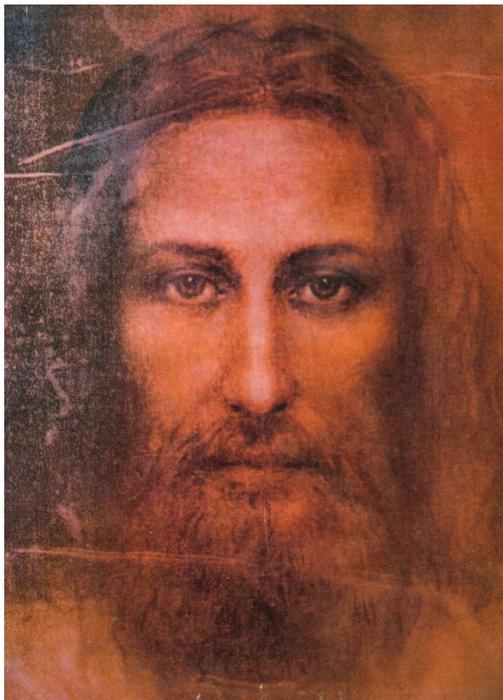
Es así como nuestra inconsciencia retarda el tiempo de la verdad, y lo retardaría indefinidamente, si la Eterna Justicia no tuviera a su disposición sus grandes legiones fulminadoras del mal, que cuando llega la hora final que no admite dilaciones dicen: Este es el límite. Ha finalizado la hora de esperar. La puerta del cielo se ha cerrado. El que no entró hasta ahora, queda fuera hasta la próxima ronda.

¡Qué lenta es la evolución de las humanidades!... ¡Y qué breves son los siglos por donde ellas van subiendo a paso de tortuga!

«Una Luz en las Tinieblas», Arpas Eternas, Vol 1, p. 158-159. Décimo Cuarta Edición

Jhasua en Samaria

(http://elmistico.com.ar/rosalialuquealvarez/jhasua_en_samaria.htm)



Era Sevthópolis una ciudad amurallada de montañas, derivaciones de la gran mole del Monte Ebatth de 8077 pies de altura, que flanquean la ribera occidental del río Jordán. Estaba en el lugar en que se levanta en la actualidad la ciudad de Gilboa.

La importancia de Sevthópolis consistía, en que allí se verificaba la conjunción de todas las caravanas que atravesaban el país de norte a sur, desde Fenicia y Siria por el norte, hasta Gaza y Beersheba en el sur.

Sus calles, plazas y callejas, aparecían pobladas siempre de asnos, mulos y camellos, cargados de mercancías que las innumerables tiendas tragaban con inaudita voracidad. La compra-venta al aire libre, era la nota decorativa habitual de aquella ciudad, donde se observaban fisonomías y vestuarios de todas las razas y de todas las costumbres, de los países pobladores del Asia Central.

En medio de aquella barahúnda de hombres y de bestias cargadas, de gritería desaforada en diversas lenguas, de músicas enervantes y de danzas enloquecidas, vemos la blanca figura de Jhasua que ya bajado de su asno le lleva él mismo al abrevadero y le hace beber, temeroso del olvido de los guardianes que cuidaban de su solaz y recreo primero, y que muchas veces sonaba el cuerno del guía y las bestias no habían terminado de beber.

Nada les interesaba por el momento en la ciudad-mercado, a nuestros viajeros, y el Terapeuta guía tomó en seguida el camino de las grutas hacia el oriente, o sea hacia el río Jordán. A poco andar encontraron un arroyo que corría como una serpiente de plata por entre los riscos y peñascos.

—Este es un brazo del Jordán —les dijo a sus compañeros— y siguiendo su curso estaremos en una hora entre las grutas que buscamos.

Nuestros hermanos llamaban a este arroyo de *Las Gaviotas*, debido a la abundancia de estas aves que anidan y se multiplican entre los huecos de las peñas.

El Terapeuta había aconsejado no marchar en grupo todos juntos para evitar el llamar demasiado la atención.

Verdad es que con la llegada de la caravana y el tráfigo que esto ocasionaba en la ciudad, nadie miraba los pasos silenciosos de los que se alejaban de su centro bullanguero y atolondrado.

Jhasua tenía a un lado y otro, dos guardianes inseparables: el tío Jaime y el parlanchín de Felipe que no paraba de hablar sino cuando engullía un pastel de la cestilla de Myriam.

¿Puedo saber, tío Jaime —decía Jhasua— qué contiene ese fardo que traes?

—La compra que hice en el mercado. ¿Crees que iba a venir sin traer comestibles para esta noche y mecha encerada para alumbrarnos? También los hijos de Tobías me traen parte de la carga: unas esteras y mantas para cubrirnos. ¡Oh hijo mío! Mientras tú piensas en las almas, yo debo pensar en los cuerpos que ellas animan.

"La Ley Eterna nos manda tomar una materia para nuestra evolución, nos manda cuidarla y sostenerla en las condiciones debidas, para rendir todo lo que es necesario.

— ¡Cierto, tío Jaime!... y te pareces a la Providencia Divina que vela hasta por su más insignificante criatura.

"Hay grandeza en verdad en esa tu previsión llena de solicitudes. Es la forma más humana de manifestarse el sentimiento de fraternidad entre los hombres. ¡Oh tío Jaime!... A veces te veo como un manantial que siempre está dispuesto a regar la tierra para fecundarla.

—Y ¿en qué otra forma puedo cooperar yo en tu obra apostólica, Jhasua, sino en esta de la abejita que busca afanosa el néctar en todas las flores para darnos el precioso alimento de su miel?

— ¿Qué os parece si abrimos en Samaría un Refugio de desamparados como lo hicimos en las ruinas de Dobrath en Nazareth, y como los hay en Tiro y Sidón y en Bethlehem, en las grutas de Salomón? —preguntó Jhasua.

—Yo tengo una familia conocida en Samaría —contestó Jaime— y ella podría orientarnos en tal sentido. Los Terapeutas conocen Samaria como nosotros conocemos Galilea, y acaso tendrán ellos no sólo uno sino muchos refugios entre estas impenetrables montañas.

—Es verdad —dijo Jhasua— y como nuestros Terapeutas son tan impenetrables como las montañas, jamás hablan de lo que hacen por sus hermanos, si no es que una necesidad les obligue. Conmigo son expansivos y me hacen tantas concesiones que pronto lo sabremos, tío Jaime.

El traviesillo Felipe que debido a este diálogo hubo de callar muy a su pesar, tiró suavemente de la túnica a Jhasua para llamar su atención.

—Jhasua —le dijo quedito— ¿no conversas conmigo?

— ¡Oh mi pobre Felipe! En verdad me había olvidado de ti. Vamos, abre la cesta y dame una fruta porque tengo sed. Ofrécele aquí al tío Jaime y a los otros compañeros. Anda y no me guardes rencor.

Y Jhasua, alma tejida de ternuras infinitas, acarició la rubia cabeza del niño ligeramente entristecido porque se veía olvidado.

La alegría de Felipe estalló como una explosión, y corrió a vaciar entre todos los viajeros, las golosinas de su cesta.

—Este niño es buena arcilla para modelar un misionero —dijo Jhasua—. Es vehemente y espontáneo. Piensa y obra de inmediato. ¿Lo has observado tío Jaime?

—Lo que he observado es que -el pobrecillo tiene sus ropas bastante viejas, y sus calzas demasiado grandes le lastiman los pies. Entre los fardos que traen los hijos de Tobías, le traigo una casaca y sandalias nuevas.

—Tío *providencia* te debía llamar desde ahora —dijole Jhasua—. Yo había mirado tanto el alma de Felipe y no vi sus ropas y sus sandalias.

— ¡Ah Jhasua!... lo que he dicho. Tu mundo es lo alto, lo que vuela, y yo camino muy pegadito a la tierra todavía.

—Un breve descanso —dijo en alta voz el Terapeuta guía—, porque tenemos que subir por ese desfiladero que va derecho a la entrada a las grutas.

Todos se sentaron sobre las rocas o se recostaron en el césped.

El sendero áspero y sinuoso les había cansado.

Era la primera hora de la tarde y un hermoso sol otoñal envolvía el agreste paisaje con esa bruma de oro que pone tintes delicados e indefinidos en todas las cosas.

Tenían al sur las crestas eternamente nevadas del Monte Ebat, las más elevadas cimas de aquella región, que parecían desafiar a las nubes desplegadas sobre ellas como velas gigantes de barcos invisibles.

Al oriente la cadena de montañas que encajonan al Jordán, y al occidente la llanura de Esdrelón con sus verdes planicies pobladas de rebaños.

— ¡En todas partes la belleza de Dios y la armonía eterna de su creación universal! —exclamó Jhasua, con su alma absorta en la Divinidad, ante la hermosura y serenidad del paisaje.

—Y nada rompe esta armonía, sino el hombre —observó Melkisedec— que llegado al altiplano de inteligencia que piensa y razona, tuerce su rumbo a impulsos del egoísmo que nunca se harta de gritar: ¡Yo, yo, y siempre yo!

—Siempre me persigue el pensamiento de los medios que convendría usar para eliminar el egoísmo que germina entre la humanidad —dijo Jhasua, apasionado siempre del tema que parecía absorberlo todo en su vida: la felicidad humana.

—La humanidad no ha salido aun de la infancia —le contestó Melkisedec— y obra como los niños que a la vista de juguetes o de frutas, los quiere todos para sí, y extiende con ansiedad la mano para tomarlos. ¿Has pensado alguna vez, Jhasua, por qué nuestra Escuela Esenia no sale de sus grutas en las montañas?

—Nunca k» pensé porque me encuentro tan a gusto entre ellas, que estoy convencido de que es su lugar propio.

—Piensas así porque no hay egoísmo en ti. La Fraternidad Esenia se aferra a las rocas y vive entre ellas, para mantener pura y limpia la cadena invisible de amor, en que el Ungido Divino debe forjar su personalidad espiritual.

"Si saliera a vivir y desenvolverse entre la sociedad de los hombres, empezaría el egoísmo a envolverla en sus redes. Vendrían las necesidades de buenas y presentables viviendas, de vestuario al uso de todos, de aulas, de cenáculos, de templos que atrajeran a las gentes incapaces en general de dar el valor que tienen las cosas en sí mismas, y no por la apariencia exterior.

"Todo esto traería una serie y muchas series de cuidados y preocupaciones, que entorpecerían el único cuidado que debe tener una Escuela de Divina Sabiduría; que todos y cada uno de sus miembros sea como un cable de oro tendido desde los cielos a la tierra para inundarla, a ser posible, del Pensamiento y del Amor Divino.

— ¡Qué realidad más hermosa acabáis de esbozarnos, maestro Melkisedec! —Exclamó Jhasua—. ¡Que el Altísimo tenga a bien, que la Fraternidad no salga jamás de entre las rocas!

—Acaso se verá obligado a salir, y saldrá y se perderá entre las multitudes inconscientes, cuando ya el Verbo Encarnado haya dejado establecido en bases firmes su nueva doctrina.

La sensibilidad de Jhasua percibió vibraciones de inteligencia superiores entre él y su interlocutor, y despertada por unos momentos su propia clarividencia, vio en su maestro al Kobda Dhabes de la época de Abel, cuyo poder de visión futura, había llegado al más alto grado que es posible en la tierra.

_ Kobdas Dhabes —le dijo Jhasua en voz apenas perceptible—.

Acabo de descubrirlos surgiendo de las montañas de arena amontonadas por los siglos! ¡Bendita sea la Eterna Energía que hizo eternas las almas!

Ya lo ves Jhasua: En el lejano ayer, Abel y Dhabes se encontraron en la misma posición espiritual en que se encuentran unidos en esta hora Jhasua y Melkisedec —contestó el Esenio.

"Todo nos habla, Jhasua, de que el presente es una continuación del pasado.

"Cuando llegamos al máximum de nuestra evolución, no viviremos absorbidos por el presente como ahora. Para la clarividencia del espíritu superior, no habrá pasado, ni presente ni futuro, sino sólo *hoy*; pero un *hoy* tan grande y vivo como un resplandor de la Suprema Inteligencia, que vive siempre en un *Presente* inmovible.

La voz del Terapeuta guía les sacó de la profundidad de sus pensamientos, y reuniéndose a todos los compañeros de viaje, comenzaron la subida por el senderillo áspero y tortuoso que llevaba a las grutas.

Llegados por fin, percibieron un fuerte olor a materia descompuesta que salía de un matorral que protegía la entrada. Manchas de sangre seca y, luego trozos de miembros humanos y de vísceras despedazadas, les dio a entender que las fieras habían descuartizado a un hombre.

El Terapeuta guía buscó la entrada, que ya no tenía ese aspecto de belleza en medio de la rusticidad con que los Esenios arreglaban sus santuarios en las rocas. Aquello aparecía como una guarida de fieras, donde toda clase de desperdicios, y de inmundicias, salía por todas partes.

¿Dónde estaban aquellos senderillos subterráneos perfumados de incienso y alumbrados débilmente con lamparillas de aceite?

¿Dónde estaban los bancos de descanso con limpias colchonetas de paja, o blancas pieles de oveja, en la gruta de entrada para reposo de los viajeros? Los cántaros del agua reseco y algunos rotos y en fragmentos, tirados por el suelo, daban el aspecto de desolación que el lector puede imaginar.

— ¡Cuando el amor muere, todo muere! —exclamó Jhasua como en un sollozo, que comparaba tan desolado cuadro, con las pintorescas y esmeradas delicadezas con que los Esenios ornamentaban sus moradas entre las rocas.

—Debemos ser capaces de hacer revivir el amor en medio de esto horroroso abandono —le contestó su Maestro Melkisedec.

—No tengas pena Jhasua —díjole su tío Jaime— que dentro de pocos días esto aparecerá transformado.

Felipe que lleno de miedo caminaba como prendido al manto de Jhasua, quiso consolarlo también y le dijo al oído, alzándose en la punta de los pies.

—Aún quedan en la cestilla dos pastelillos y cuatro melocotones que yo guardé para los dos. ¿Quieres comerlos?

El joven Maestro no pudo menos de sonreír ante esta salida del niño.

—Empiezas tú Felipe a hacer resucitar el amor. Cómelos tú, criatura de Dios en nombre mío, pues te regalo mi parte.

Las mechas enceradas del tío Jaime salieron de inmediato para alumbrar aquel antro nauseabundo y tenebroso.

Un silencio de muerte lo envolvía todo, y llegaron a pensar que los cautivos habrían muerto de hambre o asesinados por los bandidos al verse perseguidos.

Habían recorrido ya varios corredores y grutas, cuando el Terapeuta guía gritó con toda su fuerza.

—En nombre de Dios ¿quién vive aquí?

El eco de su voz resonó en las grutas vacías como un lamento.

Pero acallado que fue el eco, se oyeron voces humanas que parecían salir del fondo de un foso.

—Están en la bodega. Vamos allá —dijo de inmediato.

Los dos hijos de Tobías, aunque nacidos y criados en las montañas, jamás habían visto un antro tan espantoso, y apretaban con fuerza el bastón de cerezo y el mango de los cuchillos de

caza que su padre les había obligado a llevar, temerosos de encontrarse de pronto con un bandido o con una fiera.

Tres hombres, ya de edad madura y vestidos de sucios harapos fue lo que encontraron. Estaban atados con una cadena en la cintura a unas fuertes vigas de encina, que los Esenios acostumbraban poner de trecho en trecho para evitar los derrumbamientos de las grutas.

Jhasua fue presuroso hacia ellos.

—Me llamasteis y he venido —les dijo con la voz que temblaba por la emoción. Los tres le tendieron sus brazos.

Y su blanca túnica se confundió con los sucios harapos de aquellos infelices hermanos, a quienes su desvarío había conducido a tan lastimoso estado.

—Traed el fardo de ropas —dijo el tío Jaime a Aarón que lo llevaba a la espalda. Y llevad el fardo a la cocina, para que pensemos en tomar algún alimento.

"Idos todos allá que hay que vestir estos hombres.

Quedaron el tío Jaime y el Terapeuta, que provistos de las herramientas necesarias rompieron las ataduras de los tres cautivos y les vistieron túnicas limpias.

La gran cocina-comedor era en verdad, un espanto de desorden y de inmundicia. Cazuelas, tazones y marmitas, todo aparecía con residuos de comidas descompuestas; y sobre las mesas y en el pavimento, huesos de aves o de cabritos, mendrugos de pan duro, cáscaras de fruta, en fin, cuanto puede poner de manifiesto la clase de habitantes que había tenido aquel desdichado santuario, antes templo de meditación, de amor fraterno, de estudio, de belleza espiritual y física en todos sus aspectos y formas.

—Imposible comer aquí —decían espantados los hijos de Tobías, habituados al orden y la limpieza que su madre Beila ponía en toda su cabaña de piedra.

Salieron al exterior donde había sido el hermoso huerto con higueras, vides y castaños frondosos aún, pero ya amarillentos por los cierzos otoñales.

Bajo los emparrados ruinosos, encontraron la gran mesa de piedra, que los Esenios acostumbraban para sus ágapes al aire libre en la época de estío, y allí dispusieron la frugal comida.

— ¿Veis como todo se arregla con buena voluntad? —decía el tío Jaime llegando con los tres cautivos que no parecían ya los mismos, después de las abluciones en el arroyo de "Las Gaviotas" que pasaba besando con sus aguas serenas, las grutas y el huerto de los Esenios.

Melkisedec y Jhasua se habían dedicado a inspeccionar todo el santuario, buscando el archivo y el recinto de oración que no aparecía por ninguna parte.

Todas las grutas demostraban haber sido habitaciones, pues en todas ellas se veía el estrado labrado en la roca, o enclavado en el pavimento y en el muro, si estaba hecho de madera.

Cuando se convencieron de que no estaba allí lo que buscaban, volvieron al huerto donde les esperaban para la comida.

Interrogaron a los cautivos sobre el particular y ellos dieron la clave de aquel misterio.

El Servidor del Santuario con los Tres Esenios que le siguieron al Monte Carmelo por no estar de acuerdo con el giro que se daba a su Escuela de Divina Sabiduría, habían obstruido la entrada al recinto de oración y al Archivo para evitar la profanación, y porque detrás del Archivo se hallaba la sala funeraria con las momias de los Esenios muertos.

Los tres cautivos habían sido los Terapeutas que vigilaban los operarios constructores del santuario que empezaban a edificar en Sebaste. Cuando ellos volvieron a las grutas, encontraron todo despojado y solo dos de los bandidos que aún no habían sido capturados, y que fueron los que les amarraron.

Después de la comida se dedicaron a la limpieza de las grutas y a buscar la entrada al recinto de oración que no aparecía por ninguna parte.

El Terapeuta guía y los tres cautivos concedores a fondo de aquel viejo santuario, se orientaron pronto, y dieron por fin con un amontonamiento de piedras, tierra y yerbas secas que aparecía en un pequeño corredor.

Removido todo aquello, apareció la puertecita de piedra blanca en la cual estaba grabada con grandes letras esta sola palabra: PAZ.

Era la entrada a la galería en que se hallaba el santuario propiamente dicho, el archivo y la sala funeraria.

Entraron con el alma sobrecogida de un pavor religioso, como el que penetra a un viejo panteón sepulcral abandonado.

Allí no había desorden ninguno y sí un fuerte olor a humedad propia de lugares cerrados por largo tiempo.

Tristeza de abandono, de decepción, de desesperanza formaba como una ola aplastadora del alma, que se sentía agobiada de indefinible angustia.

Al percibirla los más sensitivos pensaban: Era el pensar y sentir de! Servidor y sus tres hermanos fieles cuando al despedirse de su amado Santuario de rocas, amontonaron piedras sobre su puerta para dejarlo sepultado en la montaña donde quedaban también las momias de sus hermanos muertos.

Los hijos de Tobías con Felipe se encargaron de establecer el orden en la gran cocina, a fin de que pudiera servirles de refugio esa noche. Cargas de heno seco del vallecito vecino fueron traídas para los estrados de piedra que les servían de lecho.

Cuando brilló la limpieza en aquella inmensa gruta, donde podían caber cómodamente cien hombres, comenzaron las sorpresas agradables para los tres muchachos.

Armados de cerillas encendidas registraron todos los rincones, huecos y grietas de las rocas temerosos de alimañas y lagartos. Sólo salieron chillando algunos viejos murciélagos que escaparon rápidamente ante la roja llama de las antorchas.

En cavidades ocultas por los musgos, encontraron cántaros con vino y aceite, sacos de higos secos, nueces y castañas.

—Ya está la cena completa —gritaba Felipe saliendo de un negro hueco con una orzita toda cubierta de tierra y telas de arañas y que estaba llena de miel.

¿—Cómo es que los bandidos no devoraron todo esto? —preguntaba Seth mientras luchaba por destapar cántaros y orzas herméticamente cerrados.

Porque el Padre Celestial lo guardó para nosotros —contestaba Felipe que había aprendido el razonamiento que Jhasua le hacía, apropiados para su mentalidad infantil.

— ¿Y si todo esto no fuera, ni vino, ni miel, ni castañas?... —preguntaba Aarón.

— ¿Como no ha de ser?... ¿No ves que está escrito en los rótulos?—replicaba el niño temeroso de verse burlado en sus esperanzas.

Y volvía a leer en cántaros, orzas y sacos: *Vino, aceite, miel, castañas y nueces, higos, alubias...* ¿Lo veis?... bien claro está. Y corría a la puerta de la gruta para ver si venían los compañeros, pues su deseo mayor sería que no llegasen hasta tener todo aquello bien dispuesto sobre la mesa, en escudillas y tazones.

Mientras estas almas sencillas estaban suspensas de las pequeñas cosas, Jhasua con los Esenios y el tío Jaime buscaban ansiosamente en el Santuario y el Archivo. Los rollos de papiro no aparecían, pues seguramente los habrían llevado el Servidor con sus tres hermanos fieles al Santuario del Carmelo.

Encontraron los grabados en arcilla, piedra y madera, en alacenas abiertas en la misma roca según la costumbre. En grandes láminas de piedra aparecían los nombres de los Esenios que fundaron el Santuario, con fechas y detalles.

En el altar central, las Tablas de la Ley, copia de la de Moisés, y en pequeñas placas de piedra blanca, los nombres de los grandes Profetas del pasado, los Maestros fundadores de la Fraternidad Esenia entre las montañas.

Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Esdras, Samuel; y continuaba la lista grabada en piedra de aquellos grandes clarividentes, visionarios sublimes, que habían abierto senderos de bien, de amor y de justicia a las almas desorientadas en las tinieblas de la inconciencia.

Pero el asombro mayor les causó, un pequeño bulto, como un fardo en una estera de juncos, debajo del altar que era todo de piedra blanca y cuyo saliente o plataforma, daba lugar a una cavidad en la parte inferior.

Era el cadáver seco como un haz de raíces, de un viejecito que no debía tener más que piel y huesos, a juzgar por el aspecto de aquel cadáver momificado.

El Terapeuta guía que estuvo muchas veces en el Santuario, recordaba que vio allí andar como una sombra al viejecito Ismael de 104 años, conservado allí como una reliquia del pasado.

— ¿Cómo fue dejado allí?

La única explicación lógica era que cuando el Servidor y sus tres hermanos fieles, clausuraron el Santuario, el ancianito se quedó oculto voluntariamente para morir allí.

A sus años, no podía ya esperar mucha vida, y quiso evitarles la carga de llevarle en brazos hasta el Carmelo.

— ¡Heroica fidelidad de un alma a un ideal abrazado con fe y amor! —exclamó Jhasua arrodillándose ante aquella momia como ante un objeto sagrado.

Para dormir su último sueño había colocado bajo su cabeza, un grueso cartapacio de telas enceradas y los siete mantos blancos que había recibido al entrar en cada uno de los siete grados de vida espiritual porque pasaban todos los miembros de la *Fraternidad Silenciosa*, como la llamaron muchos escritores de aquellas épocas.

Del minucioso examen hecho sobre el cartapacio encontrado bajo la cabeza del viejecito Ismael, sacaron en claro algo de la causa por qué vino aquel desquicio en aquel Santuario.

Dos Esenios jóvenes del grado tercero, nombrados Teudas y Simón de Gitón, poseedores ambos de facultades de efectos físicos se encontraban a disgusto entre el silencio y ocultamiento esenio. La vanidad por sus grandes facultades hizo presa en ellos, y sintieron el deseo de ser admirados del mundo. Para esto nada mejor que abrir un gran templo en Samaría, y constituir un poderoso clero que enfrentara al de Jerusalén ya demasiado orgulloso y prepotente.

En las anotaciones del viejecito Ismael podían verse las discusiones que durante mucho tiempo alteraron la paz de los Esenios de Samaría. Simón de Gitón, llamado más tarde *Simón el Mago* por las extraordinarias manifestaciones obtenidas, tuvo revelación por vía espiritual del sitio preciso donde se encontraba la gruta del "Monte Garizim" donde Moisés había mandado ocultar los vasos sagrados y todos los objetos destinados al culto, como incensarios, pebeteros, candelabros, fuentes de las ofrendas, etc., todo oro, plata y piedras preciosas. Era un constante motivo de rivalidades, celos y ambiciones la riqueza de tales donativos hechos por hebreos fanáticos que materializaban su fe y su amor a Dios en esos objetos de mayor o menor costo y riqueza. Para desterrar del pueblo estos males el gran Moisés cuyo ideal era la adoración a Dios en *espíritu y en, verdad*, mandó sepultar entre las grutas de una montaña aquellos incalculables tesoros.

Una vez encontrados y en poder de ellos, se despertó de inmediato en la mayoría de los Esenios del Santuario que eran veinticinco, la idea del gran templo, rival del de Jerusalén.

Algo había trascendido al exterior de todo esto, y de allí el asalto de los bandidos al Santuario, donde se supuso que los tesoros sagrados habían sido ocultos. Los bandidos fueron ajusticiados, el tesoro repartido entre el Rey y el clero de Jerusalén, los Esenios dispersos o

mueritos, y sólo el Servidor y tres más que no tuvieron parte alguna en el pecado de sus hermanos, estaban a salvo en el Santuario del Carmelo.

Todo esto lo comprendieron Jhasua, Melkisedec, y el Terapeuta al estudiar minuciosamente el cartapacio del viejecito Ismael que esperó la muerte al pie del altar de su viejo santuario.

En la última página escrita, aparecían estas palabras reveladoras de una firmeza de convicción que asombraba: "Moisés ocultó el tesoro porque causaba la perdición de las almas. Los que fueron contra Moisés, al desenterrarlo para satisfacer su soberbia, se perdieron también. ¡Justicia de Dios!".

Los Esenios que estuvieron cautivos inclinaron la cabeza como abrumados por su infinito peso.

El tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe, se encontraban ya gozando de los esplendores de la gran cocina brillando de limpia y con una resplandeciente hoguera encendida, donde las marmitas llenas de castañas y alubias, hervían desesperadamente.

Los hijos de Tobías utilizaban los conocimientos domésticos que en sus años de parálisis en sus piernas, habían aprendido. Su madre les sentaba ante la mesa y la ayudaban a hacer el para familiar.

Cuando Jhasua con los Esenios entraron en la cocina, se vieron agradablemente sorprendidos con la mesa llena de grandes panes, que los dos hermanos asaban cuidadosamente.

—He aquí —decía Jhasua— echados los cimientos para la reconstrucción del Santuario: La hoguera encendida, las marmitas al fuego y el pan caliente sobre la mesa.

La verbosidad de Felipe se encargó de ponerles al corriente de todo cuanto habían encontrado en los oscuros escondrijos de la inmensa gruta.

Los estrados de la cocina, ya bien mullidos de suave heno seco, les servían de lechos para esa noche, y apenas terminada la cena, los tres muchachos agobiados de cansancio, se entregaron al sueño con esa tranquila serenidad de los seres que no tienen fatigosas preocupaciones.

Los dos Esenios con Jhasua y el tío Jaime volvieron al Santuario y al Archivo, donde suponían que una gran tarea les esperaba.

Y no se engañaban. Primeramente trasladaron el seco y rígido cadáver del viejecito Ismael, tal como estaba recostado en una piel de oveja y envuelto en una estera de junco, a la sala sepulcral que comunicaba con el Santuario.

Encendieron de nuevo la lámpara de aceite que según la costumbre esenia, alumbraba perennemente la sala mortuoria, como un símbolo de amor de los encarnados para los que habían partido al espacio infinito.

Los grandes cirios de cera que aparecían gastados en mitad junto a los atriles que sostenían los libros de los Profetas, fueron nuevamente encendidos, y el chisporroteo de su mortecina luz, esparció ese suave perfume de cera virgen quemándose al calor de la llama.

La gran lámpara de siete candelabros que pendía ante las Tablas de la Ley, genial concepción de Moisés, inspirado de lo alto, fue asimismo llena de aceite y encendida de nuevo.

Su luz clarísima alumbró las carátulas grabadas a fuego, en piel curtida al blanco, de los Libros de Moisés que aparecían al centro del gran altar de piedra blanca.

En el Archivo encontraron una enorme cantidad de tabletas de piedra, de madera y de arcilla, grabadas en distintas lenguas.

Y encima de todo, un pequeño papiro con estas pocas palabras: "Jaime de Sichen (Servidor) Juan de Séghoris, Zebedeo de Sebaste y Abinabad de Joppe, declaran haber luchado con todas sus fuerzas para impedir el gran desastre y decidieron clausurar el Santuario cuando estuvieron convencidos de que nada podían hacer para evitarlo.

"Que la Sabiduría Divina reedifique lo que la inconsciencia humana ha destruido".

Y aparecieron las firmas de los cuatro, que entonces se encontraban refugiados en el Santuario del Monte Carmelo.

—Que la Sabiduría Divina reedifique lo que la inconsciencia humana ha destruido" —repitió Jhasua relejendo una vez más el papiro que parecía exhalar efluvios de honda tristeza.

— ¡Y lo reedificarás!... no lo dudamos, ¿verdad, tío Jaime?

—Así lo espero con el favor de Dios, Jhasua hijo mío. ¿Quién torcerá tu voluntad más dura que el diamante?

—Hagamos aquí la concentración de la noche y entre los cuatro resolvamos lo que se hará mañana.

—Entre los cuatro encarnados y yo cinco —dijo el Terapeuta caído en hipnosis—. Acabáis de llevar mi materia muerta a la sala sepulcral, y mi espíritu que esperaba con ansias este día, se acerca a vosotros como el más antiguo de los Esenios que últimamente habitaron este Santuario.

"Mandad mañana a dar el aviso al Monte Carmelo, donde los cuatro fieles esperan esta hora, pues yo se lo había prometido.

"Los Esenios tenemos el alma inconvivable como las rocas, y ninguno se resigna a dejar morir un templo del pensamiento por la in-conciencia y el egoísmo de los hombres. Ellos vendrán en seguida, y con los dos Esenios que envíe cada Santuario, quedará formada de nuevo la cadena fluídica y la bóveda psíquica necesaria.

"Que el Señor perdone a los que pecaron, y dé su fortaleza a los restauradores del Santuario devastado".

Todos estuvieron de acuerdo, y al siguiente día emprendió el Terapeuta el viaje al Monte Carmelo, que no quedaba a larga distancia cruzando en línea recta la llanura de Edredón. Un día de viaje al paso de un asno que fue contratado en Sevthópolis.

Mientras el Terapeuta viajaba hacia el Mediterráneo donde el Carmelo aparecía como una enorme cabeza de gigante levantada sobre el mar, el Tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe, llegaban a la ciudad de Sevthópolis en busca del padre del niño, y en viaje de compras de cuanto era necesario para poner las grutas en condiciones de ser habitadas por los solitarios, que pronto volverían a besar aquellas amadas rocas donde tanto y tanto habían pensado, sentido y amado; donde aún debía vibrar el eco doloroso de su adiós lleno de angustia, cuando se vieron forzados a abandonarlas.

Quedaron solos en el Santuario, Jhasua con Melkisedec y los tres Terapeutas libertados de la cadena.

Todos comprendían que era llegado el momento de una confidencia íntima para acortar distancias, o para separarse por completo.

Y ésta se produjo cuando los cinco entraron al Santuario para la concentración del medio día.

¡El alma de Jhasua vibraba como un arpa pulsada por las manos de un mago de las cuerdas!... Su amor infinito se desbordaba sobre aquellos tres hermanos que arrastrados por la corriente de vanidad y ambición devastadora del viejo santuario, estaban allí a dos pasos de él, esperando ser nuevamente acogidos, o para siempre rechazados.

Antes de comenzar la concentración, y mientras el Maestro Melkisedec encendía los cirios y ponía resinas perfumadas en los pebeteros, uno de los tres cautivos, cuyo nombre era Judas de Saba, dijo en voz baja a Jhasua:

— ¡Por piedad! Tú que eres el Enviado de Jehová para salvar a Israel, intercede por nosotros para que seamos acogidos de nuevo en el Santuario.

El alma del joven Maestro pareció salir a sus ojos claros y envolviéndolos a los tres en una mirada suya indefinible, les dijo en su voz de musical:

—Porque quería salvaros, he venido, y estad seguros que mi esfuerzo no se perderá en vano. Cuando el Altísimo ha querido reteneros atándoos con cadenas al Santuario ¿quién será el que se atreva a rechazaros?

—Que Dios os bendiga —dijeron en voz baja los tres.

El maestro Melkisedec por su jerarquía espiritual debía hacer de superior entre ellos, y fue quien evocó a la Divinidad recitando el Salmo que ellos llamaban de la *misericordia* y que hoy llamamos *Miserere*.

Una onda potente de amor inundó el recinto y saturó las almas hasta causar la tierna conmoción que produce el llanto.

Los tres ex-cautivos se sumergieron en una suave y profunda hipnosis, que en lenguaje ocultista se llama *desdoblamiento*, y los tres, tomando personalidades de una existencia anterior, dialogaron dándose así a conocer en un lejano pasado.

Por el intercambio de palabras sostenido entre ellos, Melkisedec y Jhasua comprendieron que los Terapeutas Nar y Joab, eran una nueva encarnación de los dos hijos adoptivos del Profeta Samuel, que los recogió moribundos abandonados por su madre a los dos años de edad: Joel y Abia.

El otro Terapeuta o sea Judas de Saba era la reencarnación de Jonathan hijo del Rey Saúl, según lo relata el Libro del Profeta Samuel.

Los tres espíritus conservaban a través de los siglos sus características bien marcadas. Sin ser de malos sentimientos, y amando el bien y la justicia, los tres unidos habían cometido errores en aquel remoto pasado, causando tristeza al noble corazón de Samuel, Profeta de Dios. Y unidos entonces se habían inclinado a los causantes de la ruina del Santuario Esenio, y cooperando con ellos, pareciéndoles que era mayor bien la edificación de un templo a la altura de Jerusalén, que vivir como obreros del pensamiento y del amor ocultos entre las grutas.

Judas, Nar y Joab samaritanos los tres, quedaron desde entonces fuertemente unidos a Jhasua y el primero de los tres formó parte de los discípulos íntimos que después de la muerte del Cristo, le llamaron *Judas el bueno*, para distinguirlo de Judas de Iscariot, y del apóstol Judas hijo de Tadeo.

Cuando se despertaron de la hipnosis, los tres lloraban silenciosamente.

La decisión de recibirlos nuevamente en la Fraternidad Esenia, debía tomarse cuando el Servidor y sus tres compañeros vinieran del Carmelo, pero Jhasua y Melkisedec la habían tomado ya, y no dudaban de que sería definitiva.

Judas de Saba, cayó nuevamente en hipnosis, el Profeta Samuel hizo desbordar la suavidad tiernísima de su espíritu en aquel ambiente de piedad, de amor y de tristeza, propio de los momentos en que no se sabe, si al final sería un abrazo de acogida, o- un adiós para siempre.

"—Es la hora del amor, del perdón y de la piedad infinita —elijo por medio del sensitivo—. Por eso estás aquí Ungido de Dios, porque toda la humanidad ha delinquido.

"Los justos conquistan por sí solos su gloria y su felicidad. Son fuertes como estas rocas que os cobijan. Son fuertes como los cedros del Líbano.

"Vuelan alto como las águilas por encima de los montes, y ninguna fuerza les arroja a tierra. Pero los pequeños y débiles van cayendo a cada paso y necesitan ser levantados como levanta con amor la madre al parvulito, que cae a su lado muchas veces cada día.

"Y vosotros que habéis caído en el desvarío de las muchedumbres ambiciosas de grandezas humanas, como lo hicierais siglos ha, en el largo día de la eternidad de las almas, levantad de nuevo el corazón ante el Ungido del Señor, que vino a la tierra para levantar los caídos, reconstruir lo que fue devastado, abrir nuevos surcos en los campos estériles, y transformarlos en trigales dorados y en hermosos huertos llenos de flores y de frutos.

"¡Paz, consuelo y esperanza a los que cayeron! ¡Amor y Luz de Dios a los fuertes que conquistaron la gloria de perdonar y de amar!

Melkisedec había ido anotando todas las manifestaciones en el gran libro que ellos llamaban "Crónicas", que servían de documento perenne de la íntima relación de la Fraternidad con el mundo espiritual, bajo cuya égida se había fundado a la luz del genio de Moisés, y continuaba su senda inconfundible a través de quince siglos.

Terminada la concentración con el himno de acción de gracias, los únicos cinco habitantes del Santuario por esa noche, se refugiaron en la gran cocina, donde el fuego del hogar les esperaba con las marmitas que hervían y donde los estrados de piedra mullidos de heno, les brindaban el descanso.

Los tres Terapeutas samaritanos se veían ya más animados y la conversación recayó sobre un tema buscado por Jhasua:

Si había en Samaria refugios para los desamparados y huérfanos.

Judas de Saba que era el mayor de los tres, contestó que los había antes de la devastación del Santuario que era quien los sostenía. Seguramente se encontrarían en una situación muy precaria, y se habrían dispersado los refugiados a mendigar por las calles de pueblos y ciudades.

—Si os parece —añadió Judas— apenas claree el día, recorreremos nosotros tres, las montañas de la costa del Jordán llenas de grutas donde antes teníamos varios albergues, algunos de leprosos, otros de mujeres con niños contrahechos y otros de ancianos. Volveremos al anochecer trayendo buenas o malas noticias.

El rostro de Jhasua pareció iluminarse ante la proposición de Judas, en el cual vio ya resucitado el amor al prójimo y el deseo de borrar su falta con obras de misericordia y de piedad fraterna.

Los otros dos menos expansivos y vehementes que Judas, aceptaron con alegría la misión que se les encomendaba. Volvían a ser los Terapeutas peregrinos en busca del dolor para aliviarlo.

A la madrugada siguiente, cuando Jhasua se despertó vio a Judas, Ner y Joab trabajando activamente en poner leños al fuego, otro haciendo el pan y el tercero llenando los cántaros del agua.

—Nos dormimos como obreros de} pensamiento y nos despertamos como servidores de la materia —dijo Jhasua riendo al ver los afanes de los tres Terapeutas.

— ¡Qué hemos de hacer si tenemos el jumentillo de este cuerpo que es necesario alimentar —contestaba Judas, colgando del trípode sobre el fuego la marmita de hervir castañas.

Mientras el pan se cocía bajo el rescoldo, y las castañas hervían, los cinco entraron al Santuario para cantar el salmo del amanecer y leer un capítulo del Profeta que tenían en turno.

Era Isaías, y correspondía el capítulo 55 entre cuyos 13 versículos aparecen estos que eran como hechos para los tres Terapeutas redimidos.

"Todos los sedientos, venid a mis aguas, dice Jehová. Inclina vuestros oídos y venid a Mí. Oíd y vivirá vuestra alma y haré con vosotros pacto eterno, como hice misericordias a David después de su pecado.

"Buscad a Jehová mientras puede ser hallado. Llamadle en tanto que está cercano.

"Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová que tendrá de él misericordia y será amplio en perdonar.

"Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos, dijo Jehová".

El vibrar dulcísimo del laúd del maestro Melkisedec acompañaba en sus vuelos al pensamiento de los que oraban; y la honda conmiseración de Jhasua hacia los tres Terapeutas, formó una bóveda psíquica de inefable ternura y amor divino.

En aquel piélagos sutil donde todo era claridad, el alma de Judas se unió tanto con la de Jhasua, que mentalmente hicieron el pacto definitivo.

"Te seguiré a todas las tierras donde pongas tu planta", decía el alma vehemente del Terapeuta.

"Te llevaré conmigo siempre que haya de levantar a los caídos", decía el alma del Cristo encarnado, respondiendo al sentir profundo del que años después sería uno de aquellos íntimos amados de su corazón.

Judas *el bueno*, cuando empezó sus actividades en cooperación del Verbo encarnado, se consagró con preferencia a redimir delincuentes y mujeres de vida desordenada, como si su espíritu consciente hubiese querido hacer con sus semejantes lo que el Cristo hizo con él.

Al mismo tiempo que los tres Terapeutas registraban las grutas de la margen occidental del Jordán, en Sevthópolis, la ciudad-plaza de las caravanas, el tío Jaime con los hijos de Tobías y Felipe buscaban a *Parmenas el griego*, como le llamaban en la bulliciosa colmena de mercados y tiendas.

Les señalaron cuál era su lugar de venta, que se encontraba al final de un vetusto corredor con pretensiones de columnata.

La apariencia era de ser aquello un bazar con toda clase de objetos artísticos traídos de Persia, como cofres, ánforas, tapices, etc. Pero detrás de las colgaduras en exposición, se realizaban los negocios de un orden muy diferente.

Si bien demostró alegrarse Parmenas de abrazar a su hijo y a sus dos sobrinos, al tío Jaime no le pasó desapercibida la inquietud que esta visita le producía.

— ¡Id a esperarme en la tienda del viejo Isaac, donde se comen los mejores cabritos guisados —les dijo—, quiero obsequiarlos a todos con una comida de lo mejor que aquí puede pedirse.

Pero el tío Jaime y los hijos de Tobías comprendieron que el deseo de Parmenas era alejarlos de allí.

—No tenemos ninguna prisa —contestaron—, y tu hijo no gusta apartarse tan pronto de ti. ¡Iremos todos juntos.

En ese momento llegaron dos hombres por cuyos ropajes se comprendía que eran de Sidón.

—Venimos por nuestro negocio —dijeron—. Parmenas se desprendió como pudo del pequeño Felipe, y se entró con los recién llegados detrás de las colgaduras.

Poco después se oyeron sollozos de mujeres y algún grito ahogado. Jaime y los hijos de Tobías se precipitaron hacia aquel sitio.

Y habiendo pasado un corredor, se encontraron con una oscura covacha, donde tres jovencitas lloraban amargamente.

— ¿Qué es esto Parmenas? ¿Has hecho de tu tienda una casa de crimen? —preguntó el tío Jaime.

— ¡Salvadnos! ¡Nos llevan a Sidón vendidas a una casa de vicio! —gritaron las tres muchachas a la vez.

— ¡Mentira! —Gritó Parmenas—. Son escapadas del hogar y estos hombres las vuelven a su familia.

El tío Jaime miró a Aarón y éste que ya estaba aleccionado, salió rápidamente simulando hacer una denuncia.

—Vendremos luego —dijeron los hombres y se hundieron —por la covacha que debía tener salida hacia otra parte. Parmenas hizo lo mismo, pues sospecharon que la salida de Aarón

significaba un peligro. Simplemente fue para desbaratar el turbio negocio con el temor de la intervención de la justicia.

La ley romana sólo consideraba esclavos legalmente adquiridos, los misioneros de guerra que eran repartidos como botín entre los guerreros vencedores.

Las jovencitas estaban con los pies y las manos sujetas con cordones fuertes tejidos de lana y seda. Cuando fueron desatadas y llevadas al exterior en la tienda, declararon haber sido sacadas de su casa con engaño. Parmenas el griego, que recorría las aldeas montañosas de Samaría, había llegado a Emon, en la falta del Monte Ebat, donde ellas vivían. Su padre había muerto de una caída a un precipicio y eran nueve hijos, ellas tres las mayores. Amenazadas de la miseria que venía sobre el hogar, la madre accedió, a que fueran a servir como criadas a Sevthópolis para ayudar a la familia, mas nunca para ser vendidas como esclavas destinadas al harem de algún príncipe extranjero.

Bien —les dijo el tío Jaime—, alabad a Dios que hemos llegado

a tiempo. Al mediodía saldrá la caravana del sur que pasa por Emon. Contrataremos tres asnos y os volveréis con vuestra madre.

¡Qué dolor será para ella que volvamos sin esperanzas de socorro para la familia! Tenemos cinco hermanos pequeños —dilo la que parecía ser mayor que apenas tendría 17 años.

No os aflijáis. Cuando Jehová hace las cosas, las hace bien hechas.

"Venid con nosotros,

Aarón quedó con Felipe guardando la tienda de Parmenas y el tío Jaime con Seth se acercaron a la plaza de las caravanas donde los alquiladores de asnos ofrecían bestias en todos los tonos. Contrataron tres con sus aparejos y sacos de carga que fueron llenados de cereales, legumbres y frutas secas.

—Llevad estas monedas a vuestra madre —les dijo el tío Jaime, entregándoles un pequeño bolsillo con monedas de plata— y dadme vuestro nombre y las señas de vuestra casa para tener noticias vuestras en todas las caravanas.

Las jovencitas no sabían si reír o llorar. ¡Tan inesperado había sido el cambio de su situación! Fueron puestas bajo la tutela del jefe de la caravana, para quien era conocido el padre de las niñas, que alguna vez le prestó servicios al pasar por su pueblo natal.

—No os arriesguéis a salir de vuestro pueblo —les recomendó el tío Jaime—. Y decid a vuestra madre que un Terapeuta irá pronto a salvar su situación. A más tardar en la luna próxima.

De vuelta a la tienda de Parmenas, lo encontraron con Aarón y Felipe, aunque un tanto hosco y retraído.

—Dios fue misericordioso contigo Parmenas —le dijo el tío Jaime— y en vez de estar en la cárcel por tu delito, estás bajo tu tienda tranquilamente. Debes, pues, recoger este aviso y guardarlo para toda tu vida.

"Dime ¿no puedes conformarte con las ganancias que te da esta tienda, que te enredas en negocios de mala índole?

Parmenas callaba pero se advertía en él una lucha interior tremenda. De pronto, Felipe que estaba junto a él mohíno y triste, dio un grito de alegría y corrió hacia la sombra formada por una colgadura de damasco.

— ¡Jhasua... cómo has venido, Jhasua! Y se abrazó del cortinado no encontrando otra cosa al alcance de sus brazos.

Todos miraron hacia ese sitio y no veían nada sino al niño que hablaba con Jhasua abrazado al cortinaje.

Parmenas interrogaba con la mirada al tío Jaime como preguntándole si su hijo se había vuelto loco.

Pero Jaime comprendió que en el Santuario estarían en la concentración de mediodía, y el pensamiento luz del Verbo encarnado, había venido hasta ellos en cooperación a la obra de redención que realizaban. El niño que ya había dado indicios de la facultad clarividente que se desarrolló ampliamente más tarde, lo vio y no siendo aún capaz de analizar si era visión espiritual o realidad física, se entregó espontáneamente a las manifestaciones de su amor por Jhasua.

Y cuando la visión se esfumó, Felipe sacudía el cortinado, removía cuanto objeto se hallaba cerca creyendo en su ingenuidad infantil que Jhasua jugaba a *la escondida* con él.

—¿Quién es Jhasua? —preguntó Parmenas, saliendo de su abstracción.

—Es un joven Profeta de Dios a quien tu hijo quiere mucho y el cual está interesado en arrancarte de tu camino que te llevará más tarde o más temprano a un desdichado fin. Está de aquí a medio día de viaje. ¿Quieres venir a verle, Parmenas? El te espera.

—Está bien, iré. Pero esperad a la primera hora de la noche en que levanto la tienda según las ordenanzas. Y mañana a la madrugada partimos, si os parece bien.

—De acuerdo —contestó Jaime—. Pero ¿dónde dejarás todo esto?

—Tengo un socio que lo tomaría todo dándome lo que me corresponde en dineros. En verdad que estoy cansado de esta forma de vida.

—La alegría de nuestra madre —dijo Aarón— cuando esto sepa, te compensará tío Parmenas, de cuanto puedas perder.

—No volváis sin él, nos decía nuestra madre al salir de la cabaña —añadió Seth, presionando más al pobre griego, que ya se daba por vencido.

—Sabes cuánto te quiere ella, desde que en su calidad de hermana mayor, te entregó su hermana de 16 años para esposa, a la cual hiciste muy feliz en diez años, que vivió a tu lado—. Y Aarón al decir esto daba el golpe de gracia a Parmenas por cuyo rostro corrieron dos gruesas lágrimas.

—Y ¿qué haré yo entre vosotros allá? Porque yo necesito trabajar para vivir. Ya veis que tengo un hijo, y tan parecido a mi muerta que a veces creo que es ella misma que me habla y me mira.

—Eso se arreglará allá —intervino el tío Jaime—. Dispón tus cosas aquí con equidad y justicia, y no te preocupes del mañana.

"El trabajo honesto no te faltará en Galilea, donde somos todos como una sola familia.

Cuando llegó la noche, Sevthópolis no parecía la misma bullanguera y turbulenta ciudad del día anterior.

Un anciano matrimonio, originario de Chipre tenía el más tranquilo hospedaje que podía ofrecer la ciudad de las caravanas a los viajeros que desearan paz y sosiego, y allí pasaron la noche.

Y poco después del mediodía siguiente se encontraban en el Santuario, sólo habitado por Jhasua y Melkisedec, pues los tres Terapeutas no habían regresado aún de su búsqueda por las grutas ribereñas del Jordán.

Felipe, que estaba como ahogado aún por el incidente de la tienda, así que vio Jhasua, lo soltó todo, como un borbotón de agua largo tiempo contenido:

—Te escondiste detrás del cortinado y no pude hallarte más, Jhasua. ¿Por qué me hiciste esa mala jugada? Así no se juega a la escondida. Cuando se termina, hay que darse la mano al vencedor con el vencido, y tú escapaste y no te vi más.

Jhasua y Melkisedec sonreían comprendiendo lo que había pasado, pues que ambos eran conscientes del desdoblamiento espiritual realizado para lograr la redención de Parmenas.

—Padre —decía el niño—. Este es Jhasua que estuvo en tu tienda ayer al mediodía.

—Ya entenderás más adelante amigo mío, el significado de las palabras de tu hijo —díjole Jhasua, viendo el asombro de Parmenas.

—Debéis estar cansados, y la comida ya nos espera —añadió Melkisedec, llevándolos a la gran gruta-cocina.

Allí encontraron al tío Jaime que con los hijos de Tobías, descargaban los asnos de los grandes sacos de provisiones que habían traído nuevamente.

—Por fin comemos con un blanco mantel —decía Seth extendiendo uno flamante sobre la gran mesa de encina.

—Y con vasos de cobre que brillan como el sol —decía Felipe mirándose en uno de ellos como en un espejo.

—Celebramos la llegada de tu padre, Felipe, que ya quedará entre nosotros —decía Jhasua feliz y dichoso como siempre que se había conseguido la redención de un semejante.

En estos preparativos estaban cuando llegaron los tres Terapeutas que habían salido en exploración.

—El festín será completo —decía el tío Jaime, viendo las grandes cestas de uvas frescas y doradas que traían los Terapeutas de las orillas del Jordán.

Más cargados venían aún de noticias recogidas de viejos conocidos y amigos, que felices de ver nuevamente a los desaparecidos Terapeutas, les habían colmado de atenciones y de regalos.

Algunos refugiados vivían aun en las grutas, otros se habían ido a los pueblos vecinos a mendigar por las calles, y la mayoría murieron de hambre y frío.

Los paralíticos que no podían andar por sí mismos, y los leprosos que tenían prohibido presentarse en las calles, habían perecido cuando sus compañeros de refugio dejaron de socorrerlos por una causa o por otra.

Los Terapeutas volvían con el corazón deshecho, más deshecho aún que las obras de misericordia fundadas en las grutas hacía tantos años, y de las cuales no existían ya ni los vestigios.

En la gruta de las mujeres enfermas y con niños contrahechos donde tenían puestos telares y calderas para teñir los tejidos, no encontraron más que dos niñas ciegas de nacimiento y que tendrían de ocho a diez años.

Judas de Saba, recordaba haber conducido él mismo a esa mujer con sus dos niñas mellizas que tenían pocos meses. Una cabra doméstica llevada por él mismo criaba las dos criaturas. La madre murió y fue sepultada por las compañeras en un hueco de las montañas.

La cabra siguió amamantando a las niñas y guiándolas por las grutas a buscar agua y frutas silvestres.

Y Judas con inmensa amargura y remordimiento, decía a todos y lo repetía en los profundo de su conciencia:

—Este noble animal ha cumplido mejor que yo. ¿De qué sirve poner piedra sobre piedra para levantar un templo a Jehová, si dejamos perecer de miseria las obras vivas de Jehová, que son sus criaturas con alma inmortal?

—Así es Judas, así es —le contestó Jhasua profundamente conmovido—. Pero dime ¿qué habéis hecho de esas niñas?

—Las hemos traído en brazos y la fiel cabra madre nos ha seguido hasta aquí. Están en la gruta de entrada.

Y Jhasua con Judas fueron allá. Las dos niñas recostadas juntas sobre el estrado con sus ojos cerrados en eterno sueño, permanecían quietas como si durmieran. La cabra de largo pelo blanco había trepado también al estrado y dormía a los pies de las niñas.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, observó Jhasua unos momentos aquel cuadro, símbolo del abandono de los hombres y de la fidelidad de un animal.

Luego se acercó, e inclinándose sobre el estrado acarició suavemente aquellas cabecitas de cabellos negro y enmarañado.

Estaban vestidas a medias con los mantos de los Terapeutas.

— ¿Quién es? —preguntaron ambas—. ¿Eres tú, Judas?

—Soy Jhasua, un hermano vuestro que os quiere mucho.

—No conozco esa voz —dijo una de ellas—. ¿Eres tú que nos mandaste buscar?

—Sí, yo; y si vosotros queréis, Jehová me ha dado el poder de abrir vuestros ojos.

Y en voz baja dijo a Judas que llamase al maestro Melkisedec.

—Nunca tuvimos ojos —dijo la otra niña— pero nuestra madre lloraba mucho por esa causa. Ella nos explicaba todas las cosas que se ven, teniendo ojos.

—Nosotros vemos con las manos, con el olfato, con los pies y sobre todo con nuestra segunda madre, la cabrita buena que nos alimenta y nos guía.

Jhasua observaba minuciosamente los ojos de las dos niñas, a través de cuya piel muy transparente y fina se percibía el movimiento de las pupilas y hasta el color oscuro de ellas.

Cuando llegó Melkisedec, observaron entre ambos que aquellas criaturas habían nacido con los párpados cerrados, pero que abriéndolos podían ver perfectamente.

—Pensad —les dijo Jhasua— que Jehová abra vuestros ojos.

Se concentró profundamente mientras ponía sus manos sobre los ojos de las criaturas.

— ¡Me quemáis, me quemáis! —gritaron ambas a la vez.

—Melkisedec las hizo callar y un profundo silencio se estableció en la gruta.

Las manos líricas de Jhasua temblaban por la poderosa vibración que corría por ellas como un fuego vivo, y de los ojos de las niñas se iba desprendiendo gota a gota una sustancia lechosa como si fueran lágrimas blancas.

Después, esas gotas se tornaron cristalinas y por fin los ojos se abrieron. Melkisedec y Jhasua puestos ante ellas, atenuaban la luz que podía causarles daño en el primer momento.

Cuando terminó la vibración de las manos de Jhasua, se sentó en el estrado porque había perdido fuerzas.

Como si el noble animal que estaba a su lado hubiera comprendido que aquellas manos habían curado sus niñas, las empezó a lamer suavemente.

—La naturaleza se sirve de ti criatura de Dios, para restaurar el magnetismo gastado en otras criaturas de Dios.

¡Qué hermosa es la armonía universal!

Melkisedec limpiaba con un lienzo blanco mojado en agua, los ojos de las niñas que continuaban abriéndose hasta su estado normal.

— ¡Qué hermosa es nuestra cabrita y qué lindos son sus ojos! Igual que los tuyos, se decía la una a la otra.

Esta exclamación de ambas criaturas, hizo comprender a todos, que ellas veían con bastante claridad.

Se sucedieron unas en pos de otras las escenas de sorpresa, asombro y miedo de aquellas dos niñas abriendo de pronto sus ojos a la vida, que habían percibido desde la triste oscuridad de sus ojos cerrados.

Eran desconfiadas de todo, y sólo seguían sin temor al fiel animal que les había servido de madre. Vieron a la cabra que entraba al arroyo a beber, y ellas bebieron también.

El fuego del hogar les llamaba grandemente la atención, sobre todo que de él salían cocidos los alimentos y asado el pan. La capacidad de razonamiento surgió en ellas enseguida, y un día preguntaron a Felipe con quien estrecharon amistad "si en aquel fuego que se veía en lo alto también se cocinaban castañas y asaban el pan-". Aquel fuego alto era el sol, cuyo vivo resplandor hería dolorosamente sus ojos.

—He aquí los cimientos sobre los cuales fundamentamos de nuevo el devastado Santuario —decía Jhasua, acariciando aquellas cabecitas de oscuros cabellos. Pero se hace necesario traer madres para estas niñas.

—O llevarlas donde ellas encuentren el amor de una madre —observó el tío Jaime.

—Será eso más fácil que encontrar por el momento madres que quieran vivir aquí después de lo ocurrido en el Santuario. Todos le tienen pavor a causa de los bandidos que lo habitaron varios años —añadió Judas de Saba.

—Más adelante se podría establecer aquí "*la cabaña de las abuelas*" como la hay en el Carmelo y en el Hermón —dijo suavemente Jhasua, recordando lo dichoso que fue en aquella temporada que pasó con su madre en el Monte Carmelo entre los cariños y mimos de la abuela Sabá, y las otras ancianas que vivían en grutas al pie de la montaña en que se hallaba el Santuario.

En su ardiente imaginación se dibujó nítidamente aquel asnillo blanco enjaezado de azul que la abuela Sabá tenía escondido entre una gruta para darle una sorpresa, y que él, como inquieta ardilla, había descubierto antes de tiempo.

— ¡Cuántos huerfanitos —dijo— serían dichosos si hubiera aquí una cabaña de las abuelas!

—Todo vendrá con el tiempo —respondió Melkisedec. Habrá ancianas, huérfanas de cariño, viudas sin hijos que esperan sin duda un rayito de luz para sus vidas sombrías. Y ellas formarán otra *cabaña de las abuelas* como la del monte Carmelo y el monte Hermón.

La idea había surgido como una mariposa blanca entre las sombras y estaba como un principio en todas las mentes. Una circunstancia, no buscaba, acaso produjera el hecho que se deseaba.

En la aldea de Cana, vecina de Nazareth, Jaime tenía una parienta viuda que vivía en gran soledad, y a ella enviaron las niñas cuando un día después emprendían viaje de regreso al Tabor, los hijos de Tobías con Felipe y su padre.

Melkisedec, Jhasua, Jaime y los Terapeutas quedaban en el viejo Santuario de Samaría, esperando a los que debían llegar del Carmelo para reorganizarlo.

Los cuatro Esenios esperados, llegaron dos días más tarde con un asno cargado de los papiros y cartapacios que habían llevado antes al Carmelo para salvarlos de la destrucción.

Los solitarios samaritanos conocieron a Jhasua en sus primeros años y más tarde en su adolescencia en visitas aisladas que habían hecho a Nazareth.

Ahora le veían ya joven, entrado a los 20 años, con una plenitud de vida espiritual y física que les causaba indecible felicidad.

—Reconstruir nuestro Santuario teniéndoos entre nosotros, es una gloria que nunca pude soñar —decía el anciano Servidor.

— ¡Hermoso número formáis! —decía Melkisedec. Sois siete para reconstruir vuestro Santuario. Las siete lámparas del candelabro de Moisés.

—Y yo seré vuestro *cirio de la piedad* —añadió dulcemente Jhasua dando a sus palabras el acento de una promesa.

“Vendré muchas veces a visitaros.

Después de esta introducción, el lector bien comprenderá que las confidencias fueron largas en tres días más que permanecieron Jhasua, Melkisedec y el Terapeuta que les sirvió de guía. El

tío Jaime, consecuente con su promesa a Joseph, no quiso separarse de su gran sobrino hasta volverle de nuevo a su hogar.

“Este no es un Esenio de las grutas —decía Jhasua cuando presentaba a su tío a los recién llegados.

“Este un esenio de la bodega y de la cocina. Es el esenio *providencia* que todo lo ve y todo lo remedia.

—Es el hortelano que cuida el huerto —decía el Servidor encantado del tío Jaime, cuya solicitud para disponerlo todo, era la cualidad más destacada de aquella hermosa vida de nobleza y quietud.

Los cuatro Esenios salvados de la gran hecatombe, estaban como ahogados de llanto al verse de nuevo entre sus grutas que abandonaron diez años antes sin esperanza de retornar a ellas.

Y volvían traídos como de la mano por el Ungido Divino que les había allanado todas las dificultades.

Cuando los avisos espirituales del viejecito Ismael les hablaban de restauración del viejo Santuario, ellos lloraban en silencio, porque una duda tenaz les borraba del alma aquellas promesas.

—Yo os tengo preparado un portero excelente que no puede pedirse nada mejor —decíales el tío Jaime en la cena de esa noche—. Esto, si vosotros lo aceptáis.

—Cuando vos que sois un esenio del grado tercero, lo decís, es porque debe ser como lo decís, y desde luego está aceptado —contestaba el Servidor.

—¿Quién es, tío Jaime? ¿Lo conozco yo? —preguntaba Jhasua.

—Por referencias conoces parte de la familia de mi portero. La mayor de las tres niñas salvadas últimamente en la tienda de Parmenas, se une en matrimonio en esta luna con mi excelente portero, que es pastor con una gran majada de ovejas y cabras, y con una madre que es un tesoro de discreción y de prudencia. Tiene su cabaña en las cercanías de Sebaste y hace mucho tiempo que les conozco. El marido era esenio de grado primero, y ella es de segundo, pues nació de padres Esenios. El muchacho, un fuerte y hermoso zagal de 20 años, me confió que deseaba tomar esposa, pero no la encontraba a su gusto. Yo le prometí encontrársela, y creo haberla encontrado en la mayor de las tres doncellas que he mencionado y con la cual he hablado al respecto.

Con el jefe de la caravana en que ellas iban, le mandado una epístola al muchacho y a la madre proponiéndoles a más su traslado hacia aquí, cosa que ellos necesitan de inmediato, pues en la luna próxima, se vence el plazo acordado por las autoridades de Sebaste para que todos los rebaños sean alejados a cuarenta estadios de la ciudad.

—Esto quiere decir que tenéis la habilidad en grado sumo de arreglar varias situaciones a la vez —decía el Servidor entusiasmado.

—Ya os decía yo que mi tío Jaime es el *esenio providencia* —contestaba Jhasua.

—A ver, a ver ¿cómo es ese asunto tan complicado? —inquirió Melkisedec que aunque conocía el caso de las jovencitas salvadas, no había comprendido del todo bien.

—Pues está bien claro —decía Jhasua—. El muchacho pastor, quiere una esposa. El tío Jaime se la pone delante. La familia de la; novia está amenazada de la miseria en Enón, porque murió el padre y hay criaturas de pocos años. El tío Jaime les remedia casando la mayor de las hijas con un pastor que tiene una gran majada de cabras y ovejas, lo cual significa que habrá alimentos en abundancia para toda la familia.

“El pastor debe retirar en breve plazo su ganado de las cercanías de Sebaste. El tío Jaime le ofrece estos fértiles montes y valles que son praderas, con un hermoso *“arroyo de las gaviotas”* para abrevarlo.

"Y por fin, el Santuario necesita un portero de toda confianza con *una abuela Sabá* que es una maravilla de discreción y prudencia, y el tío Jaime se lo pone a su disposición.

¿Puede darse en la tierra otra providencia más oportuna?

—En verdad que sois un prodigio en las combinaciones hermosas, nobles y útiles —decían en general los Esenios.

El tío Jaime sonreía con esa habitual bondad suya, mientras continuaba partiendo nueces para todos, pues aun en eso, encontraba el modo de ser útil a los demás.

¡He aquí una hermosa vida que olvidaron los biógrafos de Cristo, como tantas otras, que al igual que ésta, estuvieron estrechamente ligadas a la vida excelsa del Hombre-Luz! Y ésta es una de las causas inspiradoras de este libro, encargado de descubrir, no sólo la grandeza divina de la vida íntima del Verbo encarnado, sino también la actuación importantísima para la historia y para la ciencia espiritual, de la pequeña porción de humanidad que lo secundó en su infatigable tarea, en pro de la fraternidad y del amor entre los hombres.

Jaime de Jericó, era viudo y de su matrimonio le había quedado un hijito que creció en Cana de Galilea con la abuela materna. En la época que vamos narrando, el niño tenía 9 años, y a su regreso de Samaría, el tío Jaime se encontró con la noticia de la grave enfermedad de su suegra, que murió al poco tiempo dejando al nietito huérfano por segunda vez.

Myriam, cuya alma se desbordaba de piedad hacia el dolor de los demás, acudió a Cana a los últimos momentos de la madre política de su hermano, y se llevó consigo a Nazareth al pequeño Jaime que pasó a ser de inmediato, otro hijo de su corazón lleno de misericordia.

La vieja casita solariega donde el tío Jaime se casó y donde le nació su único hijito, pasó a ser propiedad exclusiva suya, en la cual se instaló al poco tiempo una Refugio-taller para mujeres viudas, doncellas y niños sin familia y sin medios de vida.

Y al frente, en calidad de hermana mayor, fue puesta aquella parienta de Jaime, a la cual habían encomendado las dos niñas curadas de la ceguera y encontradas en una gruta de las orillas del Jordán.

Esta mujer se llamaba María Cleofás.

Y era hermana menor de la suegra de Jaime recientemente fallecida.

Aparece aquí por primera vez, pues su protección a las niñas Simi y Fatmé, la vinculó estrechamente al gran Misionero, del amor fraterno, al cual siguió incansable en las correrías de su vida pública, y lo siguió hasta el sepulcro, pues María Cleofás fue una de aquellas mujeres que como la Magdalena acudieron a la sepultura de Jesús para embalsamar su cuerpo en la madrugada del domingo y encontraron el sepulcro vacío.

Hemos hecho esta referencia, no por adelanto de acontecimiento que a su debido tiempo relataremos con amplios detalles, sino para poner al nuevo personaje en contacto espiritual con el lector, que si es observador y analítico, gustará estudiar las características propias de cada personaje, que es uno de los más puros deleites del lector.

María Cleofás, tenía su casita anexa a la de su hermana, la suegra de Jaime, razón por la cual pudo hacerse de ambas casas una sola con la amplitud necesaria para refugio y taller de tejidos.

¡Otra hermosa combinación del ingenio del tío Jaime... del *tío providencia* según le llamaba Jhasua!

Con esta digresión hecha para ti lector amigo, mientras el tío Jaime parte nueces en la gran cocina del Santuario samaritano, quedan enterados de la forma y modo como en el silencio y la modestia, aquellos verdaderos hijos de Moisés realizaban sus obras de ayuda mutua con escasos bienes de fortuna, pero con un gran corazón lleno de amor y de piedad hacia sus semejantes desamparados.

Y así con pequeñas obras silenciosas se iba ampliando más y más el horizonte en el cual debía brillar con luz meridiana años más tarde, la estrella magnífica del Cristo, marcando rumbos de luz y de amor a la humanidad.

En silencio se había restaurado el Santuario Esenio de Samaría; en silencio se había salvado de su ruina moral a Parmenas el griego, se había remediado a la familia desamparada de las tres niñas de Enón que iban a ser vendidas como esclavas; en silencio también se abrió el Refugio-taller de Cana donde María Cleofás con Simi y Fatmé fueron las primeras plantas de ese huerto espiritual, de donde salieron las mujeres cristianas de la primera hora, las que pudieron los medios materiales para que el gran Misionero del amor, fundamentara su obra.

María Cleofás era la menor de toda aquella familia, dispersa ya en Galilea y Judea, debido a los matrimonios realizados; pero que en momentos dados se unían todos en la vieja casa solariega, donde solo había quedado ella, casada también y viuda al poco tiempo.

María Cleofás era la menor de toda aquella familia, dispersa ya en Galilea y Judea, debido a los matrimonios realizados; pero que en momentos dados se unían todos en la vieja casa solariega, donde solo había quedado ella, casada también y viuda al poco tiempo.